

**ANIBAL RAMOS**

# **ENSAYO GENERAL**

**1974/1984**



**Aníbal Ramos**

**ENSAYO GENERAL  
1974-1984**



© Arturo Van Den Eynde, 1984  
© Ediciones LA AURORA, 1984  
Apdo. Correos, 515. 08002 Barcelona  
ISBN: 84-85964-02-0  
Depósito Legal: B-40.377/1984  
Imprime y encuaderna Índice, S.L.  
Caspe, 118. 08013 Barcelona

## INTRODUCCIÓN

“Desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política –por las masas y los jefes, por las clases y los partidos–, cada mes de aquel período equivale a un año de transcurrir “pacífico” y “constitucional”. Sin el “ensayo general” de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre de 1917 habría sido imposible.”

Lenin, *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*.

*Así llamó Lenin a la fallida revolución rusa de 1905: un “ensayo general” para todas las clases sociales, para sus partidos políticos y todos sus programas, para los dirigentes y los combatientes. Lo que todos demostraron ser en 1917 lo habían aprendido del auge y del fracaso del movimiento revolucionario **inconcluso** del año cinco. En cierto sentido todas las fuerzas sociales y políticas se comportaron del mismo modo en las dos ocasiones, repitieron el mismo papel, al fin y al cabo el papel para el que toda la historia anterior de la sociedad rusa las había preparado. Pero ese comportamiento sólo quedó insinuado o esbozado en la revolución de 1905, precisamente por tratarse de un movimiento **inconcluso**. En 1917 las mismas fuerzas repitieron su papel, pero esta vez de un modo mucho más consecuente. El coraje de la vanguardia proletaria, la claridad de ideas de sus dirigentes, la perfidia de la burguesía, la traición de los oportunistas... fueron representados por sus actores históricos en una versión corregida y aumentada que llegó hasta su conclusión: cada uno demostró lo mucho que había aprendido de sí y de sus adversarios doce años antes, lo bien que conocía ya sus puntos débiles y sus puntos fuertes.*

*Pero la historia la escriben los vencedores. ¿No es así? Los vencedores del Octubre soviético llamaron “ensayo general” a su fracaso de 1905. Y es que, de ese fracaso, **nadie** supo sacar tanto provecho político como la vanguardia revolucionaria de los trabajadores rusos, los bolcheviques: su fracaso se reveló episódico, y doce años más tarde su victoria resultó inapelable. Los obreros conquistaron el poder de un Estado por primera vez en la historia de la humanidad.*

*El destino inmediato de este libro tiene que ser forzosamente incierto, ya que –¿acaso no es así?– la historia la escriben los vencedores. Y los beneficiarios de la situación actual, del curso de los últimos diez años, no son los obreros en general, ni los revolucionarios en particular. Y tales beneficiarios de la situación actual han acuñado esa seca palabreja beata de “la transición”, para falsificar la historia desde el poder, y ocultar la riqueza política de diez años de lucha, en los que tuvo lugar un movimiento pre revolucionario inconcluso, una revolución **abortada**.*

*Entre 1974 y 1984 se sucedieron a ritmo vivo la agonía de un régimen, la revuelta obrera, la crisis política del Estado, el enfrentamiento de los que quieren prolongar la*

*etapa de dominio de la calle sobre la ley, con los que se apresuran a crear otra ley para sujetar la calle; y la decepción de las masas, y el restablecimiento del orden, y un golpe militar... Todos los elementos y las situaciones de una auténtica **revolución de masas** están presentes en esos años, aunque ciertamente de una forma sólo esbozada, poco resuelta, todavía indecisa, como en un primer **ensayo**. Pero están ahí. Los luchadores obreros que siguen en la brecha y los que piensan volver algún día necesitan entonces rescatar las lecciones políticas de esos diez años. Y, para ellos, la llamada “transición” con todo su aparato de figurones, es una cáscara hueca sin sustancia alguna en su interior.*

*Cuanto más nos alejamos de aquellos años, los comentaristas históricos oficiales más liman sus aristas, borran sus contradicciones, olvidan sus sobresaltos, y nos presentan una visión más chata, más plana y más seca de su “transición”. Pero la verdad ni se le parece. La transición oficial y legal del régimen no fue la historia, sino la anécdota. Como la verdadera historia transcurrió en las filas de los obreros, en gran parte permaneció en un mundo subterráneo, o bastante apartado de la vista de dichos historiadores o periodistas. Y la agitación de este mundo subterráneo, además de sus frecuentes salidas violentas a la superficie, dieron a la llamada “transición” el carácter convulso que ahora quieren ocultar. En este libro los personajes anecdóticos aparecerán, como en la realidad, en tanto que instrumentos de las grandes fuerzas sociales y de sus intereses contrapuestos que sacudieron los cimientos del orden.*

*¿Quiénes fueron el o los protagonistas? Sobre este asunto se ha hablado mucho. Al principio el nuevo poder se sentía muy inseguro, por lo que los historiadores a su servicio decidieron adular al pueblo. En los primeros años, este pueblo leía por todas partes: “la transición fue la obra de todo el pueblo”, “el pueblo demostró su madurez en la transición”, “el pueblo ha recuperado su protagonismo”, “el verdadero sujeto de la soberanía: el pueblo español”, y todos los demócratas de la pluma competían en halagos al sufrido pueblo. Esos halagos históricos eran muy poco sustanciosos, y estaban en abierta contradicción con la **situación real**, material, de este mismo pueblo. No podían durar. Su situación real había cambiado tan poco, y en algunos aspectos de la vida tan negativamente, que se encontraba en la postura de Sancho Panza cuando fue nombrado por broma de unos Duques, “gobernador de la ínsula Barataria”: aunque lo rodeaba una corte de aduladores, por sus narices pasaban los mejores platos sin que le dejasen hincar el diente a ninguno.*

*Pero en la Barataria de Cervantes y en la Barataria española, la broma terminó y Sancho Panza, como es sabido, fue despedido de su jerarquía. Con el paso de los meses y los años, la monarquía de Juan Carlos, sus gobiernos y sus figuras políticas, se sintieron más seguros en sus asientos y no vieron la necesidad de seguir adulando al “pueblo soberano”. Los historiadores de la democracia burguesa captaron la onda y reescribieron sus análisis quizá “un tanto precipitados”. Ahora buscaron protagonistas de más noble cuna o más poderosos que el pueblo. El rey, dijeron algunos, ese es el héroe de la “transición”. El duque, dijeron otros, el Duque de Suárez es quien entregó al pueblo la democracia. Otros, como Carrillo, dedicaron libros a poner de relieve su propio papel. Quien lo tenía más difícil era González, pero como logró el gobierno, acabó disponiendo del poder de modificar la historia, y ha logrado dar incluso una importancia “decisiva” para “la transición” a un Congreso del PSOE en Suresnes que pasó desapercibido para todos, pero sobre todo para los trabajadores. Así es la historia de nuestros días: ya no se halaga al pueblo sino al poder.*

*El motor de todos los acontecimientos de estos diez años fue la lucha entre las clases. Su protagonista fue la clase trabajadora, y así aparece en este libro. No el pueblo en general, sino precisamente la clase obrera, su vanguardia y sus organizaciones. Las exigencias de los trabajadores, sus luchas, el grado de organización alcanzado, su conciencia o su desánimo, su unidad o su división, determinaron para bien o para mal cada paso que dio la situación política, cada actitud del poder, de los burgueses, de los partidos... Así fue y así hay que tratarlo para conocer la verdad.*

*La clase obrera, con sus lados fuertes y sus lados débiles. También esto es importante, porque los luchadores del proletariado serían los primeros en rechazar un panfleto destinado a halagar al pueblo. Los lados **fuertes** de la clase obrera se manifestaron en los mejores momentos de la crisis del franquismo y aun se manifestarán más enérgicamente cuando sus hombres y mujeres se decidan a irrumpir otra vez en la arena política. Sus lados **débiles** pueden y deben corregirse con la valiosa experiencia de esos años: por este motivo, en cuanto a su forma, este libro es una autocrítica de la revolución obrera.*

*Quien habla de la clase obrera tiene que hablar de su partido. La clase fue el protagonista de estos diez años. Pero no estamos hablando de una abstracción sociológica. En este libro la clase obrera **no** aparecerá en esa forma abstracta en que los demócratas hablan del “pueblo” desde sus butacas, es decir como una especie de ciudadano medio multiplicado por millones. No aparecerá así porque la clase obrera **no** existe ni actúa a través de esa abstracción estadística que es el “obrero medio”. El “obrero medio” es una fórmula sociológica. Nadie ha encontrado ninguno. En cambio la clase obrera es una realidad viva, compleja, dividida, compuesta de hombres y mujeres, activos o pasivos, agrupados o insolidarios, siempre en constante movimiento.*

*La clase obrera actúa **a través** de estos hombres que **sobre todo** forman grupos de ideas y de acción, que van desde la asamblea de huelguistas o el piquete, hasta los partidos que disponen de un programa acabado y una disciplina estricta. Se puede decir que las relaciones cambiantes entre todos estos grupos de trabajadores constituyen la **vida** interior de la clase obrera como organismo vivo, y definen su capacidad de acción y de dominio sobre las otras clases de la sociedad. Por ello, en este libro tampoco habrá lugar para el obrerismo barato de los sociólogos y los curas. En él los obreros se reconocerán **divididos** en tendencias políticas que pugnarán entre sí para definir el comportamiento de su clase ante las circunstancias políticas.*

*En este sentido este es un libro **de partido**. El PORE fue y es uno de esos grupos obreros: su significación apenas trascendió de la vida política obrera a la esfera de la “alta política” oficial, aunque **todos** los gobiernos sucesivos le distinguieron con diez años de ilegalidad. Pero entre los trabajadores avanzados, sobre todo de Cataluña, fue una de las banderas de la lucha, y concretamente la más revolucionaria.*

*El lector encontrará, además de un análisis crítico y autocrítico, una selección de artículos del autor, publicados en la revista del PORE **La Aurora** a lo largo de diez años. ¿Por qué estos documentos? Porque nadie puede hacer otro tanto. Para las otras tendencias del movimiento obrero, estos diez años han sido una sucesión de renunciados y de bruscos cambios de chaqueta. No podrían presentarnos **su** balance. En cambio la política del PORE, sección de la IV Internacional, ha pasado bastante mejor la prueba de los años. El lector verá en seguida, gracias a los artículos reagrupados en este libro, lo que habría que cambiar y lo que todavía hoy vale. Es muchísimo más, y más importante, lo segundo que lo primero.*

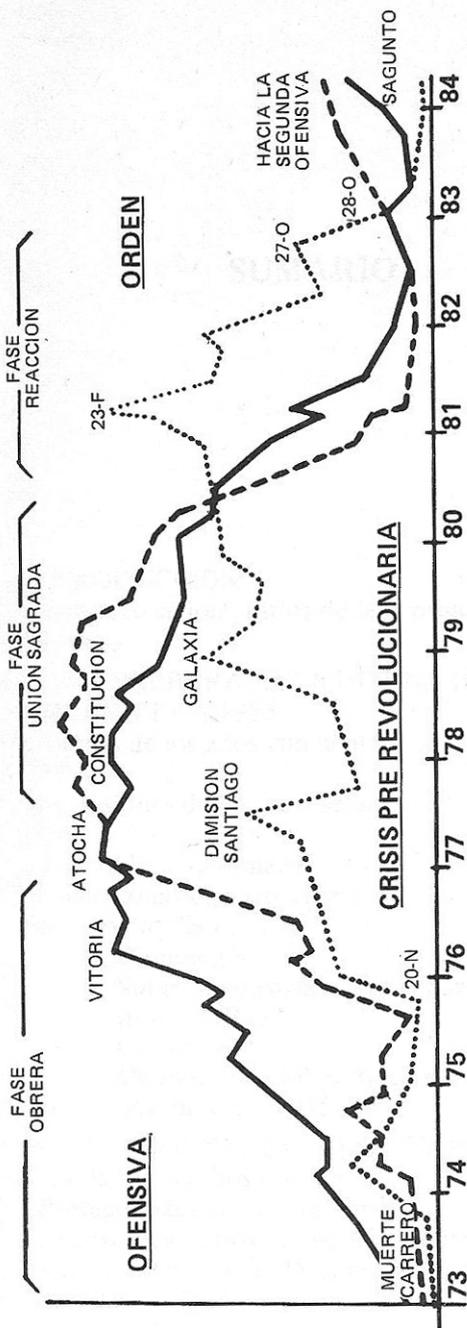
*Además, los próximos acontecimientos de la lucha de clases traerán al primer plano a la juventud. Y los jóvenes trabajadores no sólo necesitan conocer cómo se formó esta situación en la que ellos tomarán el relevo, sino también cómo actuaron en su momento los revolucionarios, qué dijeron y propusieron al conjunto de la clase obrera.*

*Por esta razón, al precio de complicar un poco la presentación de los hechos, el libro está dividido en capítulos, correspondiendo a las grandes etapas de la crisis española, y dentro de cada uno de ellos se incluye al final una selección de artículos de la época analizada, acompañados de una nota cronológica. Al fin y al cabo, para el conocimiento de todos los procesos de la historia, pero sobre todo de los movimientos de las masas, la sucesión de las grandes etapas es más importante que la simple cronología de los acontecimientos.*

*El lector notará que se entrecruza el análisis de los hechos objetivos con las consideraciones políticas propias de quien participa al mismo tiempo en la lucha. Pero eso es lógico y además positivo cuando se trata de una historia inacabada, en la que el autor lo mismo que el lector siguen ambos presentes. Sólo así el análisis deja de ser una justificación del poder vencedor, y pasa a ser un arma para la acción. Lo que importa es que la agitada “transición” de los vencedores de siempre, no fue más que el “ensayo general” de los oprimidos, los vencedores de mañana.*

Octubre 1984

Aníbal Ramos



ESQUEMATIZACION GRAFICA DE LA REVOLUCION ABORTADA

→ CURVA REVOLUCIONARIA - - - - - → COLABORACION DE CLASES ..... → CURVA CONTRARREVOLUCIONARIA

## SUMARIO

### PÁG.

|     |   |
|-----|---|
| 4   | INTRODUCCIÓN  |
| 8   | Esquematación gráfica de la revolución abortada   |
| 9   | Sumario   |
| 11  | I. LOS PREPARATIVOS DE UNA REVOLUCIÓN OBRERA.<br>1974-1985  |
| 13  | La crisis de los años cincuenta   |
| 14  | El 57   |
| 16  | Las ilusiones de los años sesenta   |
| 17  | Pequeña burguesía y proletariado  |
| 19  | El 69   |
| 20  | La dictadura acorralada   |
| 24  | Revolucionarios y oportunistas  |
| 27  | Hacia la batalla final  |
| 31  | Cronología  |
| 32  | <b>Sobre la construcción del partido en las fábricas</b> (junio 1974)   |
| 39  | Cronología  |
| 40  | <b>Un militante del partido es un dirigente de la clase obrera</b><br>(abril 1975)                            |
| 46  | II. LA OCASIÓN REVOLUCIONARIA. 1976   |
| 48  | Tres meses para los obreros   |
| 53  | ¿Protagonistas los trabajadores?  |
| 54  | Los revolucionarios, un paso por detrás   |
| 57  | Reconstrucción de la IV Internacional   |
| 59  | Una fuga adelante   |
| 62  | El giro del verano del 76   |
| 65  | Cronología  |
| 66  | <b>La revolución proletaria es la salida a la situación actual</b><br>(diciembre 1975)                        |
| 70  | Cronología  |
| 71  | <b>El gobierno obrero y campesino, los consejos obreros y los co-<br/>    mités de fábrica</b> (febrero 1976) |
| 77  | Cronología  |
| 78  | <b>Masas, vanguardia y partido revolucionario</b> (octubre 1976)  |
| 83  | III. CONTRAATAQUE DE LA “UNIÓN SAGRADA”. 1977-1978  |
| 85  | Atocha y Roca   |
| 88  | Un pacto entre la burguesía y el stalinismo   |
| 92  | La parte de mentira en los motivos del pacto  |
| 93  | Cortes burguesas o cortes obreras   |
| 96  | Consigna: liquidar al ala izquierda   |
| 100 | Primer fracaso...   |
| 103 | ... y difícil repliegue   |
| 106 | Cronología  |

|     |   |
|-----|---|
| 107 | <b>Decir la verdad a las masas...</b> (febrero 1977)            |
| 115 | <b>Dos o tres meses</b> (junio 1977)                            |
| 119 | Cronología  |
| 120 | <b>Carrillo, el Estado y el Kremlin</b> (julio 1977)            |
| 128 | Cronología  |
| 129 | <b>La sangre que pide esta constitución</b> (enero 1978)        |
| 131 | Cronología  |
| 132 | <b>¡Por la independencia del proletariado!</b> (noviembre 1978) |
| 137 | IV. LAS OREJAS DEL LOBO. 1979-1981                              |
| 138 | El retroceso  |
| 141 | Pataleo de burócratas   |
| 144 | Luchas de retirada  |
| 148 | El avance del nacionalismo                                      |
| 151 | El terrorismo vasco   |
| 156 | Agitación fascista  |
| 157 | El año encrucijada  |
| 160 | El golpe  |
| 162 | Carrillo y el golpe   |
| 165 | Cronología  |
| 166 | <b>¡A las armas de la formación!</b> (abril 1979)               |
| 170 | Cronología  |
| 171 | <b>¿De dónde viene el peligro?</b> (octubre 1979)               |
| 177 | Cronología  |
| 178 | <b>Liquidación del partido obrero</b> (noviembre 1980)          |
| 182 | Cronología  |
| 183 | <b>Segunda advertencia</b> (mayo 1981)                          |
| 189 | V. ARREPENTIDOS Y REVOLUCIONARIOS. 1982-1984                    |
| 191 | Triunfo (provisional) del orden                                 |
| 193 | La pequeña burguesía se arrepiente                              |
| 195 | Dispersión y reorganización                                     |
| 197 | Después de Sagunto  |
| 202 | Cronología  |
| 203 | <b>Nueva etapa</b> (enero 1983)                                 |
| 208 | Cronología  |
| 209 | <b>Arrepentido (su moral y la nuestra)</b> (abril 1983)         |
| 214 | <b>Esclavitud o partido</b> (mayo 1983)                         |
| 219 | POR LO TANTO...   |

**I**

**LOS PREPARATIVOS  
DE UNA REVOLUCIÓN OBRERA  
1974-1975**

En 1973 se aceleró bruscamente el ritmo de la lucha de clases. El número, la amplitud y la duración de las huelgas empezaron a crecer en progresión geométrica y, sobre todo, no volverían ya a disminuir –¡y muy poco a poco!– hasta bien entrado el año 1977, cuando iba a perderse la primera ocasión revolucionaria. Fríos números pueden todavía hablarnos de la hirviente temperatura que reinaba entre las masas trabajadoras mientras se acababan los días del siniestro “caudillo”.

La clase obrera apretaba el paso y lo hacía con firmeza y *por delante de todas* las otras clases y fuerzas sociales. Pero esta verdad, indiscutible hace diez años, va quedando medio olvidada, medio sepultada bajo anécdotas políticas secundarias difundidas para ennoblecer y engrandecer el ambiguo papel de los políticos pequeño burgueses y de los tráfugas del franquismo. Muchas veces en la historia se vio surgir una gravísima crisis política sin que los oprimidos estuviesen listos para el combate ni se sintiesen fuertes para aprovecharla. ¿Cuál era la posición del proletariado antes del 75? Desde luego, quienes *a posteriori* atribuyen todos los acontecimientos al hecho biológico de la muerte del dictador y al hecho “sucesorio”, evitan todo análisis serio de la posición y las posibilidades del proletariado. Con trucos así de sucios se puede falsificar la historia. Según ellos, las huelgas serían los aspectos *sindicales* de la oposición, ligados a la coyuntura económica y a la situación material de los trabajadores; por lo mismo reducen la lucha política a las declaraciones, alianzas y manifestaciones de los partidos. Así el movimiento huelguístico proletario parece siempre el *comparsa* de la oposición política, mientras el movimiento político, sin el flujo vital de la huelgas, se nos presenta tan *anémico* que en él destacan hasta las más vulgares maniobras de pasillos.

Pero en 1973 el organismo vivo de la clase obrera, que tiene algo así como sus músculos en la acción de las masas, y sus nervios en la actividad de la vanguardia, recibía del gran ascenso huelguístico algo así como un impetuoso y creciente flujo sanguíneo: el proletariado estaba netamente en ofensiva y las cifras cantan. Si en 1966 se perdió ya un millón y medio de horas de trabajo en huelgas, en 1970 se llegó a los 8’7 millones y en 1975, el año que murió Franco, a los 14’5 millones de horas. Es decir que en diez años se había multiplicado por diez la fuerza del movimiento huelguístico *mientras la represión del régimen se endurecía y endurecía* hasta culminar en el sangriento otoño del 75. ¡Sin duda que el movimiento obrero ni nació, ni creció, ni se desarrolló gracias a una tolerancia de los poderosos! La actitud de los trabajadores ante la represión se refleja en otro dato de sus huelgas, tan importante o más que su número o su duración: el carácter de sus reivindicaciones. Un dato importante para conocer la conciencia de la clase, que es algo así como el cerebro del organismo vivo del proletariado (y si hacen falta músculos y nervios para combatir, no hace menos falta el cerebro). Mientras que sólo el 4% de las huelgas entre 1963 y 1967 fueron de solidaridad o políticas, desde entonces hasta la muerte de Franco tuvieron reivindicaciones políticas o de clase aproximadamente un cuarenta por ciento o más de todas las huelgas. El *salto en la conciencia obrera* al filo de los años setenta se mide en este dato. La conciencia de clase, el

cerebro del proletariado, se despertaba al mismo tiempo que se tensaban sus músculos y se templaban sus nervios. En fin, en todos los países hacia donde dirigiesen la mirada los obreros, encontraban un clima de revuelta y también de franca esperanza en la caída de la dictadura española.

Cuando murió Franco la situación política estaba pues dominada por una ofensiva obrera que dejaba en un segundo plano a *todos* los demás aspectos de la crisis, tales como la división en las filas franquistas, la brutalidad de la represión, la reaparición de todos los partidos de los años treinta, la incorporación de las clases medias a la oposición, la formación de alianzas, etc. Pero las debilidades sólo resaltan en los momentos críticos. Y como poco a poco esa misma clase obrera ha ido dejando pasar y perdiendo la ocasión revolucionaria brindada por la muerte de Franco, y ha ido cediendo el escenario a otros protagonistas, quienes nos sentimos parte activa de los esfuerzos, aciertos y errores de esta clase obrera estamos obligados a retroceder con el análisis hasta desentrañar las contradicciones que llevaba dentro de sí la ofensiva proletaria y que acabaron dispersándola.

## ***La crisis de los años cincuenta***

La década del sesenta fue la década “liberal” de la larga y miserable dictadura, si se permite semejante adjetivo para describir tan *sólo* una ligera atenuación de la cruel represión franquista. Antes fue la posguerra; después vinieron los últimos zarpazos del franquismo agonizante. Pero, en medio, el desarrollo ininterrumpido del movimiento obrero desde las huelgas de la minería asturiana del 62 y 63 había cogido por sorpresa al régimen, le había tomado francamente la delantera... y, por otro lado, tampoco la dictadura de aquellos años se sentía tan débil que no pudiera permitirse cierta cautela, cierta indecisión, un margen de maniobra. Había razones para ello.

La primera: al principio de los años cincuenta la dictadura había logrado postrar a la oposición clandestina. La derrota de los obreros en 1939 tuvo a sus ojos más de derrota militar que de derrota política y moral de sus partidos. La bancarrota de sus dirigentes quedó oscurecida ante la ardiente necesidad de defenderse, de resistir; y durante años todavía la resistencia se organizó en la clandestinidad y en las montañas para seguir peleando contra una represión feroz. Al final de la Segunda Guerra Mundial imperialista una España clandestina bullía y se agitaba con la esperanza de una rápida revancha de los oprimidos. Para desgracia, las esperanzas de estos partidos, de sus viejos líderes, de sus cuadros y –¡mayor desgracia aún!– de sus militantes obreros incluso, estaban mucho más puestas en los *aliados* de la guerra mundial (en Truman, Churchill y Stalin) y en los monárquicos españoles, que en la evolución de las masas sobreexplotadas. Especulando con aquellas ayudas y alianzas, la oposición de la guerra *se alejaba* cada día más de la juventud que estaba creciendo al frío y en el silencio de la posguerra, y se alejaba *igualmente* de las preocupaciones angustiosamente materiales de los trabajadores. Se empezó a decir que “el exilio y sus dirigentes se alejaban de la realidad del interior”; pero la pura verdad era que esos partidos, una vez perdida la guerra civil, no tenían ya ninguna perspectiva para la lucha obrera, ninguna línea de clase, y sus aparatos giraban como satélites en la órbita de los gobernantes de Moscú o Londres.

Vuelto de espaldas a Europa, el franquismo realizó en sus primeros diez años una importante acumulación y concentración de capital en manos de la burguesía, utilizando ampliamente el terrorismo económico y sindical típico de un Estado fascista y de su burocracia. El poder adquisitivo del salario cayó al 50%, y cientos de jornaleros se fueron hacinando en las grandes ciudades; se acumulaban así las condiciones de una explo-

sión social que no podía retrasarse mucho tiempo. Pero los dirigentes de la oposición no buscaban su fuerza en esta oscura resistencia y en la prolongación de la guerrilla en las montañas. En 1946 (huelga de Manresa, plante de CASA y paro en Standard de Madrid, paros de Catalana de Gas en Barcelona, de Bazán en Galicia, de Naval y Astilleros en Bilbao) y particularmente en la huelga general de diez durísimos días de mayo de 1947 en Bilbao, la oposición quemó sus últimos cartuchos convencida de una inmediata eliminación de Franco por la propia burguesía. En esas huelgas se veía ya la desconexión entre el proceso vivo de evolución profunda de la masa obrera, de sus acciones y reivindicaciones, y la política del PCE, del PSOE y de la CNT, ninguno de los cuales lograba mejorar su implantación entre las nuevas capas obreras surgidas del éxodo rural y del simple relevo biológico de la clase. Ni siquiera podían ya contrarrestar la represión implacable. La oposición clandestina se desmoronaba. La persecución y la infiltración se hicieron más eficaces y devastadoras con el aislamiento y con las desilusiones cuando los “aliados” burgueses e imperialistas les volvieron la espalda para entenderse con la dictadura.

Después de la detención y asesinato del dirigente socialista Tomás Centeno, el aparato del interior del PSOE y la UGT quedó desarticulado. Era el año 1953, y el PSOE dejó de contar hasta 1973.

También en 1953, después de la caída del Comité Nacional anarcosindicalista de Cipriano Damiano, la policía franquista había logrado el total desmantelamiento de la CNT. Desde entonces hasta el año 75, el sindicato anarquista tampoco contó.

A partir del año 1948, una serie de detenciones en masa y de ejecuciones liquidaron la dirección interior del PCE y redujeron a este partido a unos pocos núcleos desconectados entre sí y paralizados por el aislamiento, la represión el miedo a la infiltración. En esos momentos su situación era tan desesperada como la de los socialdemócratas y anarcosindicalistas. Sin embargo, Stalin había presionado para que el PCE se fuese infiltrando en las instituciones legales del régimen y de la Iglesia católica y esta actividad explicará más adelante la reaparición del partido stalinista ya desde los primeros años sesenta.

Pero la continuidad del movimiento obrero había quedado *rota* no sólo por la derrota militar en la guerra civil, sino también por esta segunda derrota de los combatientes de la guerra después de una larga resistencia clandestina. Si hay una fecha para esta derrota, esa es el año 1953. Todo estaba acabado, todo debía recomenzar “casi desde cero”. Aquí tenemos una de las causas de etapa de *los sesenta*, de sus especiales rasgos y contradicciones; las otras explicaciones las buscaremos ahora en la situación de la dictadura y en la tortuosa evolución de las clases oprimidas que quedaban sin dirección política.

## ***El 57***

En el momento mismo de esa segunda victoria del franquismo sobre los partidos de la oposición, el régimen se encontraba en una situación objetiva muy difícil. La inflación estaba estrangulando la vida económica, y el país carecía de alimentos, de materias primas y energéticas para seguir subsistiendo aislado. Desde la misma guerra mundial, el imperialismo norteamericano estaba presionando para abrir el mercado español al capital internacional. Las burguesías americana e inglesa habían coqueteado efectivamente con los monárquicos españoles e incluso reanimado a los nacionalistas catalanes y vascos como *agentes* eventuales de esa penetración imperialista; pero no habían querido correr el riesgo de desplazar por la fuerza a Franco y menos aún el de ayudar a la oposición a derribarlo. Luego, la presión internacional se trasladó exclusivamente a los

campos diplomático, comercial y militar. En 1955 la Dictadura entraba en la ONU, apadrinada con descaro por la burguesía norteamericana y aceptada sin vergüenza por la burocracia soviética.

La burocracia franquista seguía ofreciendo cierta resistencia a cualquier modificación de su política de guerra y de posguerra, ante todo por cálculo político: por un miedo indisimulado a las consecuencias de un “contagio” internacional que facilitase la *recuperación material, moral y política* de los obreros derrotados. Podemos incluso estar seguros de que Franco habría mantenido al país aislado, cada vez más hundido en la miseria, retrocediendo cada día un poco más, de no haber mediado *otra* presión distinta de la diplomática y de la comercial del imperialismo, de no haber sido “convencido” precisamente por la amenaza concreta y contundente del *proletariado*.

Pero en 1956 comienzan las grandes huelgas por aumentos salariales en Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya, Álava y Barcelona, y las primeras manifestaciones contra la carestía. El ministro falangista Girón tuvo que decretar, en un año y para capear el temporal, *dos* aumentos del salario, en abril y en noviembre, superiores a todo el aumento en los diecisiete años anteriores. Eso era ya una aventura demagógica que animó a las masas sin llegar a contentarlas. Meses después la dictadura no tenía más remedio que cambiar de política y Girón, como muchos de los suyos, cayó sustituido por un gobierno con gente del Opus. Cuando empezaba a descargar la tormenta social acumulada en la miseria de la posguerra, la amenaza obrera forzó a la burocracia franquista a claudicar en su política de aislamiento económico y dirigismo laboral, y la arrojó en los brazos del imperialismo. Desde 1957, todos los gobernantes españoles incluidos los del PSOE han respondido del mismo modo a *cada crisis*: dando un paso hacia la transformación de la península en una semi colonia, entregándose un poco más al capital imperialista para que les ayude a someter a la población trabajadora.

La oposición clandestina estaba arrinconada, pero la clase obrera despertaba a través de un proceso descuidado por aquellos dirigentes demasiado ocupados en las combinaciones diplomáticas. El 5 de mayo de 1958 fracasó la *jornada de reconciliación nacional* y el 18 de junio del año siguiente fracasó igualmente la *huelga nacional pacífica*, ambas convocadas por el PCE, lo que demostró a las claras que la evolución de las masas, de su conciencia cada vez más luchadora, tenía ya poquísimo que ver con la política de la oposición clandestina, mezcla de *aventuras* en las formas de acción, y *oportunisto* en los objetivos y las alianzas.

Hay una relación cierta y estrecha de la capacidad de combate de los trabajadores con su nivel de organización y con el carácter de su dirección política. Pero la relación es dialéctica, viva; no es mecánica. Esta gran verdad se puede asimilar precisamente de esos años de *renovación* del movimiento obrero, en los que se aislaban y hundían en el desánimo *los partidos*, mientras las acciones defensivas y limitadas de las masas estaban ya a punto de generalizarse y de cambiar la faz política del país. La renovación política del movimiento obrero estaba asociada a una renovación de la misma clase: los niños de la guerra, ahora con diecisiete años más, empezaban a desplazar a los obreros que perdieron con las armas en la mano; los campesinos que emigraron desde el final de los años cuarenta se iban integrando a la clase. Por las venas del proletariado corría sangre nueva. El mejor e incluso el lógico canal de la maduración de una conciencia de clase lo habrían sido las organizaciones obreras clandestinas, pero se trataba de aparatos oportunistas sumidos además en el fracaso político. Los trabajadores buscaron su propio camino tortuoso y confuso, partiendo de la victoria de la siniestra dictadura. En el sindicato vertical franquista iban entrando algunos hombres honrados, de esta clase obrera que se nutría de jóvenes de la posguerra y de campesinos; y estos hombres empezaban a luchar por su clase en el sindicato fascista, desafiando a las jerarquías. La Iglesia católi-

ca, otro pilar del régimen de Franco, organizaba su influencia propia sobre los trabajadores, pero también en estas asociaciones iban entrando muchos obreros de los más inquietos y activos, que acababan peleando contra los curas. *Políticamente* el movimiento de los años sesenta surgió mucho más de la evolución tortuosa de este sector obrero, que de la influencia de los partidos clandestinos, que comprendieron tarde y mal la real evolución de la lucha proletaria. La contradicción principal de la ofensiva obrera surgida bajo el franquismo viene de esa *ruptura* con el movimiento de la revolución, de la guerra civil y de la resistencia. Y por el camino se perdieron no sólo muchas tradiciones clasistas y militantes, sino también las ricas experiencias de una revolución transformada en guerra y, como guerra, perdida por la *colaboración de clases* de los obreros con la burguesía republicana.

Los años sesenta estuvieron ya marcados por la potencia del despertar obrero; pero también por el peso de la pequeña burguesía sobre su conciencia, precio de una ruptura en el hilo de su historia y tributo al origen político de este “nuevo” movimiento.

## *Las ilusiones de los años sesenta*

Esa contradicción entre la potencia del movimiento obrero y lo confuso de su conciencia de clase engendró la gran ilusión de los años sesenta: la *unidad* de todos los oprimidos. Si buscamos a los componentes de aquella unidad, a los seguidores de esta ilusión, nos resultará fácil toparnos con algunos de los gobernantes burgueses de la llamada *transición* junto a los jefes de la pequeña burguesía que después de la muerte de Franco constituyó la base principal del PSOE; al lado de ellos, veremos al movimiento obrero más tarde legalizado y oficializado por la Monarquía e incluso, entremezclados con ellos, a los proscritos del régimen actual, a los revolucionarios, y a la “bestia negra” de la propaganda oficial, a los terroristas. A todos ellos les teníamos más o menos generosamente unidos frente a la represión en buena parte de los años sesenta, de tal manera que podemos ya presentar la historia posterior como *la diferenciación* progresiva entre los distintos sectores políticos *en función* de la evolución de las clases y fuerzas sociales que les sirvieron de base; como la historia de sus *enfrentamientos* cada vez más duros entre sí, motivados siempre porque alguna de esas fuerzas se acercaba al poder burgués, o intentaba hacer retroceder la lucha, mientras otros sectores la endurecían porque a través de ellos el proletariado afirmaba su *independencia de clase* y su intransigencia en la lucha común contra la dictadura franquista. El final *provisional* de este proceso de división y enfrentamientos partiendo de la unidad, ha sido la formación de dos bandos fundamentales: el de los que levantaron y defienden el “nuevo régimen” por medio de un pacto burgués, pequeño burgués y obrero-reformista, y el bando de las dos fuerzas excluidas del régimen actual, los revolucionarios proletarios y los revolucionarios de la pequeña burguesía vasca. Pero en la etapa de los años sesenta tenían su luna de miel la pequeña burguesía y el proletariado.

En 1957 la dictadura franquista había tenido que cambiar de política y, con el recurso al capital exterior, empezó “estabilizando” la economía para abrirla e incorporarla al mercado imperialista en condiciones de creciente dependencia. Comenzó por devaluar la moneda y congelar los salarios y, en suma, por reducir de nuevo la capacidad de consumo de la clase obrera en casi un 50% durante dos años, mientras originaba una nueva ola de emigración masiva, esta vez hacia Europa. Los dos años de la *estabilización* provocaron un malestar violento que acabó desembocando en las grandes huelgas iniciadas por los mineros asturianos en el 62, y con ellas en la aparición de las *comisiones obreras* en los mismos centros de trabajo.

Cada giro del régimen, lo mismo si se trataba de promesas o signos confusos –y cada vez más raros– de *liberalización*, que de las vueltas cada vez más frecuentes a una represión ciega, tuvieron ya un solo efecto: radicalizar a la clase obrera, provocar su audacia. El movimiento obrero de los sesenta tuvo dos fases diferenciadas. En los primeros años las luchas llevaron siempre el salario por delante del coste de la vida, animando así a un movimiento huelguístico reivindicativo en constante ascenso y a una reorganización creciente de la clase. Las *comisiones obreras* se extendieron y se generalizaron a través de líderes *naturales* que se formaban al calor de la acción y se politizaban en el fuego de la lucha contra la represión; en esa época no representaban una tendencia definida de la clase obrera, sino que se identificaban con el movimiento huelguístico mismo. Las fuertes *entradas de capital* como divisas de turismo, como creciente inversión imperialista en la economía española y como remesas de cientos de miles de obreros trabajando en el extranjero, permitieron a la burguesía capear el temporal huelguístico. Pero lo más importante es que, sin esa recuperación *material* de la clase trabajadora, que la alejó de la miseria de la posguerra, sin ese breve *respiro* económico de los primeros años sesenta, casi sería impensable todo lo que ocurrió después. El respiro económico de los obreros dio aliento a su ofensiva política.

La dictadura había comenzado cediendo. Una parte de la burguesía se distanciaba de ella y, en 1962 en Munich, sectores netamente capitalistas de la oposición se reunieron con la socialdemocracia para encontrarle una “salida” al franquismo. Mientras se vio capaz de ir capeando el temporal de las luchas obreras con la ayuda del capital imperialista, la dictadura pensó en su propia “evolución”: introdujo la negociación colectiva, reformó la ley de prensa, presentó una ley de sucesión monárquica de Franco a *referéndum* y anunció incluso una frustrada “reforma sindical”. En realidad, cada uno de esos proyectos acabó en una estafa, porque iban siempre detrás de lo exigido en las luchas, manifestaciones y huelgas, y sólo lograban convencer al franquismo de que la más pequeña fisura dejaría pasar un terrible torrente revolucionario.

La segunda fase del movimiento obrero comenzó con el contraataque de la burguesía. Desde 1966 aparecieron síntomas alarmantes en el “desarrollo” franquista: su integración a la cadena imperialista había *salvado* al régimen, pero había dejado sin solución todos los problemas del atraso industrial y agrario del país y los agravaba con las tensiones procedentes del mercado mundial. El crecimiento económico empezaba a detenerse, la inflación alejaba a los capitales de las inversiones productivas y el paro empezaba a aumentar sin que esta vez fuese ya posible desviarlos hacia la emigración. Como siempre en las crisis burguesas españolas, el plan económico del gobierno se había quedado en exportar mano de obra, en importar capitales en condiciones imperialistas y en aprovechar alguna corta coyuntura favorable. La dictadura contraatacó con la congelación salarial de finales del 67 y, sobre todo, con la represión brutal desde el Estado de Excepción del 69. Por primera vez el franquismo había pensado en su propia reforma; su fracaso y su involución se llevaron por delante montañas y montañas de ilusiones, y endurecieron otra vez y para siempre las condiciones de la lucha.

## ***Pequeña burguesía y proletariado***

Esas ilusiones iban asociadas a las relaciones de la pequeña burguesía con el proletariado. Conforme se acercó a su final la guerra civil, la pequeña burguesía fue oscilando hacia la pasividad y el derrotismo. En la posguerra sólo se reanimó muy tímidamente y con la ayuda de las potencias imperialistas “democráticas” que acababan de ganar la

guerra mundial, pero enseguida se hundió en la colaboración con Franco o el conformismo hasta que la reanimaron las huelgas obreras del 56.

La “estabilización” burguesa del año 1957 fue también muy dura para la pequeña burguesía. Tras los jornaleros, también los campesinos fueron empujados a la emigración. La devaluación de la moneda redujo el nivel de vida de toda la población modesta, y la apertura al mercado imperialista significó en seguida el final de muchos pequeños negocios ruinosos de posguerra. Comenzando por sus hijos, los *estudiantes*, la pequeña burguesía se rebeló contra la dictadura y ocupó un lugar destacado en los movimientos de lucha. En 1957 se fundó el FLP (federación formada por el Frente de Liberación Popular, el Front Obrer Català y el Euskadiko Sozialista Batasuna); en 1959, ETA; en 1960, la USO... La irrupción política espectacular de las clases medias se explicaba además por una especial combinación de factores políticos: el primero, desde luego, el ejemplo del movimiento obrero; pero también la indecisión del franquismo, mezclada con tolerancia. Ya señalé además la derrota de las viejas organizaciones políticas obreras; en fin, la situación internacional les ayudaba. El stalinismo había aplastado en sangre la revolución de los obreros húngaros y sus partidos lo encajaban muy mal. La socialdemocracia se había comprometido de una manera particularmente sucia con el imperialismo en los años de la llamada *guerra fría*. En el marco de esta agravación de la crisis de la dirección del proletariado mundial, los estudiantes e intelectuales de las colonias que se levantaban con violencia contra el imperialismo, empezaron a *ocupar excepcionalmente* el papel que correspondería a los inexistentes o desacreditados partidos obreros de esos países. De modo que la pequeña burguesía del FLP o de ETA disponía incluso de sus propios *modelos revolucionarios*, a la manera que el proletariado tiene sus tradiciones, sus internacionales, su revolución de Octubre en Rusia. La pequeña burguesía de Cuba y de Argelia, que logró vencer al imperialismo poniendo detrás suyo a los obreros y campesinos, era en los primeros años sesenta el *ídolo* del revolucionario español de clase media.

Hay otro hecho importante: la pequeña burguesía se unía también, e incluso con masividad, *al PCE*. El partido stalinista defendía desde 1956 la línea llamada de *reconciliación nacional*, que otorgaba a la Iglesia, a las clases medias y a los funcionarios del franquismo, a los intelectuales demócratas, un papel más que destacado en la lucha contra Franco. Y además el PCE llevaba tiempo intentando infiltrar las instituciones sindicales, culturales y religiosas del franquismo. En realidad, el stalinismo comenzó *antes* a recuperarse entre la pequeña burguesía, y sólo *después* a ganar un sector decisivo de los obreros, sobre todo a través de su táctica de trabajo legal en el sindicato fascista y las asociaciones “obreras” de la Iglesia.

Indiscutiblemente, la experiencia de todas las revoluciones permite asegurar que, al menos hasta 1971 en España, la actividad en los sindicatos verticales era *ineludible* para *todo* partido realmente obrero. Eso es hoy indiscutible. Quien no quiso o no supo hacerlo, *no podía* tampoco pretender una posición fuerte en el movimiento obrero español; sólo podía camuflar de “radicalismo” una posición pasiva y derrotista. Pero la condición de un trabajo *legal* en las organizaciones “obreras” de la burguesía (del Estado o de la Iglesia) es siempre la lucha política más intransigente contra la burguesía y sus agentes clericales o policiacos entre los obreros. La política del PCE no tenía nada de esa combinación de flexibilidad táctica e intransigencia revolucionaria propia del bolchevismo, sino que consistió lisa y llanamente en la *reconciliación nacional*, es decir en el entendimiento pacífico con la burguesía, los curas y los militares franquistas. Así que el PCE conquistó una gran fuerza entre los obreros, pero *al precio* de convertirse él mismo, como partido, en un canal de la influencia lamentable de la pequeña burguesía sobre la conciencia y la organización de las masas obreras. A través del PCE, el peso de los es-

tudiantes, de los curas y de los oficinistas sobre el movimiento obrero, no se redujo sino que *creció*. Y *este* fue el punto débil, el *talón de Aquiles* de la clase trabajadora española: la debilidad de los cuadros obreros, el peso asfixiante de la pequeña burguesía.

En los años sesenta la composición política del movimiento representaba una *ruptura* con la de la revolución y la guerra civil, y quedó repartida y disputada entre partidos *directamente* formados por la clase media (FLP y ETA, ante todo), organizaciones cristianas “progresistas” (USO y AST-ORT) y un partido obrero profunda y progresivamente ligado a la pequeña burguesía y a las instituciones legales burguesas *ya bajo el franquismo* (PCE).

## **El 69**

El contraataque de la dictadura fue muy rápido. Después del Estado de Excepción del 69 hubo ya en ese año unos *mil juicios* en el recién creado Tribunal de Orden Público de Madrid.

El movimiento no estaba en absoluto preparado. Todos los partidos compartían en distintos grados las ilusiones de la pequeña burguesía en una progresiva evolución del franquismo. Pensaban que el mismo capital nacional e internacional estaba interesado en una “democratización” de la dictadura. Las divergencias entre ellos se referían más bien a otros aspectos, a las conclusiones tácticas. Unos definían el carácter socialista de la revolución (el FLP, la fracción de ETA-Berri), mientras el PCE y los demás le atribuían un carácter democrático-radical o democrático-nacionalista: unos daban mayor importancia que los otros al movimiento de las masas, o definían alianzas distintas... pero *nadie preparaba una batalla revolucionaria inmediata*, sino que más bien todos se preparaban para defender su política dentro de *un futuro evolucionista*, una democratización deforme, insuficiente, tramposa, pero gradual del franquismo. La involución brusca y brutal de la dictadura les cogió pues por sorpresa y desarmados, multiplicando los efectos disgregadores de la represión. El retraimiento del proletariado fue sólo momentáneo, como veremos; el de la pequeña burguesía fue bastante más profundo, se prolongó hasta casi 1974 y, cuando esa pequeña burguesía politizada, retirada a la vida privada durante cinco años, volvió a la escena mientras Franco agonizaba, lo hizo con mucha prudencia y aportando un gran bagaje de escepticismo e incluso de cinismo. Y con el mismo descaro, con la misma indecente “naturalidad” con que en el 69 se retiró a la vida privada, en el 77 copó la vida pública.

Sin embargo la pequeña burguesía no abandonó *completamente* el terreno, ni lo hizo sin despedirse. Una reducida parte se unió sin reservas a las nuevas y otra vez más difíciles condiciones de la lucha obrera. Otra parte se lanzó a toda clase de aventuras, de izquierdismo, de terrorismo, con audacia desesperada, y sufrió y en parte provocó los Estados de Excepción del 67, 68 y del 69, atrayendo sobre sí una violenta represión que se tragó multitud de grupos de generosos e improvisados revolucionarios.

El año 1969 fue una criba del movimiento obrero, una depuración precipitada y trágica de la morralla pequeño burguesa. “Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos derrotados pasan por una buena escuela”, dice Lenin refiriéndose a la etapa posterior al fracaso de la primera revolución en Rusia. Después del 69, el exilio, la cárcel, la rigurosa clandestinidad, la organización de luchas obreras en malas condiciones y con pocas simpatías, el rigor teórico y la tenacidad de la propaganda, fueron la criba por la que pasaron las ilusiones de los sesenta para convertirse en la ofensiva de los setenta. Una gran depuración. Por primera vez, la vanguardia surgida de las nuevas generaciones de obreros tomó contacto en el exilio con el movimiento obrero internacional y la riqueza

za de sus tendencias. En las cárceles y la clandestinidad, los intelectuales que no desertaron, los que hicieron aun causa común con los obreros, tuvieron que hacer también vida común, y se integraban a las filas de la clase revolucionaria. Por primera vez también, muchos trabajadores revolucionarios surgidos de la lucha reivindicativa y ahora despedidos, perseguidos, exiliados, encarcelados, se elevaban sobre su horizonte local y daban los primeros pasos como *revolucionarios profesionales*.

El divorcio entre la clase obrera y la pequeña burguesía —es decir, políticamente el divorcio de los revolucionarios respecto a los demócratas o a los simples sindicalistas— se produjo *entonces*, y *ahí* se templó el nervio de la ofensiva última contra Franco. Las *condiciones objetivas y subjetivas* para una vanguardia *revolucionaria* se crearon, efectivamente, en la crisis de 1969.

En la cima del movimiento de los años sesenta había estado el PCE. Pero conforme se acercaba la hora del contraataque burgués, Carrillo multiplicaba ciegamente sus ofertas al “sector evolucionista” del franquismo y, sobre todo, sus advertencias al movimiento de masas para que no saliese de un marco *tolerable* por los supuestos “evolucionistas” burgueses. Sus militantes, sin embargo, estaban bien metidos en la acción de masas y cada día veían menos signos de *evolución*. Así que en 1967 se produjo la escisión, un gran retroceso del PCE entre la juventud obrera, y un paso más en la transformación pequeño burguesa del partido de Carrillo. Un libro clandestino sobre la huelga de Harry Walker difundió la afirmación nunca desmentida de que las 16 células de fábrica con que contaba el PSUC en Barcelona en 1962, y que lógicamente se desarrollaron sobre todo en el 66 y el 67, se habían reducido a *una sola* a fines de 1970. La lucha daba un giro.

Los primeros conflictos entre el sector obrero y la dirección activista de ETA habían estallado a finales del 66, pero en el 69 produjeron el grupo *Komunistak*, que ya se reclamó abiertamente de la clase obrera y que es el actual MC. También el FLP estalló a partir de fracciones que se reclamaban de la lucha obrera, sobre todo la llamada *Comunismo*, que rechazó al FLP como expresión política de un centrismo pequeño burgués, y que fue la que constituyó el primer núcleo del trotskismo en España.

La lucha obrera ni siquiera se detuvo bajo el Estado de Excepción, ni se derrumbó tampoco bajo esa crisis política y militante pero, cuando recobró y empezó a superar su fuerza anterior, se advirtió un gran cambio en la fisonomía política de la clase trabajadora. El *trotskismo* y el maoísmo estaban penetrando profundamente en las fábricas; donde antes había esperanzas, ahora había tenacidad; donde había ilusiones, realismo; la *unidad* en sí misma no podía ser ya un programa, sino que la clase obrera iba definiendo su programa *por medio de la delimitación de sus tendencias* y de la lucha ideológica entre ellas.

## ***La dictadura acorralada***

Los principales partidos de la etapa anterior, un buen sector de su militancia y la pequeña burguesía politizada quedaron postrados por segunda vez. El movimiento huelguístico, en cambio, volvió a desarrollarse sobre una línea ascendente. La violencia de la represión no detuvo las huelgas, pero provocó las primeras violencias defensivas de los oprimidos. Los *topes salariales* saltaron y la congelación fracasó. El movimiento aprendía y adoptaba reivindicaciones más políticas y unificadoras, formas de lucha más duras, formas de organización más sistemáticas; avanzaba desde las huelgas salariales de la etapa anterior hacia la huelga general, todo lo cual estaba muy ligado a *la principal conquista* de la acción obrera de los años setenta: los comités.

La ruptura de la unidad *política* encontró un contrapeso necesario en la unidad *para la acción*. Esta unidad era muchísimo más sana, pues no se basaba como la anterior en ilusiones compartidas, sino en el control democrático de los huelguistas sobre sus dirigentes. Desde las primeras huelgas de esta nueva etapa (MACOSA y Harry Walker de Barcelona, Eaton y Potasas de Pamplona, entre otras), los obreros de las distintas, numerosas y divididas tendencias que resultaron de la crisis, así como los independientes, tuvieron que formar *comités unitarios*, al principio clandestinos y formados por acuerdo de frente único entre los militantes obreros de las distintas tendencias, pero muy pronto sometidos a la elección o a la ratificación de asambleas de trabajadores. En realidad los obreros no inventaban nada nuevo salvo el nombre; en cierto sentido repetían el camino de *las primeras Comisiones* surgidas en la minería diez años antes. Pero entonces el movimiento obrero sólo excepcionalmente había logrado franquear el paso fundamental, el de la *generalización de las asambleas* de fábrica que es la condición objetiva básica para la democracia obrera. En cambio, los *comités* pudieron ser una dirección flexible, sometida a las asambleas, porque desde 1969 la asamblea general fue la más elemental, inmediata, insustituible respuesta de los obreros a cualquier problema: lo primero de todo, *¡reunir la asamblea!*

Los *comités* tenían otra explicación: el progresivo deterioro del *sindicato vertical*, e incluso de sus posibilidades *legales* de utilización e infiltración y, desde el Estado de Excepción, de sus mismas garantías frente a la represión. Aunque el PCE luchó entonces más que nunca por mantener la desacreditada central verticalista por medio de la autoridad de sus propios militantes obreros colocados en ella, las *dimisiones* de los *enlaces honrados* eran constantes, imparables. Las huelgas provocaban así la aparición de *comités* no sólo para organizar la acción contra el patrono, reunir la asamblea, formar los piquetes, etc., sino para tratar con la empresa. Incluso para negociar debían buscar la autoridad *fuera* de las elecciones sindicales oficiales.

Desde 1972, las huelgas se hicieron *generales* al nivel de una ciudad o comarca, de más de una semana de duración, salpicadas de enfrentamientos, ensangrentadas por los disparos de la policía, extendidas por piquetes, defendidas por barricadas, ocupaciones, encierros... Tres huelgas generales en Pamplona, una en Vigo y otra en el Ferrol, varios movimientos de este carácter en la Ría de Bilbao, en Barcelona con la Térmica y la SEAT, en Valladolid con la construcción y FASA. La primera, la de Granada, fue en el año 1970. La tercera del Baix Llobregat comenzó ya en la agonía de Franco. El movimiento se encontraba a un nivel distinto e imposible de organizar sin el recurso a grandes *asambleas*, a la *coordinación* de los *comités*, a las votaciones fuera del marco del *sindicato vertical*. Y los *comités* y *coordinadoras* fueron desplazando al verticalismo franquista, pese al PCE, y bajo el empuje de la generalización de las huelgas.

Pero ¡que nadie vea aquí el resultado de una ciega *espontaneidad*! Ese dios de la pequeña burguesía nunca hizo milagros. Los obreros se expresaban ciertamente como huelguistas, en las asambleas y en la acción; pero *también a través* de una intensísima lucha entre *sus* tendencias políticas. Las elecciones al *sindicato* franquista de 1971 fueron una dura confrontación entre tales tendencias. Después del contraataque represivo contra las Comisiones Obreras al final de los sesenta, y en plena vigencia de muchas medidas de excepción, la dictadura esperaba recuperarse llevando otra vez a los obreros a los cauces de su aparato sindical de Estado. Coincidiendo con ella, el PCE llamó a participar para recuperar otra vez por *los cauces legales* una influencia perdida en la calle, en la fábrica y en la lucha política. Esta vez el movimiento no estaba en sus balbuceos, como en los años cincuenta, ni en sus primeros pasos como en los sesenta; esta vez la participación no era una táctica obligada; esta vez se trataba de una trampa para *frenar* la generalización de los *comités* y las masivas *dimisiones* de los *enlaces* sindica-

les. Los grupos que se orientaban *hacia* la revolución, ahora con los trotskistas muy en primera línea, agitaron sin descanso por el boicot a las elecciones, oponiendo precisamente los *comités elegidos y revocables por la asamblea obrera*. El PCE colocó otra vez muchos hombres en los cargos oficiales, pero nunca *antes ni después* se alcanzaron cotas tan altas de boicot: en la minería asturiana la participación apenas pasó del 10%; fue bajísima en Navarra y en las empresas más destacadas por sus luchas en el resto de Euskadi, en Madrid y en Barcelona. Los partidarios del boicot sacaron el sentimiento de una victoria moral, y su empuje ayudó al posterior desplazamiento del verticalismo por los *comités* responsables ante asambleas.

*El muerto persigue al vivo*: esta etapa de la lucha contra Franco comenzó por una postración de la anterior dirección stalinista y pequeño burguesa, mientras que la clase no cedía a la represión; pero conforme se afirmó la ofensiva obrera, sacó de su postración a las fuerzas, militantes y direcciones hundidas, les dio una segunda vida que, como todas las segundas partes, nunca fueron buenas. Las *Comisiones Obreras* se reorganizaron a partir de *dos* elementos: estos *enlaces* elegidos y con autoridad legal sobre la clase, aunque no siempre política, y el aparato del PCE como coordinador de las nuevas CC.OO. Después del 71 crecieron continuamente, pero ya no representaban al *movimiento* mismo, sino a una de sus *tendencias* de oposición sindical. Cuando las aventuras izquierdistas que marcaron el cambio de etapas del 69 se agotaron, los revolucionarios volvieron a ingresar tácticamente en las Comisiones dirigidas por el PCE, pero esta vez para pelear desde la base contra la dirección, y hacer de ello una vía más de construcción del partido.

El cuadro de la vida política y sindical de esos años presenta ante todo un *desplazamiento* hacia la izquierda y una progresiva afirmación clasista. Los comités representan la *forma* exterior; el avance de las posiciones revolucionarias, el *contenido*: el proletariado conquistaba en esta etapa su independencia de clase frente a los viejos aparatos y a las capas pequeño burguesas de la oposición. De la pequeña burguesía hacia el PCE; del PCE hacia los maoístas; de todos ellos hacia los trotskistas... por esta escalera al principio lentísima y luego más rápida, con ascensos y descensos, *progresaba* la ofensiva obrera y se preparaba la revolución.

El Consejo de Guerra de Burgos de 1970 lo sacó a la luz. Los que iban a ser condenados a muerte, miembros de ETA, se giraron hacia el proletariado, y en su declaración afirmaban la necesidad de un partido obrero, marxista y leninista. ETA estaba diezmada y desorientada, pero los obreros revolucionarios decían por todas las fábricas del país: “¡defendamos a *nuestros* luchadores contra sus verdugos!”. Era el comienzo de una evolución: la mayoría de ETA fue progresando desde las posiciones de los de Burgos hasta unirse a la LCR pero, *mientras*, dos fracciones sucesivas de la misma LCR acabaron constituyendo el PORE en 1974. Todo el movimiento se desplazaba hacia su izquierda. La composición de los detenidos también podría tomarse como un termómetro – retrasado e impreciso pero muy significativo– de las tendencias que van *relevándose* en la lucha, o peleando con más decisión por ponerse a su cabeza. Las detenciones de los años sesenta reflejaban indiscutiblemente la mayoría creciente del PCE y el avance posterior de ETA y FLP. Pero las de después reflejaron que este peso empezaba a ser discutible: junto a los militantes del partido de Carrillo y a los terroristas, los maoístas empezaron a aparecer continuamente en la prensa con numerosas detenciones y juicios. El año 74 es ya el de las grandes caídas de la LCR, aunque en diciembre la policía atribuye la agitación en Euskadi a los maoístas del MC y la ORT, y en la huelga de SEAT las octavillas policíacas alertan contra el PORE. Y en 1975, en el momento mismo que la dictadura declaró la batalla final, el Estado de Excepción, tuvieron lugar las primeras detenciones importantes de miembros del PORE. Si el lector corrige en un año estos

datos sueltos, trazará un boceto de la fisonomía política de la vanguardia obrera, de su primera línea en la acción y de su minoría más consciente: stalinista hasta el 70, maoísta hasta el 73, trotskista después...

Hasta ese último año el ascenso pre revolucionario fue todavía lento, y entonces se disparó. Una inquietud visible estremecía las filas franquistas, y sus ratas empezaban a huir anunciando el naufragio. Económicamente todos los planes habían fracasado, y las primeras consecuencias de la crisis imperialista se notaban ya, cuando los *topes salariales* sólo provocaban huelgas y más huelgas. Del “desarrollo y la integración de Europa” anunciados diez años atrás, sólo quedaban un *endeudamiento frenético* del Estado respecto al capital imperialista, un *millón largo de emigrantes* que no podrían ya regresar y una tal *penetración extranjera* en la economía española que la hacía doblemente vulnerable a las oscilaciones de la crisis mundial del capitalismo. En Grecia y Portugal las dictaduras militares fascistas se desmoronaban. Franco estaba acorralado. Carrero Blanco era el segundo de Franco y quien había inspirado al régimen desde tiempo atrás, en su frustrada y tramposa “liberalización” como en su radical y criminal *involución*. En 1973 fue nombrado presidente con el declarado fin de mantener el franquismo en cualquier circunstancia y a todo precio, pero en diciembre ETA lo mató.

No fue la primera vez ni iba a ser la última en que las acciones de la pequeña burguesía *interferían* los enfrentamientos entre los obreros y los burgueses. La clase obrera estaba *ya* a la ofensiva, y los revolucionarios de la pequeña burguesía vasca intentaban precisamente poner a su clase por delante y a la cabeza del proletariado. Las consecuencias de la desaparición de Carrero tenían que ser *importantes* para la marcha del régimen y para su estabilidad, pero la clase obrera *todavía no* estaba en condiciones de aprovecharlas, de inclinar la salida hacia su lado. En cambio, un sector de la misma dictadura y de la burguesía podía utilizarlo para tender una mano a la oposición pequeño burguesa y a los dirigentes oportunistas a fin de conjurar el peligro de una revolución socialista, de abortarla.

Los continuadores de ETA, mientras que la mayoría de su organización se alejaba del nacionalismo, volvían a su táctica de aventuras de la clase media. En aquellos meses el *frente obrero* de ETA recién organizado, se enfrenta ya con los *militaristas* pequeño burgueses, que empiezan a defender la lucha armada no por su utilidad para el movimiento de las masas, sino por la posibilidad de alterar las relaciones de fuerza “entre distintos sectores de la oligarquía” y de agudizar sus enfrentamientos mutuos. ETA esperaba realmente que la desaparición de Carrero Blanco enfrenase seriamente a los “ultras” con los “evolucionistas” del franquismo. En *este* aspecto, su posición apenas se distinguía de la del Kremlin y Carrillo.

De este modo el atentado de Carrero fue la *confluencia* política de dos fuerzas muy distintas: el *sector de la burguesía* española que quería preparar el final de Franco antes de que lo derribasen los obreros –pero que no osaba rebelarse directamente contra él–, y el *sector de la pequeña burguesía* vasca que quería utilizar y agudizar los desacuerdos entre sectores del franquismo para crear unas condiciones de tensión en las que los nacionalistas terroristas desplazasen de la primera línea de combate a los obreros. La desaparición de Carrero abrió efectivamente *un nuevo paréntesis de indecisión* en las filas del régimen que se sentía literalmente acorralado, e *interfirió* el proceso de radicalización de la clase obrera. La burguesía quería separarse de Franco, como en el año 44, como en el año 56; pero exactamente igual que entonces, no quería enfrentarse por la fuerza, ni dar a las masas la menor posibilidad de intervenir. Ahora el nuevo paréntesis de indecisión de Arias Navarro, el sucesor de Carrero, permitió la vuelta a la escena de la pequeña burguesía politizada que se había recluso en la vida privada desde el Estado de Excepción del 69. Al mismo tiempo volvió el coqueteo entre los partidos obreros y

los burgueses. De nuevo la idea de un “cambio pacífico”, abandonada al final de los sesenta, reapareció con ilusión. Sobre la lucha obrera volvía a caer el pesado fardo de la pequeña burguesía intelectual, con sus prejuicios y manías, sus pequeñas aventuras desesperadas y sus grandes cobardías políticas... Si hasta la muerte de Carrero, los obreros casi solos afilaban las armas propias, los partidos, comités, acciones de masas, formas de conspiración y de acción, después del atentado mortal tuvieron otra vez que enfrentarse a ilusiones y pactos tentadores pero tramposos. Los “historiadores” de nuestros días suelen comenzar la historia “de la transición” en aquel 20 de diciembre en que Carrero subió a los cielos en el más propio sentido de la palabra, pero lo que comenzó ese día a tejerse fue la soga “democrática” que anudaría el cuello de la ofensiva revolucionaria del proletariado.

Ciertamente el anterior paréntesis “liberal”, ni lo fue tanto ni duró diez años; pero el del año 74 sólo fue un “espíritu” y no llegó a los diez meses. Lo abrió el discurso de Arias de febrero del 74, anunciando una apertura que se conoció como *el espíritu del 12 de febrero*, se cerró con la *ley de asociaciones dentro del Movimiento Nacional* que restituyó el famoso espíritu a su tumba, y dejó paso a la pura histeria sangrienta desde el Estado de Excepción de abril de 1975.

## ***Revolucionarios y oportunistas***

Pero en ese paréntesis ocurrieron muchos de los hechos *políticos* decisivos. Los caminos de la oposición se empezaron a bifurcar sobre nuevos ejes. Recientemente ha escrito Tamames las siguientes líneas: “... el comportamiento del régimen de Franco en sus últimos años fue de claro endurecimiento. ¿Se debió a las acciones de ETA y del FRAP? ¿A la protesta cada vez más amplia de los obreros, profesionales y gentes de la cultura por la falta de libertades? En gran parte, los peligros para el franquismo agonizante y para las expectativas de postfranquismo provenían de todo eso; pero muy especialmente de la eventualidad de una gradual aproximación de las distintas fuerzas de la oposición democrática y pacífica, que pudiera brindar una alternativa política creíble...” Tamames tiene aquí la visión desenfocada de quien participa en la lucha y observa las operaciones desde el ángulo de esa pequeña burguesía, de sus tímidas entradas y rápidos “mutis” del campo de batalla.

La cronología desmiente a todos estos propagandistas de la colaboración de clases. Durante todos los primeros años setenta esa línea de pactos *no dio un solo paso adelante*, y Carrillo se lamentaba y gemía por la nula colaboración de los políticos burgueses en sus planes de reconciliación, mientras gastaba la fuerza de su partido catalán en mantener por medios bastante artificiales la única y poco representativa excepción a ese boicot burgués, la *Asamblea de Catalunya*. Tras la aparición del famoso *espíritu del 12 de febrero*, la iniciativa burguesa no estuvo en el terreno de la oposición democrático-burguesa, sino en el campo fascista. Girón, Blas Piñar y el general García Rebull rompieron públicamente con el gobierno Arias e iniciaron la crisis. Sólo *después* de que Franco fuese hospitalizado el 9 de julio, de que delegase poderes en su heredero Juan Carlos, pudo empezar a cuajar lentamente la idea de un pacto entre los antiguos franquistas y el PCE, y la *Junta Democrática* pudo proclamarse con la *exigua* representación burguesa del líder de los monárquicos del Opus Dei, Calvo Serer. El *espíritu del 12 de febrero* y sus anuncios de arreglo pacífico, sólo parecían entrar en el mundo de los vivos cuando Franco parecía descender al de los muertos. Eso nos da una idea cabal de la “audacia” de la burguesía. Ni los burgueses se sentían representados en la *Junta De-*

*mocrática*, ni el pacto arrastró a las otras fuerzas políticas del exilio, ni tampoco a las fuerzas crecientes que todavía entonces se reclamaban de la revolución.

Como si la experiencia de 1946-48 hubiese sido olvidada, Carrillo hizo todo lo posible por que dicha *Junta* fuese encabezada por el pretendiente monárquico don Juan, pero el padre de Juan Carlos prefirió como siempre eludir el compromiso. La *Junta* era un instrumento para entrar en contacto *con el régimen mismo*, para garantizarle en las negociaciones un *control* sobre el movimiento de las masas y tranquilizar en sus *intereses* al capital, a la oligarquía y a los altos funcionarios de la dictadura.

Y desde que el *espíritu del 12 de febrero* reveló su segunda cara de fantasma sangriento en la ejecución del anarquista catalán Puig Antich, una certidumbre turbó a todos los luchadores: la *respuesta* de las fuerzas obreras no había estado esta vez a la altura del crimen. Era la primera vez que parecía *tan fundada* la sospecha de que el PCE y sus aliados no habían querido enconar el enfrentamiento con el verdugo Franco. Carrillo negociaba la formación de la *Junta*. Pero la prueba más contundente de que esa llamada *Junta Democrática* no jugó el menor papel positivo en las movilizaciones finales contra Franco, la tenemos en que, fundada en el paréntesis de la primera hospitalización del dictador, luego *languideció* sin el menor resultado práctico en cuanto el moribundo volvió a tomar las riendas del Estado para lanzarlo a una ciega represión.

Las plumas cortesanas de la Monarquía de Juan Carlos nos explican que esa actividad política de alianzas, negociaciones y *pactos* del año 74, sería la causa de la irrupción de las masas a la arena política. Pero las cosas ocurrieron de otro modo. Mientras los obreros y su vanguardia se volcaban sobre la acción *de espaldas* a la política entre bastidores —¡con la costosa generosidad de los oprimidos!—, los dirigentes oficiales se preparaban para *arrebatar* a los trabajadores el fruto maduro de su lucha, mediante negociaciones con sus enemigos. Y así la batalla política del año 74 no fue sobre todo la de la oposición en general contra el franquismo, sino la que separó tajantemente a revolucionarios de oportunistas, bifurcando dos caminos: o una *revolución* obrera, o una *transición* de régimen burgués.

En ese momento comienzan los artículos cuya selección constituye el núcleo de este libro que el lector tiene en sus manos. El primer artículo de esta selección fue publicado ese año 74. Su título es significativo de las ideas que nos movían a los revolucionarios: “Sobre la construcción del partido en las fábricas”. En el extremo opuesto de la tesis de Tamames arriba citada, el título refleja el proceso de la fundación del PORE: un *partido* para que los *obreros* puedan *vencer* en la *crisis*, no tengan que seguir una vez más a los burgueses y pequeño burgueses, y logren hacerse con el poder político. Las ideas motrices de la lucha del PORE en los diez años siguientes se encuentran ya en estos artículos preparatorios de su fundación.

El PORE se diferenciaba nítidamente de los demás grupos surgidos de la crisis de 1969 por que no era *espontaneísta*: de la crisis del 69, sus constructores habían aprendido la lección *contraria*, la que asustaba a muchos revolucionarios sinceros, la que expuse así en un artículo conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Lenin: “Si cada vez que la revolución comenzó, la clase obrera no llegó a derrotar sin embargo a la burguesía internacional e incluso tuvo después que retroceder ante sus enemigos, la razón es que la victoria del proletariado no está asegurada de una manera fatal por el simple hecho de la decadencia y la podredumbre del capitalismo, sino que ha hecho y hace falta un partido revolucionario decidido a vencer y a ganar la confianza del proletariado mundial. Toda la vida de Lenin estuvo dedicada a la tarea de construir este partido, y su obra nos explica lo que ha sido la lección principal de toda la lucha de clases moderna: esta lección es que la clase obrera sólo vencerá construyendo un partido internacional verdaderamente revolucionario”.

Otros grupos admitían esta idea, disuelta entre otras; para el PORE era la idea central, la tarea práctica principal. Las otras tendencias veían el progreso del movimiento como una simple sucesión de luchas, mientras el PORE analizaba la lucha de clases como *los preparativos de una revolución*. Era una diferencia enorme, *radical*, con las demás tendencias, y que se iría además profundizando en los años siguientes, conforme el PORE atraía a los jóvenes obreros hacia este espíritu intransigente. Continuando la tradición de los bolcheviques, les aseguraba que las masas chocarían con la dictadura, les animaba a participar sin sectarismos y en primera línea de esta acción casi fatalmente asegurada, pero *sobre todo* les animaba a luchar contra el oportunismo y a considerar que *la polémica* entre las tendencias obreras es el auténtico camino *por el que se abre paso la conciencia* de las masas, su capacidad de reaccionar y de vencer al enemigo burgués. “Los problemas que han estado en el centro de la lucha de fracciones, de la crisis del movimiento obrero, de la discusión entre los partidos y grupos clandestinos, empezarán a ser los problemas del conjunto de los trabajadores”, dice el artículo citado.

Porque el PORE no se define como un partido entre otros, sino como el núcleo de los constructores *del partido* propio e independiente de los obreros, levantado a partir de la experiencia de la lucha por la IV Internacional y por su programa, y que ve en los otros partidos y grupos la representación más o menos fiel de *otras clases* enemigas, o en todo caso de otras clases oprimidas *ajenas* al proletariado, o en último extremo los considera la representación política de *ciertas* capas especiales del proletariado (las burocracias de los Estados obreros, de los sindicatos, de los aparatos parlamentarios de base obrera, etc.). Frente a ellos, el proletariado debe construir *su* partido para poder actuar *independientemente* a la hora de las batallas revolucionarias. Así, el PORE siempre se dirige a los obreros avanzados como a *revolucionarios*, como a los constructores potenciales de una organización política de su clase para disputar el poder a las otras clases. Nunca se dirige a ellos como a una *masa pasiva*, sólo “apta para aupar al poder a otras clases o fuerzas”. El PORE define la revolución de la que está preñado el año 74 como el *paso* de esa masa obrera a una actividad política de alcance histórico, y llama a la vanguardia a *tomar la delantera*, es decir a *construir el partido en las fábricas*.

“... Construir un partido comienza por definir unas determinadas relaciones entre la vanguardia obrera, los revolucionarios y las más amplias masas... y... para ligarse a las masas, lo primero es distinguirse de ellas (y de los agentes de la burguesía en su seno) como su fracción consciente y activa, como su vanguardia, y delimitarse definiendo las tareas prácticas de la lucha de clases.”

El lector verá que tales *relaciones* mutuas y vivas entre la vanguardia obrera, los revolucionarios que son su sector más consecuente y organizado, y las masas, serán el eje de *estos diez años de artículos*, de la batalla política que el lector tiene en sus manos. Medir esas *relaciones*, analizar su evolución, poner a la prueba de ellas un programa y un método de construcción del partido: esa fue y es la clave de la revolución. Fue la clave de su preparación, y en ella encontraremos la clave de su primer y transitorio fracaso.

Y en ese orden de preocupaciones, los artículos del 74 reflejan el esfuerzo del PORE por evitar todo *ultra izquierdismo* en las relaciones con las masas obreras. Los *ultra izquierdistas* piensan de manera simplista que la ofensiva política *excluye* las acciones obreras de carácter defensivo, y entienden que la preparación de la revolución obliga a volver la espalda a la lucha por *mejoras* obreras. La joven vanguardia obrera revolucionaria que construía el PORE podía ser arrastrada en esa dirección peligrosa y desarraigarse de los obreros. Desde el 74, el PORE ataca a las tendencias que llama “centristas”, es decir a los intermedios, a los oscilantes, a los semi revolucionarios, a los inconse-

cuentas que tan pronto caen en el oportunismo como en el izquierdismo, y que siempre sitúan su diferencia con los grandes partidos oportunistas *en el terreno de las acciones inmediatas* y que, por ese motivo, se convierten en obstáculos a la acción obrera. El grupo fundador del PORE había sido ya el primero en entrar otra vez en las CC.OO. después de la crisis del 69, despreciando ese ultra izquierdismo táctico que suele cohabitar con los peores oportunismos. La batalla política de los revolucionarios es decisiva, vital, pero debe librarse *donde no obstaculice el progreso de la acción de las masas*.

“... Al fin y al cabo lo que diferencia a los centristas de los dirigentes traidores no es nunca un programa y un partido, sino cierto “matiz táctico”, cierta “forma de lucha”, cierta “forma de organización” que oponen de una manera abstracta al desarrollo vivo de la lucha de masas.”

De la crisis del 69 se separó un gran tronco de muchas ramas: los maoístas, las fracciones que se reclamaban del trotskismo, todos los que hacían bandera de la revolución socialista... Pero este tronco desde el año 74 se bifurcaba aceleradamente, solicitado de un lado por la acción de masas y del otro por los pactos que se pudieron establecer a partir de la hospitalización de Franco. El PTE, el MC, la ORT... los maoístas se fueron inclinando ante Carrillo o secundando a González hasta *entrar* en el año 75 en los montajes de la colaboración de clases, o en la *Junta* o en la *Plataforma de Convergencia*. Otros, como la LCR, sin llegar a incorporarse formalmente, se acercaron mucho. Si a mediados de 1975 el PORE no estaba ya aislado en su actividad de abierta *preparación de la revolución*, la única explicación se encuentra en la fuerza de la ofensiva obrera. Los demás partidos ya estaban preparando “la transición democrática”, el nudo corredizo del año 77, el aborto de la revolución.

## ***Hacia la batalla final***

Entre la muerte de Carrero y la resurrección breve de Franco, el avance obrero tuvo pues que superar otra nube pasajera de ilusiones. Pero cuando el sangriento otoño del 75 disipó esa nube, la posición de los obreros era enérgica, tremenda, esperanzadora: sólo se destacaba una vez más en la algarabía de la agonía franquista, la desesperada violencia del dictador y la tenacidad de los trabajadores.

Un año antes de la muerte de Franco, el PORE comenzó a agitar y a luchar por una *huelga general*. El nivel de la movilización social y política permitía plantearse esta acción que, a su vez, aseguraría a los obreros *su iniciativa* frente a las otras clases y a los pactos que empezaban a amenazarla. La huelga general hubiese transformado, desde luego, la crisis del régimen en una revolución y, como consigna, empezaba a ser popular. A través de su realización efectiva, el PORE veía también un camino para enlazar con la agitada situación mundial. A nuestro lado, la revolución portuguesa dominaba la calle, ocupaba las empresas y las tierras, cazaba sin cuartel a la policía política –a la PIDE–, resquebrajaba la disciplina en los cuarteles y hacía de las plazas públicas, hervideros de un despertar político de los oprimidos y silenciosos. Y en ese Portugal, o en París o Estocolmo, los militantes perseguidos del PORE estaban trabajando en reconstruir y extender *la IV Internacional*. Se sentía llegar la ocasión revolucionaria, el momento de *osar*. A través de la huelga general, los trotskistas vimos el camino por el que los comités y asambleas –las principales conquistas del movimiento de los obreros de los años setenta– podrían llegar a crear *órganos de representación obrera* capaces de

enfrentarse no sólo al régimen franquista, sino a cualquier tramposo recambio burgués como los que preparaban Carrillo desde su *Junta* y González desde su *Plataforma*.

¿Era posible? Los oportunistas dijeron que no. El PORE llegó a estar muy solo. Pero el paso de los meses y los años va erosionando las argumentaciones interesadas y descubriendo *datos* sueltos, parciales perfiles de la realidad que salen a la luz, pálidos reflejos de la vida subterránea de la que el PORE extrajo fuerzas para agitar sin descanso por la huelga general. ¿Era posible? Es mejor decirlo así: no lo logramos. Pero no nos vencieron las *condiciones objetivas*, sino precisamente las *traiciones* de los oportunistas. Nuestra ocasión volverá; la suya la gastaron.

La batalla más importante se libró en *la SEAT*. El 8 de noviembre de 1974 la empresa declaró *lock-out* para impedir los paros y asambleas que se venían sucediendo. Durante catorce días de este mes, los de SEAT, con su ropa de trabajo, recorrían Barcelona, pedían apoyo, reunían asambleas, eligieron un comité de huelga, ocuparon no sólo las calles sino hasta la primera plana de todos los periódicos. Cuando, a finales de noviembre, volvieron al trabajo, la lucha continuó en el interior sin interrupción. El 3 de enero de 1975 fue el segundo *lock-out*, y doce días más de tensa movilización. El 15 de enero, el comité con todo el peso de su autoridad, había logrado convencer a sus compañeros de una vuelta al trabajo... *con quinientos despedidos*.

¿Fue sólo una huelga más? ¿Puede ser una huelga más la de una plantilla de más de veinte mil hombres, como quien dice una ciudad entera? ¿Por qué estuvo tan cerca la huelga general? Porque, mientras los cuadros del PCE en las *Comisiones Obreras* replicaban que “no había condiciones”, un torrente de otras acciones desembocaba sobre el final del año 74 y el invierno del 75. Veamos sólo por encima, en ese pálido reflejo de la realidad subterránea que podemos aun hallar en la prensa, los paros y huelgas que tuvieron lugar entre ese 11 de noviembre y el siguiente 15 de enero. Desde el 21 del primer mes, Potasas Navarra arrastraba un movimiento de paros de solidaridad que acabaría en huelga general, el 29 paraba la AEG de Terrassa; en los días 2, 3 y 11 de diciembre, muchas decenas de miles de trabajadores vascos paraban por la libertad de los presos; el 5 de diciembre empezó la segunda huelga general del Baix Llobregat, como quien dice al alcance de la mano de los de SEAT. En esos meses, la FASA de Valladolid había mantenido un clima de agitación nunca igualado en esa ciudad; Cumbre, de Santa Coloma, Lavis, los empleados de Banca, los taxistas, los estudiantes y, sobre todo, la huelga de Hispano Olivetti, todo eso en Barcelona, en días, en semanas, en horas donde confluían varias manifestaciones buscando la unidad en la calle. En diciembre, hasta cien mil obreros vascos estaban en lucha, y miles de ellos en Zaragoza.

Pero el 14 de enero, mientras el comité de SEAT ponía toda la carne en el asador ¡para volver al trabajo con quinientos despidos!, en Pamplona se levantaban las barricadas del primer día de la más dura huelga general de esa ciudad, una semana de enfrentamientos. Y en enero, Duro Felguera, Altos Hornos, el campo de Lebrija, CITESA de Madrid... El informe oficial a la prensa del sindicato fascista reconoce en el año 74 ¡1.820.995 jornadas de trabajo consumidas en huelga! Y añade: “el movimiento huelguístico está siendo potenciado y dirigido a fin de lograr que se convierta en una auténtica fuerza política subversiva...” Ese era efectivamente el desafío, pero *no* la política de los dirigentes oportunistas.

Citemos todavía algunas líneas de Miguélez Lobo sobre la SEAT y de Riera y Botella sobre el Baix Llobregat, en sendos libros justificatorios de la política del PCE, donde el fárrago de prejuicios conciliadores no puede ocultar todo el perfil agudo de aquel invierno. Dice el primero de estos libros:

“ No cabe duda de que el más álgido de estos momentos se da en el invierno de 1974-75 en que en medio de varias movilizaciones masivas en la factoría, que venían a sumarse a la huelga general del Baix Llobregat y coincidían con fuertes luchas en Hispano Olivetti, Cumbre, etc.... muchos de los dirigentes de SEAT creyeron en la posibilidad de una huelga general que habría desencadenado importantes cambios en la misma estructura del poder político y alargaron la lucha dando ocasión a la empresa a la más fuerte represión laboral de la historia reciente: 500 despedidos.”

Además del PORE, *muchos dirigentes* obreros de SEAT pensaron en ir a la huelga general en ese momento. Fue el *aparato* del PSUC quien forzó a sus militantes de SEAT a renunciar a esta posibilidad y a convencer a sus compañeros de volver al trabajo. Y el aparato tiene, desde luego, la responsabilidad política y moral de una represión tan dura. Veamos, si no, lo que el otro libro nos deja *entrever* que ocurría *simultáneamente* en el Baix Llobregat:

“Las decisiones de vuelta al trabajo, el día 9, no fueron inmediatamente aceptadas por notables luchadores de la comarca, representantes de algunas de las empresas más combativas, que resistieron hasta el último momento, en la asamblea de cuatrocientos metalúrgicos del Baix Llobregat, aunque acataron la decisión de la mayoría.”

El movimiento fue separado, aislado y “reconducido” desde arriba hacia la vuelta al trabajo: desde abajo ascendía la marea hacia la huelga general. Esos tímidos testimonios me permiten prescindir de los *nuestros*, que un lector poco avezado podría considerar “parciales”. Luchábamos por la huelga general mientras la cabeza del movimiento obrero dudaba, se debatía entre la energía que ponían las masas en acción, y la presión *contrarrevolucionaria* de quienes estaban “atando” el futuro con nudo corredizo: el de la colaboración de clases.

Con los obreros de Seat, de Euskadi, de Pamplona, en la calle y frente a sus *grises*, el gobierno de Arias Navarro renunció al “espíritu” liberal, aplazó sin fecha las elecciones sindicales, y giró hacia la histeria represiva que impulsaba la familia Franco. Se habían asustado. ¿Era eso lo que quisieron evitar Carrillo y sus amigos al oponerse a la huelga general, asamblea tras asamblea? En tal caso hay que decir que los trabajadores reaccionaron a la represión con la necesaria dureza, con mucho valor; sólo los burgueses se asustaron. Los hombres del PCE evitaron la huelga general, pero no para ahorrarse una involución represiva, sino para ahorrar un enfrentamiento revolucionario. Estaban preparando *la transición*...

Con los enfrentamientos de los últimos meses de Franco, la lucha comenzó otra vez a empujar hacia su cabeza a los luchadores, partidos y programas más decididos. Conforme se acercaba la hora de la verdad, nuestra preocupación se concentraba en *los cuadros del partido*. En la huelga de SEAT no sólo pusimos a prueba una línea de acción; también la eficacia de nuestro partido y la formación de nuestros cuadros. ¿Teníamos un partido capaz de *osar*? ¿Qué representarían los varios cientos de revolucionarios entusiastas que íbamos y seguíamos organizando a lo largo del año 1974, ahora que la acción de los obreros no se mediría ya por miles, sino por cientos de miles?

El segundo artículo de esta selección responde a esta preocupación, la más imperiosa en el año 75. El proletariado necesitará cada día más una *dirección* con capacidad y autoridad, y el PORE sólo será esa dirección a través de su *desarrollo*:

“ ... Los problemas de nuestro partido manifiestan esa contradicción de que nosotros representamos la continuidad y el desarrollo del bolchevismo, y al mismo tiempo nuestras filas se caracterizan por una gran juventud política, e incluso por inexperiencia de los militantes.”

En el desarrollo de esa contradicción estaba la clave del éxito revolucionario: o las tradiciones y principios del partido absorbían y formaban a los jóvenes lanzados a la lucha por la crisis política, o la juventud de los luchadores sacaría al partido de sus carriles revolucionarios. Pero, en otro párrafo de mi artículo, el lector encontrará el *punto débil* de nuestra táctica, una idea que estuvo mucho tiempo confusa en nuestras cabezas:

“ ... el estallido del partido stalinista (del PC) y el paso de sus mejores militantes a nuestras filas son la condición misma del avance de la revolución proletaria.”

¡La condición misma! ¿Puede construirse un partido obrero, independiente, de clase, con esta *condición*? Espero que todas las páginas anteriores hayan conducido al lector, por el contrario, al convencimiento de que la *formación* de los cuadros y aun de los militantes del PCE, más que una *condición* acabaría siendo una dificultad para construir un nuevo partido, un partido trotskista. Esa formación estaba basada en la ruptura con las viejas tradiciones proletarias, en la constante ilusión democrática, en una dependencia de los “cauces legales” para el trabajo obrero, en la tolerancia hacia la influencia pequeño burguesa e incluso hacia la *hegemonía* de la pequeña burguesía en el seno de las organizaciones de trabajadores.

Cuando la traición de Carrillo salió a la luz, la fragilidad de los cuadros del PCE salió también, y sus elementos obreros dejaron la escena con demasiada facilidad a los elementos arribistas y pequeño burgueses. Y eso más que ayudar al crecimiento del PORE, ayudó a aislarlo. Sólo entonces empezamos a *asimilar* de verdad una idea que nuestros artículos *también* repetían pero que quedaba oscurecida por aquella ilusión en “los cuadros comunistas del PCE”: que el alma de la independencia del proletariado y de su partido frente a las otras clases está en la *formación comunista de la juventud trabajadora* y que esta es la tarea número uno de la IV Internacional, la única que define su papel en la historia y en la acción de las masas oprimidas.

## CRONOLOGÍA

**1974**

**Enero.** Conferencia de Bruselas de los partidos “comunistas” de Europa occidental. La prensa burguesa habla de un **eurocomunismo**.

**Febrero.** Arias Navarro, que sustituye a Carrero Blanco, pronuncia un discurso liberal: **el espíritu del doce de febrero**.

**Marzo.** Ejecución de Puig Antich.

**Abril.** Girón, Blas Piñar y García Rebull atacan a Arias Navarro. La **revolución portuguesa** comienza el 25 de abril.

**Mayo.** Fuerte ascenso del movimiento huelguístico.

**Junio.** Huelga general del Baix Llobregat. Artículo “**Sobre la construcción del partido en las fábricas**”.

**Julio.** Franco hospitalizado, Juan Carlos jefe de Estado interino. Calvo Serer y Carrillo proclaman la **Junta Democrática**.

**Agosto.** Se proclama el **Partido Obrero Revolucionario de España**. ETA VI Asamblea se fusiona con la LCR.

**Septiembre.** Juan Carlos devuelve los poderes a Franco.

**Octubre.** Entrevista y acuerdo entre el PC de la Unión Soviética y el PC de Carrillo. El PORE decide luchar por la **huelga general**.

**Noviembre.** Arias se consolida en el poder y corta la apertura.

## SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO EN LAS FÁBRICAS

*(artículo publicado en junio de 1974)*

Actualmente estamos en las puertas de un cambio fundamental en la situación de la lucha de clases, pues la descomposición del franquismo pone a la orden del día su derrocamiento. Hay momentos en los que la evolución de las situaciones es tan rápida que los cambios, ya se trate de cambios en la conciencia de las masas, en las relaciones de fuerzas entre las clases o en las relaciones entre los diferentes partidos y fuerzas políticas, en lugar de necesitar años como en el periodo anterior, se desarrollan como ahora en cuestión de meses. Y una situación política que muchos habían llegado a considerar casi eterna puede cambiar totalmente en unas pocas semanas. En la actual crisis del imperialismo y de la burocracia stalinista, y sobre todo después de la caída de la dictadura portuguesa, el régimen de Franco da solamente para algunos meses. Es fácil ver a la burguesía tomar posiciones cara al futuro, en previsión del hundimiento del franquismo. Del lado de la clase obrera, este cambio de la situación se dibuja ya en la combatividad creciente de las masas, y más aún en el aumento de sus preocupaciones políticas que, por ejemplo, se reflejan en esa oposición que crece en la base del PCE contra la política de Carrillo. Los problemas que han estado en el centro de la lucha de fracciones, de la crisis del movimiento obrero, de la discusión entre los partidos y grupos clandestinos, empezarán a ser los problemas del conjunto de los trabajadores.

Verdaderamente la crisis y la caída del franquismo significan esto sobre todo: el despertar a la vida política activa de millones de obreros que, en el curso del enfrentamiento frontal contra la dictadura, van a irrumpir de un golpe en la escena política y a decidir el futuro por su voluntad de lucha, su conciencia y su organización. Por esta razón, la caída del franquismo será el comienzo de la revolución proletaria en España y ¿quién se atrevería a decir que no será por aquí por donde se encenderá la hoguera de la revolución en toda Europa? Todas esas charlatanerías sobre la “apertura” o la “evolución” del franquismo, o sobre un “gobierno de coalición” de la burguesía y los partidos obreros, etc., tienen en común que pretenden evitar o frenar el despertar político de las más amplias capas del proletariado, al que temen como a la peste los que quieren enterrar la revolución socialista. Y con razón lo temen, pues cuando las masas ocupen la escena política que deje parcialmente vacía el hundimiento de Franco y su régimen, entonces todo será posible ya.

En líneas generales podemos ver en Portugal la amplitud de un movimiento de masas liberado por la caída del fascismo. ¿Qué es lo más importante de la situación en Portugal? Sin ninguna duda lo más importante es el choque entre las masas y sus dirigentes “comunistas” y “socialistas”. Estos últimos dan por comenzada la verdadera lucha contra el capital. Es decir, que los dirigentes se ocupan ahora de desmovilizar a las masas, de hacer que el proletariado abandone la escena política para que la llenen las maniobras entre la burguesía y sus lugartenientes “obreros”, y de reforzar el ejército portugués que siempre estará dispuesto a imitar a los militares chilenos si un retroceso de las masas le diese la ocasión. Los obreros en cambio buscan a tientas la manera de avanzar hacia la expropiación de la burguesía y el desmantelamiento de su Estado al que ven como una cueva de fascistas disfrazados de “demócratas”. Pero este enfrentamiento entre las masas y sus dirigentes no se resolverá a favor de las primeras si no da lugar a la construcción de un partido realmente revolucionario, es decir un estado mayor del proletariado

para dirigir su movilización hacia la toma del poder político. En situaciones como la que hay en Portugal, y como la que se prepara estos meses en España, un partido revolucionario decidido puede desarrollarse muy rápidamente por el hecho de que su programa, el de la revolución, corresponde no solamente a las condiciones objetivas de la crisis del capitalismo, sino también y sobre todo a los deseos más o menos conscientes de miles y millones de obreros que buscan la manera de combatir a la burguesía y de desprenderse de sus dirigentes oportunistas. Lo que hace falta es que ese partido exista, incluso si sus fuerzas numéricas son pequeñas, y que se haya preparado para lanzarse a la conquista de las masas desde el momento en que las masas se lancen a la revolución.

Esta es la principal enseñanza para la vanguardia obrera sobre la situación en Portugal. Y sacar esta enseñanza equivale a unirse al combate por construir el partido revolucionario, el partido de la IV Internacional. Las condiciones son hoy extraordinariamente favorables; lo que hace falta es estar a la altura de las condiciones.

### *El partido como parte de la clase*

Para nosotros, en efecto, la preparación de la revolución se concentra en el combate por construir el partido. El objetivo inmediato es el de la reconstrucción de la IV Internacional, pues no ocultamos el hecho de que nuestro partido, la IV Internacional, ha pasado por una larga crisis que fue el reflejo en nuestras filas de la crisis de dirección sufrida por la clase obrera mundial en su totalidad. Hoy los obreros conocen poco y mal a la IV Internacional, la confunden con los “pablistas”<sup>1</sup>, que usurpan la bandera del trotskismo, como la LC y la LCR, para desarrollar una política que nada tiene que ver con la Internacional. Las relaciones actuales entre la clase obrera y la IV Internacional están marcadas por esta crisis de nuestro partido, y favorecen el control de los dirigentes oportunistas sobre el movimiento obrero, ya que muchos militantes, aunque se oponen a las direcciones stalinistas o socialdemócratas, no llegan a ver en la IV Internacional el partido mundial que construimos de modo que aparezca ante los obreros y militantes como la nueva dirección necesaria para vencer.

Este combate es el principal en la preparación de la revolución proletaria y exige desenmascarar a los “pablistas” como enemigos del trotskismo a fin de ganar a nuestras filas a sus mejores militantes, y exige intervenir directamente en la crisis del movimiento obrero para desenmascarar a los aparatos socialdemócratas y stalinistas como agentes de la burguesía y ganar a sus militantes para construir un verdadero partido obrero internacional.

Pero no se trata de una “lucha de ideas” separada de los problemas de la movilización de los obreros. Al contrario, si hoy es posible vencer en este combate para agrupar a la vanguardia para modificar nuestras relaciones con la clase obrera, para ofrecerle su nuevo partido, es precisamente porque los problemas más inmediatos de la lucha de masas ponen a la orden del día el problema del partido que hace falta para vencer, y empujan a miles de jóvenes y militantes a oponerse a las viejas direcciones. En suma nuestra lucha por el partido se desarrolla en relación directa con nuestra intervención práctica en la crisis del movimiento obrero, ayudando a delimitarse y a avanzar a los militantes y fracciones que se forman en el interior de las organizaciones en crisis, y

---

<sup>1</sup> Con el nombre de “pablistas” se designó a la corriente de Ernest Mandel, del llamado Secretariado Unificado al que pertenece la LCR –y en el año 74 también su fracción LC– y que tuvo su origen en las posiciones de Michel Pablo después de la guerra mundial, que provocaron en 1953 la escisión de la IV Internacional.

sobre todo en relación directa con nuestra intervención práctica en la lucha de las masas, para ayudar a las masas y su vanguardia a preparar la revolución en las actuales movilizaciones contra el capital y el franquismo.

El centro de esta lucha por el partido está hoy más que nunca en las fábricas. En las fábricas y en las luchas de los obreros se concentra esa evolución en la conciencia política de las masas, que es el dato principal de la situación cambiante en España. Y en las fábricas, en las luchas de los obreros, la O.T.<sup>2</sup> debe modificar sus relaciones con la clase, agrupando en sus filas a los trabajadores más avanzados para formar esa vanguardia de la revolución que es el partido.

En este artículo es imposible hablar de todos los problemas de la construcción del partido en las fábricas. Su objetivo es explicar el sentido general de esta lucha y delimitarla tanto del oportunismo como de los errores sectarios. Pues cuando hablamos de modificar nuestras relaciones con el proletariado queremos decir, antes que nada, que construir un partido empieza por definir unas determinadas relaciones entre la vanguardia obrera, los revolucionarios y las más amplias masas. En concreto, la construcción del partido comienza formando a la vanguardia como la DIRECCIÓN POLÍTICA de las masas; no como un grupo oportunista disuelto en las masas, ni como un grupo sectario aislado de las masas.

En esto se diferencia nuestro partido (y cada día debe diferenciarse más) del conjunto de los grupos centristas, maoístas, ligas pablistas, etc., que afirman querer construir un partido, pero que son incapaces de realizarlo. La razón es que los centristas no ven otra manera de combatir junto a las masas que no sea disolverse en las ilusiones actuales del movimiento obrero y claudicar ante los dirigentes “oficiales”, cayendo así en el oportunismo. Y cuando estos grupos pretenden delimitarse frente a los peores engaños de los viejos partidos, lo que hacen en realidad es aislarse de las masas como sectarios, pues no saben distinguir entre las aspiraciones de los trabajadores y la nefasta influencia de los partidos traidores. En general los grupos centristas van del oportunismo al sectarismo y a la inversa, siguiendo pasivamente los golpes de la lucha de clases. Y con frecuencia combinan a la vez el oportunismo y el sectarismo: suelen hacer grandes declaraciones sobre la “pureza” de sus principios cuando esto no compromete a nada, para luego comportarse a la hora de la verdad, en las luchas, en las huelgas, en las fábricas, o en las Comisiones Obreras, como vulgares oportunistas o como simples sindicalistas. No quieren “mezclar” los problemas del partido y de la revolución con las preocupaciones de los obreros. Y como sólo puede construirse un partido si responde a las necesidades de la clase obrera, los centristas jamás construyen nada, sobre todo en las fábricas: se inflan y se desinflan a merced de los vaivenes espontáneos de la lucha (véase el caso de la Liga pablista o de “Bandera Roja”<sup>3</sup>).

La importancia de la continuidad del partido revolucionario se demuestra aquí. Lo que caracteriza a los centristas es que, al mismo tiempo que hablan de un nuevo partido, explican que quieren realizarlo reformando los aparatos traidores o los centros liquidadores como el Secretariado Unificado de Mandel/Krivine y Cía., o bien improvisando un partido partiendo de la nada o de una experiencia puramente nacional. Pero la historia de las revoluciones ha demostrado que cuando las masas pasan a la acción, un partido, incluso pequeño, puede desarrollarse enormemente si se sabe poner en la cresta de la ola revolucionaria; pero también ha demostrado que ese partido debe existir desde tiempo antes, pues no se improvisa una dirección en el momento en que más se siente su

---

<sup>2</sup> La O.T., Organización Trotskista, era el nombre que en 1972 adoptó el grupo de revolucionarios que más tarde proclamará el PORE durante un congreso en agosto de 1974.

<sup>3</sup> La “Organización Comunista Bandera Roja”, cuyo origen se remonta a la escisión del PSUC de 1967, existió durante los años setenta con grandes oscilaciones en su política y su influencia.

falta. Una dirección es el resultado de la experiencia acumulada de años de lucha de clases, de toda la historia de la emancipación del proletariado. Si nosotros podemos combatir hoy por este partido, no es simplemente porque comprendamos su necesidad, cosa en la que están de acuerdo miles y miles de trabajadores, de jóvenes y de militantes. La O.T. (la Liga Internacional de Reconstrucción de la IV Internacional) puede pretender construirse como partido de toda la clase porque además, a diferencia de los centristas, nosotros nos apoyamos en la tradición internacional del bolchevismo, de la IV Internacional de Trotsky y del combate desarrollado para defender las conquistas del bolchevismo y de la IV Internacional contra sus enemigos (el stalinismo y sus agentes pablistas). Y esta continuidad de nuestro partido, que tanto ha costado defender en los años más duros de la lucha de clases, nos permite hoy, cuando las masas se preparan para la revolución a través de sus combates, asimilar prácticamente las lecciones del bolchevismo, y sobre todo, la que es su principal lección: que para ligarse a las masas, lo primero es distinguirse de ellas (y de los agentes de la burguesía en su seno) como su fracción consciente y activa, como su vanguardia, y delimitarse definiendo las tareas prácticas de la lucha de clases, a fin de ganar la confianza de las masas y llegar a dirigir al proletariado hacia la revolución.

### ***Lucha política y lucha económica***

El combate para construir el partido en las fábricas concentra todos nuestros esfuerzos para restablecer esas relaciones entre la vanguardia y las masas que han caracterizado al bolchevismo y que se oponen a las tradiciones del anarquismo, del sindicalismo, del stalinismo y del centrismo. De una manera o de otra, todas esas tradiciones separan los problemas de la revolución, de un lado, y los problemas de la intervención cotidiana, del otro, mientras que se trata precisamente de unirlos para ayudar a las masas a avanzar y para construir su dirección. Los oportunistas “se olvidan” de la revolución y del partido; los sectarios miran con desprecio las acciones de los obreros, sin tratar ni los unos ni los otros de desarrollar la conciencia revolucionaria de los trabajadores a partir de sus luchas, construyendo en ellas el partido. Así cuando los obreros inician una lucha, los centristas se “disfrazan” de sindicalistas o de “militantes de Comisiones”, guardan en el armario sus frases revolucionarias y renuncian por tanto a dirigir a la clase y a construir su dirección política. Los sectarios sacan el argumento de que se trata de una lucha “reformista”, o “pacífica”, o no se sabe qué, y de esta manera se lavan las manos en la batalla. Los obreros avanzados harían bien en despreciar a unos y a otros, porque los que así se comportan no pueden construir un partido y además son un obstáculo o un peso muerto para la lucha obrera.

Los constructores del partido, en cambio, están y deben estar presentes y activos en todas las luchas, no como peso muerto, sino para decir a los trabajadores qué es lo que hay que hacer y por qué, sin ocultar los objetivos del partido, pero sin pedir tampoco a los obreros que acepten nuestra política antes de empezar una batalla común contra el enemigo de clase. La experiencia de este combate común, limitado, hará más por convencer a los obreros que cien frases revolucionarias. Siempre, claro está, que no se les engañe con ilusiones hacia el capitalismo o hacia los partidos traidores, siempre que sepamos decirles que no habrá otra manera de vencer que no sea la revolución, ni otro instrumento para vencer que no sea un nuevo partido.

La delimitación de la vanguardia como dirección revolucionaria no es, por tanto, una delimitación artificial, un autoaislamiento sectario, que oponga la construcción del partido al combate cotidiano. La delimitación de la vanguardia consiste en la intervención

del partido en las luchas de las masas, definiendo los objetivos y también las tareas prácticas a realizar, a partir del programa revolucionario y teniendo en cuenta el estado de espíritu de las masas. Así, para la construcción del partido no puede haber ningún problema ni conflicto obrero despreciable (ni siquiera un partido revolucionario podría despreciar ninguna lucha de los estudiantes o de la pequeña burguesía). Todas las luchas en las fábricas, incluso cuando parten de los más elementales problemas salariales, incluso cuando comienzan en un marco puramente sindical o con formas muy elementales de lucha (firmas, minutos de silencio, etc.) forman parte igualmente de los mil caminos que debemos hacer confluir en la revolución. No porque esas luchas por sí mismas vayan hacia la revolución, sino porque en ellas interviene el partido como fuerza política distinta, que se distingue para llegar a ser la dirección de todo el proletariado. La importancia de las más pequeñas acciones en las fábricas, procede de que estas luchas, que por sí mismas serían ineficaces, son sin embargo la manera como los trabajadores comienzan su experiencia. Y nosotros podemos convertirlas en batallas de preparación de la lucha frontal si participamos en ellas orientando a los obreros y construyendo las células y las organizaciones de nuestro partido con los luchadores más avanzados, más activos.

Los oportunistas (como las Ligas pablistas), en cambio, se encierran en los límites de las luchas económicas, sindicales o democráticas, y todo lo más, se contentan con proponer ciertas “formas de lucha” sin perspectiva. No intentan elevar la conciencia de la clase, sino adaptarse a las ilusiones de los obreros y sobre todo a las de los militantes de los partidos “oficiales”. En lugar de tomar los problemas salariales y sindicales de la fábrica como una etapa del despertar político de las masas, que hace necesaria entonces la orientación política revolucionaria, estos centristas disfrazados de sindicalistas sin partido, adormecen a los obreros con ilusiones sobre la huelga... Cuando las masas comienzan a buscar una dirección revolucionaria (y este proceso ya está en marcha) mirarán con desprecio a estos “dirigentes” que, como los pablistas, han considerado hasta el momento que los obreros son incapaces de comprender los problemas políticos de la revolución.

Los constructores del partido revolucionario, para combatir junto a los trabajadores que aún no están por la revolución, no tenemos ninguna necesidad de esconder nuestros objetivos. Al contrario. Nosotros decimos bien claro con nuestra propaganda y nuestra actividad que nuestro fin es reorganizar a toda la clase de un modo revolucionario, es decir con nuestro programa y con nuestro partido. Cuando nosotros intervenimos en las Comisiones Obreras es para desarrollar la tarea imprescindible de luchar junto a los militantes que creen en ellas o en el PCE, pero no tenemos ninguna necesidad de decirles que nosotros también confiamos en las CC.OO. Porque lo que la clase obrera necesita es un sindicato verdaderamente obrero y unitario y, sobre todo, un partido para la revolución. Les decimos la verdad: que vamos a combatir a la burguesía junto a ellos, para demostrarles la justeza de nuestra política y ganar su confianza, pero que no vamos para reforzar las CC.OO. dirigidas por el PCE. Cuando nosotros luchamos con estos militantes contra el aparato stalinista en nombre de la democracia obrera en las Comisiones, no les decimos que se trata de reformar las Comisiones, sino de debilitar el control burocrático sobre ellas para luchar mejor por una Central Unitaria de los Trabajadores y por el programa obrero en general. En cambio, los centristas, como la LCR y la LC, por ejemplo, cuando por fin se han decidido a dejar su aislamiento sectario y a entrar en las CC.OO., es para sembrar ilusiones. Y hacen como si no se diesen cuenta de que precisamente cuando ellos entran es cuando muchos trabajadores empiezan a desconfiar de ellas. La crisis del franquismo se acompaña de una crisis de las Comisiones Obreras, porque lo que buscan hoy los militantes más avanzados ya no lo encuentran

ahí. La O.T. está en las CC.OO. para intervenir en esta crisis y darle una salida positiva, y por una Alianza Obrera contra el régimen, construyendo el partido. Los centristas entran a ayudar al PCE a sujetar a todo el movimiento obrero por medio de su control sobre las Comisiones. Cuando el enfrentamiento entre las clases en España demuestre la estrechez de las CC.OO., el rígido control del PCE sobre su organización, y lo lejos que están esas Comisiones de las que formaron los mineros asturianos en el 62, entonces los centristas tendrán que dar cuenta a los trabajadores de su rechazo al frente único y al sindicato unitario, en nombre de las Comisiones del PCE.

En el fondo la actividad de los centristas en las fábricas no se dirige a construir un partido, sino a encuadrar a los obreros en las CC.OO. para reformarlas. Y es que, para construir un partido, hace falta querer organizar a la clase bajo una nueva dirección, una nueva bandera. Y lo que los centristas quieren, en lugar de eso, es actuar como un grupo de presión que influya sobre el actual movimiento obrero, pero sin cambiarlo, sin transformarlo.

## *Oportunismo y sectarismo*

En esta cuestión puede verse la profunda unidad que existe entre los oportunistas y los sectarios. Nosotros no atacamos a los sectarios porque se nieguen a participar en la política proburguesa de la dirección stalinista del PCE, sino porque al ponerse “al margen” de los problemas cotidianos de las masas, renuncian de hecho a enfrentar al proletariado contra sus actuales dirigentes, renuncian a transformar el movimiento obrero lo mismo que los oportunistas. La preparación de la revolución, para los sectarios, consiste en convencerse a sí mismos de las ventajas del socialismo, sin pretender influir sobre la conciencia de las masas. La delimitación de la vanguardia, para los sectarios, consiste en aislar a los obreros más avanzados de las amplias masas, en vez de empujarlos a dirigir a las masas. La construcción del partido, para ellos, consiste en oponer las ideas del partido a las acciones vivas de los trabajadores y a las preocupaciones de los militantes de las viejas organizaciones, como si se pudiese construir un partido deteniendo la lucha obrera hasta que todo el mundo caiga rendido entre las grandes frases de los ideólogos sectarios. Como los sectarios no entienden el método de frente único, nunca llegan a jugar un papel en las fábricas, pues la actitud de los revolucionarios hacia las luchas de los obreros es una aplicación de este método del frente único.

Para la construcción de nuestro partido, el frente único es un método imprescindible para la preparación real y no sólo verbal de las luchas revolucionarias. De esta manera, los revolucionarios combatimos junto a los obreros y los militantes que todavía no confían en nuestro partido, en las fábricas y en la calle, en las CC.OO., etc., para objetivos precisos, y utilizamos la experiencia de esta lucha común para reforzar nuestro partido en el curso de la acción por tal o cual objetivo o reivindicación de las masas. Para los centristas el “frente único” es una manera de sumar el mayor número de fuerzas de detrás de los dirigentes oficiales o de consignas equívocas u oportunistas. Así, los maoístas llaman frente único a la Asamblea de Cataluña<sup>4</sup>, que es en realidad un pacto burgués para la colaboración de clases, y las Ligas pablistas, por su parte, entienden el frente único como la reunión de todo el mundo en las CC.OO. detrás del aparato del PCE.

Pero si hay algo que ilustra la base común del oportunismo y del sectarismo, es el hecho de que los centristas, al oponer el partido a la lucha obrera y al frente único,

---

<sup>4</sup> La Asamblea de Cataluña se constituyó en los últimos años del franquismo (noviembre del 71) como alianza de la burguesía catalana con los dirigentes oportunistas de la clase obrera.

mientras que siempre claudican ante los aparatos stalinista o reformista, suelen ser muy sectarios frente a los obreros no organizados. Así abandonan numerosas luchas limitadas de los trabajadores, campesinos y de los estudiantes, etc., porque según ellos son luchas “legalistas”, o “pacifistas”, o “reformistas”. Estas gentes se creen “muy revolucionarios” al acusar a las masas de no haber roto con todas sus ilusiones, pues los centristas jamás se consideran ellos responsables de elevar el nivel de conciencia de las masas defendiendo y participando como revolucionarios en sus movilizaciones. Al fin y al cabo lo que diferencia a los centristas de los dirigentes traidores no es nunca un programa y un partido, sino cierto “matiz táctico”, cierta “forma de lucha”, cierta “forma de organización” que oponen de una manera abstracta al desarrollo vivo de la lucha de masas.

Hoy más que nunca, dada la situación política, los obreros y los militantes, cuando se adhieren a un partido o cuando dejan su organización para emprender un nuevo combate, no es por estos detalles de “táctica” o estas “formas” para la lucha huelguística, que los centristas ponen en el centro de su intervención en las fábricas. Los obreros que hoy dan el paso hacia el partido son los que ven precisamente las insuficiencias de la huelga, de la lucha económica, sindical o democrática, y necesitan un programa y un partido para preparar la revolución. En el momento actual, la actitud más práctica es la actitud más decidida, en las fábricas como en todas partes. El lenguaje que mejor comprenden los obreros no es el del sindicalismo, sino el de los que llaman a las cosas por su nombre: el de los que orientan a los trabajadores dentro de la situación política, el de los que sostienen todas sus luchas pero señalando sus limitaciones para que sirvan de preparación a la lucha revolucionaria; y el de los que explican a los más avanzados que el objetivo central es construir el partido mundial del proletariado. Decisión a la hora de defender las luchas obreras y de empujarlas hacia delante; decisión a la hora de proponer un nuevo programa y un nuevo partido para dar una perspectiva a esta lucha. Esta es la clave del éxito práctico de la construcción del partido en las fábricas. Por eso la actividad de los centristas, que se adaptan al movimiento obrero oficial cuando está en crisis y a las ilusiones de las masas que una buena parte de ellas está abandonando, además de ser una actividad oportunista, ni siquiera es una actividad rentable.

## CRONOLOGÍA

### 1974

**Noviembre.** *Varios días de huelga general en Navarra. Huelga y lock out en Seat: 14 días de marchas y asambleas.*

**Diciembre.** *La Ley de Asociaciones Arias pone fin a las esperanzas. Jornadas de huelga general en Euskadi por la libertad de los presos. Segunda huelga general en el Baix Llobregat.*

### 1975

**Enero.** *Huelga y, desde el 3, lock out en Seat: 500 despedidos tras doce días de lucha. Desde el 14, tercera huelga general de Pamplona. Duro Felguera, Altos Hornos, etc.*

**Febrero.** *Ante las huelgas, se aplazan las elecciones sindicales.*

**Marzo.** *El gobierno niega el esperado indulto. Ofensiva obrera en Portugal con ocupaciones y control de empresas.*

**Abril.** *Estado de excepción en Guipúzcoa y Vizcaya. Artículo “Un militante del partido es un dirigente de la clase obrera”.*

**Mayo.** *Represión generalizada.*

**Junio.** *Elecciones sindicales. Jornadas de lucha contra la represión.*

**Julio.** *Declaración de Livorno del PC italiano y el PC español, que define al “eurocomunismo” como un nacional-stalinismo.*

**Agosto.** *Firma del Acta final de Helsinki de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa.*

**Septiembre.** *Huelgas generales vascas, fusilamiento de los cinco (de ETA y FRAP), manifestaciones en toda Europa contra Franco.*

**Octubre.** *Boicot sindical internacional a la dictadura. Franco hospitalizado por segunda vez.*

## UN MILITANTE DEL PARTIDO ES UN DIRIGENTE DE LA CLASE OBRERA

(artículo publicado en abril de 1975)

Los problemas de la construcción del partido no son problemas “internos” del partido; más bien puede decirse que son los problemas que concentran toda la lucha revolucionaria. Las cuestiones decisivas de la lucha de clases en la hora actual giran alrededor del problema capital que consiste en resolver la crisis de la dirección del proletariado, en construir su partido revolucionario. De aquí que nuestro partido rechace el método que caracteriza a los oportunistas y que es el de discutir de “consignas”, de “análisis” o de “intervenciones” al margen de los problemas decisivos de la construcción de una verdadera dirección proletaria para la toma del poder. Nosotros nos distinguimos de todo tipo de oportunistas en que nuestros análisis, nuestras consignas y nuestras intervenciones se ordenan como tareas subordinadas al objetivo central que es la construcción del partido de la revolución. Y por lo mismo, en lugar de ocultar a los obreros avanzados la naturaleza de la lucha que nuestro partido libra lo mismo hacia el exterior que en el interior de sus propias filas (lucha por transformarse en la dirección revolucionaria de las amplias masas), nuestro partido puede y debe abordar todos los problemas importantes ante la clase obrera. Dicho de otro modo, los problemas del partido suelen tener ciertos *aspectos* “internos”, pero ninguno de nuestros problemas importantes es *un problema interno*.

Lo contrario exactamente es lo que hacen las direcciones traidoras y los grupos centristas: ocultan sus problemas políticos, no solamente a la clase obrera en general... sino también a sus propios militantes. Sin ir más lejos, estos días se enteran los militantes del PCE, y por la prensa burguesa, de la lucha que se libra en la dirección de su partido sobre la permanencia o no de Santiago Carrillo en el cargo de Secretario General del PCE. En esta lucha ha intervenido hasta la mismísima dictadura de Franco al autorizar la entrada en el país del hijo de Carrillo para apoyar a su padre, el secretario general. Pero la base obrera, nada sabe de esto. Y con razón. Bastaría que los militantes conociesen los intereses que mueven esas luchas palaciegas, intereses que se resumen en pactos con la burguesía y en presiones de los burócratas stalinistas del Kremlin, y una ola de ira se levantaría contra el PCE de Carrillo desde su misma base militante. De la misma manera, si quieren conocer la agitación que existe en numerosas células de base del PCE contra su dirección, los militantes tienen que leer LA AURORA. Ningún otro órgano de prensa refleja como el nuestro la tensión interna existente en el PCE. Y la razón es que, para nosotros, la crisis del PCE no solamente es un problema decisivo de la lucha de clases y que interesa a todo el movimiento obrero, sino que además el estallido del partido stalinista y el paso de sus mejores militantes a nuestras filas son *la condición* misma del avance de la revolución proletaria.

De estos esfuerzos de los partidos y grupos políticos para ocultar sus problemas, un ejemplo que roza lo grotesco ha sido dado por la LC pablista. Es sabido que el Secretariado Unificado de Mandel, Hansen y Krivine, que ha usurpado durante años la bandera de la IV Internacional, está atravesando ahora una crisis intensa, definitiva, agudizada y determinada por nuestro combate por la reconstrucción de la IV Internacional, que ellos quisieron liquidar. Prueba de esta crisis insalvable es la existencia de *dos* organizaciones

separadas entre sí, en España (LC y LCR-ETA VI)<sup>5</sup>, en Portugal, en Argentina, etc., mientras las dos siguen definiéndose como “simpatizantes” del mismo Secretariado Unificado internacional. Pues bien, ninguna de ellas habla de la crisis de la Internacional. Pese a que los militantes que quedan en la LC muestran una ingenuidad sin límites (quizás por eso siguen en la LC cuando tantos otros de sus camaradas se han unido ya a nuestras filas), en los últimos tiempos han exigido a su dirección que tome posición sobre la crisis de la Internacional. En este contexto apareció el “COMBATE N° 26”, órgano de la LC”. ¿Y qué es lo que los militantes (porque los trabajadores ya no lo leen siquiera) han podido encontrar ahí sobre la crisis de su Secretariado Unificado?: después de cuarenta apretadas páginas de insoportable periodismo insustancial, en dos rinconcitos de la revista pueden hallar... ¿qué?... : unas diez o doce líneas donde se dice que “hace falta construir la IV Internacional”. Y nada más. ¿Cómo piensa la LC “construirla”? ¿Quizás rompiendo con el SU de Mandel,... o siguiendo dentro?; ¿formando una fracción, o no?: no hay respuesta. El lenguaje prolijo, detallista y reiterativo del insoportable artículo se convierte en lenguaje vago y voluntariamente oscuro al llegar al “problema central de la Internacional” tratado en los dos párrafos. ¡Todo un método! Se demuestra así que las cuarenta páginas anteriores de consignas, de análisis, etc., etc., son sólo la hojarasca abundante que pretende tapar la mísera desnudez política de los dirigentes de la LC ante los problemas reales que ocasionan la crisis de su organización. Pero es que los pablistas de la LC y la LCR-ETA VI saben por experiencia que cuando en sus filas se habla de los verdaderos problemas de su organización, la cosa acaba en escisión. Y cada vez que se escinden las Ligas pablistas, sus militantes empiezan a adherirse a la Liga Internacional de Reconstrucción de la IV Internacional, pues ven que nosotros abordamos y somos capaces de resolver la crisis de la Internacional y de la dirección del proletariado en general.

### ***La naturaleza de nuestros problemas y de los problemas de los demás***

Resumiendo: para las direcciones traidoras o centristas, abordar sus problemas incluso delante de sus propios militantes es abrir la vía a la dislocación, a las fracciones, y es en definitiva abrir la puerta a *nuestro partido* que se propone resolver la crisis de la clase obrera, interviniendo en la crisis de las diversas organizaciones. Para nuestro partido, en cambio, el abordar los problemas de su construcción, incluso ante el conjunto de los obreros avanzados, es además de una prueba de la fuerza de nuestro programa, *el medio* para resolverlos, ya que solamente la incorporación de los mejores elementos de la clase proletaria a nuestra lucha puede resolver nuestros problemas que no son otros que los de la construcción de la dirección revolucionaria de la clase obrera internacional en su conjunto.

No es que no tengamos problemas, sino que los nuestros son de una naturaleza diferente de los que tienen los demás partidos y organizaciones. El PCE está a punto de estallar, por ejemplo. El PSOE tiene ya más tendencias y fracciones que organizaciones

---

<sup>5</sup> En 1972-74, la LCR estalló en varias fracciones: una se unió a la OT para formar el PORE; otra, la que conservó el nombre de LCR, se fusionó con una fracción de ETA y es la Liga actual; la tercera, la LC, casi desapareció, pero de ella procede en parte la dirección del reciente POSI.

locales. El MCE y PCE(i)<sup>6</sup> maoístas se descomponen. En las dos Ligas pablistas LC y LCR-ETA VI, los mejores militantes (incluso miembros del Comité Central) se unen a nosotros y llaman a romper con el Secretariado Unificado pablista. El avance de la lucha de clases y de nuestro partido desenmascara a los partidos stalinistas y reformistas, que, como el PCP y el PSP dando el poder al ejército burgués en Portugal, o el PCE oponiéndose a la movilización obrera en España para favorecer los planes de los capitalistas de la “Junta Democrática”<sup>7</sup>, están obligados por la agudeza de la lucha a demostrar abiertamente su papel de instrumentos de subordinación del proletariado al Estado de la burguesía. Igualmente, esa presión del proletariado desenmascara también a los grupos centristas porque han renunciado en la práctica a construir un partido opuesto al stalinismo y al reformismo, y ahora se defienden poniéndose a la sombra de la política del aparato internacional del Kremlin. Sobre esa base, sus problemas no pueden tener solución: la ruptura, la escisión es la única solución de clase.

En cambio, los problemas reales que tiene nuestro partido proceden de su esfuerzo político y militante para dotar a las masas de la dirección que necesitan a fin de conquistar el poder. Son problemas que, por su misma naturaleza, se resuelven y sólo pueden resolverse en el reforzamiento constante de nuestro partido. Son los problemas a través de los cuales una dirección proletaria se construye, se forma y se temple, intentando con audacia ganar la confianza de la masa de los obreros. Así los mejores militantes dejan las filas de los otros partidos y grupos, para buscar nuevas vías, mientras que sólo los irresponsables o los escépticos incurables podrían retroceder ante nuestros problemas y dejar nuestro partido. Y en realidad nuestra lucha está agrupando y seleccionando a lo mejor de la vanguardia obrera en este esfuerzo costoso pero decisivo para ponernos a la cabeza de la lucha proletaria.

¿Cuál es el primero de nuestros problemas? Cualquiera de esos obreros que simpatizan con nosotros puede verlo. Desarrollamos nuestro combate en condiciones dadas; no solamente tenemos un programa justo, lo que ya basta para distinguirnos de toda suerte de oportunistas, sino que además nuestro partido es el resultado de decenas de años de lucha del bolchevismo contra la degeneración stalinista primero, y por una IV Internacional después, y así nuestra política concentra toda la experiencia del movimiento obrero revolucionario. Sin esta condición, sin esta continuidad, ni siquiera podría soñarse en vencer. Pero al mismo tiempo esa continuidad de nuestro partido es contradictoria, pues las conquistas políticas y teóricas de nuestro partido han sido logradas a través de un duro combate en el que fueron liquidados muchos viejos cuadros por la burguesía y el stalinismo, y en el que muchos de los otros cuadros claudicaron ante el enemigo, como es el caso de Mandel, Hansen y Cía. Así los problemas de nuestro partido manifiestan esa contradicción de que nosotros representamos la continuidad y el desarrollo del bolchevismo, y al mismo tiempo nuestras filas se caracterizan por una gran juventud política, e incluso por inexperiencia de los militantes. Dicho de otra manera, por nuestro programa y nuestra política, por la decisión y entrega de nuestros militantes, nuestro partido es la única dirección revolucionaria de la clase obrera; pero para que las masas nos den su confianza, para ganar efectivamente su dirección es necesario que cada uno de esos militantes todavía poco experimentados de nuestro partido, se convierta en la lucha de un dirigente de su clase, que cada responsable de nuestro partido se convierta en un cuadro de la dictadura del proletariado. He aquí un problema principal de nuestra

---

<sup>6</sup> El Movimiento Comunista de España es el antiguo nombre del MC. El PC(i) procede de la escisión del PC en 1967 y dio lugar en la citada crisis al PT de los años setenta y al pequeño grupo que siguió llamándose PC(i) durante esos mismos años.

<sup>7</sup> En julio de 1974, ante la grave crisis franquista, el PCE constituyó con algunas personalidades burguesas la llamada “Junta Democrática”, para no dejar vacío y poder negociar el relevo burgués de la dictadura.

construcción. Pero antes de seguir adelante, interesa señalar que tal problema no es particular de nuestras filas *ni* por lo tanto puede resolverse como un problema *interior* a nuestras filas. Es el problema general de la clase obrera que ha sufrido una crisis de dirección desde la traición del stalinismo en los años treinta, lo que ha llevado a casi toda la vieja generación de luchadores obreros a la desmoralización y al escepticismo, que ha aislado a los elementos más revolucionarios frente a las grandes masas, y que ha separado a los jóvenes combatientes de los viejos cuadros. Nuestros problemas de dirección (que manifiestan la crisis de la IV Internacional ocasionada por la crisis de la dirección proletaria en general) se resolverán EN EL MISMO COMBATE POR RESOLVER LOS DE TODA LA CLASE PROLETARIA, POR CONSTRUIR SU PARTIDO.

### ***Construir una dirección es seleccionarla a través del combate del partido***

Estas consideraciones generales son necesarias para situar estos problemas de dirección ante nuestros propios militantes, pero también ante los obreros que simpatizan con el PORE (con los enemigos no discutimos de nuestros problemas), y a la vez para combatir las falsas soluciones. En efecto, también en nuestras filas se ven militantes que cometen el error de plantear los problemas de dirección como problemas independientes de nuestra política, de nuestra lucha, como si no fuesen el *problema mismo de nuestra lucha*. Se encuentran ejemplos de ese planteamiento equivocado en forma de “quejas” sobre la “insuficiente formación de los militantes”, sobre la “falta de preparación” de los simpatizantes para unirse a nuestras filas, sobre que tal o cual responsable “no está a la altura”, que tal o cual célula, según el responsable, “no comprende”, etc. Quejas que por su fondo se asemejan a la actitud de algunos simpatizantes y trabajadores que al principio reaccionan ante el partido diciendo que están de acuerdo con nuestra política... pero que no se unen todavía a nuestro combate, aduciendo como motivo que “sois pocos aún”, que “los trabajadores no entenderán aunque sea justa la lucha”, que “la línea es correcta, pero quizás no se aplica suficientemente bien”, etc. En estos casos en que ciertas críticas se utilizan para retrasar o evitar una toma de posición ante nuestro partido, o en que la crítica comunista en el interior del partido se sustituye por simples “quejas”, lo que se encuentra en el fondo es esa tendencia a aislar los problemas de dirección del partido de los problemas de la clase obrera en general y por lo tanto una tendencia *a retroceder ante los problemas* de construcción del partido dirigente proletario, en lugar de afrontarlos y resolverlos responsablemente.

Es la tendencia que lleva a los centristas a buscar falsas soluciones al margen de la lucha revolucionaria. Formalmente cualquier organización centrista reconoce que “la construcción del partido exige la formación de sus militantes como cuadros dirigentes de las masas”. Lo que nos diferencia de los centristas no es el reconocimiento formal de esta evidencia, sino la manera de resolverla. O mejor dicho, el que sólo nosotros podemos resolver nuestros problemas de dirección porque los consideramos el problema de *toda la lucha de clases* y que tiene su solución en la conquista de las masas para nuestro partido, y no una solución artificial e interna.

Los centristas “resuelven” el problema de la formación de sus militantes *abandonando o aplazando* siempre la lucha por el partido del proletariado, es decir reduciendo artificialmente sus militantes a los “gatos viejos” de la lucha sindical, a los intelectuales cargados de “sabiduría marxista”. Se hacen así la ilusión de que crean un grupo de intervención en el que no habría problemas de dirección... pero porque renunciaría a re-

solventar el problema de la dirección de la clase obrera, y sería incapaz de levantar nunca a las masas proletarias para la revolución y la toma del poder.

De aquí sus métodos de formación. Para los centristas, la dirección procede de una selección intelectual (el “nivel teórico”, la “experiencia”, etc.) y es siempre el refugio de estudiantes desarraigados o, como mucho, de obreros desclasados. De esta manera los grupos centristas dan pruebas de su carácter pequeñoburgués, ya que con sus métodos de reclutamiento y formación no defienden la independencia política del proletariado, sino un supuesto papel dirigente de la “sabia” pequeña burguesía en la lucha de clases frente a la “torpe” clase obrera.

Nuestro partido rechaza todo compromiso o arreglo con estas concepciones y métodos centristas que son los últimos refugios de una renuncia a resolver el problema de la dirección del partido en el plano decisivo de la resolución de la crisis de la dirección del proletariado en su conjunto, y que, en cambio, pretenden una falsa respuesta al margen de la lucha de clases, renunciando a ponerse a la cabeza de la lucha de clases. Para nosotros la formación de la dirección es *en primer lugar* un combate para seleccionar en la lucha de masas al sector más consciente y decidido de la clase obrera y, *por tanto también*, un combate de selección de la dirección del partido a través de la aplicación consecuente de nuestro programa, de nuestra línea política frente a las dificultades de la lucha. Los problemas de la formación teórica, del reclutamiento también necesario de militantes experimentados, etc., son cuestiones de la mayor importancia pero que *no se identifican* de ninguna manera con el problema de la formación de la dirección que es un problema político y práctico de la lucha de masas, de la conquista de las masas en la acción.

Un problema político y práctico, porque la selección de la dirección no se hace con ningún rasero abstracto que permita medir el “nivel” de un militante o un obrero fuera de la lucha, sino que la dirección se forja en su esfuerzo por arrastrar a la lucha y organizar en la acción a todos los militantes en primer lugar, a los obreros y jóvenes que rodean el partido en segundo lugar, y en fin a las amplias masas trabajadoras. No del esfuerzo por movilizarlos de cualquier manera, sino precisamente en torno a la línea del partido desarrollada con firmeza y consecuencia a través de los avances y también de los reveses del combate proletario.

En esto como en todo nuestro partido continúa las tradiciones del bolchevismo y no las costumbres del centrismo pequeño burgués nacional. Aborda los problemas con audacia, y no con las prevenciones de la intelectualidad pequeño burguesa. No deja a los obreros a la puerta del partido para “evitarse los problemas de dirección”, sino que incorpora a todos los trabajadores conscientes, y sobre todo a los más jóvenes, para construir con ellos, en el combate, la dirección proletaria revolucionaria. Lo que ha caracterizado al partido más revolucionario que ha conocido la clase obrera en su historia, el partido bolchevique, *no ha sido nunca* una actitud defensiva ni aristocrática hacia los obreros. Los bolcheviques, al contrario, sobre una base firme de principios, gracias a su audacia en la táctica, a la búsqueda del camino hacia la conciencia de las masas, gracias a la devoción y al espíritu combativo de sus militantes frente a las dificultades, han llegado a construir su partido de pies a cabeza como *el instrumento de la clase obrera* para tomar el poder. Lo cual ha dejado en la cuneta, desde luego, a muchos “profesores de marxismo” y también a no pocos de los “experimentados dirigentes sindicales” del movimiento obrero ruso. En contrapartida, el bolchevismo supo apoyarse en la juventud obrera, en los elementos más explotados del proletariado, y ganar así a sus elementos más conscientes y revolucionarios.

Vale la pena tratar en nuestro órgano LA AURORA algunos problemas decisivos del partido, como estos problemas de la construcción de una dirección. Al fin y al cabo, si

son *estos* los problemas que se manifiestan en nuestras filas, se debe precisamente a que nuestra lucha tiene la virtud de colocar a todo el mundo ante sus responsabilidades, ante los problemas políticos decisivos: ¿de qué partido dispondrá la clase obrera ahora que la revolución es inminente, ahora que todo depende del proletariado y de su vanguardia? Sólo a partir de esta pregunta pueden abordarse los problemas de dirección del partido. Nunca podrían tratarse dejando esa pregunta sin respuesta y hablando entonces de simples cuestiones interiores abordadas con un punto de vista estrecho. Hoy nuestros militantes están llevando a cabo una ofensiva de largo alcance para ganar la dirección del proletariado revolucionario y desbancar al PCE de Carrillo, que con su “Junta Democrática” quiere salvar al capitalismo español de su hundimiento junto a la dictadura moribunda. La lucha es dura, los enemigos muchos. El hecho de que nuestros militantes asuman esta responsabilidad muestra que el PORE selecciona y forma a la dirección de las masas, a la única dirección en la que las masas pueden depositar su confianza.

Los “intelectuales” de los grupos centristas observan nuestra batalla con mezcla de miedo y de escepticismo. Pero ni para nuestra lucha hemos contado nunca con los escépticos, ni sus opiniones nos interesan. En cambio vale la pena plantear nuestros problemas en la prensa del partido, ante esos militantes del PCE que han perdido toda confianza en su partido, pero que no se atreven a dar el paso hacia nuestras filas porque “aún el PORE es pequeño”; o ante aquellos obreros que combaten en todas partes, pero que aún no se deciden a ponerse bajo la disciplina y el programa del partido revolucionario de la IV Internacional; o en fin, ante esos militantes de las Ligas pablistas que saben perfectamente que pierden el tiempo junto a sus dirigentes, pero que han empezado a perder también el entusiasmo por la lucha política y todavía vegetan así en las filas del centrismo. Las condiciones actuales para ofrecer a las masas un partido capaz de hacer de la caída del franquismo el comienzo de la revolución proletaria socialista, son condiciones *excepcionales*. De la parte de un trabajador consciente, de un militante obrero, los titubeos no pueden justificarse ante un objetivo como este, que está al alcance, y del que depende el futuro de la clase trabajadora. Y el PORE lo demostrará ganando a lo mejor del proletariado español para la IV Internacional.

## **II**

### **LA OCASIÓN REVOLUCIONARIA 1976**

En 1973 se había acelerado bruscamente el ritmo de la lucha de clases. Las masas obreras en ebullición giraban hacia la izquierda, en parte empujando a *todos* sus partidos, en parte destacando y aumentando los efectos de una vanguardia revolucionaria. Esta ebullición despertó a las clases medias hasta entonces muy escépticas por su fracaso al final de los años sesenta, y acabó también agitando a la burguesía que oscilaba entre *dos miedos*: miedo al levantamiento de los obreros; miedo a no tener nada previsto para la caída de Franco. A la *corriente* de la radicalización de las masas, se unió y se entremezcló la *contracorriente* de los pactos de colaboración de clases. De ambas resultó un torbellino que la muerte del dictador hizo desembocar en medio de la calle durante las últimas semanas del año 75. El trotskista húngaro Michel Varga me señaló entonces, con un comentario particularmente agudo, uno de los efectos contradictorios que tendría el previsible final del vencedor de 1939:

“...Interpreto como una de esas sucias jugadas que tiene la historia (en el amplio sentido de la palabra) esa de que Franco vaya a desaparecer por muerte natural, como parece deducirse de los acontecimientos de los últimos días. Y que la caída del franquismo tenga lugar en tales condiciones es un hecho a tomar en consideración, aunque la suerte no esté todavía echada. Pero en el supuesto de darse tal situación, la burguesía tendrá la posibilidad de jugar la carta de una transición sin dolor hacia una monarquía “ilustrada”.”

No era “más” que una posibilidad: la última palabra la iba a tener el proletariado, ante todo su vanguardia. Se *abría* la crisis pre revolucionaria, una de esas situaciones en las que Lenin veía que *ni los de arriba pueden* seguir gobernando como hasta ese momento, *ni los de abajo quieren* seguir soportando lo que hasta entonces. Por lo tanto *los de arriba* van a tener que buscar precipitadamente nuevas “soluciones”, mientras el movimiento turbulento de *los de abajo* no sólo creará toda clase de dificultades al poder, a los opresores y explotadores antiguos y nuevos, sino que sobre todo *liberará* la fuerza, la energía, la inteligencia y la voluntad de los oprimidos, las liberará de la esclavitud de la vida ordinaria del trabajador y permitirá a su clase dedicarlas a buscar por tanteos sus *propias* soluciones, las soluciones revolucionarias.

Si el proletariado industrial y su vanguardia más decidida hubiesen logrado derribar con sus acciones al dictador en vida –posibilidad cierta y por todos reconocida en 1975–, la crisis se habría abierto algunos meses o algún año más tarde, a un precio más elevado en violencia para los oprimidos, y no habría impedido que los tráfugas del franquismo y los dirigentes oportunistas del proletariado *maniobrasen* a sus espaldas; pero, como contrapartida, la crisis habría comenzado por elevar la *autoridad* del proletariado y de los revolucionarios por encima de los ciudadanos de clase media y sus políticos conciliadores. La muerte natural del odiado Franco dio tiempo para muchos cambios de chaqueta, elevó la autoridad de los negociadores de traiciones, y definió el orden de entrada en escena de los distintos protagonistas de la crisis pre revolucionaria.

Actuó en primer lugar la burguesía, definiendo una nueva línea de “reforma” del franquismo que mantuviese su *aparato militar y represivo* sólidamente unido bajo la monarquía instituida por Franco. En segundo lugar, permitió que las negociaciones entre el poder burgués y las distintas tendencias de la oposición democrática comenzasen *antes* de que el proletariado se hubiese probado a sí mismo por medio de algún hecho de fuerza que era capaz de enfrentarse al poder. En tercer lugar, facilitó la irrupción en escena de la *clase obrera*, cuyas acciones la dominaron por trece meses y de manera relativa por tres años, pero facilitó igualmente la disolución de los obreros activos y conscientes entre la población que bajaba a la calle a “celebrar con orden” las iniciativas conjuntas y pactadas del poder y la oposición. Veamos pues la acción inicial de todas estas fuerzas, analizándola en el orden mismo en que fueron entrando en el escenario de la crisis pre revolucionaria.

En las cimas del poder franquista se estableció un *compromiso*. Los sectores “reformistas” no osaron desplazar a la derecha del régimen, pero se ofrecieron a ayudarla sumándose al gobierno como intermediarios hacia la oposición. El gobierno Arias/Fraga, el gobierno “bicéfalo”, intentó asegurar la iniciativa para la Monarquía franquista, limitar las inevitables reformas, dividir a la oposición democrática y liquidar a la oposición revolucionaria. Todo eso sería fácil de hacer *si* se controlaba el orden público, es decir si se reprimía realmente la acción de las masas.

Por ahí comenzó a fallar el plan. El primer y esperado “indulto” fue tan restringido, tan miserable y provocador, que miles de obreros y militantes se presentaron ante las prisiones de Carabanchel, Modelo, Torrero, Maturene... exigiendo la salida inmediata de sus presos, peleándose con la policía, volviendo otro día, otra semana... El gobierno dudó, liberó a algunos, retrocedió volviendo a encerrarlos, cedió de nuevo y acabó dejando en libertad a Camacho y otros dirigentes del PCE quienes, después de muchas semanas y muchas arengas contra el “revanchismo” y la “irresponsabilidad”, empezaron a conseguir ya hacia el mes de enero que las manifestaciones se trasladasen desde las cárceles a las grandes avenidas del centro de las ciudades y los *enfrentamientos* se diluyesen en peticiones “cívicas” de amnistía.

Pero los obreros se encontraban ya en la primera línea de la lucha por las libertades. Las huelgas se nutrían de las exigencias políticas del momento, y a su vez marcaban con un sello de clase todos esos primeros pasos en contra de los herederos de Franco. Junto a la libertad de los presos, las fábricas exigieron la readmisión de todos sus despedidos. Bajando a la calle, donde distintas fábricas se encontraban, los obreros se fueron sintiendo fuertes. La represión de Fraga y la moderación de Camacho no lograban encerrar otra vez a los trabajadores en sus empresas. Ya tenían la iniciativa.

## ***Tres meses para los obreros***

Los primeros fueron los de Madrid; el final del año 75 fue suyo, porque en primavera y otoño los obreros vascos habían peleado como nadie, y en el invierno 74-75 los catalanes tuvieron una prueba muy dura. Cuando la Standard, la Chrysler, la construcción y todo Getafe están en lucha, con enormes manifestaciones y asambleas, *el metro de Madrid* se pone en huelga paralizando la vida de la ciudad. *La clase obrera acaba de tomar la iniciativa*: “¿Una huelga política?”, se preguntan las primeras planas de la prensa burguesa española y europea. El gobierno se reúne con precipitación, en sesión de urgencia; se sabe amenazado, retado, y el desafío se lee en la nota oficial:

“El Consejo de Ministros se ha reunido en sesión extraordinaria en la tarde de hoy, día 6 de enero, para estudiar la situación creada por el paro laboral planteado ilegalmente en el Ferrocarril Metropolitano de Madrid.

“El gobierno quedó informado de las conversaciones en curso para resolver el conflicto propiamente laboral, así como de las medidas tomadas por el Ayuntamiento de Madrid y la autoridad gubernativa para paliar en el día de mañana la situación, sin perjuicio de la eventual utilización de todos los recursos legales que autorizan la legislación laboral, el Código Penal y las facultades que derivan de la Ley de Orden Público y la Ley Básica de Movilización Nacional, si la situación lo requiere.”

La lacónica nota indica que comienza la batalla entre el nuevo gobierno y los obreros. Hace falta medir por la fuerza, y eso va a llevar meses, quién manda en la calle: “¡la calle es mía!”, dice Fraga. A lo largo del mes de enero militariza el Metro, el servicio de Correos, la Renfe... Los soldados conducen los convoyes del metro madrileño y la policía ataca y disuelve por la violencia sus grandes asambleas que, desoyendo los sermones de muchos dirigentes, no quieren ceder ni detener la huelga. El día 7 los metalúrgicos de Getafe han rechazado volver al trabajo en las condiciones que exige la patronal y, en los días siguientes, Madrid roza la huelga general. Sólo a partir del día 16 comienza la reincorporación al trabajo sobre la base de algunas concesiones de la patronal. Ese día la prensa publicó unas declaraciones de Camacho en Valencia –algo después las matizó sin desmentirlas– afirmando:

“Nosotros condenamos lo de la huelga del Metro de Madrid, porque es obra de agitadores y no de trabajadores”. Y agregó –dice la agencia– que los trabajadores no buscan situaciones límites sino defender sus intereses para lo que creen necesarias las libertades democráticas y sindicales y la amnistía.”

La prensa burguesa empieza a convertirse en vocera de los conciliadores del movimiento obrero y censora de los obreros combativos y revolucionarios. Una *colaboración* comienza: a través de los periodistas demócratas, la burguesía se acerca a la colaboración con los dirigentes oportunistas de los obreros.

En la calle las *asambleas* se convierten en la dirección de las masas: hace falta vencerlas para dar cualquier paso. El terreno estaba preparado por el desarrollo de los *comités* elegidos durante los años setenta y que, a diferencia de los *cargos sindicales* de la organización vertical franquista, no basaban su autoridad en las elecciones oficiales, sino en las asambleas convocadas en las fábricas y huelgas. El movimiento de las masas ha encontrado ya una primera forma organizativa, todavía elemental pero cargada de autoridad, un primer embrión de organización revolucionaria de la clase. Desde ese momento, todos los intentos de desarrollar la ofensiva obrera hacia delante, hacia la revolución, hacia nuevas conquistas, tomarán la forma de una defensa y desarrollo de la organización por asambleas, comités elegidos y coordinación de comités; a la inversa, todos los intentos de detener la movilización y de arrebatarle su dimensión revolucionaria pasarán por la liquidación de las asambleas o por su sometimiento a una legislación que las aparte de las masas y que impida a los agitadores revolucionarios hablar libremente.

El conflicto comienza ya en esos primeros días del año 76, y desde los primeros días las asambleas ceden ante la combinación en Madrid de dos acciones adversas: los discursos de los conciliadores no ganarían sin la presión constante sobre la asamblea de la persecución y dispersión por la policía. Una segunda colaboración comienza entonces: fuera, espera la policía, y en la presidencia están los oportunistas. La asamblea debe enfrentarse a ambos. La colaboración abierta entre burguesía, gobierno y partidos oportunistas

tunistas del proletariado tardará todavía en concretarse unos cuantos meses durante los cuales la iniciativa la conservan los obreros, pero se encuentra ya prefigurada en una colaboración de hecho entre los periodistas, los policías y los conciliadores en un terreno al menos: favorecer la retirada de las masas de la arena política que han *invadido*.

Mientras el movimiento refluye ligeramente en Madrid, salta adelante en Barcelona. El día 14 la plantilla de Seat se manifiesta en masa por el convenio y la readmisión de sus cientos de despedidos bajo el franquismo. El día 16, mientras en Madrid empiezan a volver al trabajo, en el Baix Llobregat comienza una nueva huelga general que se prolongará hasta el 29. El momento crítico es el día 22: quince mil trabajadores del Baix Llobregat deciden bajar ante el Gobierno Civil de Barcelona, atravesando controles, siendo disueltos por la policía, reagrupándose para seguir a lo largo de muchas horas. Al final del turno de la mañana, bajan hacia la ciudad los de Seat en peso y grupos menos nutridos de otras empresas. Por la tarde, a las puertas de la CNS cerrada, se producen choques, intentos de manifestación y se empieza a gritar “¡a la huelga general!”. A las 7 se reúnen en asamblea por fin dos mil obreros de Seat que, pese a la mesa constituida por los *enlaces* elegidos oficialmente tras la retirada de la última huelga, acabarán discutiendo no sólo del convenio, sino también del futuro del país y de la clase, de la necesidad de unirse a los movimientos de masas del Baix Llobregat y de todo el Estado. Militantes del PORE y de la LC insistirán con éxito en proponer la huelga general. Los del PORE llamarán a luchar hasta que se consiga un *gobierno obrero y campesino*. La mesa, al final, sale del paso con el acuerdo vago de “avanzar hacia la huelga general, comenzar parando la Seat a la mañana siguiente y designando un comité o comisión de la asamblea...”

Pero, al día siguiente, ya sin la asamblea delante, sólo convocan una hora de paro y, otro día más tarde, la comisión “intersindical” que dirige la huelga del Baix Llobregat se presenta a las asambleas con la propuesta de volver al trabajo. ¡Tarea tan sucia como difícil!: las asambleas resisten todavía hasta el 28 y sólo el 29 los hombres del PSUC han metido a los obreros otra vez en las empresas.

La contradicción del movimiento está a la vista. Los obreros de Seat han manifestado su aprobación a la huelga general e incluso al objetivo de un gobierno obrero y campesino. Lo han hecho con sus aplausos y manifestaciones de asentimiento, pero carecen de medios para realizarlo... todavía. Los medios eran una *mesa* que sabotea la acción, unos partidos como el PSUC, que están troceando al movimiento para debilitarlo; son también sus aplausos más que su militancia revolucionaria. El movimiento tiene que ir todavía más lejos para fortalecer a esas asambleas, crear comités más representativos y controlados, reunirlos, permitir así un crecimiento del partido de los revolucionarios y de su fuerza entre la clase. Sólo así habrá los medios para realizar las intenciones. En todo caso, en Barcelona a mediados de enero, la lucha ha dado un paso más: ha sido visible que los *enlaces* elegidos en las últimas elecciones “sindicales” bajo el franquismo no tienen ya autoridad en tanto que tales. No pueden tenerla. “¡Que se designe un comité al margen del sindicato franquista!”, es una propuesta que desde el Baix Llobregat empieza a oírse en todas partes. También se ve que el PCE puede ser tarde o temprano desplazado de la dirección, o empujado a la acción, y el *aparato* que lo dirige acelera sus maniobras para yugular la acción de masas.

En febrero arrancan los asturianos con una huelga minera larga y dura. Durante semanas el choque entre las asambleas y el aparato del PCE es tan visible que *Mundo Obrero* debe rendir cuentas en el mes de abril, del siguiente modo: “... *en ningún momento (las Comisiones Obreras) hubieran querido prolongar la huelga tanto tiempo, si no fuera porque las circunstancias obligaran a ello. Tácticamente, considerábamos oportuno no alargar la huelga demasiado.*”

*Mundo Obrero* consumía mucha tinta en desaconsejar los enfrentamientos con la policía (proponía aplaudirla), pero los trabajadores, a la expectativa, no los buscaban tampoco: ¿qué actitud tomarían los policías franquistas ahora que el régimen de Franco no podía durar? Pero el día 23 cae muerto en Elda un obrero y, de un modo gradual, casi imperceptible, entre los trabajadores se empieza a abrir paso la idea de que la violencia sea inevitable aunque no se la quiera. Llega entonces la huelga general de Sabadell del 23 al 27 de febrero y el equilibrio entre la asamblea que pide acción y los dirigentes que predicán moderación es difícilísimo. Para canalizar y frenar la lucha, esos dirigentes necesitan *lograr algo del poder y de los patronos*, alguna concesión valiosa para no seguirse presentando ante las masas con las manos vacías. Porque los obreros revolucionarios, pese a su juventud, se hacen oír cada día más, y los grupos intermedios centristas que en 1975 se habían alejado mucho de la revolución y se acercaron decisivamente al PCE, se van separando peligrosamente de las contemporizaciones de la *oposición democrática* y basculando otra vez, de huelga en huelga, de manifestación en manifestación, hacia los obreros más activos. Años después dirá Fraga refiriéndose a estos meses y concretamente a Vitoria: “... *si tiene algún paralelo es el caso de Sabadell, hubo un intento decidido de grupos, cuya identidad nunca se sabrá, de volcar el barco. Y, claro, cuando hay un grupo que quiere volcar el barco por la fuerza, los que dicen que el barco no se vuelca por la fuerza, se tienen que defender.*”

Desde luego que no era un “grupo” ni en Vitoria ni en Sabadell. En Sabadell la asamblea eran miles y miles de obreros, pero ciertamente cada día que se reunía inclinaba un poco su opinión hacia las tendencias más decididas. ¡Cómo no! ¡Si los conciliadores traían siempre las manos vacías! Y entonces comenzaron los ataques físicos contra miembros del PORE por parte de militantes del PCE: a la salida de una asamblea, por la calle, con discreción pero con la decisión de “salvar el barco” donde Carrillo quería navegar junto con Fraga y compañía.

Pero el gobierno navegaba tocado. ¿Podrían dominar la situación los gobernantes franquistas y los dirigentes oportunistas del proletariado, si cada uno actuaba por su cuenta y riesgo? Carrillo no perdía ya ocasión de ofrecer sus servicios, pero la burguesía necesitaba *conocer* a Carrillo, fiarse de él y del PCE, tantear su voluntad de orden después de casi cuarenta años de franquismo. En el horizonte tenían ya un segundo problema: los obreros estaban en la calle y se podía asegurar que, en muy poco tiempo, saltarían también todos los oprimidos y que, con ellos, descenderían fuertes a las calles y plazas las banderas de las naciones catalana y vasca vencidas en la guerra civil: el movimiento revolucionario se cargaría con nuevas municiones. Tenían un tercer problema acuciante. Al carecer de condiciones legales o de tolerancia para crear aparatos sindicales sólidos y colaboracionistas, los dirigentes *moderados* de las huelgas iban perdiendo la autoridad de las elecciones franquistas sin establecer otra nueva y, por lo tanto, las asambleas y los comités avanzaban en ese vacío hacia una democracia obrera, consejista o soviética, con autoridad creciente y por la que ascendían paso a paso los grupos obreros más duros, las tendencias más consecuentemente revolucionarias. En febrero todavía se trataba solamente de un peligro para los gobernantes, pero de un peligro *cierto* y al que daba consistencia la envergadura de la movilización huelguística. Al término de enero y febrero la cifra de horas laborales consumidas en huelgas durante los dos meses era de ¡36.469.000! ¡El punto más alto de toda la reciente historia del país: cerca del triple de horas de huelga que en los doce agitados meses del año 1974!

La clase obrera estaba prácticamente en una huelga general no declarada, ni organizada, que saltaba aquí o allá, que pasaba de un sitio a otro. Una huelga general rampante pero *precisamente* no organizada y, por lo tanto, sin conciencia de sí misma ni de su fuerza ni de sus objetivos. Metió miedo a sus enemigos, pero poco logró en el terreno de

la preparación de la clase obrera para disputarles el poder. Decidió el final de un gobierno, pero dejó en manos de la burguesía su relevo.

La línea de “reformas” controladas desde el poder gracias a la *represión* de la calle fracasaba. Y el barco tocado acabó recibiendo un torpedo bajo la línea de flotación. El 3 de marzo en la huelga general de Vitoria los policías de Fraga, Martín Villa y Suárez asesinaron salvajemente a cuatro trabajadores. Como un rayo se extendió la protesta por todo el Estado, pero particularmente la clase obrera vasca dio una respuesta de amplitud y duración desconocidas. Hasta el día 20 resistió Vitoria en huelga. Desde que el 8 en Basauri muere también uno de los manifestantes solidarios, la huelga se hace general en Euskadi y resiste en Vizcaya muchos días más. Al final del trimestre la prensa reconoce 17.731 huelgas... La burguesía considera seriamente que podría perder la ocasión abierta por la muerte del dictador, y que puede perderla precisamente ante los obreros que *empiezan* a oscilar del ala “moderada” al ala “revolucionaria”. La Bolsa que tan espectacularmente se animó con la enfermedad de Franco, caía sin remedio mientras la calle se iba imponiendo al poder. La burguesía europea presentaba así esta situación el 5 de marzo en las páginas de *Le Monde*: “*Formaciones revolucionarias de extrema izquierda denuncian por su parte y cada vez más la política conciliadora del partido comunista y de las comisiones obreras. Desde hace algunas semanas han marcado tantos no despreciables en un mundo obrero disponible, bastante poco politizado y cada vez más combativo.*”

En la evolución interna de la clase, Vitoria era un paso más. La asamblea y sus grupos todavía divididos y sin una dirección ni única, ni clara, ni consecuente, se impusieron de todos modos a los dirigentes del PCE. Unas declaraciones de Carrillo nos dejan ver el callejón sin salida en que está encerrándose la *oposición democrática* si no logra tejer lazos con la burguesía y se siguen tensando y rompiendo en cambio sus lazos con la izquierda obrera:

“... hay que reforzar los lazos entre todas las organizaciones de izquierda, políticas o sindicales... –dice Carrillo a *Le Monde*– ... los verdaderos izquierdistas... son serios y moderados; están por ejemplo en el Partido del Trabajo o en el Movimiento Comunista de España. Todas las ideas son respetables, incluso si no se las comparte. Jamás compartí las ideas de Trotsky. Pero sería absurdo decir, como se pudo hacer en el pasado, que era un agente del fascismo internacional...”

El primer cable va para los maoístas; el segundo para la LCR cuya posición entre la *oposición democrática* y la revolución era indecisa. Recordemos que la constitución de la *Junta Democrática* había originado una primera separación en el campo de la revolución entre los *centristas* (PT, ORT, MC, BR...) y los *revolucionarios* (PORE, junto a algunos grupos oscilantes como LCR y LC). Los tres primeros meses del año 76, meses *obreros*, podían inclinar la balanza hacia la izquierda, echar a todos hacia el segundo grupo. Y Carrillo desde Vitoria comprendió que necesitaba dividirlos y arrastrar de su lado a la mayor parte. Para ello necesitaba alguna concesión del gobierno.

Las huelgas continuaron en los meses siguientes, pero los sectores decisivos de la clase obrera madrileña, catalana y vasca, desde Vitoria atenuaron sus luchas para recuperar el aliento. Ya habían dejado claro que *la represión no les detendría*. El gobierno “bicéfalo” Arias/Fraga fue zozobrando hasta hundirse en julio; ¡ni siquiera sus ministros intentaron salvarlo! El primer asalto de la crisis pre revolucionaria se lo anotaron sin discusión los obreros.

## *¿Protagonistas los trabajadores?*

Pero el movimiento de los trabajadores sólo encontraba expresiones políticas confusas y vacilantes a través de los grupos centristas que avanzaban hacia el primer plano; los revolucionarios todavía avanzaban desde el fondo de la escena, detrás de ellos y marcándolos estrechamente. La contradicción de toda esta etapa estará entre el papel *objetivo* desempeñado por la clase obrera y la débil conciencia *subjetiva* de su protagonismo. Si pese a todo, la huelga general rampante hubiese conducido a una huelga general declarada y organizada por las asambleas, se habrían reunido ahí condiciones excepcionales para un rápido avance de la conciencia y la dirección *independiente* de la clase. Pero el problema de fondo hubiese seguido siendo el mismo: sólo el avance del partido de los revolucionarios mediría y organizaría el protagonismo *político* de los trabajadores en la crisis abierta. Por razones que vamos y aun iremos viendo, el primer avance de los revolucionarios fue por detrás del primer contraataque democrático.

La política se hacía en la calle. Pero desde las bambalinas había comenzado la conspiración ya en previsión de la muerte de Franco. En la calle se vio a los militantes del PCE iniciar “aplausos” para los policías; en las asambleas, luchar a brazo partido por la vuelta al trabajo; desde la prensa, predicar la calma; a la puerta de las cárceles, desviar los enfrentamientos hacia peticiones ciudadanas de amnistía... ¿qué estaba pasando concretamente? ¿A dónde iba Camacho, corriendo como un bombero de un incendio a otro con cubos y cubos de agua fría sobre las masas?

De tiempo atrás Carrillo trabajaba por una *reconciliación nacional* en la que el poder burgués se fortaleciese al adaptarlo sin sacudidas revolucionarias a ciertas *formas democráticas* dentro de las cuales el PCE sería pieza decisiva del equilibrio político, de un orden estable tan conveniente para la burguesía como para los conservadores parásitos que usurpan el poder del proletariado de la Unión Soviética. Después de una gestión diplomática de Gromiko en 1967, el Kremlin presionó fuerte al PCE para que se pronunciase por una monarquía estable en España, y en favor de relaciones diplomáticas entre Moscú y el franquismo para facilitar esa salida. Entonces Carrillo no aceptó y más de una vez protestó de semejantes exigencias, pero de año en año *esa política stalinista* se fue imponiendo en el PCE a través de todos los medios de presión del aparato. En la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa que se reunió en Helsinki para reforzar la colaboración contrarrevolucionaria de los poderosos, el régimen de Franco estuvo ya representado con el beneplácito de la Unión Soviética. También, como vimos, la *Junta Democrática* intentó desde el principio que el pretendiente Don Juan encabezase su movimiento para asegurarse de que no saldría de los raíles del orden, de que no contradeciría la colaboración de los burgueses europeos y los stalinistas. Pero cuando Juan Carlos fue coronado –como siempre gracias a la taimada doblez de su padre–, Carrillo comenzó una campaña en su contra. Una campaña muy breve, porque el empuje obrero estableció pronto la disyuntiva: si el movimiento seguía empujando, la salida era la revolución, comenzando por el derrocamiento violento de la monarquía franquista, pasando como mucho por el establecimiento de un régimen provisional amenazado por la agitación de la calle y las fábricas, vigilado por las masas victoriosas y por tanto condenado a enfrentarse *a su vez* con la revolución obrera; la otra alternativa, la de frenar a ese movimiento obrero, pasaba ya por un entendimiento con el poder, y con el poder que fuese, para dividir y aislar a los sectores revolucionarios antes de que se hiciesen fuertes. Por detrás de la escena, lejos de la vista del público obrero ante quien daba la cara el figurón Camacho, Carrillo buscó inmediatamente el entendimiento con Juan Carlos.

Volvamos hacia atrás, *pero* sin mirar esta vez la *escena* del mes de enero ocupada por los obreros madrileños como protagonistas, sino mirando *entre bastidores*. Es la víspera de la vuelta al trabajo en Getafe y Madrid, la víspera de esa condena de los “agitadores” del Metro por Camacho, y es inevitable ya el comienzo de otra huelga general en el Baix Llobregat. La *Junta Democrática* se reúne en París tan inquieta por la lucha obrera como el mismo gobierno de Madrid reunido con urgencia por la huelga del Metro. Podremos descubrir el verdadero papel de esa *junta* gracias a las revelaciones posteriores de uno de sus dirigentes, el tráfuga Tamames:

“... en enero de 1976 la junta quedó sentenciada. En la sesión que en ese mes se celebró en París –y con escasa oposición– Carrillo impuso su idea de atenuar las movilizaciones con el propósito de entrar en contacto con el régimen para pactar. La ruptura quedaba en entredicho, y con ello empezaba el final del experimento de la junta...”

Comenzaba pues el *contraataque democrático*, segundo acto de la crisis pre revolucionaria. Comenzaba todavía entre bastidores el sabotaje de la iniciativa obrera. ¡Tenían que arrebatarse a los obreros un *protagonismo* que acabaría empujándolos contra la propiedad privada, animándoles a levantar órganos de poder obrero, dándoles la idea de optar por el socialismo,... quizá incluso de armarse!

Para captar todas las pequeñas astucias del contraataque es instructivo repasar los titulares de *Mundo Obrero*. El PCE que en 1959 había llamado artificialmente a una “huelga general”, con el agravante de que debía ser “pacífica” y de “colaboración entre las clases”, llega en cambio durante el primer trimestre del 76, en situación de huelga general rampante, a *prohibir* esta palabra en el vocabulario de *Mundo Obrero*. Sus ridículos titulares llaman “acción democrática de Sabadell” a la *huelga general* de Sabadell, “huelga total en Euskadi” cuando se declara y se organiza la *huelga general* vasca, o “el movimiento en Madrid” a las *huelgas generales* de Getafe y el metal madrileño, en las que el redactor recalca, para convencerse a sí mismo y a sus lectores, que “... *los trabajadores sabían que no se trataba de la batalla final contra la dictadura*”. Eran las pequeñas astucias que acompañan a la gran traición; unas como otra tienen la misión de impedir que la clase en movimiento tome conciencia de su protagonismo.

Hay una de estas pequeñas astucias que riza el rizo del cinismo burocrático: *exactamente* en los días en que la *Junta Democrática* de Carrillo ha decidido echar para atrás a los obreros movilizados, el semanario del PCE inaugura una sección permanente titulada –sólo puede serlo en son de burla–... ¡“*Protagonistas los trabajadores*”! La sección permaneció abierta semanalmente hasta junio, cuando ya vislumbró Carrillo las primeras posibilidades concretas de convertirlos en *comparsas* de la burguesía. Puede que fuese así como se inició un tipo de comportamiento cínico que dominó la política española desde la muerte de Franco y que consistió en ofrecer siempre *sobre el papel* impreso –y mojado– justamente lo que se negaba en la vida.

Pero en Vitoria este primer contraataque empezaba a fracasar. La *Junta Democrática* estaba ya tan sentenciada como el gobierno, y el viento del pueblo soplabla hacia la izquierda. Vamos a ver qué hacían los revolucionarios.

## ***Los revolucionarios, un paso por detrás***

Desde enero encontramos a los militantes del PORE con más frecuencia en los movimientos de masas. Pero el lector habrá empezado a captar que se les ve activos en la calle, en las manifestaciones, y que hablan con audacia en las asambleas, pero que *toda-*

*vía* su lugar está entre los obreros de fila y enfrentados a quienes *conservan* la dirección del movimiento y presiden y encauzan las reuniones. El peso de su voz aumenta, pero no sólo sigue siendo inferior al del PCE, sino incluso al de ese sector intermedio o *centrista*, y los trabajadores todavía no les distinguen claramente de él. Las simpatías de los obreros se orientan *progresivamente* hacia la izquierda, pero todavía en ese momento, las que recogen las intervenciones del PORE, no lo elevan a la dirección a él, sino a los grupos intermedios entre el partido revolucionario trotskista y el partido stalinista de Carrillo. En el primer embate de la crisis pre revolucionaria, los que se dedicaron con más ahínco a prepararla para que diese el poder al proletariado, fueron constantemente un paso por detrás de las masas. Retrocedamos una vez más en el tiempo para analizar su entrada en escena.

El caso es que el PORE pasaba por su peor crisis en el instante en que la agonía de Franco precipitó la ocasión revolucionaria. Todo el año 75 el partido lo pasó reflexionando sobre sus cuadros, su dirección y su implantación. Vimos que la huelga de Seat significó una dura prueba que dejó muchas preguntas en el aire. Pero la inquietud por la capacidad e implantación de los cuadros aumentó con las elecciones “sindicales” franquistas de junio de 1975. El gobierno buscó con astucia su momento más propicio retrasando la convocatoria: finalmente se realizaron tras la vuelta al trabajo de Seat, Baix Llobregat y Pamplona, y después del Estado de Excepción que maltrató a todos los grupos obreros próximos a la revolución. En este bache el PCE, preocupado por restablecer la autoridad quemada de los “enlaces”, formó “candidaturas democráticas” y llamó a participar, jugando con un factor favorable: las duras acciones del 74 habían despertado a nuevas y profundas capas de la clase, cuyos *primeros pasos políticos* más moderados pero más masivos tendían a engullir a las capas más luchadoras, de actitud más enérgica: ¡el muerto persigue al vivo! De este modo las elecciones del verano *podían* mostrar en las fábricas un panorama muy distinto del de las potentes huelgas del invierno. El deber de los revolucionarios en este caso era atravesarlas sin dejarse impresionar y continuando con paciencia la tarea de agrupar y reforzar al sector más combativo de las masas. *Debían* saber los revolucionarios que el clima tenso de Seat, de Pamplona, del Estado de Excepción, era indiscutiblemente más real y persistente que el intermedio “democrático” de la participación en el desprestigiado sindicato fascista. Y la prueba se vio en las luchas de septiembre sin ir más lejos.

El PORE *tenía* que aprender a atravesar con firmeza estas oscilaciones momentáneas que se encuentran en el curso de todo proceso revolucionario, y que parecen contradecirlo. Los resultados de las elecciones mostraron un *retroceso* del boicot sindical respecto a las elecciones del 71. El PCE avanzó apoyándose en esa capa obrera que ahora se sumaba a una lucha más masiva que cuatro años atrás. Era una oscilación momentánea y no había por qué inquietarse, pero el PORE se desorientó. Su dirección se encerró en un seco sectarismo ante las dudas de la base y, al no poder dominarlas, acabó dando un giro no menos seco para aproximarse a las posiciones de la *Junta Democrática*. Así comenzó la crisis.

En septiembre del 75 la dirección del PORE comenzaba a revisar su plataforma revolucionaria adoptada en 1974, y elaboraba otra para constituir una alianza obrera “sobre un programa democrático y antimonopolista” –como decían sus textos– “aceptable en principio por todos”. Naturalmente *sobre semejante programa*, la alianza que se formase, si fuese posible formarla, no tendría de “obrera” más que el nombre. Pero además en la situación concreta dada, la propuesta sólo podría ser un completo engaño sin sentido práctico. Había comenzado la batalla final contra el franquismo, y por sí misma ofrecía incontables ocasiones de golpearlo junto a los partidos de la *oposición democrática* en las huelgas, en las acciones de calle, mano a mano con sus militantes en

todas las exigencias democráticas, *sin la menor necesidad práctica de ceder en el programa revolucionario*. En contrapartida, nunca hubo tan pocas posibilidades de converger con ellos en una *alianza política* cuando precisamente estaban embarcados en ofrecer toda clase de garantías políticas a los burgueses y a los franquistas de que no iban a desatar las fuerzas de la revolución obrera. En fin, que era una fantasía la propia idea de una alianza política en un momento en que la unidad en la acción era obligada, fácil e indiscutible, pero *debía delimitar* progresivamente los dos caminos posibles y opuestos que quedarían abiertos por la acción común y general de las masas.

Veamos los dos caminos. *Ideológicamente* empezaron a bifurcarse, como vimos, hacia 1969; *políticamente* en la convergencia de la *oposición democrática* en el 75, y la delimitación de un grupo declaradamente partidario de la revolución proletaria, el PO-RE. Y ambos caminos tenían que acabar chocando *en la acción*.

En todos los casos, las masas dominarían la calle –eso nadie lo negaba– con mayor o menor fuerza, duración, violencia y organización. En todos los casos también, las tareas inmediatas planteadas tendrían un carácter democrático, y asociado a un cambio *en la forma* de régimen. En fin, en todos los casos los obreros, a la vanguardia de estas exigencias de libertad, las asociarían a una irrenunciable mejora de sus condiciones materiales de existencia, y al avance hacia el socialismo, hacia su emancipación como clase. El año 76 confirmó todos estos extremos: los obreros actuaron *antes* de que llegasen las nuevas leyes, y pusieron su huella sobre todos los acontecimientos políticos; los objetivos primeros se refirieron a las *libertades*; pero los obreros desplegaron su propia bandera *roja* exigiendo esas libertades en tanto que *medios* para combatir el capital.

Y los desacuerdos comenzaban a partir de aquí. Los oportunistas en general, siguiendo al PCE stalinista, afirmaban que las exigencias *propia mente obreras* (incluso las de carácter inmediato) lo mismo que los métodos de acción *revolucionarios* (la violencia organizada de las masas) y la voluntad de los trabajadores de llegar al *poder* político serían obstáculos a la hora de modificar democráticamente las formas del Estado. Los oportunistas renunciaban más o menos abiertamente y por toda una etapa histórica al poder proletario (en el caso del PCE) o lo relegaban a un futuro indeterminado (por ejemplo los grupos maoístas), esperando lograr las libertades por medio de un *pacto* basado en toda clase de garantías para el Estado y la propiedad burguesa.

Los ocho años posteriores han demolido esa posición. Formalmente, se dice que las masas “gozan de democracia”, pero no se las ve agradecidas que digamos. Las *libertades* que fueron reconocidas, se ven regularmente amenazadas, siempre recortadas, “gozadas” en realidad por los aparatos políticos y sindicales, por sus funcionarios permanentes y por la pequeña burguesía que se ha encaramado a unas organizaciones “obreras” cada vez más alejadas de la vida de los obreros. Como esas libertades excluyen una decisiva, la autodeterminación de las naciones oprimidas, las otras sin ella quedan en papel mojado y pueden ser tranquilamente pisoteadas en aras de la opresión nacional. Pero además y sobre todo, *han costado* a los trabajadores un profundo retroceso: en la militancia obrera, en la potencia sindical, en la disposición combativa de su juventud, en el nivel de vida y de empleo, en la educación de sus hijos, en la solidaridad de la clase, en su misma unidad por encima de las barreras nacionales y regionales. El desgaste material, político y moral de los trabajadores en estos ocho años es *pasajero*, pero es también *indiscutible*. Sólo los oportunistas beneficiarios del nuevo régimen pueden considerarlos como una “victoria” de sus ideas respecto a la inevitabilidad de una “etapa democrática” no obrera, pues sólo *ellos* han recogido los frutos.

Frente a esta concepción de una alianza, acuerdo, pacto o compromiso para una “etapa democrática” entre fuerzas de clases distintas, desde el final de los años sesenta se levantó otra estrategia que se fue afirmando luego con mucha nitidez a partir del

momento en que encontró en el *programa de la IV Internacional* una forma cabal, y bien fundamentada en las experiencias de la larga lucha entre el ala revolucionaria trotskista del proletariado internacional y los sepultureros stalinistas de la revolución bolchevique. Desde 1974 esa estrategia se plasmó en la *plataforma de combate* del PORE, cuyas ideas centrales se pueden sintetizar así: desde los primeros enfrentamientos por objetivos democráticos, los revolucionarios, codo con codo al lado de las otras tendencias obreras y a ser posible en su primera línea, se ocuparán de destacar precisamente la necesidad de que la clase trabajadora *avance de manera independiente* para hacerse con el poder político en cuanto la ocasión se preste. Los primeros órganos de acción que sirvan para arrancar libertades al poder y para lograr conquistas materiales frente a los capitalistas, pueden y deben ser luego los órganos en los cuales la clase obrera se organice *separadamente* de las nuevas instituciones burguesas y, gracias a los cuales, en lugar de disolverse en el nuevo régimen, se oriente hacia la conquista del poder en una segunda o tercera acometida revolucionaria. Es decir que, ya con el fin limitado y práctico de conseguir *libertades* sólidas y sin restricciones, se necesitarán asambleas masivas, fuertes coordinadoras de delegados, piquetes decididos, y una huelga general que derribe a la dictadura; que, para organizar esa huelga general, los comités y coordinadoras tendrán que reunirse y federarse en grandes *consejos de trabajadores*, tendrán que instaurar un control obrero sobre la producción e incluso que armar a los piquetes; y que, si esta lucha se lleva adelante aprovechando el aislamiento, los titubeos y las divisiones del poder franquista, y el ansia de libertad de la gran mayoría de los oprimidos, entonces los obreros saldrán de la crisis política en condiciones de adueñarse del poder a cierto plazo.

La realidad, con su maciza contundencia, no ha demolido esta línea de pensamiento, y más bien la ha confirmado por el fracaso de la línea “democrática”, pero lo que sí ha corregido –¡y severamente!– es uno de sus puntos: *todavía los revolucionarios deberán prepararse, templarse e implantarse para realizar este plan*. El plan sigue siendo válido pero, cuando la ocasión se aproximó decisivamente, el PORE saltó de esos carriles y se desvió peligrosamente hacia la vía del PCE, siguiendo la evolución similar de los grupos intermedios como el PTE o la LCR.

Los dos primeros artículos reeditados en este capítulo son escritos de batalla. Dirigiéndose a la vez a los trabajadores y a la militancia del PORE, respondiendo a la vez a las necesidades de la acción de masas que ha saltado a la calle, y a la crisis del partido que lo paraliza en la hora decisiva, esos artículos definen los *dos* caminos a seguir por la movilización y por los revolucionarios, y combaten apasionadamente la vía oportunista. El primero de ellos, de urgencia, insiste en el carácter *proletario* y revolucionario de la crisis; el segundo se ocupa del método para resolverla a través de los órganos que ha creado la propia actividad de las masas. Paso a paso, muy influido por la intensidad de la lucha obrera, el PORE fue superando su crisis.

## ***Reconstrucción de la IV Internacional***

Aquellos primeros tres meses, *netamente obreros*, del año 76, el PORE los consumió en esa lucha, superando esa crisis. Pero esa crisis de los revolucionarios a la hora de la verdad no es una rareza. Más bien puede decirse que no ha habido revolución donde no podamos encontrar el mismo fenómeno: la crisis de dirección en la víspera de las decisiones de verdadero alcance. En la historia de la revolución bolchevique, ese mismo episodio ha quedado registrado como “*la crisis de abril*”, porque enfrentó en abril de 1917 al sector del partido dirigido por Lenin recién llegado del exilio, y a otro sector

que dirigía hasta ese momento el partido y que estaba encabezado por Kamenev y Stalin. Las *tesis de abril* de Lenin orientaban al partido hacia *la toma del poder*, y comenzaban por oponerse a toda colaboración con el “gobierno provisional” formado, a la caída del zar, por la burguesía liberal y los conciliadores; en cambio, la política que venía defendiendo el comité bolchevique dirigido por Kamenev y Stalin se limitaba a “llevar lo más lejos posible la revolución democrática”, sin pretender disputar el poder a la burguesía liberal y sin excluir una colaboración con su gobierno. Encontraríamos una crisis similar en la encrucijada de cada revolución obrera. Y es lógico, porque el organismo vivo de los partidos se adapta a los cambios bruscos de la situación objetiva precisamente por medio de discusiones, y aun de luchas no menos bruscas, *entre tendencias distintas*. El pasado y el futuro del partido se encarnan en grupos de opinión, en sus filas y en su dirección, intentando dominar su presente. Esos grupos pugnan por conducir al partido hacia la nueva etapa, o por frenar su entrada en ella, y buscan apoyo, a su vez, en la fuerza objetiva de ciertos sectores de la propia clase trabajadora: el que ve más lejos y no se disuelve en la mayoría circunstancial, o el más masivo que entra en acción imprimiendo lentitud, moderación e inconsistencia a la actitud de las masas.

El partido de dirección revolucionaria es una minoría en los tiempos pacíficos. Sólo las grandes convulsiones de la sociedad y de la convivencia “normales” –las revoluciones– liberan suficientes recursos humanos para una mayoría revolucionaria. Pero llega su ocasión, y ese partido titubea. Lo que parecía claro se oscurece por las muchas tensiones contradictorias de esta situación. Al principio, la crisis revolucionaria no parece destacar a los revolucionarios, sino más bien sumergirlos bajo una marea de ilusiones optimistas. Es más difícil que antes mantener fijo el rumbo, apuntando a los meses que vendrán, o incluso a los años que vendrán y que pueden llegar a ser necesarios para formar, a partir de la juventud obrera, cuadros revolucionarios de valor y en cantidad suficiente.

En el caso del PORE había que evitar además que la crisis resultase costosa. Un partido no se improvisa. Sus cuadros, su dirección, su implantación resultan de una paciente selección que sería completamente irresponsable poner patas arriba en cada crisis. El partido bolchevique mostró su fuerza incomparable, su madurez, y *sobre todo su neta fusión con los obreros rusos*, en su capacidad de superar tanto la “crisis de abril” como los graves desacuerdos posteriores sobre la insurrección, prácticamente sin la menor ruptura, *soldado* por la actividad de sus filas obreras, es decir por sus lazos con la clase.

El PORE no pudo evitar las fracciones, aunque los serios desacuerdos estratégicos no debían por sí mismos conducir al fraccionamiento de la organización. Pero, por una lógica implacable, la lucha se fue centrando en el futuro del partido como tal, más que en tal o cual táctica ante la revolución. Tampoco eso es una rareza: las mismas *tesis de abril* de Lenin avanzaban por encima de los desacuerdos sobre la revolución rusa, y proponían la completa ruptura internacional de los revolucionarios de todos los países con la socialdemocracia. Incluso proponían sellar esa ruptura definitiva adoptando el nuevo nombre de *partido comunista* para llamar al de los bolcheviques. La verdad es que las *tesis* de Lenin veían esta *ruptura* internacional como la condición para que los bolcheviques se adentrasen en la revolución y no cediesen a la conciliación, al patriotismo ni a la fraseología democrática, que eran las peores amenazas para la revolución rusa.

Por consideraciones bastante similares, el PORE se orientaba a *reconstruir la IV Internacional*, y esperaba sellar esta tarea en una conferencia abierta en 1976, junto a los trotskistas de diferentes países agrupados en la Liga Internacional de Reconstrucción de la Cuarta Internacional. El lector comprenderá enseguida la importancia de esta batalla. El nombre del “trotskismo” perdía valor cuando los grupos que se definían así, en la

realidad se extendían desde las posiciones *revolucionarias* hasta posiciones de *colaboración* con la *junta democrática* de Carrillo, con toda una gama de matices intermedios: LCR, LC, POSI, LOC... ¡Todos estos grupos, resultados de una diferenciación progresiva, que consumió años en España y decenios a escala internacional, llevaban en su etiqueta común de “trotskismo” el signo de la confusión política! En la *reconstrucción de la IV Internacional*, los trotskistas españoles, húngaros, polacos, franceses, norteamericanos,... intentaban delimitar y agrupar bajo una disciplina única a todas las fuerzas formadas en la defensa del programa y la continuidad de la IV Internacional, frente a los revisionistas que del “trotskismo” ya no conservaban sino el nombre.

Pero precisamente los dirigentes del PORE que se inclinaban a la conciliación por motivos de táctica nacional, temían que la *reconstrucción* de la IV Internacional, una vez proclamada, rompiera todos los puentes con el centrismo, con esos grupos intermedios y sus cuadros. Se bifurcaba el camino para fortalecer al partido. Los defensores de una plataforma revolucionaria para el PORE, defendimos también el camino de la formación de jóvenes obreros en un espíritu de intransigencia marxista; los defensores de una plataforma democrática para el PORE, buscaban el acercamiento a los cuadros formados en los otros partidos y grupos, a los que esperaban ganar. Lógicamente *temían* los resultados políticos de la reconstrucción de la IV Internacional, que sería considerada por los centristas como una declaración de guerra. Al mismo tiempo, este sector conciliador del PORE había caído en un profundo pesimismo sobre las posibilidades de formar jóvenes cuadros, o estaba angustiado por esa *impaciencia* que, según Trotsky, es la fuente psicológica del oportunismo. En los textos de los conciliadores, se leía que “*los jóvenes obreros han de ser el medio para preparar y ganar a aquellos que tienen experiencia*”. La opción “democrática” se transformó en acercamiento a los centristas y hostilidad a la reconstrucción de la Internacional. Formaron una fracción que perdió la batalla política, frenó la acción del partido y, sobre todo, obligó a improvisar una nueva dirección en el más crítico momento de la crisis pre revolucionaria. El problema de *cuadros* que tanta inquietud produjo en el PORE durante el año 75, se había agravado en el 76. Semana a semana, los jóvenes luchadores del PORE fueron recuperando el terreno entre los obreros y el empuje de la ofensiva de masas fue, a su vez, cicatrizando las heridas de la lucha interna del partido. Al llegar a aquel punto culminante de marzo de 1976 en Vitoria, varios valiosos dirigentes de las fracciones volvían a ingresar en el PORE, ya convencidos de las perspectivas revolucionarias por la actitud de los trabajadores, e inquietos por el retraso de la vanguardia. La lucha obrera había logrado *soldar* otra vez las filas revolucionarias. Y el momento parecía adecuado para osar de nuevo...

## ***Una fuga adelante***

Pero la nueva dirección iniciaba entonces una línea peligrosa. Con el sentimiento de que el partido quedaba por detrás de la acción obrera, probó a resolver este retraso con medios artificiales y una visión muy espontaneísta, convocando varias veces sucesivas una huelga general. El 6 de abril, el 5 de mayo, el 21 de junio y el 20 de julio, el PORE convoca huelga general. Al principio, intenta lograr el éxito de acuerdo con experiencias anteriores como la de Seat, es decir, basándose en la movilización previa y efectivamente asegurada de sectores decisivos de la clase, en posibilidades de intervenir de modo centralizado desde numerosas asambleas de masas, y también en una buena organización de los muy modestos efectivos del partido. Pero, paso a paso, las desilusiones van paralizando a los militantes, y empujando en cambio a la dirección a atajar los proble-

mas con otras convocatorias que, al final, ya sólo se apoyan en las octavillas. Es indiscutible que esa actividad ha hecho que los obreros, sobre todo los catalanes, identifiquen para siempre al PORE con la misma línea de huelga general, y se puede decir que esta consigna ha entrado así en su capital político. Pero –¡he aquí el problema!– esa ligereza desorganizó al partido. Las fracciones resurgieron y volvieron a paralizarlo.

Lo característico de estos meses que preceden al verano del 76 no fueron ya las grandes batallas en la calle, sino las maniobras cautelosas entre pasillos. Del desconcierto general ante Vitoria surgieron variados reajustes en la posición de cada fuerza social y política.

El gobierno dio luz verde a los *aparatos sindicales* para que lograsen detener la proliferación de los *comités de huelga* elegidos por asambleas soberanas, más sensibles que cualquier otra organización al estado de ánimo y de opinión de los trabajadores en lucha. El 15 de abril el poder toleró el XXX Congreso de UGT. Casi simultáneamente, Comisiones Obreras, UGT y USO formaron la *coordinación de organizaciones sindicales* –COS– para controlar desde arriba las grandes movilizaciones, antes de que las coordinadoras de comités se generalizasen. Hay que precisar que todavía entonces estas operaciones de pasillos iban por detrás de la actividad creadora de la clase, y que ya en varias huelgas, como en la construcción de Vigo o en la Seat de Pamplona, las asambleas obreras estaban votando la formación de “sindicatos obreros unitarios”.

Aunque en esta etapa la *Junta Democrática* impulsada por el PCE y la *Plataforma* impulsada por el PSOE se disolvieron para formar un organismo conjunto, conocido como la “platajunta”, el acercamiento no reforzó en absoluto a la oposición frente al poder, pues se trataba del abandono de una línea de clara oposición, en favor de la negociación con los franquistas y del control del movimiento amenazador de las masas obreras. Un segundo frente de contactos entre el poder y la *oposición democrática* fue el internacional, cuya importancia en el establecimiento de un pacto llegaría a ser decisiva. En mayo Rumanía era ya un nudo de variados e intensos contactos políticos. La burocracia rumana se constituyó en mediadora entre la burguesía española y el stalinismo. A Rumanía viajaron delegaciones del PCE, pero *también* del PTE y, más tarde, de la ORT. El 25 de junio se abrieron delegaciones comerciales en Moscú. Por detrás de los actos oficiales podemos entrever los primeros pasos –¡cautelosos!– de la burguesía española hacia la burocracia stalinista para conseguir integrar a Carrillo e incluso a los centristas maoístas a sus planes.

En un tercer orden de cosas, los dirigentes oportunistas y sus partidos fueron ya presentados “en sociedad”, a la opinión pública, apadrinados por la prensa democrática. Y cuando el gobierno Arias produjo en junio una *Ley de Asociaciones* que establecería en el PSOE la barrera de los partidos legalizables, se pudo ya afirmar sin riesgos que la ley nacía muerta sin remedio. La burguesía no podría detenerse ahí sin una gran violencia contra la población.

Las movilizaciones continuaron durante estos meses de maniobras preparatorias, pero ya dije que los sectores obreros decisivos se habían tomado un respiro que redujo la amplitud de las huelgas. Y fue *precisamente* el momento que eligió el PORE para recuperar su retraso llamando insistentemente a la huelga general. En cambio, sus toques de alerta contra esas maniobras de reconciliación fueron disminuyendo cada semana. Esa es la razón por la que debe hablarse de *espontaneísmo*: las tendencias conciliadoras habían perdido la batalla en el PORE, pero la crisis y la juventud de la nueva dirección inclinó la balanza hacia el espontaneísmo y en contra del rigor del trabajo revolucionario. Pareció a los revolucionarios que, al llamar a la huelga general, y al esperar desencadenarla con su entusiasmo, la vanguardia podía darse el lujo de *volver la espalda* a las maniobras políticas de los jefes oportunistas, que podía *ahorrarse* combatir el acerca-

miento progresivo entre la burguesía y los jefes obreros en el terreno sindical, en las negociaciones de una reforma política, o en la aparición pública privilegiada de los partidos conciliadores. Pero, naturalmente, los obreros *no podían volver la espalda* a las maniobras realizadas por quienes todavía gozaban de la mayor influencia sobre su movimiento: o eran alertados y dirigidos por la propaganda marxista contra esas maniobras, o eran arrastrados a ellas por sus dirigentes ocasionales. Y es que el PORE, que en 1975 todavía declaraba que *debía construirse* a través de una lucha tenaz contra las corrientes stalinista y centrista, empezaba a actuar en 1976, y debilitado por una crisis, como si ya fuese un partido construido y acabado. La vida fue muy dura con esta ilusión.

Pero ¿por qué no ir tras las huellas de este espontaneísmo revolucionario, en los artículos que el lector encontrará al final de estas páginas? Los oportunistas son tan reacios a tratar su propia evolución, que hablar de los propios errores de los revolucionarios es casi una prueba de que nos tomábamos y nos tomamos sencillamente en serio. El artículo que publiqué en diciembre de 1975, "*La revolución proletaria es la salida a la situación actual*", aún hoy me parece indiscutible en la caracterización marxista de los dos caminos posibles de la crisis, el democrático hacia el fracaso y el revolucionario hacia la victoria obrera. Pero a la hora de combatir el democratismo, afirma con excesiva soltura:

“De ninguna manera la lucha de estas semanas puede abrir paso a una “etapa democrática” dirigida por un gobierno de reconciliación nacional”. Eso es una ficción criminal. Lo es por la experiencia del proletariado español, cuya revolución fue sacrificada en nombre de una “república” en la que no creían ni obreros revolucionarios ni burgueses fascistas.”

Afirmación tan tajante viene matizada y condicionada políticamente por todo el resto del artículo; pero interesa el *hilo* que la une a la otra discutible afirmación que aparecía en los artículos reproducidos en la primera parte de este libro, los que preparaban la irrupción de las masas. En aquellos se decía: “*ganar a los militantes del PCE es la condición para construir un partido revolucionario*”; en este otro se prevé que fracasarán los partidarios de la reconciliación entre las clases gracias “*a la experiencia del proletariado español*”. Ambas ideas aparecían como apreciaciones polémicas, discutibles, a comprobar y a revisar en función de la acción: menos como ejes de una política que como hipótesis de trabajo. En definitiva se revelaron *falsas*. Pero entre marzo y agosto de 1976 estas afirmaciones relativas y secundarias fueron adquiriendo cartas de naturaleza como tesis de un partido que resbalaba hacia el espontaneísmo revolucionario, que intentaba basar las perspectivas de la revolución en la disponibilidad de las masas más que en su propio esfuerzo político y de organización. Los escépticos tacharán de bizantino este rastreo de ideas en un partido de todos modos muy minoritario, para atribuirles un peso en la evolución concreta de la lucha de clases. Pero el escepticismo de los escépticos se refiere menos al peso de las tesis *minoritarias* que al peso *de las ideas en general* sobre la conciencia y la acción de las masas. Si uno cree en el sentido práctico de las ideas, considera a fondo incluso las más minoritarias. Por otro lado, sería archi falso pretender que una tesis equivocada, situada entre muchas otras ideas firmes, consecuentes y fecundas, pueda ser *la causa* de nada. Al contrario: lo que ocurre es que una cierta combinación de hechos políticos objetivos, una disposición de fuerzas militantes concretas, puede llegar a convertir una idea secundaria equivocada en *la línea* de acción de toda una etapa de la vanguardia obrera, frenando su desarrollo, apartándola en lugar de acercarla a las masas en movimiento. Y el espontaneísmo frenó a los revolucionarios cuando la clase trabajadora se movía más deprisa y todavía sin dirección definida.

En el fondo había una *escasa implantación obrera* de la vanguardia; ante todo poca implantación. La ocasión revolucionaria había llegado cuando el partido revolucionario más consecuente tenía una fusión todavía inmadura con su clase, que nos hacía sobreestimar los elementos espontáneos o aportados por el stalinismo a la conciencia de clase del proletariado español. En 1976 debíamos todavía aprender de la vida que la continuidad de experiencias y tradiciones de clase de este proletariado había sufrido, además de las deformaciones graves y duraderas del stalinismo, la interrupción de toda una generación, y luego el peso asfixiante de la pequeña burguesía democrática cargada de prejuicios sobre sus luchas, partidos y métodos. Una mayor implantación obrera hubiese transparentado esa verdad, sólo oscurecida por el entusiasmo revolucionario de los jóvenes trabajadores que siempre constituyeron el núcleo central de los cuadros trotskistas en España. Ahora que la mirada se vuelve diez años atrás, e incluso a las profundidades de la posguerra y de los orígenes del movimiento puesto a prueba en el 76, estamos ya en condiciones inmejorables para liquidar esa vieja cuenta de los trotskistas españoles con el espontaneísmo, y poner el acento y el esfuerzo práctico en la formación marxista de la juventud. La primera etapa de la crisis pre revolucionaria, la que estuvo netamente dominada por la iniciativa obrera, no se saldó en el terreno decisivo de su dirección política con un reforzamiento de sus filas de vanguardia, sino con un debilitamiento de la organización de los revolucionarios. La fuerza de su *programa* y de su *partido* se reconocerá, sin embargo, en el hecho de que todas las otras corrientes que se pretendían de vanguardia serían barridas por la marea, o arrastradas por las ilusiones democráticas en la etapa siguiente. Ese hecho cuenta relativamente poco en el desarrollo del pasado, pero ¿no nos está permitido pensar que constituye el punto de apoyo más sólido para la segunda tentativa revolucionaria?

## ***El giro del verano del 76***

En el verano concluyeron los reajustes políticos provocados por los enfrentamientos de Vitoria. Cayó el gobierno Arias con la ayuda de todos, pues todos esperaban sacar alguna ventaja de su caída. Los representantes del imperialismo norteamericano, de la banca y el Opus Dei, que manejaban los hilos del entorno de Juan Carlos, inclinaron la partida en favor de un equipo de funcionarios franquistas poco comprometidos, dirigidos desde entonces por Suárez. El fondo de este cambio residía en la carencia de partidos burgueses distintos de las instituciones de la dictadura, es decir del ejército, la Iglesia y el Movimiento Nacional, que constituían las verdaderas organizaciones y fracciones políticas de los capitalistas españoles. Con el cambio de gobierno, la burguesía se disponía a *crear* un nuevo partido para la nueva etapa, a crearlo a partir del poder, de sus funcionarios, de sus recursos económicos, sus medios de propaganda, la protección de sus leyes e incluso, si era necesario, los *pucherazos* de Martín Villa. Para realizar esta operación, el plan adoptado sería el que Kissinger había recomendado: legalizar al PSOE, mantener al PCE ilegal “por un par de años” y excluir, desde luego, al nacionalismo y a los revolucionarios.

Ese plan no encontró obstáculos en la *oposición democrática*, a quien no habría que atribuirle su conocido fracaso. El PSOE de González desde el principio comenzó a sabotear a la oposición, sin romper del todo con ella. El PCE comenzó a distanciarse, a su vez, de los grupos semi revolucionarios que estaban siempre con un pie en la calle y otro en las mesas *democráticas*. El terreno de batalla sería el Referéndum para la Reforma Política, al que seguirían unas elecciones generales a Cortes. En ese terreno los

gobernantes querían forzar a la oposición a ceder, a renunciar al objetivo democrático de la *república federal*, sometiéndose a la *Monarquía española* cuyas instituciones salvarían y reforzarían el aparato militar, policíaco y judicial del franquismo.

Pero desde el verano la marea de la movilización obrera estaba otra vez en ascenso. Los trabajadores habían cogido aliento e iban a probar otra vez su fuerza. El primer asalto fue suyo; luego sólo hubo preparativos de pasillos, cuya eficacia en la pelea se vería ahora. Se había inaugurado la “tolerancia”, que permitía a los partidos mejor vistos por la burguesía y a los sindicatos moverse con cierta libertad para frenar las huelgas, encauzar pacíficamente las protestas y marginar a los revolucionarios. Pero las asambleas obreras seguían conservando una autoridad considerable y, en Motor Ibérica y Roca de Gavá, van a comenzar dos de las huelgas más tenaces y en las que los cuadros del PCE, desde el otoño, ya han sido desbancados completamente por obreros revolucionarios. Simultáneamente, desde el 11 de septiembre, la fuerza del nacionalismo catalán es visible, como será visible al año siguiente la potencia del nacionalismo vasco. Indiscutiblemente acabará habiendo un choque entre el poder y las masas, sin que sea posible fecharlo. Los planes de “reforma” del gobierno de funcionarios franquistas y el empuje real de las exigencias de los oprimidos no van por el mismo sitio, ni al mismo ritmo, ni al mismo puerto, y tendrán que tropezar.

Al igual que todas las demás fuerzas, el PORE ha reajustado durante el verano sus perspectivas y su táctica. Después de la crisis se orienta a una batalla esencialmente política *contra la “reforma”*, es decir, a denunciar el Referéndum previsto y a agitar en favor de un *boicot* por medios de acción de masas. También comienza a organizar la fracción revolucionaria *dentro* de los nuevos sindicatos y, en fin, a sacar a la luz a algunos de sus dirigentes y militantes. Aún no es tarde, y la fuerza de las huelgas del otoño así lo anuncia.

Pero semana a semana se verá la *celeridad* del acercamiento de los dirigentes de las masas al gobierno. Teóricamente todos ellos siguen estando contra una “reforma” desde arriba. En la práctica dicen que se *abstendrán* de votar, pero excluyen todo boicot frontal. Si lo hay, será contra todos ellos. Poco a poco anuncian que “*de todos modos irán luego a las elecciones*”, con lo que la abstención carece de interés práctico. González aún va más lejos y declara que “*la actitud puramente negativa ante el Referéndum puede conducir a la oposición hacia un aislamiento popular peligroso*”. Llamando a las cosas por su nombre, sólo los militantes de base, esas decenas de miles de hombres y mujeres que son la espina dorsal de la acción, luchan sinceramente contra el referéndum, y dejan constancia de ello en miles de *pintadas* por las paredes. ¡Hasta octavillas de “abstención” faltan, porque los dirigentes sólo están salvando la cara! Han decidido *ya* sumarse a la “reforma” en las condiciones fijadas por el poder.

Intentando salvar la cara, los dirigentes temen sobre todo a las masas. El 27 de septiembre la fuerza de los obreros se hizo sentir otra vez. La prensa burguesa titula: “Paro casi total en Euskadi y Tenerife; huelga en casi todo el Vallés; huelga total en los centros de Correos de 34 provincias y parcial en otras 17; manifestaciones en numerosas ciudades por el aniversario del fusilamiento de los cinco”. No se trata de una jornada medida y controlada como las que vendrán luego, sino de luchas prolongadas que se van sumando. La huelga general amenaza otra vez.

El 12 de noviembre, finalmente, el PCE impulsa una jornada de 24 horas de huelga y acciones. Esa vez el PORE podrá combatir de manera centralizada y en muchas de las asambleas y acciones de unas cuantas ciudades, para que no quede en 24 horas, para dejar ciertos focos de continuación de la lucha y lograr que el movimiento se prolongue y se extienda hacia la huelga general. No lo conseguirá. El éxito de la jornada es grande, pero ya se trata precisamente de *eso*, de una *jornada* de presión; y con ella el PCE cree

“haber cumplido” y abandona toda acción contra el gobierno. Ese día se perdió la posibilidad de un *boicot* activo: los obreros se abstuvieron el 6 de diciembre en los centros industriales decisivos pero, naturalmente, la mayoría votó *sí* a un proyecto de “reforma” que nunca se iba a aplicar.

Los resultados del voto dan un motivo de reflexión. La abstención llegó al 21% (más alta en las poblaciones obreras) y el PCE la consideró “un éxito”; el total de votos favorables fue del 74,4% (es decir el 94,2% de los votantes). Dos años después, la Constitución sometida a Referéndum encontró una abstención del 33% ¡y el total de votos favorables no llegó al 56%! Según el PCE, sin embargo también fue “un éxito”... pero de la Constitución. En esa contradicción el PCE reconoce sin decirlo que los datos *electorales* son siempre relativos. En 1976 el gobierno ayudado por el fiel Martín Villa ganó en las urnas, pero *todavía tenía que hacer entrar en ellas al sector más activo y dinámico* de la vida política, al proletariado industrial. Sólo si lograba hacerle entrar, los datos electorales tendrían un valor objetivo; pero no antes. El Referéndum del 76 dejó todo en el aire. El PORE reunió su Comité Central para sacar conclusiones:

“... El gobierno fracasó en los centros industriales... El Referéndum no puede considerarse como una victoria de la monarquía, sino como su fracaso. Al mismo tiempo, es cierto que la posición “abstencionista” del PCE y del PSOE, de la CNT y de los centristas, ha frenado en gran medida las acciones de BOICOT, y la clase obrera no ha logrado convertirlo en una victoria decisiva: la tensión política aumenta, pero la batalla está aún por librar...”

“... La clase obrera es quien conserva en sus manos la iniciativa. Carrillo lo ha negado explícitamente días antes del Referéndum, atribuyendo como Felipe González, la iniciativa al Gobierno. Es falso. Esa declaración derrotista es en realidad un ardid de guerra contra el avance del proletariado...”

“... Pero esa iniciativa del proletariado no puede ser considerada como algo logrado de una vez por todas... En definitiva o la huelga general arranca en una batalla contra las Cortes trucadas, o bien los ritmos y condiciones de la revolución española podrían llegar a ser modificados por una etapa a favor de la burguesía...”

Este segundo asalto de la crisis revolucionaria acaba pues de manera indecisa. Las espadas siguen en alto, la iniciativa sigue en la calle, pero los revolucionarios deben reconocer abiertamente por primera vez que “*el tiempo ya no juega a su favor*”. El último de los artículos que el lector encontrará tras estas líneas, obedece a esa preocupación. Es de nuevo una reflexión sobre las relaciones mutuas entre la vanguardia revolucionaria, su fracción consecuente organizada en el partido, y el conjunto de la clase. En la crisis pre revolucionaria, la entrada del sector más pasivo reforzó el peso de los stalinistas y, con una ayuda decisiva de los grupos intermedios, logró frenar al sector activo y combativo. Pero todavía no le ha ahogado ni dominado. Todavía “el muerto no ha alcanzado al vivo”. Si el partido dota a ese sector más decidido de la clase de un programa, cuadros y una disciplina, todavía está en condiciones de elevarse sobre la situación e inclinar de su lado a la mayoría de los oprimidos. En huelgas como la de Roca se ve la vitalidad de ese sector del proletariado. La ocasión revolucionaria aún no ha pasado, y se anuncia un enfrentamiento entre las fuerzas que apuntan a la revolución y las que apuntalan la “reforma” cuando comienza 1977.

## CRONOLOGÍA

**1975**

**Septiembre.** *Fusilamiento de los cinco (de ETA y FRAP). Grandes movilizaciones contra Franco. El Comité Central del PORE cambia de línea en favor de un programa democrático y antimonopolista.*

**Noviembre.** *Recomienzan las huelgas y la agitación estudiantil. Muere Franco. Juan Carlos, rey. El indulto del 25 es una estafa. Comienzan las marchas hacia las cárceles. Se forma el gobierno Arias/Areilza/Fraga.*

**Diciembre.** *Huelga general de Getafe y el metal de Madrid. La mayoría del PORE se va inclinando otra vez hacia posiciones revolucionarias. Artículo “La revolución proletaria es la salida a la situación actual.”*

## LA REVOLUCIÓN PROLETARIA ES LA SALIDA A LA SITUACIÓN ACTUAL

(artículo publicado en diciembre de 1975)

En las últimas semanas los obreros han comenzado a movilizarse masivamente en las fábricas y barrios de todo el país. Más allá del objetivo inmediato que en el Metal de Madrid, en la SEAT de Barcelona, aquí o allá, se dan los obreros, y más allá de la consigna de “amnistía” que el PCE propone a las manifestaciones en el país, este movimiento obrero y popular se alimenta de otro motivo, de otra razón de combate: es el inicio de la ofensiva final del proletariado contra el régimen de Franco prolongado por Juan Carlos. Son los primeros pasos de la salida a la calle, a la luz del día, a la lucha revolucionaria, de la clase obrera española. En un plazo mínimo la revolución obrera va a decir: ¡aquí estoy!

Uno de esos momentos excepcionales de la historia de la lucha de clases en que las clases se enfrentan hasta el final. Esta inevitable ofensiva obrera en España es no solamente el elemento decisivo de toda la evolución de este país, sino además un factor determinante de la lucha de clases a escala internacional. Durante los últimos años, ya sea en la “Conferencia cumbre” de Helsinki, en la preparación de la Conferencia mundial de los mal llamados “partidos comunistas” o en el próximo encuentro en Roma de los países capitalistas, la situación explosiva en España ha ocupado el centro de las preocupaciones de los jefes capitalistas, de los burócratas de Moscú y sus satélites o de los líderes reformistas de la socialdemocracia.

Y también de la clase obrera internacional. ¿Qué ha sido la caída de los fascismos portugués y griego?: sobre todo el preludio de la reaparición en la arena mundial de los obreros españoles derrotados en 1939. Y a la vez en Portugal la burguesía y sus aliados han puesto a prueba la política nefasta de “Frente Popular”, de “reconciliación con la burguesía” que Santiago Carrillo y compañía preparan en España para contener a los obreros españoles y para aislarlos del proletariado europeo, como intentan hacer con la revolución portuguesa.

Hoy el franquismo es insostenible, con o sin Franco. La hora de la verdad se aproxima; la clase obrera determinará el momento. Pero todas las fuerzas reaccionarias de todo el mundo han tomado posiciones: la contrarrevolución portuguesa, dirigida por Spínola, no encuentra en el PS de Soares más que un cómplice y en Cunhal un capitulador de política cobarde. En Portugal la burguesía se apresta a aplastar a los obreros antes de que se les unan sus hermanos españoles. Juan Carlos se aguanta porque los capitalistas lo sostienen para retrasar la acción proletaria, para “cambiar” el régimen gradualmente y evitar la salida de los obreros a la calle. Y no por otra cosa Juan Carlos ha pedido al PSOE su apoyo y al PCE de Carrillo una tregua de unos meses.

¿Qué puede responder Carrillo, cuando los mismos militantes del PCE piden pasar a los actos? De un lado el PCE de Carrillo, con su *Junta Democrática*, se ocupa de retrasar la acción obrera, de encerrarla en un marco burgués, y sobre todo... de preparar un nuevo gobierno capitalista “de reconciliación nacional” para evitar la revolución.

Todos esos esfuerzos de los burgueses y de los líderes oportunistas de los trabajadores son la muestra de lo que está en juego en la caída del régimen creado por Franco y en la salida a la luz del día del proletariado español. Lo que está en juego es la revolución proletaria en toda Europa: la unión revolucionaria de las clases trabajadoras de

España y Portugal, la extensión de la revolución desde Lisboa a París,... y a Checoslovaquia y a la misma Unión Soviética, donde los amos del Kremlin quieren salvar su confortable posición de burócratas parásitos, uniendo sus destinos a los del capitalismo a costa de la derrota del proletariado mundial.

Es esto lo que está en juego. No es eso lo que dice Santiago Carrillo, para quien se trata de la “democracia”, de un cambio de régimen político de la burguesía. No. Lo que está en juego es el poder, es decir, si el proletariado español será otra vez aplastado por la burguesía, o si al contrario se hará dueño del poder y de su destino. Si Santiago Carrillo habla de “cambio democrático” o de “ruptura democrática” es para engañar, confundir y desorientar a las masas, para que el proletariado acepte un nuevo gobierno capitalista y los nuevos sufrimientos que se le pedirán en nombre de la “democracia”, y mientras la reacción fascista se preparará de nuevo, como en Chile en 1973, como hoy en Portugal y como hace cuarenta años en España, para ahogar en sangre no sólo las ilusiones democráticas, sino a los trabajadores.

## ***Revolución “democrática” o revolución proletaria socialista***

Ahora hay que hablar más claro que nunca a las masas, pues las acciones que se desarrollan estos días deben confluír en una acción general que no sólo tendrá de inmediato que poner fin al régimen monárquico-franquista, sino que emprender una revolución. Decir que se trata de cambiar “las instituciones franquistas” por “instituciones democráticas” es echar tierra a los ojos de los obreros y de su vanguardia. Decirles que “en esta etapa” se trata de “conquistar la democracia” y “ya vendrá luego la lucha socialista revolucionaria” es simplemente querer relegar al proletariado a un puesto de comparsa, cuando es quien ha dado su sufrimiento, su energía y su sangre para llevar al franquismo a su actual crisis sin salida. Pero esas mentiras las repiten una y otra vez los que, como el PCE, quieren dar ahora el poder o compartirlo con la burguesía, y los que, como los pablistas de la LCR y LC, se conforman con que el poder pase de manos de los bandidos fascistas a los explotadores “liberales”. Sin denunciarlos ante los obreros, en las fábricas, como lo que son, como trampas tendidas para perder al proletariado, no es posible llevar hoy adelante la lucha.

Pues de ninguna manera la lucha de estas semanas puede abrir paso a una “etapa democrática” dirigida por un “gobierno de reconciliación nacional”. Eso es una ficción criminal. Lo es por la experiencia el proletariado español, cuya revolución fue sacrificada en nombre de una “república” en la que no creían ni obreros revolucionarios ni burgueses fascistas. Pero lo es ante todo y sobre todo porque, esta vez, esta segunda revolución española irrumpe en una situación mundial tan tensa, tan explosiva, que arrastrará de inmediato a la lucha al proletariado europeo. Y todos los problemas concretos e inmediatos de la clase obrera de España estarán indisolublemente ligados al choque en todos los países, entre la burguesía y proletariado. No habrá etapa democrática, sino una lucha revolucionaria por el poder. Ningún luchador obrero debe hacerse la menor ilusión, si no quiere que su clase lo pague trágicamente.

Por eso es triste y cínica a la vez la verborrea de los centristas de la LCR-ETA VI y la LC que encima pretenden usurpar el nombre de la IV Internacional de Trotsky. Para estas gentes se trataría de que ellos y la clase obrera deberían contentarse hoy con hacer de “oposición” de una ruptura democrática que lleve al poder a un gobierno de colaboración de clases y en consecuencia, no dan otros objetivos a las masas proletarias que las consignas sindicales y democráticas. Pero lo peor de todo es que intentan justificar

esta actitud oportunista falsificando la teoría marxista de la “revolución permanente”. Según los pablistas de las “ligas”, la permanencia de la revolución consiste en que basta luchar por los objetivos de la “democracia” de una manera radical para que espontáneamente la clase obrera llegue en su lucha hasta el socialismo, encontrando las masas de una manera “natural” la vía del poder. ¡Cínica falsificación! Esta doctrina menchevique no tiene nada que ver con el desarrollo real de una revolución, tal como lo mostró la práctica de los bolcheviques de Lenin en Rusia, ni tal como ha sido analizado en las tesis de Trotsky sobre la revolución permanente y en el programa de la IV Internacional. La lucha obrera socialista por el poder no viene asegurada por una lógica objetiva y ciega de la lucha radical por la “democracia”. De ninguna manera. Es la independencia del proletariado, asegurada por una dirección revolucionaria bolchevique que avance abiertamente a la conquista del poder, la que permite a la clase obrera no quedar estrangulada en las redes de una colaboración de clases bajo la divisa de la “democracia”. Dicho de otra manera, la teoría de la revolución permanente enseña al partido revolucionario a mostrar a las masas que solamente tomando el poder en sus manos, y uniéndose a escala internacional en la acción, los problemas democráticos del campo, de las nacionalidades, etc., pueden ser resueltos. Se trata precisamente de combatir las ilusiones “democráticas” para que el proletariado avance con decisión a través de los episodios de todo el proceso revolucionario. Por eso nuestro partido, que en la acción contra el franquismo combate junto a todos los que quieren combatir y llama a todos los partidos a unirse a nuestra acción, sin embargo repite incansablemente que la clase obrera no debe cambiar al gobierno de Juan Carlos por otro gobierno burgués, aunque en él se siente Carrillo y hable de “democracia”, sino que debe prepararse en la lucha actual para tomar el poder en sus manos.

### ***La tarea del partido es hoy iniciar la revolución proletaria***

Lo que ocurre en realidad es que los centristas en general, y los de las “ligas” en particular, piensan y actúan considerando inevitable una etapa de democracia burguesa, o una etapa de dominio de un gobierno de “reconciliación nacional” de la burguesía, Carrillo y los dirigentes del PSOE. Y en esa etapa los “pablistas” de LCR y LC se preparan para hacer de “oposición” y no de dirigentes revolucionarios. Pero lo único que es inevitable es que Carrillo forme con la burguesía un “gobierno” en la clandestinidad o quizás a la luz pública, pero de ninguna manera es inevitable que la burguesía con la ayuda del PCE arrebatase el poder otra vez a los obreros en la caída del régimen actual. Ya que un partido revolucionario, e incluso si sus fuerzas son reducidas, puede tomar la dirección de la primera ofensiva de las masas, de la lucha por acabar con el franquismo, y comenzar a organizar y a orientar desde ese momento, con Comités de delegados obreros en todas las ciudades y a escala nacional, la lucha por el poder, por un *gobierno obrero y campesino*.

Para nuestro Partido esa es la tarea. Por eso las organizaciones españolas del Secretariado Unificado de Mandel y Krivine, de los pablistas, se llaman LCR-ETA VI y LC.

Porque en España no pretenden ser el partido del proletariado, sino la “izquierda” del movimiento “democrático”. Y en cambio nuestra sección de la Liga Internacional se ha constituido como Partido Obrero Revolucionario de España porque su vocación bolchevique es la de enfrentarse a las direcciones traidoras, para mostrar a las masas el camino de la revolución proletaria y dirigir sus luchas desde hoy en esa dirección y no en otra.

Estos días nuestro partido ha declarado una nueva y decisiva movilización de todas sus fuerzas, justamente para ponerse a la cabeza en las semanas próximas, de la huelga general, de la salida a la calle de los obreros para abrir las cárceles y echar abajo a Juan Carlos y al régimen, para organizar a los trabajadores en esta lucha por fábricas y localidades, en Comités de delegados obreros. Y su fin está claro: un *gobierno obrero y campesino*.

¡Los Estados Unidos Socialistas de Europa! Una parte de los obreros, los más avanzados, los más decididos, desde el primer momento estarán con nosotros. En primer lugar la juventud obrera, sobreexplotada por el capital y despreciada por los burócratas del movimiento obrero, es quien puede agruparse en forma masiva tras un combate directo por los objetivos de la revolución proletaria. Esta juventud, encuadrada en las Juventudes Revolucionarias de España, en la lucha por la Internacional Revolucionaria de la Juventud, será a la vez el ejército socialista y el fermento revolucionario del movimiento de las masas más amplias. Y si toda otra parte de la clase dudará antes de tomar un camino decidido, no nos echarán tampoco en cara que digamos claramente nuestro objetivo, cuando en la lucha unitaria no sólo no faltaremos, sino que ocuparemos la primera línea. Las experiencias de la acción revolucionaria les pondrán de nuestro lado más tarde.

## CRONOLOGÍA

**1976**

**Enero.** *El II Congreso del PORE opta por la línea revolucionaria. Huelgas del metro de Madrid, del Baix Llobregat. La **Junta Democrática** decide reducir las movilizaciones para negociar. Se reúne en París la Cuarta Conferencia de **Reconstrucción** de la IV Internacional.*

**Febrero.** *Huelgas de Sabadell y de la minería asturiana. Artículo sobre “**El gobierno obrero y campesino, los consejos obreros y los comités de fábrica.**”*

**Marzo.** *Huelga general de Vitoria y de Euskadi. La **Junta Democrática** y la **Plataforma** se fusionan (la “**platajunta**”) para negociar con los franquistas. Los dirigentes de la fracción que rompió con el PORE piden su regreso al partido para luchar en su línea.*

## EL GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO, LOS CONSEJOS OBREROS Y LOS COMITÉS DE FÁBRICA

(artículo publicado en febrero de 1976)

La huelga general es prácticamente un hecho. En el sentido de que casi no hay una localidad, una empresa o un sector industrial que no haya participado de una manera u otra en el gran movimiento de huelgas, de manifestaciones y asambleas que recorre el país desde el pasado diciembre.

Y sin embargo, pese a su gran amplitud, el movimiento no ha logrado todavía sus objetivos inmediatos. Ya que, sean cuales sean las reivindicaciones avanzadas, el actual movimiento de huelgas y manifestaciones en su conjunto se enfrenta al régimen franquista de Juan Carlos y su tarea es derribarlo. Lo que buscan hoy la mayoría de los trabajadores es agrupar masivamente en la acción a las fuerzas obreras para poner fin a la explotación y la opresión. Es el primer paso de la revolución, el comienzo clásico de las grandes revoluciones obreras. Mediante una unión cada vez más amplia y más combativa en las fábricas y en las calles, la clase obrera tantea sus fuerzas y las de sus enemigos, antes de lanzarse a fondo en la vía revolucionaria. Ese es el significado de este gran movimiento actual hacia la huelga general.

Pero las experiencias de estos tres últimos meses demuestran que el movimiento huelguístico no puede llegar a manifestar toda su fuerza ni por lo tanto a terminar con la dictadura franquista, por la falta de centralización, en definitiva por la falta de una dirección revolucionaria del movimiento de masas. En muchos sitios el Partido Obrero Revolucionario se está esforzando y cada vez con más éxito, en desempeñar ese papel, el de dirigir y organizar y centralizar las acciones de los trabajadores, dándoles objetivos claros y revolucionarios. Pero los partidos “oficiales” del movimiento obrero, como el PSOE de Felipe González, o el PCE de Santiago Carrillo, o en fin todos los grupos partidarios de un pacto con la burguesía llamada “democrática”, todos ellos se empeñan en dividir y en dispersar las acciones obreras.

Salta a la vista. ¡Vedlos en la acción, a los partidos de la *Junta Democrática* o de la *Plataforma de Convergencia*! Antes de arrancar la huelga de Terrassa, esos falsos “dirigentes” se ocupaban de enterrar la huelga en el Baix Llobregat. Antes de que empiece la huelga de la construcción en Barcelona, ya han terminado con la huelga de Terrassa. ¡Y no movieron un dedo para parar Barcelona, mientras Madrid estaba en huelga general! He ahí como actúan los dirigentes de derrotas, los organizadores de fracasos obreros, los líderes oportunistas del PCE y del PSOE.

Esta política oportunista de los partidos mal llamados “comunista” y “socialista” no viene de la ceguera, sino de una lógica implacable, que es la de la traición de sus jefes a los intereses obreros. El PCE y el PSOE preparan un gobierno de “reconciliación nacional”, de colaboración entre los explotadores y los explotados... para que la explotación continúe ahora que nadie es capaz de hacer durar el régimen que creó Franco. Y la huelga general no sólo es una amenaza para ese régimen fascista que aún sigue en pie, sino también para todo intento de perpetuar el capitalismo después de que la clase obrera logre acabar con la dictadura. Y, por ello, los partidos que se alían con la burguesía se oponen en los hechos a organizar la huelga general. A través de las “coordinadoras” de Comisiones Obreras, el PCE no se ocupa precisamente de coordinar, de unificar las lu-

chas obreras. ¡Al revés! El PCE usa las Comisiones par separar unas huelgas de otras, unas ciudades de otras para dividir la fuerza de los trabajadores.

Allí donde nuestro Partido Revolucionario ha ido suficientemente lejos, o también allí donde los trabajadores y sus elementos más avanzados, han sacado la lección de los engaños y traiciones de esos “enlaces”<sup>8</sup> dirigidos por el PCE, los obreros han comenzado a organizar con eficacia y decisión sus propias luchas. Por medio de Comités elegidos en las asambleas, de modo que incorporan a todos los trabajadores a la acción, unen a todas las tendencias y organizaciones en la lucha práctica, seleccionan a los dirigentes que mejor representan al conjunto de los obreros en lucha, y mantienen la organización y la dirección de la huelga bajo el control de las masas movilizadas. Esos Comités y su centralización por ramos, por ciudades sobre todo, y en fin a escala nacional, surgen como un medio práctico de organizar la huelga, de reforzarla continuamente reuniendo a toda la clase explotadora contra los capitalistas y su gobierno.

Hoy todas las organizaciones políticas, hasta las más oportunistas, hablan ya de *Huelga General*. ¡Estaría bueno que no! De todos modos, los obreros mismos han hecho ya más que todos esos oportunistas por la huelga general. Si incluso esos grupos hablan de esta consigna, es porque la consigna ya no basta, porque hace falta ir más lejos, precisar mucho más el objetivo y los métodos de la acción inmediata de las masas. Hoy se trata de designar un objetivo político claro, en nombre del cual organizar la Huelga General, y de centralizarla concretamente en el curso de las actuales acciones de masas. Ese objetivo no puede ser otro que el de derribar a la monarquía franquista de Juan Carlos e imponer un *gobierno obrero y campesino*. Y el medio práctico más importante es la formación de Comités de Fábrica y su centralización en Comités de Delegados Obreros en todas las ciudades, para organizar la Huelga General.

## ***Los oportunistas contra el poder obrero***

Unos años después de la victoria bolchevique en Rusia, Lenin explicaba a los trabajadores europeos que la significación internacional de la revolución rusa no consistía solamente en la importancia que para la revolución mundial tenía la victoria de la URSS sino también y sobre todo en el hecho de que ciertas experiencias del proletariado ruso tenían un valor universal: que los obreros europeos tendrían que repetir ciertos aspectos esenciales de la revolución bolchevique. Y Lenin añadía enseguida que se refería ante todo a la necesidad de destruir la dictadura de la burguesía, el Estado burgués, y de sustituirlo por la dictadura del proletariado, por el poder de los Consejos Obreros, de los soviets.

Vale la pena recordar esto cuando todos los partidos llamados “comunistas” y “socialistas” desarrollan actualmente una intensa campaña contra la dictadura del proletariado, contra el poder de los Consejos Obreros. Carrillo reniega de la revolución proletaria; el PSUC añade que la dictadura obrera no entra en sus planes; las ligas pablistas (LCR-ETA VI y LC), así como los maoístas, dicen que la consigna inmediata es una “Asamblea Constituyente” (más o menos lo que dicen Ruiz Giménez y el PSOE), o un “Gobierno de los partidos y organizaciones que terminen con el franquismo”. Todos ellos quieren evitar la formación de los Consejos Obreros, de los Soviets, es decir, de los órganos revolucionarios de la lucha obrera por el poder. Y todos esos partidos y

---

<sup>8</sup> “Enlaces” eran los cargos electos del Sindicato vertical franquista. En esa etapa el PCE utilizó ampliamente los cargos ganados en las elecciones del 75 para frenar la oposición de delegados y comités surgidos de la acción obrera y sometidos a las asambleas.

grupos hablan mucho de la “unidad”, pero su unidad no es la movilización revolucionaria contra el Estado burgués y en sus órganos unitarios y autónomos, en sus Consejos elegidos por las masas movilizadas, sino la unidad con la traidora “democracia” burguesa y en contra de los Consejos Obreros. Su “unidad” divide la lucha proletaria.

Esa es la línea de demarcación entre los oportunistas y los revolucionarios, entre el partido de los bolcheviques y los partidos pro burgueses y oportunistas. Hoy el principal factor de centralización del movimiento de masas contra la monarquía franquista sólo puede ser la actividad revolucionaria de los bolcheviques, del Partido Obrero Revolucionario, agitando y proponiendo a los obreros el objetivo de un *gobierno obrero y campesino*, es decir, de un gobierno basado en sus Consejos Obreros que organizando a todas las masas, armándolas contra la reacción, y llevándolas al levantamiento contra el Estado burgués, den el poder político al pueblo trabajador bajo la dirección del proletariado industrial.

La formación de los Consejos Obreros está hoy a la orden del día. Antes de que los líderes oportunistas, que hoy frenan la lucha contra el régimen franquista se incorporen a un gobierno burgués de “reconciliación” para impedir la revolución obrera y hacer retroceder al actual movimiento de masas, es necesario centralizar ese movimiento, organizar la lucha para terminar con la monarquía franquista, por medio de Comités y Consejos Obreros que sitúen a la clase en condiciones de fuerza y de conciencia para abordar la lucha por el poder. Para impedir que el poder les sea arrebatado a los obreros que hayan puesto fin al fascismo, y que pase de nuevo a la burguesía disfrazada de “demócrata” y reforzada por la colaboración traidora del PCE y del PSOE. Esa es la razón por la que el PORE agita en las fábricas por el *gobierno obrero y campesino*, e impulsa por todas partes la formación de Comités de Delegados Obreros.

## ***Los comités de fábrica y los consejos obreros***

Muchos obreros nos preguntarán cómo es posible pasar de inmediato a la organización de Consejos Obreros para la toma del poder, si la realidad es que sólo una parte de la clase obrera, la más avanzada, puede decirse que está inmediatamente decidida a trabajar de inmediato por la dictadura del proletariado. Y una buena parte, queriendo realmente que los obreros se hagan con el poder, sigue todavía bajo la confusión y las ilusiones que predicán los líderes del PCE sobre la “democracia” burguesa.

En efecto. Hoy los Consejos Obreros están a la orden del día, y eso no quiere decir que hoy por hoy la mayoría de los obreros siga conscientemente al partido revolucionario, al partido que les propone y se propone tomar el poder en sus manos. Pero no hay nada contradictorio aquí. En realidad, los Consejos Obreros llegan a transformarse en los órganos de la toma del poder a través de un proceso, el proceso en el cual el partido revolucionario gana la confianza y el apoyo de las masas a su lucha por un *gobierno obrero y campesino*, por la dictadura revolucionaria de los Consejos Obreros. Pero estos consejos pueden y deben surgir ya antes, sencillamente por las necesidades de la organización más eficaz y enérgica, más amplia y combativa, de las masas en sus acciones inmediatas, cuando esas acciones desbordan objetivamente el marco de una sola empresa, el marco económico y sindical. Hoy se dan esas condiciones.

La organización de una huelga general política, para poner fin a un régimen opresor que a los ojos de todos los trabajadores es el primer obstáculo para conquistar las más elementales reivindicaciones: he ahí la necesidad para la que los revolucionarios deben lanzarse con audacia a la formación de Comités de Fábrica y de Huelga, a su centralización por ciudades, agrupando a todas las masas movilizadas en torno a sus Comités o

Consejos. ¿Cómo lanzar la huelga en una empresa y extenderla a todas las demás? ¿Esperando que los “enlaces” la dirijan?: miles de experiencias han demostrado que así se irá al fracaso. Hace falta reunir la asamblea, elegir democráticamente el Comité de Fábrica, y a partir de él organizar los piquetes de extensión o delegaciones a las otras fábricas, los piquetes de huelga para defenderla de la policía y las bandas fascistas, de esquiroleros y agentes de la patronal. Hay que poner en contacto el comité con las otras fábricas, con las asambleas, a fin de llevar una lucha constante y organizarla hasta arrancar la huelga general, ya que aislada toda fábrica irá hoy a la derrota. Es así como surgen los Comités: de un objetivo preciso y claro, común a todos los trabajadores: evitar la dispersión de fuerzas, el aislamiento de la fábrica, ¡ir a la Huelga General, organizarla! En muchos casos, esta misma necesidad se manifiesta en la tendencia de todas las actuales movilizaciones a reunirse en un lugar u otro de las ciudades, para concentrar a todos los huelguistas, sin distinción de empresas. Los líderes oportunistas del PCE, infiltrados en la CNS fascista, demuestran una hostilidad particular, y particularmente traidora, contra estas grandes concentraciones donde nadie es más que un obrero, donde nadie se impone por su credencial del sindicato fascista, en donde no se hace callar ni a los parados ni a los obreros de otras fábricas. Ahí el PCE y los oportunistas son débiles. Para imponerse necesitan del marco del sindicato fascista y de la división entre las fábricas, ya que es el clima en el que se apoyan para desmovilizar. Pero en las grandes concentraciones que pueden realizarse ocupando los locales del sindicato fascista, pueden elegirse ya Comités de Delegados Obreros para dar un impulso decisivo a la organización de la Huelga General. Siempre habrá quien dirá que la asamblea “no es representativa”. ¡Los “enlaces” lo son menos aún! ¡Las asambleas de huelguistas son la verdadera representación de la huelga en marcha! Esa huelga no abraza aún a todas las fábricas. Pero el Comité se puede elegir de inmediato y con los miles de obreros que lo sostienen, pasar al día siguiente a extender la huelga general, a elegir nuevos Comités en todas las fábricas, y reunir de esa manera un Comité de Delegados Obreros realmente representativo de todo el proletariado en movilización.

¿Cómo estos Comités de fábrica o de delegados obreros de toda una ciudad se transformarán en los Consejos Obreros, en los órganos del poder del proletariado y de su revolución victoriosa contra el Estado capitalista? No de una manera artificial, sino por la misma maduración y avance de las masas movilizadas, de las cuales los Comités no son más que su expresión en un momento dado. Abordando hoy la huelga general y sus tareas: la de abrir las cárceles a los presos, la de imponer la readmisión de los despedidos, la de organizar el enfrentamiento con las salvajes fuerzas represivas del franquismo, en fin, la de acabar con la monarquía fascista y de emprender la lucha revolucionaria: en primer lugar el control obrero sobre la producción, y el armamento del proletariado contra toda tentativa de volver a los viejos tiempos del fascismo. Y, sobre esta base, la lucha por el *gobierno obrero y campesino* y por los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Ya que, desde el principio, puede decirse que el factor principal de centralización de los Comités y de su transformación en órganos de la revolución, en Consejos Obreros, es el programa y la práctica del Partido Obrero Revolucionario. Aireando desde hoy sus tareas revolucionarias, planteando a las masas en cada momento las acciones necesarias para avanzar, y reforzando así sus filas y su influencia, el Partido bolchevique dirigirá la centralización del proletariado contra el Estado burgués y preparará su levantamiento revolucionario. Eso explica que nosotros, a diferencia de todos los oportunistas, desarrollemos hoy en las fábricas la más amplia agitación por el programa del proletariado: por el *gobierno obrero y campesino*, por los Estados Unidos Socialistas de Europa.

## ***Tareas democráticas y tareas revolucionarias socialistas***

El PCE, el PSOE y todos los grupos traidores o centristas parten de la evidente incapacidad de la burguesía española en gobernar de un modo democrático y resolver los problemas de las libertades, del campo, de las nacionalidades, etc., para concluir de aquí que la revolución en España tendrá un carácter “democrático” no socialista, o que pasará por una primera etapa “democrática”. En resumidas cuentas, para decir que ni los Consejos Obreros ni su *gobierno obrero y campesino* están a la orden del día. Lo que se debe decir es todo lo contrario. El hecho de que la burguesía no haya resuelto ni el problema del campo, ni el de las libertades políticas y nacionales, lo que demuestra es que sólo el proletariado en el poder puede dar solución a estas tareas llamadas “democráticas”. Que para realizarlas hace falta una dictadura obrera, y métodos revolucionarios socialistas.

Por ejemplo, el PCE parte del ansia de libertades de todo el pueblo trabajador, para pedir una “amnistía” y una “continuación democrática”. Sin embargo, la experiencia ha demostrado a los obreros que sólo ante el peligro de una verdadera revolución, la burguesía ha cedido esas “libertades” y las ha usado para engañar al pueblo mientras preparaba el siguiente golpe militar y fascista. ¿Cómo plantear la conquista y la defensa de las libertades obreras en el proceso revolucionario? ¡Los obreros las conquistarán por la fuerza, las defenderán con su fuerza, y sólo dispondrán realmente de ellas tomando el poder! Toda la historia y el marxismo conducen a esta conclusión. Hoy los trabajadores están hartos de verse desarmados “pacíficamente” ante la policía cuando salen a pedir “amnistía”. En todas las fábricas en huelga, en todas las manifestaciones, hay que formar de inmediato piquetes de huelga y de defensa. En el curso del desarrollo de la movilización, los obreros podrán hacer de esos piquetes verdaderas milicias que protejan su lucha y sus conquistas, que defiendan las libertades conquistadas.

También el PCE utiliza el problema de la opresión nacional de Catalunya, Euskadi, y Galicia por el Estado español, para proponer el restablecimiento del “Estatut d'autonomia de 1932”, es decir, la constitución republicana burguesa. El problema nacional queda así sin resolver, ya que no se permite al pueblo de Catalunya pronunciarse libremente sobre su propia determinación dentro o fuera del Estado español. Y, al mismo tiempo, se divide a los obreros al querer imponer una constitución republicana burguesa. Los obreros deben adoptar una posición clara y terminante en contra de esta maniobra. Los trabajadores deben unirse y centralizarse a escala de todo el Estado, contra la burguesía y su gobierno, para imponer un *gobierno obrero y campesino* en Madrid. Sólo así podrá destruirse el centralismo burgués opresor de la burguesía castellana y de sus lacayos de la burguesía nacional vasca y catalana (que ahora hablan de autonomía, después de haber aceptado cuarenta años de fascismo). Pero la clase obrera garantizará sin condiciones el derecho de los pueblos vasco, catalán y gallego a elegir libremente la forma de su asociación al Estado obrero, e incluso su separación. La solución del problema no vendrá de una unificación forzada, sino de la libre unidad de todos los pueblos de Europa en los Estados Unidos Socialistas de Europa.

## *El sindicato obrero y los comités de fábrica*

En fin, un problema decisivo en la lucha del proletariado español es el problema sindical. Hoy el PCE se ha integrado completamente en el sindicato fascista, la CNS. Utiliza sus credenciales para impedir a los obreros revolucionarios que tomen la palabra en las asambleas. Utiliza las reuniones de “enlaces” para ir anulando las Comisiones Obreras o reducirlas casi a un apéndice de la CNS. Ante todo, “ocupando los puestos en la CNS”, el PCE intenta utilizar el sindicato creado por Franco para evitar la formación de un Sindicato realmente proletario. Cierto es que el PCE habla también de que hay que “conquistar el sindicato independiente”. Pero que nadie se engañe. En realidad se prepara para utilizar sus cargos sindicales, en el momento oportuno, con el fin de oponerse a los Comités de fábrica y a su centralización, y de intentar estructurar un aparato sindical subordinado al Estado burgués y controlado por los burócratas y santones del sindicalismo. Esto es lo contrario de lo que la clase obrera necesita. El proletariado no puede plantearse hoy el problema del Sindicato de otra manera que como el de la lucha por un Sindicato de combate contra el capital, un Sindicato Unitario, basado en la democracia obrera y en la total independencia frente al Estado capitalista para ser un instrumento de los obreros para su emancipación revolucionaria. La conquista de este Sindicato plantea pues a la vez los problemas de la destrucción de la CNS fascista (y por lo tanto del derrocamiento del régimen franquista de Juan Carlos), de la unidad sindical de los obreros españoles (hoy divididos por la existencia de la UGT, de las Comisiones Obreras, de la CNT, etc.), de la democracia obrera (tan inexistente en las CCOO como en las centrales sindicales clandestinas de la UGT y la CNT) y de la independencia respecto a la burguesía (tanto las CCOO como la UGT participan en los actuales pactos con la oposición burguesa, impidiendo la independencia sindical del proletariado). La única vía que puede resolver el problema sindical es la movilización para terminar con el régimen organizando la huelga general.

Los órganos de la Huelga General pueden ya reunir a todas las tendencias sindicales y políticas de los obreros y a todas las masas. Los Comités de fábricas, a la vez que las bases de los futuros Consejos Obreros, pueden ser de inmediato los órganos de la unidad sindical del proletariado. En un momento dado de su lucha, este movimiento de formación de Comités de Fábrica deberá centralizarse en un Congreso Nacional de los Comités. Al mismo tiempo que abordar el conjunto de las tareas proletarias revolucionarias, este Congreso puede constituir una verdadera Central Unitaria de los Trabajadores, basada en la democracia obrera más amplia, incorporando a los luchadores de la UGT, de las Comisiones y de la CNT, para garantizar la independencia sindical del proletariado en su lucha contra la burguesía y su Estado. Con esta perspectiva, el Partido Revolucionario desarrolla ya un combate dentro de las Comisiones Obreras y de la UGT por la unidad sindical en cada empresa y a todos los niveles con la tarea de organizar la Huelga General por medio de Comités de Fábrica elegidos por las Asambleas.

## CRONOLOGÍA

**1976**

**Abril.** *A partir del día 6, el PORE realizará sucesivos llamamientos a la huelga general sin éxito. Se autoriza el XXX Congreso de UGT.*

**Mayo.** *Contactos políticos hispano-rumanos.*

**Junio.** *Recomienza la agitación obrera. Huelga de Motor Ibérica. Aparece la Ley Arias que limita los partidos legalizables. Huelga general en Polonia. Apertura de delegación comercial española en la URSS.*

**Julio.** *Caída del gobierno Arias. Suárez presidente. Amnistía limitada. Último llamamiento del PORE a una huelga general, cuyo fracaso reabre la crisis del partido revolucionario. Gobierno Soares en Portugal que comienza a frenar la revolución.*

**Septiembre.** *Jornada catalana en Sant Boi. Huelgas de Sabadell y Terrassa, de Correos. Gran avance huelguístico.*

**Octubre.** *Las organizaciones políticas actúan ya públicamente. Artículo sobre “Masas, vanguardia y partido revolucionario”.*

**Noviembre.** *Comienza la huelga de Roca. Las CC.OO. fundan un sindicato. El día 12, jornada de lucha convocada por la **oposición democrática**.*

**Diciembre.** *Se forma la “comisión de los diez” para negociar con los franquistas. El XXVII Congreso del PSOE, legal, acepta la monarquía. El día 15, Referéndum sobre la **Reforma Suárez**: 74% de votos favorables sobre el censo.*

## MASAS, VANGUARDIA Y PARTIDO REVOLUCIONARIO

*(artículo publicado en octubre de 1976)*

Una época revolucionaria se caracteriza ante todo por una gran efervescencia en las masas, en todas las capas de la población trabajadora, por una entrada en torbellino de todos los oprimidos en la arena de la lucha política que la burguesía les tenía vedada y acotada para los profesionales de la política capitalista. En el Estado español, la represión más cruel reservaba la política para los vencedores sangrientos del 39 y para unas cuantas personalidades de la “oposición de salón” al régimen de Franco. El movimiento obrero sale de la clandestinidad apoyado sobre una incontenible actividad de la conciencia y la acción de la gran masa de la población trabajadora. El obrero y el campesino comienzan a pensar y a actuar por su cuenta con el ímpetu de toda la energía contenida y comprimida durante cuarenta negros años: eso es lo que da su carácter a la época actual.

Entonces los oportunistas, los líderes del proletariado dispuestos a entenderse con los amos, con los capitalistas, empiezan a hablar de esas masas proletarias que ya nadie puede marginar. ¡Todos hablan de las masas! Unos, porque están decididos a venderlas a cambio de un pacto con la burguesía, se refieren a las masas a todas horas para prestarles su propia cobardía política. Dicen: “no hay condiciones, las masas no están aún preparadas”. Dicen que “hay que concienciarlas” cuando están pensando en domesticarlas, y enfrentándose día tras día a la inagotable combatividad de los explotados. Como el PCE, cuando dice a los huelguistas que “hay que volver al trabajo”, que “nos vamos a quedar solos”, y no hay una ocasión en la que los obreros no estén decididos a ir más lejos que estos supuestos “dirigentes de la vuelta al trabajo”.

Otros, porque se dicen revolucionarios pero no están de ninguna manera decididos a ponerse a la cabeza de esas masas, se refieren a ellas en tono de alabanza. A todas horas cantan “la gran combatividad obrera”, a modo de consuelo, ya que ellos están mil veces más cerca de los líderes oportunistas que de tomar la decisión de enfrentar a estas masas contra sus indignos dirigentes. Los centristas como el PTE, o la LCR y LC, pertenecen a este grupo: como son incapaces de jugar un papel de vanguardia de las masas, se consuelan a sí mismos con un estúpido culto a la espontaneidad de las masas. Los obreros podrían decirles a cada momento: “¡para esto no os necesitamos, y cuando os necesitamos os encontráis siempre al lado del PCE o asustados de tener que enfrentaros a él!”

Si una situación revolucionaria se caracteriza por la gran actividad de las masas, esto subraya y refuerza el papel de la vanguardia, esto da mil veces más importancia al papel y la actitud de los elementos más avanzados de la clase proletaria. En lugar de reducir su papel, la irrupción de las amplias masas pone por primera vez de manera imperiosa a los elementos de vanguardia ante su responsabilidad: la de dirigir a toda la clase hacia la victoria. Todas las revoluciones de este siglo han demostrado que la traición de los jefes del proletariado, el oportunismo de otros, la falta de dirección revolucionaria de las masas, la insuficiente preparación y decisión de su vanguardia han costado más víctimas, más desgracias y derrotas que el encono de los explotadores. La clase obrera puede aplicar bien a todas las experiencias históricas, comenzando por la tragedia del 36-39, eso de: “¡Cuidadme de mis amigos, que de mis enemigos ya me cuido yo!”

El gran empuje del movimiento de masas en estos últimos meses en España no es ninguna garantía, ninguna seguridad para los oprimidos: es, ante todo, un toque de aten-

ción a los trabajadores avanzados, a su vanguardia, a su partido. Les exige estar a la altura de las masas, ponerse a su cabeza, desbancar a los dirigentes traidores, formar un partido, una dirección revolucionaria sin la cual los viejos partidos sabotearán, como ya lo están haciendo, el impulso revolucionario de las masas trabajadoras.

La tarea del partido revolucionario, del PORE, es la formación y selección de esta dirección de las masas. Su lucha consiste, ante todo, en lograr que, gracias al programa y al partido bolcheviques, la vanguardia de los obreros comprenda y cumpla su papel dirigente de las amplias masas trabajadoras.

Si no fuese por muchas otras cosas, para demostrar el carácter traidor de la dirección stalinista del PCE-PSUC, bastaría con señalar qué papel da a los obreros avanzados: a todos sus militantes, entre los cuales se encuentran luchadores templados y entregados a la causa, los emplea... para parar las huelgas, para controlar la combatividad obrera, para defender la alianza con la burguesía, el compromiso con el patrono, la negociación con las autoridades franquistas, con su monarquía. En lugar de poner a la vanguardia de los obreros a la cabeza de las masas en lucha, convierte a los luchadores avanzados en protectores de la “paz social” capitalista. ¡He aquí un Camacho, encumbrado desde la fábrica al aparato del PCE... para hacer de él el portavoz de la vuelta al trabajo, el enterrador de Motor Ibérica! Camacho ha tomado con gusto ese papel. ¿Pero cuántos luchadores de vanguardia tendrán que seguir el mismo camino para que el PCE sostenga la negociación con la monarquía?

Veamos cómo se dirigen a la vanguardia obrera los centristas, al estilo de la LCR o la LC, o del PTE. Estos grupos se dirigen directamente a los trabajadores, sobre todo a su juventud, que rechazan la política de colaboración de clases del PCE, rechazan sus traiciones y buscan otro camino. ¿Y qué hacen con esta vanguardia, cuando cae en sus manos?: la llevan a los mismos cauces por los que discurren los partidos de Carrillo y González hasta que estos dos se cansan de los servicios del PTE y le ponen en la puerta, excluyéndole de las nuevas negociaciones directas con los herederos de Franco. Los pablistas de la LC y de la LCR van en busca de los jóvenes y militantes que han comprendido la traición del PCE y del PSOE y les proponen luchar ¡nada menos que por un Gobierno del PCE y del PSOE!

He aquí cómo todos los oportunistas se ocupan ante todo de impedir que, de la vanguardia de las masas, de los trabajadores y jóvenes más avanzados, surja un partido revolucionario, surjan los cuadros bolcheviques de una revolución proletaria, el fermento de la maduración de las masas para tomar el poder en sus manos.

Se trata de una diferencia radical entre todos estos oportunistas y el Partido Obrero Revolucionario, la sección española de la IV Internacional, cuya principal actividad y preocupación es la transformación de la vanguardia obrera en una dirección bolchevique opuesta a estos viejos partidos obreros a los que Lenin llamaba “los lugartenientes obreros de la burguesía”.

### ***Las masas están a la izquierda de sus actuales dirigentes***

La generalización de las asambleas de fábrica es, desde hace tiempo, un rasgo revelador de la situación política. Cada vez con más frecuencia las asambleas eligen comités de huelga o comités de fábrica. En ciertas localidades, como en Terrassa, gracias a la lucha del Partido Obrero Revolucionario, estas asambleas de delegados de fábrica se mantienen tras la huelga, como representación de la clase obrera de la localidad, con la hostilidad de los dirigentes del PCE. Por mucho que le den vueltas en su cabeza los teóricos de la “reconciliación nacional” y de la “democracia” capitalista no han podido ni

podrán encontrar el lugar de tales asambleas y comités en el movimiento actual, si, como ellos dicen, este movimiento no debería poner en cuestión al capitalismo ni amenazar al Estado burgués. Si se forman tales asambleas y Comités es precisamente porque la clase obrera se dota de sus órganos de democracia proletaria, de su democracia de clase independiente de los órganos de la burguesía y opuesta a ellos, y estos órganos aparecen ya cuando la “negociación” está fracasando y la burguesía demuestra que su “democratización” es una burla contra los trabajadores. Las asambleas y los comités son los síntomas del carácter proletario del movimiento de masas: así se han formado históricamente los Consejos Obreros, los órganos de la toma del poder por el proletariado.

La amplitud del movimiento de las masas no cabe por la puerta estrecha de la “reforma sindical” ni de la “reforma política” por mucho que lo intenten el PCE y el PSOE. Así comienza a operarse una polarización: las fuerzas políticas burguesas se radicalizan. Una parte del Ejército, el grueso de la Policía y de la Guardia Civil estudian las posibilidades de un golpe militar. El gobierno utiliza la llamada “tolerancia” para continuar la represión. Los franquistas de Fraga se preparan para imponer un gobierno de la reacción y de las finanzas apoyado por el imperialismo norteamericano y francés. En la “Platajunta” (el resultado de la fusión de la *Junta Democrática* con la *Plataforma de Convergencia* es conocido popularmente como la “Platajunta”) Ruiz Giménez condena las “movilizaciones de masas” y exige a sus aliados del PCE y del PSOE que apoyen a Suárez, que luchen contra las huelgas y que marginen a los grupos de “extrema izquierda” como el PTE, MCE, etc. Y los dirigentes de todos estos partidos del movimiento obrero aceptan una tras otra las condiciones que exigen los políticos burgueses. A cada paso que las masas dan hacia la izquierda, los dirigentes oportunistas reaccionan estrechando su colaboración antiobrera con la burguesía. Tal situación es explosiva, y esa explosión tendrá lugar dentro de estos mismos partidos oportunistas que se ponen a los pies de los explotadores justo cuando los obreros se levantan en pie.

Pero, ¿cómo dar salida a esa explosión? Es decir, ¿cómo responder a esos militantes o trabajadores que hasta ahora seguían al PCE o al PTE y que tienen que estar pensando hasta cuándo puede seguirse a estos jefes del “no hay condiciones”, del “volver al trabajo”, del “hay que ser responsables y ceder ante la burguesía”?; ¿cómo dar salida a nuevos sectores obreros que llegan a la lucha, sobre todo los más jóvenes, con toda su combatividad fresca y se topan a cada nuevo paso de las masas con un nuevo engaño de los dirigentes? Esa es la tarea de un partido revolucionario: basar toda su lucha en responder y dirigir a esta revuelta del sector obrero más combativo, más avanzado, que se siente frustrado en sus aspiraciones por los dirigentes actuales.

Los centristas han inventado una “teoría” para renunciar a esta tarea de enfrentar a la vanguardia de los obreros contra los aparatos dirigentes del PCE y del PSOE. Esta “teoría” la explican los de la LCR y de la LC, y quien la ha intentado formular con más precisión ha sido Lambert, el renegado del trotskismo francés. Según estas gentes, “las primeras oleadas de la revolución refuerzan siempre a las organizaciones tradicionales”. Eso dicen. Y, manos a la obra, se dedican a exigir al PCE y al PSOE lo que ellos mismos no se consideran capaces de hacer. En particular llaman al PCE y al PSOE a formar un gobierno, a tomar el poder. Diciendo que “el movimiento en sus primeras oleadas pasa siempre por los viejos partidos”, los centristas ponen su grano de arena para que las cosas sean así. En lugar de enfrentar a los obreros y los jóvenes con las viejas direcciones, empujan a todo el que está de vuelta del PCE a pedir a sus dirigentes oportunistas que cumplan las tareas de los revolucionarios.

Pero lo primero que hay que decir es que para estos centristas siempre se está “en estas primeras oleadas que refuerzan a los viejos partidos”. En la historia larga de la lucha de clases, nadie ha visto a los centristas decir que ya han llegado las “segundas olea-

das”, es decir las que no refuerzan sino llevan al estallido a los partidos oportunistas. Los centristas siempre esperan la próxima ola... que en general los ahoga. Así, los del PTE, han esperado a la sombra del PCE en la “Platajunta”, hasta que Carrillo y González prefieran prescindir de ellos, y el momento sea utilizado por Martín Villa para ordenar la represión contra los que están a la “izquierda del PCE”. El POUM realizó de manera aún más trágica esta misma política: nunca encontró el momento de dirigir la revolución, hasta que la contrarrevolución se lo llevó por delante como su primera víctima.

Ni estamos en las primeras oleadas del movimiento, ni es cierto que esas oleadas refuercen automáticamente a los viejos partidos. ¡Ay de los revolucionarios que no comprendan esto! Serán lanzados fuera del movimiento por no haber sabido ponerse en su cabeza cuando aún era tiempo. Estamos en un momento decisivo. Las negociaciones “traidoras” entre el régimen y la oposición oficial han retrasado la explosión revolucionaria, pese a numerosas oleadas del movimiento huelguístico y de masas. Y gracias a un apoyo enorme de la reacción internacional, de la burguesía imperialista o del Kremlin. Pero esas negociaciones han frenado y no han detenido al movimiento. La crisis en el país es insostenible. Todo lo que tales “negociaciones” traidoras están logrando es que el comienzo de la revolución, la ofensiva obrera que logre enfrentarse y derribar al gobierno, pasará como está pasando por una crisis aguda en las filas de los partidos que han colaborado estos meses con los planes de Suárez y de Juan Carlos. Si bien un gran sector de las masas da sus primeros pasos políticos en los viejos partidos, otro sector se radicaliza, sobre todo en la juventud proletaria, en contra de la política de los dirigentes.

La próxima oleada obrera (¡quizás la que se prepara para noviembre!) no reforzará a los viejos partidos más que si los revolucionarios no logran apoyarse en este sector de la juventud proletaria, de los luchadores avanzados, que están noventa grados a la izquierda de sus líderes oficiales y hartos de componendas. Si los revolucionarios logramos fusionarnos en nuestro partido con este sector de la clase, las perspectivas más amplias para la revolución proletaria van a abrirse.

## ***La organización de la juventud revolucionaria***

Tal fusión es una perspectiva más que real. En el gobierno, en la burguesía hay un miedo visible. ¿Miedo a qué? En las cimas del aparato del PCE se habla de los “peligros” de las luchas como Motor Ibérica, del “peligro” de que la negociación no marche, o de que el PCE no cumpla su papel “dirigente”. ¿Peligro de qué? No de una simple explosión espontánea de los trabajadores. No. No es a la espontaneidad de las masas a lo que tienen miedo esos que ven “extremismos” por todas partes. Es el miedo a esa fusión, a esa unión política entre un partido revolucionario y el sector más avanzado de los luchadores obreros y de su juventud. Los burgueses y los burócratas del movimiento obrero tienen un terror justificado a tal unión explosiva, la de la vanguardia obrera con el programa y el partido de la IV Internacional.

Por eso todos aceptan la “tolerancia” del gobierno. Para el aparato del PCE esa “tolerancia” es mejor que la misma legalidad, ya que no deja pasar por su estrecho tamiz a los revolucionarios proletarios. “La tolerancia”, la negociación de la “ley electoral” y del “referéndum” entre Suárez, González y Carrillo es una tentativa de aislar y diezmar a los revolucionarios. Una tentativa de dudoso éxito mientras los trabajadores sigan ellos imponiendo con la acción de masas la actividad cada día más abierta de todos sus luchadores y de sus partidos.

La condición para que en los próximos meses el movimiento de las amplias masas pueda encontrar su dirección, pueda centralizarse y concentrarse contra el régimen, es esa conquista de la vanguardia al programa revolucionario.

En todas las luchas hay estos obreros destacados, y hay aquellos cuya desconfianza hacia el PCE y el PSOE crece día tras día. Hay la juventud obrera que, incluso dentro de la JC o de la JS, o en la Joven Guardia Roja o en la CNT, quieren ir más lejos en la acción de masas. Para que tal sector se convierta en una verdadera vanguardia, en una dirección de la lucha cotidiana y de masas, hace falta sobre todo que sea agrupada tras un programa claro y terminante, revolucionario, que abra las más amplias perspectivas, las de la revolución proletaria mundial y sus etapas, y que dé las respuestas exactas a los problemas políticos centrales. Se trata ante todo de la juventud obrera, porque ni las decepciones de los viejos partidos, ni la “educación” de reformistas o de centristas, les ha roto aún la cabeza en dos mitades, como a esos que creen poder ser “revolucionarios” en los actos políticos del partido y comportarse en cambio como “rompehuelgas” cuando dirigen una reunión de CCOO. Esos jóvenes trabajadores sólo necesitan que la dirección revolucionaria esté a su altura y les dé la seguridad y la política que les permitirá renovar de arriba abajo el movimiento obrero para restablecerle en el espíritu del bolchevismo, del partido de Lenin y de Trotsky.

¿Dónde encontrar jóvenes luchadores obreros que no estén dispuestos a batallar por un *gobierno obrero y campesino*, por la toma del poder por el proletariado? ¿Dónde pueden encontrarse jóvenes revolucionarios a los que no repugne el compadreo de las “negociaciones” entre los herederos de Franco y los dirigentes que se dicen “comunistas” o “socialistas”? Y sin embargo, a donde se dirijan hoy esos jóvenes sólo encontrarán a quien les diga lo contrario, a quien intente “domesticarles”. Excepto el PORE.

La tarea del momento es formar una organización que sea el crisol para fundir el programa revolucionario, el programa de la IV Internacional con la combatividad de la juventud obrera que vuelve la espalda a los oportunistas. La transformación de la Internacional Revolucionaria de la Juventud en una amplia organización de masas, abierta a los jóvenes que quieran construir el partido, la IV Internacional, con nosotros, esa es la tarea del momento. No hay ningún otro atajo, ningún otro camino para dar energía y cohesión al movimiento de masas. Cualquier avance serio de las masas pasa por la agrupación revolucionaria de su vanguardia. Cualquier paso hacia la construcción de un partido de vanguardia pasa por la amplia agrupación y selección de la juventud obrera.

La lucha del Partido Obrero Revolucionario de España, en la próxima etapa, es una lucha para convertir la Internacional Revolucionaria de la Juventud en una cuña entre los trabajadores en movimiento, y los líderes oportunistas del PCE, del PSOE o de los grupos maoístas y pablistas.

### **III**

#### **CONTRAATAQUE DE LA “UNIÓN SAGRADA” 1977-1978**

La crisis pre revolucionaria alcanzó su tensión máxima en enero de 1977. Hasta entonces la lucha no entraba de lleno en la senda revolucionaria: había rozado durante meses el umbral del enfrentamiento violento con el poder, pero sin rebasarlo. Las huelgas habían rugido por todas partes, sin por tanto desembocar en una huelga general política. Y lo que es más importante: esa ocasión revolucionaria no había reforzado todavía –sino debilitado– las filas de los revolucionarios. Pero tampoco la crisis había girado hacia un franco contraataque del poder franquista. Así fue aproximándose, por tanteos e inexorablemente, la hora culminante de enero del 77.

Como todos los procesos de la vida, la crisis pre revolucionaria tiene su etapa ascendente y su etapa descendente. Crece por escalones, por saltos, llega a un cierto punto más o menos elevado desde el cual, bien arranca una nueva época radicalmente distinta, o bien comienza a descender la crisis como si repitiera en sentido inverso todos los peldaños anteriores. Como no se trata de un proceso lineal, es mejor imaginárselo como una sucesión de escalones que como una suave rampa. A veces la subida de un peldaño viene seguida de una caída de un par de escalones. A veces parece entonces que el descenso ha comenzado ya, y lo que viene después es un fuerte arranque.

Cuando tenemos la perspectiva de algunos años, podemos ver sin embargo que esas alteraciones del sentido o del ritmo del movimiento político y de masas son secundarias y que, de todos modos, durante toda una etapa la crisis *asciende* y se agrava empujada por las masas en movimiento, mientras que, a partir de cierto momento clave, la crisis *se reduce* y las masas se retiran temporalmente de la escena. Y esa reducción de la crisis puede venir después de una victoria revolucionaria, lo mismo que por consecuencia de no haber logrado victoria alguna. La perspectiva permite verlo con claridad, pero los combatientes no lo pueden ver por adelantado, ya que la evolución no está decidida rígida ni fatalmente, y tampoco puede saberse previamente hasta dónde se elevará el movimiento en su etapa ascendente. ¿La crisis desembocará en una revolución armada?, ¿en una huelga general al menos?, ¿en un cambio brutal de la *forma* del poder burgués?, ¿en la toma del poder por la clase obrera? La fuerza de las clases decide, pero la fuerza se mide en la lucha. Cada batalla parcial, cada tropiezo, cada escaramuza refuerza (o debilita) por tanteo, “por puntos”, a uno de los adversarios a expensas del otro, es decir al poder o a la oposición, a la clase burguesa o al proletariado, a tal tendencia obrera o a cual otra, y siempre a uno a costa de su contrario. De este modo las escaramuzas acercan y preparan los asaltos decisivos. ¿Cómo sabría *por adelantado* uno de estos contendientes hasta dónde acumulará fuerzas y cuándo empezará realmente a vencer o a ser vencido? Sólo podría saberlo retirándose de la lucha y porque, en tal caso, puede estar bien seguro *de que no vencerá*. La clase obrera lucha por ley de vida, no por cálculo político. Los revolucionarios –si lo son– luchan *siempre* en la etapa ascendente por llevarla tan lejos como sea posible; en la crisis, por evitar un retroceso prematuro o precipitado y seguir con la ofensiva; y en el descenso por frenarlo, por reducirlo, por contraatacar. Luchan siempre en el *mismo* sentido. De modo que los revolucionarios, en lugar

de situarse en la acción como un reflejo pasivo de “la situación” y de sus fuerzas ciegas, se sitúan como la fuerza más activa que empuja siempre en el sentido de la revolución. En cambio y como marxistas, con la perspectiva de años y a la hora del análisis, podemos muy bien analizar objetivamente esa misma batalla y contemplarnos fríamente como un factor entre otros –y en el caso que nos ocupa no de los más influyentes– y aprender de la vida tal y como realmente fue.

Diremos entonces que la crisis se desarrolló hacia la *izquierda* hasta el año 77, y en parte aun durante ese año, pero que gradualmente giró hacia la *derecha* a partir de entonces sin que los muchos intentos de obreros, de revolucionarios y de rebeldes de todas las tendencias pudieran impedirlo. Es decir que desde el 77 las cosas ocurrieron como si la película de la ofensiva obrera de los años anteriores se proyectase marcha atrás, con sus protagonistas caminando de espaldas, y cada etapa del avance encontrase su correspondencia en una etapa del contraataque. La de ese año fue lógicamente la batalla más dura, más tensa, más decisiva. Para las perspectivas de la acción de masas, los momentos más prometedores no fueron los de ese año, sino los del 74 y los de comienzos del 76. Pero la lucha *política* más dura y determinante para el porvenir del proletariado y su revolución fue la que se libró en 1977 y aun en 1978, es decir cuando la ofensiva obrera se entrecruzó con el *contraataque democrático*, y el contraataque abortó “constitucionalmente” la crisis pre revolucionaria.

## ***Atocha y Roca***

En páginas anteriores describí el *comienzo* del contraataque desde las reuniones de la *Junta Democrática* y las páginas de *Mundo Obrero*. Pero este aspecto de la situación permanecía entonces sumergido bajo la marea dominante que era la acción de las masas. Ni el poder estaba convencido de pactar con la *oposición democrática*, ni la gran actividad obrera lo permitía. Por lo tanto esa *oposición* necesitaba ganar algo más que palabras antes de adentrarse de lleno en la senda *constitucional*, normalizadora, desmovilizadora. La tímida “abstención” ante el Referéndum de Suárez, saboteada a hurtadillas por sus propios promotores, nos indicaba que todavía los reformistas del PSOE, los stalinistas del PCE y los nacionalistas vascos y catalanes no habían logrado las reformas del régimen, las migajas políticas con las que se declararían dispuestos ya a defender la ley contra la subversión. Pero el momento estaba llegando.

La burguesía española necesitó esos meses para conocer mejor al stalinismo, para confiar en Carrillo y en su partido como aliados frente a la clase trabajadora. Pero, como también señalé, burgueses y stalinistas captaron muy pronto que *separados* iban al desastre. Antes de las primeras elecciones a Cortes estaban condenados a entenderse, o a dejar paso a la revolución. El anterior compromiso entre los franquistas intransigentes y los “reformadores” de la dictadura estaba agotado, enterrado... era necesario un nuevo compromiso entre *los franquistas en general* y la *oposición democrática*. Los millonarios, los franquistas, los nacionalistas exiliados, y los dirigentes traidores del proletariado empezaron a encontrarse en secreto e incluso a frecuentarse a través de alcahuetes. Se fueron conociendo y apreciando. ¡Felizmente todos eran gente de orden! Salvo los obreros... Pero ¿qué harían los obreros?

Ese acercamiento, a veces sigiloso y a veces público, de los oportunistas y los franquistas tuvo efectos inmediatos en los órganos entonces muy vivos de la democracia obrera: las huelgas que se reactivan desde enero se caracterizan ya por la *presencia destacada y a veces dirigente*, en las asambleas y en sus comités, de los grupos *centristas*, es decir de los semi revolucionarios de posición oscilante.

Cada etapa de la acción de las masas encuentra en cierto grupo o tendencia su representación política más genuina. Situémonos en los primeros días del 77. Ahora las asambleas no se componen de una presidencia *del PCE*, más o menos contestada por los *centristas* (a veces en la mesa) y los *revolucionarios* (casi siempre en las filas de los obreros), sino que presentan una nueva disposición de esas tendencias. Los del PCE han perdido autoridad y utilizan la prensa y el recién fundado aparato sindical para expresarse, pues no siempre la asamblea les permite declamar sus sermones de apaciguamiento. En la mesa encontramos un buen número de *centristas*, que no se quieren aventurar en la revolución, pero que se han descolgado de las negociaciones con la dictadura y que al menos quieren defender las huelgas. En la asamblea, la voz de los *revolucionarios* suena con más autoridad. De haber un nuevo desplazamiento a la izquierda en el curso de nuevas luchas y experiencias, previsiblemente aparecerían en la mesa (en el comité elegido, en la coordinadora, etc.) estos *revolucionarios*. Todos están inquietos por la eventualidad. Pero aún no ha llegado esa etapa, y no va a llegar nunca más que como excepción.

Sobre todo en la huelga de *Roca* destaca el fracaso político de los stalinistas del PCE. A los setenta y dos días de huelga, la prensa democrática se muestra temerosa del alcance político de esta lucha y reconoce: *“Roca se ha convertido en el centro de la atención de todos”*. La asamblea acusa a los dirigentes del PCE de aislarla, les abuchea, e incluso la presidencia de una gran asamblea de representantes obreros de cincuenta fábricas del Baix Llobregat tiene que defenderse de las afirmaciones de que *“dirigentes obreros de la comarca estarían frenando una huelga general, remarcándose que los contactos realizados con la patronal SEFES no iban en ese sentido...”*. Comienzan en Barcelona otras huelgas como la de *Númax*, donde las Comisiones Obreras también están en minoría, junto a *centristas* en el comité, con *anarquistas* e *independientes*, lo que otorga precisamente a los grupos *centristas* LCR y LC un gran papel en el movimiento de esas semanas. El 22 de enero se coordinan *Númax*, *Descasa*, *Motor Ibérica*, *Roca...* con lo que el movimiento se amplía y a la vez queda más sujeto al centrismo. El 21 ha tenido lugar una jornada de paros de solidaridad, un éxito que aviva las presiones a favor de la huelga general. El PSUC se asusta y escribe en la revista *Arreu*: *“... los llamamientos sin medios a la huelga general, las acciones radicales y minoritarias en las calles y la inundación de octavillas y pintadas, no parece que sean las mejores formas de acción solidaria... Es lógico que muchos se hayan solidarizado más con el corazón que con la cabeza. Y es lógico, porque algunos grupos de extrema izquierda han querido hacer de la huelga de Roca una bandera...”*.

El corazón de la clase obrera aceleraba su pulso; su “cabeza”, o mejor quienes la ocupaban provisionalmente, los stalinistas, estaban calculando la traición. La huelga se convirtió en bandera, en la posibilidad de una huelga general y, con ella, de un cambio a la cabeza de las masas en movimiento. Pero la tormenta estaba encima. Las fuerzas oscuras de la situación trabajaban, unas para provocar la vuelta atrás, otras para precipitar un pacto que frenase la marcha adelante. El 24 saltó la chispa: el GRAPO secuestra al general Villaescusa; es una provocación. Esa noche, una banda de pistoleros franquistas asesinan a los abogados laboristas de Atocha.

En esa semana negra de Atocha, todos los movimientos sociales y políticos de los últimos meses se entrecruzan: ¡ahora todo es posible!

La respuesta obrera es fulminante. La consigna de huelga general corre de boca en boca, y las primeras octavillas sindicales la traen impresa. Luego vendrán los desmentidos oficiales, las retractaciones y matizaciones de los dirigentes, e incluso el chantaje de un riesgo supuesto de golpe militar en Madrid. Pero el 26 para cerca de un millón de

obreros. Las manifestaciones se forman por las calles, pese a la explícita oposición de los dirigentes. La cólera y las esperanzas del proletariado se han desatado.

Las fuerzas que esperaban para contraatacar reaccionan inmediatamente, *aprovechando* el elemento de provocación. El mismo día 25 declaran las organizaciones de la *oposición democrática* que:

“... conscientes de la suma gravedad del momento y de su deber apelan al sentido cívico de las fuerzas políticas y sociales de todos los pueblos de España, a fin de que se evite cualquier clase de acción en la calle que pueden servir de pretexto a los grupos terroristas que quieren impedir el cambio democrático... Reclaman del Gobierno... el procesamiento de cuantos están incitando al desorden y al crimen en nuestro país.”

Los lamentos sobre el terrorismo “de ambos signos” están tan conjuntados, que inducen a pensar que el crimen de Atocha y el secuestro de Villaescusa obedecen a las mismas manos y a los mismos fines, y que sus fines consisten en facilitar *el pacto* del poder y la oposición. El PORE lo denuncia en su declaración: “*todo esto forma parte de UN SOLO Y MISMO PLAN DE LA BURGUESÍA Y QUIENES LA APOYAN PARA ATACAR A LA CLASE OBRERA... ¡Compañeros!: HAY UN CONTRAATAQUE EN TODA REGLA*”.

Los obreros comenzaron tomando el partido de la calle; los jefes oportunistas desde el primer momento el del orden público. Aparece el *primer comunicado conjunto* del gobierno y la oposición. *Ha nacido la “Unión Sagrada”*, es decir la incorporación de la antigua oposición democrática, al régimen existente, su compromiso en defenderlo y reforzarlo, con tal o cual cambio de decorado sin atentar contra el aparato estatal franquista; y sobre todo su compromiso en desmovilizar cuanto antes a los trabajadores. En un día la situación cambia bruscamente. Los dirigentes ya no desvían, ya no se limitan a contemporizar: han cambiado de barricada. ¿Lograrán contener la protesta? Más de cien mil obreros asisten el 27 al entierro de sus camaradas. El escenario ha sido bien escogido por Carrillo para desactivar la combatividad de las masas en su primer gran encuentro en la calle: un entierro exige respeto por los luchadores caídos. Las masas encolerizadas se reúnen, pero esta chispa no salta. Además la policía y los militantes del PCE colaboran para sujetar a la masa obrera. Un corresponsal francés se asombra al “... *presenciar el increíble espectáculo de militantes del partido comunista español, portadores del brazalete rojo, que cooperaban con los servicios de seguridad encargados de mantener el orden*”. Ese día el PCE se ganó la legalidad monárquica.

Y el 28 el gobierno declara el *estado de excepción* al suspender por un mes la inviolabilidad de domicilio, las condiciones legales para detener y los plazos de estancia en comisaría y otras garantías del detenido. La *oposición democrática* aprueba...

Además de los revolucionarios, quedan esos centristas destacados por las huelgas. El *estado de excepción* se estrena de modo simbólico: el 29 detienen a tres delegados del comité de huelga de *Roca*. Más claro el agua. El gobierno sabe que los centristas dudan, que los revolucionarios aprietan, y no quiere dejar la menor posibilidad de huelga general. Ese mismo día, en franca colaboración, las Comisiones Obreras deciden sabotear formalmente la huelga de *Roca* y el gran movimiento de solidaridad que arrastra. Para ello publican en la prensa este chantaje:

“... sistemáticamente, en las asambleas de *Roca*, se nos ataca como si fuésemos los enemigos... Pedimos a los delegados de *Roca* que fijen por escrito su posición respecto a la actuación de Comisiones Obreras, pues si esta posición es la del griterío y el insulto, no vale la pena que nos juguemos el puesto de trabajo por *Roca*.”

Sube la presión de burgueses y stalinistas sobre los grupos intermedios. Y el día 30, mientras la prensa titula el balance del *estado de excepción* con estas palabras: “SOLO DETENCIONES DE MILITANTES DE IZQUIERDA”, los grupos centristas (PT, ORT, LCR, PCE m-l, BR, etc.) firman el llamado Comunicado de Barcelona, donde declaran a fin de cuentas:

“... sólo el restablecimiento de todas las libertades democráticas y nacionales y particularmente la amnistía sin restricción, permitirán avanzar hacia la democracia en un clima de tolerancia democrática.

“Con el fin de conseguir estos objetivos, piden la más firme unidad y responsabilidad de todo el pueblo en el marco de su declaración democrática...”

¡Ahí lo tenemos! Ese fue otro paso de gigante del contraataque: los semi revolucionarios pasan a ser simples demócratas. Han claudicado como dirigentes de la ofensiva obrera. Están vencidos, aunque ellos mismos tardarán en darse cuenta. Las huelgas van a resentirse. El 7 de marzo empiezan a ceder en *Roca*. Todavía el día 9 la asamblea rechaza la propuesta de volver al trabajo, aunque la avalan ya los miembros del comité de huelga. El 11 el comité invita a los de Comisiones Obreras a hablar en la asamblea contra la continuación y la extensión de la huelga. Y ahí acaba, con cuarenta y tres despidos, la última gran huelga de la ofensiva pre revolucionaria. Hasta Sagunto no veremos otra tan dura.

Con el siguiente responso la enterró el PSUC, por boca de Miguel Núñez en *Mundo Obrero*:

“Los trabajadores de Roca han entrado al trabajo unidos, y se ha cumplido así, afortunadamente, una constante de la orientación de CC.OO. y de la posición del Partido: no tenía razón de ser, en el actual contexto económico y político, el mantenimiento indefinido de esa huelga. Ha representado un esfuerzo enorme de la clase obrera, de los trabajadores de esa zona, que ha despertado una gran solidaridad, pero que no podía ser, como pretendían ciertos dirigentes de esta huelga, o algunas fuerzas no estrictamente obreras que se sumaban a ella, el principio de un estallido, de una generalización del conflicto...”

El balance del PORE dirá: la incorporación del centrismo a la *Unión Sagrada* liquidó *Roca*; por unos días la actitud de los centristas fue la clave de la evolución inmediata de los obreros, no sólo en *Roca* sino en todo el país. Su claudicación hizo pasar la situación de la ofensiva obrera al contraataque burgués.

## ***Un pacto entre la burguesía y el stalinismo***

En la semana de Atocha, cuando el fragor de las manifestaciones no cedía todavía a los sermones colaboracionistas, y cuando ya empezaba a girar la maquinaria policial del *estado de excepción*, el diario *Avui* publicó las siguientes líneas, típicamente stalinistas, firmadas por Teresa Pàmies:

“A veces, en una fábrica, calle o *campus* universitario puede aparecer un grupo vociferante que avanza una consigna, levanta una barricada, agita una bandera, lanza una botella inflamable o una iniciativa que parecerá espontánea, fruto de la pasión revolucionaria. Sin embargo, podría no tener nada de espontánea, podría estar perfectamente prepa-

rada, organizada, calculada y decidida por fuerzas interesadas en: 1) desviar a las masas de un objetivo asequible haciéndolo inasequible;...”

Los jefes del PCE *decidieron* ya cuál es el “objetivo asequible”, cuál es el punto donde debe *detenerse* el proceso revolucionario. Exigir, proponer, intentar, osar ir más allá es... provocación. El límite máximo e infranqueable fue ya fijado en “lo asequible” y no fue fijado por la fuerza medida en la lucha, sino por medio de un pacto con el poder franquista. Quienes intenten ir más allá, toparán con las fuerzas conjuntas de burgueses y stalinistas, con sus policías y con sus calumnias. ¡Maldito quien siga adelante!

Lo “asequible” se vuelve así contra lo que quieren, necesitan, osan las masas. Según los stalinistas el socialismo *no* es “asequible”, y lo “asequible” burgués convierte así a los revolucionarios proletarios en vulgares provocadores. Lenin había escrito al respecto de las reformas “asequibles” y de la actitud a adoptar por el movimiento obrero:

“Toda reforma lo es realmente (y no una medida reaccionaria y conservadora) en cuanto significa un determinado paso, una ‘etapa’ hacia algo mejor. Pero *toda* reforma tiene en la sociedad capitalista un *doble* carácter. Es la concesión que las clases dirigentes hacen *para* contener, debilitar o sofocar la lucha revolucionaria, para dispersar la fuerza y la energía de las clases revolucionarias, para confundir su conciencia, etc.

“En consecuencia, y sin dejar en modo alguno de utilizar las reformas para desarrollar la lucha revolucionaria de clases, en ningún caso la socialdemocracia revolucionaria ‘hará suyas’ las ambiguas consignas reformistas burguesas.”

Pero el PCE no sólo hizo suyas todas las ambiguas promesas reformistas, sino el mismo *orden* burgués que se asentaba sobre ellas para dispersar al proletariado, para enviarle otra vez al trabajo silencioso y a la esclavitud de su vida cotidiana. Con bastante desparpajo Santiago Carrillo nos da, en su *Memoria de la Transición*, la siguiente explicación de las razones que hicieron posible en 1977 el pacto de “Unión Sagrada”:

“... la dictadura... había entrado en contradicción con los intereses de las clases dominantes.

“En sus últimos años la dictadura debilitada pretendía contener la oposición popular haciendo concesiones a la clase obrera en sus luchas reivindicativas. Así se consiguieron aumentos de salario importantes, se mantuvo la estabilidad del empleo en las empresas y se toleraron disminuciones de productividad (...).

“Pero al producirse el cambio de la coyuntura mundial, al comenzar la crisis, la burguesía comprendió que sin reducir las rentas salariales, sin recuperar la libertad de despido, sin intensificar la productividad, es decir sin una política de competitividad mayor, lo que significaba intensificar la explotación, no podría mantener un proceso de acumulación adecuado a sus intereses. (...) Con timidez, a trancas y barrancas, empezó a darse cuenta de que un cambio de régimen podía no representar un daño irreparable para sus intereses. Y asegurando bien su control podía hasta serle favorable. A partir de ese momento se dan las condiciones para la desaparición pacífica del franquismo.”

¡Qué lección de franqueza nos da Carrillo! Una gran parte de su tesis es desgraciadamente cierta, y también es una ruina *traición*; la otra parte es falsa; pero vayamos por partes. Lo cierto es que la crisis imperialista tenía a la burguesía española desde años atrás en una posición imposible. Necesitaba, como dice con franqueza impúdica el “comunista” Carrillo, *intensificar la explotación de los trabajadores*: reducir sus salarios, despedir libremente, consumir los nervios, extenuar los músculos y triturar los huesos de quienes tuviesen la “suerte” de seguir a pie de máquina en medio de unos millones de parados. Necesitaban, en efecto y como se ha visto en los años siguientes, crear un ejér-

cito de parados sin apenas cobertura asistencial. Necesitaban crear *suficiente miseria* para salvar el régimen capitalista y los beneficios privados que lo mueven. Y necesitaba para ello un régimen *fuerte*. Todo eso es cierto, y tan cierto como que Carrillo hizo *suyos* esos objetivos burgueses, los tomó como la meta “asequible” para el movimiento obrero, y tachó de provocadores a quienes denunciábamos este pacto y alertamos a los trabajadores.

Pero esta verdad es una *traición*, y una *vil* traición, porque el Sr. Carrillo no explicó en 1977 las cosas con esa franqueza con que las larga en 1983. En aquellos agitados días Carrillo, muy al contrario, como un embaucador, explicó a los obreros que el *pacto* con los franquistas permitiría sindicatos, representantes y partidos legales que a su vez servirían para *mejorar* la situación de la clase, para reducir el paro, para lograr mejores salarios, para frenar la explotación, para defenderse más y mejor de los capitalistas y para enfrentarse más y mejor con sus gobiernos y sus policías. Si se le ocurre explicar en 1977 esa impúdica verdad que ahora revela al público, no le hubiese seguido ni un obrero (como no fuese para correrle a patadas). Pero mintió.

Mintió. A escondidas explicó a sus amigos burgueses las cosas tal como eran, en crudo. A ellos se ofreció para *intensificar la explotación de los trabajadores* en la crisis. El aristócrata burgués Areilza lo cuenta bien cuando cita las palabras que Carrillo dirigió a los políticos franquistas en el transcurso de una cena clandestina en Aravaca el 28 de noviembre de 1976:

“Si al PC se le deja fuera del juego electoral —expone Carrillo—, se habrá prácticamente roto la posibilidad de toda negociación de pacto o tregua social. Y no habrá solución tampoco para la crisis económica, que requiere un plan global. Los pactos o treguas sociales se realizan en países democráticos en los que la clase trabajadora está en el poder con el socialismo, está en el parlamento o tiene abierto el acceso al poder...”

Carrillo ofrecía sus servicios. Y baratos. Pedía algunas *reformas* secundarias que hacer suyas ante las masas, para desmovilizarlas y salvar juntos su propia cara y los intereses capitalistas. La negociación del pacto fue por tanto un desalmado y tosco regateo con el sudor y la penuria de las clases oprimidas. ¿A quién representaba cada uno de los interlocutores?

Las cosas están más claras con los gobernantes franquistas. Suárez llegó al gobierno con el aval y bajo directrices del imperialismo norteamericano, que asesoraba a los burgueses españoles de forma especial tras la muerte de Franco. El imperialismo recomendó mantener al PC fuera de la legalidad “por un par de años”, para controlar todos los pasos de la crisis. Pero el mismo imperialismo encontraba dificultades imprevistas en todos sus frentes. La *crisis* de la que ahora estamos hablando es la crisis del capitalismo imperialista que se agravó decisivamente al final de los años sesenta. Comenzó con modificaciones importantes en las relaciones *de fuerza* entre las clases: después de la ficticia “prosperidad” de los primeros sesenta, cada intento burgués de atacar a las masas obreras o a las colonias imperialistas para seguir los negocios, encontraba no ya sólo resistencias, sino verdaderas respuestas revolucionarias. La ofensiva obrera de los años setenta en España no era así la excepción mundial ni europea, sino más bien la regla: desde Francia a Indochina, la burguesía iba de un fracaso en otro. En 1971 la crisis se manifestó sin disimulo posible, cuando Nixon suspendió la convertibilidad del dólar en oro, que era la base del sistema monetario y comercial organizado por el imperialismo al final de la guerra mundial. La crisis se llamó entonces “monetaria”, pero realmente consistía en que todas las burguesías deberían machacar a sus obreros y antiguas colonias para retrasar la quiebra financiera. Al suspender la autoridad económica del dólar, los burgueses tenían que reforzar la colaboración *política* entre todos los gobiernos im-

perialistas, vital para *coordinar* la lucha contra el nivel de vida alcanzado por las masas trabajadoras y los países pobres. Y, a su vez, este reforzamiento político de la coordinación entre los gobiernos del capital dependía de la colaboración del Kremlin y de todo su aparato de partidos “comunistas”. En este marco negociaba Suárez durante la crisis pre revolucionaria española.

Los gobernantes de la Unión Soviética estaban particularmente asustados de la *crisis* y de las consecuencias sobre su poder, al fin y al cabo un poder *usurpado* a los obreros, basado en la mentira y en la represión a gran escala, hecho de privilegios y de corrupción de los funcionarios de la economía planificada. El cambio de signo de los tiempos fue en 1968 más visible todavía en Praga que en París. El régimen político de Stalin y sus sucesores llegaba a su fin, y las economías planificadas del Este recibían el impacto de la crisis imperialista con mucha virulencia. Todas las *reformas* de la planificación emprendidas por los stalinistas iban (y van) en el sentido de abrir más y más sus mercados a la inversión imperialista y de someter la producción nacional a la competencia comercial en el mercado burgués internacional. Las subidas de precios en Polonia al final del año 70 desataron ya una primera huelga insurreccional contra la burocracia. Bajo esa concreta amenaza revolucionaria, el Kremlin (y detrás del Kremlin, Pekín) se ofreció para una colaboración *más intensa* de todos los poderosos del planeta contra los oprimidos. Nixon viajó a Pekín, a Moscú; negoció con Breznev el destino de Indochina, el de Oriente Medio y la colaboración a todos los niveles en Europa contra la creciente marea revolucionaria. Nació una auténtica Santa Alianza contrarrevolucionaria mundial, armada y vigilante, y que midió sus fuerzas en los años siguientes frente a los obreros griegos, portugueses, españoles y polacos.

Porque en 1973 la crisis se aceleró: había caído De Gaulle, caían los coroneles griegos y estaban a punto de comenzar la revolución portuguesa y la crisis española. La posición de los trabajadores seguía reforzándose, y los países productores de petróleo endurecieron su posición presionados por la agitación popular durante la guerra contra Israel. La *crisis* fue rebautizada: de “monetaria” pasó a “energética”, en un intento de seguir disimulando con fines políticos la verdad: *el agotamiento del sistema capitalista y de su orden mundial levantado sobre las ruinas de una guerra devastadora*. La humanidad estaba y sigue acercándose al final del callejón sin salida del reinado del capital, es decir al punto de retroceder decenios o siglos, o de abrirse paso violentamente por medio de guerras y de revoluciones. Pero esta disyuntiva reveló *en primer lugar* la frágil posición intermedia del *stalinismo*, esa fuerza política esencialmente parásita, que se apoya en los obreros pero que organiza a una casta cerrada de funcionarios, mucho más *próximos* a los burgueses con quienes negocian y conviven, que a los obreros cuyas conquistas socialistas gestionan, usurpan y cada vez más liquidan a bajo precio. En las negociaciones españolas del 77 Carrillo representaba la mano tendida por la burocracia stalinista a los burgueses españoles en dificultades.

La Conferencia de Cooperación y Seguridad en Europa, reunida en Helsinki en el 75, señaló la *cima* de la colaboración contrarrevolucionaria entre los burgueses occidentales y los burócratas de la URSS. La URSS puso sus decenas de partidos “comunistas” al servicio del orden mundial en crisis. El año 75 fue un año clave: entonces se cruzó la etapa más revolucionaria de la postguerra europea, con el contraataque más conjuntado por burgueses y burócratas. La “Unión Sagrada” que nació en España en la semana de Atocha fue posible gracias al Acta Final de Helsinki, e incluso podría decirse que se preparó en Helsinki. En el abrazo de Suárez y Carrillo se estrecharon las zarpas de Carter y de Breznev, resonó el eco de los bombardeos sobre Hanoi y los tanques sobre Praga, y en ese abrazo empezaba a abortar la revolución española.

## *La parte de mentira en los motivos del pacto*

Hay un lado falso en las revelaciones de Carrillo sobre los motivos del pacto. Nos quiere convencer de que la burguesía tuvo la iniciativa del pacto, conservó luego su control, y de que, por *esa* razón, hubo cierto cambio en la forma del régimen político. Esa tesis de la iniciativa capitalista o imperialista en la “transición” es hoy el tema favorito, el lugar común de todos los comentaristas interesados en oscurecer la fuerza potencial y real de la clase trabajadora. Simplemente es una mentira.

Desde 1974 la burguesía española volvía a sufrir con la dictadura de Franco. Desde que se agravó la crisis, los gobernantes renunciaron a la pelea económica, a fin de retrasar el paso masivo de los obreros hacia una oposición política activa. El gobierno se endeudó desde este año 74 de manera vertiginosa: en el 77 el endeudamiento exterior alcanzó el 12% de la producción nacional. Por motivos similares, la parte del salario (y de la seguridad social, que se llevó todo el aumento salarial) en el conjunto de la renta nacional fue aumentando lenta pero progresivamente entre el 74 y el 77, y reduciéndose la parte de los capitalistas. ¡Algo tenían que aflojar para salvarse de la revolución! Pero ni siquiera esta situación convenció a los capitalistas de deshacerse de la dictadura, como pretende Carrillo. El gran capital quería un gobierno fuerte, pero la dictadura podrida y desgarrada le parecía el más fuerte y conveniente de todos los gobiernos posibles. Siempre que aguantase los asaltos de los obreros. La bolsa subió ciertamente con la agonía de Franco (los capitalistas pudieron esperar ya el fin de la incertidumbre y un futuro más pacífico), pero desde Vitoria volvía a caer profundamente. Y en agosto de 1977 los valores en bolsa representaban ya el 70% del valor adquisitivo de las inversiones de abril de 1984: la nueva incertidumbre, obrera, pre revolucionaria, seguía asustando a los burgueses todavía meses después del acuerdo entre Suárez y Carrillo.

Para llegar al régimen de colaboración de clases se necesitaba una especial combinación de circunstancias políticas: los obreros tenían que ser lo bastante fuertes para *obligar* bajo pena de revolución a los burgueses a renunciar a los atributos abiertamente fascistas del régimen anterior, y al mismo tiempo, tenían que ser lo bastante débiles para *no poder aprovechar* las ventajas de este retroceso del poder, para no lograr derribarlo, e incluso para someterse a un aumento del paro y de la miseria que les iba a exigir la “economía nacional” de los banqueros. Pues bien: esa paradoja se dio en los primeros meses de 1977: los obreros demostraron de nuevo en los días de Atocha una energía explosiva, pre revolucionaria; pero a su cabeza se encontraban dirigentes traidores, capaces todavía de utilizar esa combatividad con el fin único de convencer a los burgueses de su propio servilismo, de la utilidad de sus servicios para mantener el orden y el beneficio capitalistas. Y así fue.

En febrero hubo un pacto. En abril Suárez legalizó al PCE. En el otoño los franquistas y los oportunistas negociaron los *pactos de la Moncloa*. Consecuencias: desde el 78 la burguesía comenzó a controlar su déficit comercial y financiero, y a recuperar parcialmente la parte del beneficio capitalista. El precio: un descenso continuado y *superior* al 15% del valor del salario en los cinco años siguientes; un millón de parados más en el mismo período; cifras oficiales pero muy mínimas. Como dice el Sr. Carrillo, “asegurando bien su control”, a la burguesía le resultó “hasta favorable” la evolución del régimen bajo la *Unión Sagrada*. Pero –eso sí– Carrillo debía dejar del todo claro que fue *él* (y su partido) quien ayudó a asegurar bien el control de la burguesía para “intensificar la explotación” y abortar la revolución. Fue *él* (con su partido) quien convirtió la *fuerza* de los obreros en la *fuerza* de un régimen burgués, la *iniciativa* obrera en inicia-

tiva burguesa, saltando en Atocha de la cabeza de las masas a los pies del poder. Fue un buen lacayo.

Carrillo no actuó solamente como peón del Kremlin; también como elemento activo de *una* de las fracciones del stalinismo, de la fracción más favorable a esta colaboración reforzada con la burguesía. Desde la invasión de Checoslovaquia en 1968 por el ejército de la URSS, Carrillo supo utilizar la crisis del aparato internacional del Kremlin para relajar sus lazos con la diplomacia soviética y dar así mayores garantías de lealtad a los capitalistas españoles. Junto a Berlinguer y Marchais, y sin duda con apoyos en la misma burocracia de Moscú y desde luego en la rumana, Carrillo encabezó la fracción llamada “eurocomunista”. Mejor sería llamarla *nacional-stalinista*, pues sólo se distingue del resto de fracciones del aparato por una mayor identificación con los intereses nacionales de *su* burguesía, identificación que nada tiene de apego a la democracia y sí mucho de *dependencia* política y económica del aparato de estos partidos respecto al Estado burgués, a sus instituciones y presupuestos. Esa fracción *nacional-stalinista* fue particularmente lejos en su integración al Estado de las burguesías europeas, en el marco de la colaboración internacional establecido en Helsinki entre Washington y Moscú.

Y el 14 de abril de 1977 –¡el aniversario de la proclamación de la República!– el primer Comité Central legal del PCE abre sus sesiones y pone en el lugar de honor la bandera de Franco: la de la patria española, la de la monarquía, la de la contrarrevolución del 36-39. Con este signo pactado en los pasillos de la reunión, el PCE archivó algo más que sus referencias huecas y rituales al “socialismo”: archivó sus frases democráticas sobre la república, sobre la autodeterminación nacional, sobre el internacionalismo proletario. Si conservó la bandera roja, fue como simple jirón descolorido de la “rojigualda”.

La *Unión Sagrada* se realizó explícitamente en torno a la monarquía, es decir al predominio del ejército español sobre todas las instituciones representativas, nacionales y civiles. Ese predominio se encarna y se institucionaliza en *el Rey dejado por Franco*. Una vez pactada la traición, sólo quedaba codificarla en forma de constitución.

## ***Cortes burguesas o cortes obreras***

Pero antes, la *Unión Sagrada* tenía que imponerse todavía a los grupos situados a su izquierda y a la propia izquierda de los partidos de esa *Unión Sagrada*. Si hasta Atocha el primer plano lo ocupan los obreros y, detrás de ellos, pieza a pieza, se va levantando el pacto, desde Atocha las cosas se invierten: el primer plano lo ocupa ya el pacto *pero*, detrás de él, la movilización de masas conserva toda su potencia y los oportunistas tardarán en desmontarla también pieza a pieza. La película de los hechos empieza a girar en marcha atrás, pero tiene un camino larguísimo y lleno de episodios a recorrer antes de poder retirar a los obreros de la escena política. Atocha no pone fin a la crisis pre revolucionaria, sino tan sólo a su etapa de iniciativa obrera, y da así la señal del contraataque burgués. Hasta finales del 78 la situación seguirá indecisa y hubiese podido dar un nuevo giro revolucionario, lo mismo que podría acabar y realmente acabó en un reflujo de la movilización obrera.

La situación combinaba dos elementos opuestos. La marea obrera dejó en la arena las *asambleas* y los *comités* elegidos, había dado un peso por lo menos notable a los grupos *centristas* y había rodeado de simpatía a los *revolucionarios* declarados, los trotskistas. La autoridad de los métodos de acción de masas, el desprecio por las leyes burguesas, la conciencia de clase y la solidaridad en la lucha, la aspiración a un poder auténticamente popular habían alcanzado cotas muy altas durante la ofensiva. Tardarían

en borrarse. En total contradicción con ello, los dirigentes montaban al carro de la Monarquía y sus órganos representativos, donde preparaban una *constitución* para restablecer el orden público. Se dispusieron a hacer pasar el movimiento por unas Cortes de compromiso con los militares franquistas y por una actividad sindical domesticada.

La huelga de la construcción en abril ilustra esta tensión. Fue un pulso constante entre los órganos designados por los obreros y controlados por ellos –la asamblea y su comité o comisión– y la dirección ejercida por los aparatos sindicales recién revestidos de la autoridad legal; un pulso entre la autoridad dada por la calle y la nueva autoridad de las leyes pactadas. También esa huelga fue el segundo capítulo de las tensiones políticas entre la *Unión Sagrada* y los centristas que dudan (en este caso los maoístas, en lugar de los pseudo trotskistas de *Roca*). Los revolucionarios peleamos para que la huelga no sólo defendiese sus órganos representativos, sino que los elevase a un nivel superior, *coordinándolos* por ciudades para reforzar la huelga de ramo y preparar la huelga general. En Barcelona a finales de marzo, antes de comenzar la acción, los delegados de tajo eligieron una comisión, “la de los 24”, con miembros de las Comisiones Obreras y centristas, pero decidieron además... “*ratificar a la asamblea general de trabajadores como órgano decisorio en todas las cuestiones*”. ¡Las cosas claras!

Pero desde el 12 de abril –es decir al legalizarse el PCE– las presiones para que la “comisión de los 24” decidiese la vuelta al trabajo de los huelguistas sin las reivindicaciones eran ya considerables. La asamblea tuvo que votar de nuevo lo que, según la prensa, un obrero expuso así: “... *quienes decidimos ir a la huelga fuimos los trabajadores, entre quienes la mayoría no hemos optado por ningún sindicato. Quienes elegimos a los compañeros que deberían negociar fuimos también nosotros. Y sólo nosotros deberemos decidir la vuelta y el momento de la misma*”. La asamblea dudaba entre tres posiciones: la del PCE, que quiere acabar la huelga y sustituir a la “comisión de los 24” por las centrales sindicales sin control de la base; la de los centristas maoístas, que mantienen la huelga indefinida y la “comisión de los 24” a la defensiva, sin ver salida, y la de los revolucionarios que, desde abajo, proponemos ir a la huelga general mediante un comité o coordinadora inter-ramos con los otros sectores obreros en lucha, y la transformación de la “comisión de los 24” en un órgano revocable según evolucione la lucha, para evitar que quienes se conviertan en enemigos de la huelga sigan sin embargo en su cabeza. Esas *tres posiciones* definirán durante todos los años setenta las tres corrientes fundamentales en el movimiento huelguístico.

Pero el día 14, ese mismo día del Comité Central legal y monárquico del PCE, sus hombres organizan unilateralmente la vuelta al trabajo en numerosos tajos de Barcelona. Los albañiles de Girona llevaban ya semanas en huelga. En Asturias comenzaban ese día. Había paros en muchos tajos de Madrid. En Palencia, la prensa informa así de la asamblea de la construcción en huelga: “... *han aparecido en escena actitudes contrarias a esta situación, mantenidas por trabajadores afiliados a CC.OO. que, en una asamblea celebrada el pasado miércoles, intentaron la vuelta al trabajo. Ante el abucheo con que esta propuesta fue recibida por la asamblea, CC.OO. abandonó en bloque la citada reunión*”. Eso se llama sabotaje de la democracia obrera por parte de los “demócratas” de la monarquía. La asamblea de Barcelona se volvió campo de batalla, con graves enfrentamientos y roturas de carnets sindicales. Los centristas se declararon vencidos a los pocos días y el 18 de abril la asamblea decidió volver al trabajo a causa de la desunión y en un verdadero escándalo de los obreros asistentes. Justificándose en la prensa, el PSUC explicó: “... *se ha acusado constantemente a los hombres de CC.OO. de traidores... CC.OO. ha tenido en cuenta la situación real del país y no estábamos por un mes de huelga. Lo que ha ocurrido en esta ocasión, lo que esta huelga nos ha demostrado, son dos cuestiones: que la clase obrera tiene hoy un grado superior de*

*combatividad respecto a etapas pasadas. Y que ello hace que los trabajadores, la base, se lance hasta conseguir una negociación*” (debería decir una victoria).

La construcción es un ejemplo importante, pero un ejemplo entre muchos. La “situación real” que aduce el PSUC es su miserable *compromiso* con los franquistas en instalar, legitimar y fortalecer la monarquía. Las reivindicaciones y la combatividad de los obreros *no podían* efectivamente desaparecer de golpe por la traición y la *Unión Sagrada*.

Ambas fuerzas *chocarían* irremisiblemente en muchos casos similares, a cada paso. El *orden* de las Cortes monárquicas y los sindicatos domesticados se abría paso a través de la liquidación de las asambleas, la claudicación de los centristas y el aislamiento o la represión de los revolucionarios. Y a la inversa, el progreso del movimiento obrero y de sus órganos de movilización y de una democracia de clase y de base pasaba por un enfrentamiento con la monarquía y sus nuevos órganos de participación traidora y de colaboración de clases. El futuro estaba comprimido en este enfrentamiento. O hacia una *constitución* monárquica, o hacia la *revolución* de los comités o consejos obreros. O hacia la participación en las Cortes de colaboración con la monarquía franquista, o hacia la formación de unas Cortes obreras de delegados de comités y asambleas contra la monarquía.

Ateniéndose a la realidad, las Cortes monárquicas no surgirían de unas elecciones libres (por otro lado, las elecciones más que libres eran vigiladas, limitadas a ciertos grupos, censuradas y controladas por Martín Villa). Esencialmente esas Cortes surgirían del pacto de los dirigentes obreros con los franquistas y de una desmovilización de las masas por las buenas o las malas. Del mismo modo, las Cortes obreras podían surgir de una progresiva coordinación de los comités de empresa en el curso de las acciones, pero *también* de la lucha política por el boicot a las elecciones a Cortes de la monarquía.

Durante la huelga de la construcción de abril, *La Aurora* superó por primera vez los mil ejemplares semanales de venta militante entre obreros. El PORE acababa de reunir su III Congreso y decidía serenar su táctica y reorientarse hacia una batalla más larga y en profundidad contra la instalación de Cortes monárquicas y en favor de unas CORTES OBRERAS. El informe del Buró Político saliente al Congreso dice, en marzo de 1977:

“La preparación del III Congreso del PORE debe partir no sólo de la inminencia de un enfrentamiento entre las masas obreras que NO RETROCEDEN EN SUS LUCHAS y el gobierno QUE AGRUPA A SU ALREDEDOR EN UN PACTO CONTRARREVOLUCIONARIO A TODAS LAS DIRECCIONES OPORTUNISTAS DE LOS OBREROS, sino también de la conciencia cierta de que esa tendencia está sólo iniciada y que ese enfrentamiento no tendrá la amplitud ni logrará una victoria si no es por el esfuerzo de nuestro propio partido por prepararlo, organizarlo y tomar su dirección...”

Y, para llegar ahí, el discurso introductorio del Congreso precisa las dificultades de los revolucionarios:

“... seguimos subestimando las dificultades y las ilusiones, o mejor la fuerza de tales ilusiones. Esto abría la puerta a aquello que queríamos combatir. Al espontaneísmo. Porque no se puede combatir al espontaneísmo de los oportunistas, de los que creen que la clase obrera puede avanzar manteniendo sus ilusiones en la política de los stalinistas, oponiendo a estos otro espontaneísmo, es decir la idea de que la clase obrera avanzará hacia la revolución y se librerá de tales ilusiones sin una lucha dura, sistemática y constante del partido por dirigir a la clase y por buscar apoyo constante y formar y ganar a sus capas y sectores más combativos, en particular a la juventud.”

Las elecciones de junio del 77 y los pactos de la Moncloa de ese mismo invierno significaron mucho y todavía poco: constataron la *voluntad*, no sólo de socialdemócratas y stalinistas, sino incluso de muchos centristas y anarquistas de acomodarse de algún modo al régimen de la *Unión Sagrada*. Un cambio *importante*, pero que todavía debía sufrir la prueba de los hechos, de hechos más sólidos que las urnas. Un nuevo episodio se preparaba.

El movimiento de las masas había avanzado hasta entonces más o menos unido en la acción. Ahora, sobre todo desde las Cortes del 15 de junio, al ser arrastrado por sus dirigentes oportunistas a la vía constitucional, el movimiento se *escindía* no sólo en los programas, sino precisamente en los hechos. Una parte de él reforzaba el poder burgués a través de sus instituciones y daba un aval “democrático” a sus aparatos represivos; otra parte defendería o intentaría desarrollar los órganos de masas independientes del poder. Para cerrar la crisis pre revolucionaria y entrar en la etapa constitucional, no bastaban las elecciones: el *ala derecha* del movimiento de masas, ahora unido al poder, debía enfrentarse y derrotar al *ala izquierda*. ¡Tenía que deshacerse de esa ala izquierda!

El espíritu del año 1978 fue esa escisión y ese enfrentamiento entre las dos alas del movimiento antifranquista.

Los artículos seleccionados para este capítulo conservan la tensión, la alarma y a veces la amargura del esfuerzo que pusimos en que esa ala izquierda no claudicase, se defendiera, se reforzase y se *fusionase* con los revolucionarios. Si *todavía* –¡ya teníamos que empezar a hablar así: si todavía...!– quedaban posibilidades para la revolución, y en tal caso había que agotarlas, consistían concretamente en que esta *ala izquierda* del movimiento, enfrentada a su ala derecha, fuese el punto de partida de una segunda ofensiva de los trabajadores y de un paso adelante de los revolucionarios.

Los artículos volverán a ese auténtico *eje* de estos diez años de propaganda: las relaciones vivas, mutuas y cambiantes entre el partido y las distintas fracciones y capas de la clase obrera en movimiento. ¿Qué era esa ala izquierda? Ante todo la juventud trabajadora. También, como dije, los órganos assemblearios. La izquierda sindical opuesta a los pactos de la Moncloa. Ciertas tendencias de los propios partidos de la *Unión Sagrada*, sobre todo las más ligadas al trabajo obrero de los años clandestinos. En fin la militancia de los grupos centristas. En todos estos sitios, los revolucionarios contaban con algunas posiciones y con muchas simpatías.

### ***Consigna: liquidar al ala izquierda***

Las vicisitudes de la lucha de clases elevaron a los *centristas* a una posición estratégica. Incluso podemos decir que, en su indecisión, los maoístas y los seudo trotskistas reflejaban la indecisión o la encrucijada del propio movimiento obrero. La *Unión Sagrada* les presionaba y les criticaba de “extremistas”, y eso que no tenían un pelo de tales; los revolucionarios les criticábamos debida y sistemáticamente para que la juventud obrera se separase de ellos y de sus lamentables inconsecuencias. Durante meses permaneció incierto el destino de estos grupos. La ocasión estuvo en sus manos y, lo mismo que un año antes del PCE de Carrillo, los centristas la utilizaron para entrar en la *Unión Sagrada* como rueda de recambio.

¡Liquidar al ala izquierda!, era la consigna. ¡Liquidarla en cada sindicato!, y las expulsiones se multiplicaban con los nuevos estatutos, reglamentos, congresos y leyes, pues las expulsiones eran el reverso de la estructuración de un *sólido aparato*. ¡Liquidarla en cada partido!, y cada gran partido renegaba de sus grandes o pequeños principios, tirando por la borda, además de unas cuantas tesis teóricas, una buena cantidad de

militantes, los fieles a su clase. ¡Liquidarla en la calle!, y el griterío chillón “contra el terrorismo” acompañaba a la reorganización de las fuerzas policíacas y a la colaboración “ciudadana” de los antiguos perseguidos con sus viejos perseguidores, de la víctima con el torturador. ¡Liquidar al ala izquierda, por todas partes! ¡Y cuanto antes!: era la consigna de la *Unión Sagrada* cuyo contraataque avanzó despacio e inseguro en 1977 y descarado en el 78.

La burguesía confió por fin en Carrillo y este asumió el papel de auxiliar práctico, de consejero e incluso de inspirador político de la liquidación del ala izquierda. En lo tocante al método, nada hubo que inventar: se combinó el arte de la *corrupción* de los débiles, cansados o inconsecuentes, con la prosaica *represión* de los insobornables. De haberse lanzado a la simple represión contra la izquierda, la *Unión Sagrada* hubiese fracasado, porque la izquierda centrista, anarquista, revolucionaria o nacionalista era todavía muy fuerte junta. La *división*, colaborando con unos y aislando a los otros, era la línea más cínica y eficaz. La burguesía jamás hubiese logrado sola dar con esa línea, pero ahora contaba con el consejero Carrillo.

El principal señuelo en la corrupción política fueron las *legalizaciones escalonadas*. La lucha por las libertades democráticas sin condiciones ni restricciones seguía viva, era movilizadora, unía en la acción a muy variados grupos obreros y a los obreros con la pequeña burguesía (sobre todo la nacionalista). La *Unión Sagrada* negoció primero con representantes de la burguesía nacional catalana y vasca (Tarradellas y Leizaola) para *separar* la cuestión nacional de las otras libertades. Luego ofreció la posibilidad de negociar la legalización *de cada partido* por separado, acatando en sus estatutos la monarquía que se quería institucionalizar. Con sólo *renegar* de las intenciones revolucionarias y probar de algún modo la sinceridad del reniego, se entraba en el sagrado recinto de la ley.

Prácticamente todos los grupos semi revolucionarios cayeron en la trampa. Abandonaron la lucha por la libertad incondicional de partidos (que hubiese sido el punto de partida de una república democrática burguesa o de una revolución proletaria) y pasaron a pedir la “legalización de todos los partidos”. Este giro dio al ministro del Interior la posibilidad de escalonar la legalización de cada uno, obligándolo a ceder en sus estatutos, utilizando a los ya legalizados contra los que seguían esperando en la ventanilla. Cada uno de esos grupos vociferó “por la legalización de todos” justo hasta el día en que *tal grupo* pasó los estrechos límites de la ley. Luego se olvidó de las libertades. El PORE no quiso entrar en el juego: para desenmascarlo presentó a la ley sus *auténticos* estatutos adoptados en 1974.

En abril el PCE era legal. En julio lo fueron ya los maoístas, PTE, ORT y MC, mientras el Ministerio aclaraba que “*no se inscribirá a las organizaciones que declaren como finalidad la revolución de masas...*” ni las organizaciones de juventud no sometidas a la disciplina de un partido ya legal. La legalización del PORE fue rechazada por el gobierno al final de ese mes (¡y aun hoy, con varios juicios, un proceso interminable de siete años, y una vida completamente pública, seguimos siendo ilegales!). En otoño hubo una nueva promoción: los nacionalistas pequeño burgueses, ERC, PSAN... y los centristas próximos al trotskismo, POUM, LCR, OIC, BR, entraron en la ley. El 7 de septiembre Martín Villa, en conferencia de prensa, puso como ejemplo de los límites de la elástica ley: “*no se legalizará a los terroristas... nunca se legalizará al PORE*”. Sin embargo, la Convención Republicana simpatizante del FRAP terrorista y el grupo vasco EIA, simpatizante de ETA político-militar, ya eran legales al acabar ese mismo año. La ley honró al PORE con una dura pero significativa distinción.

Todos se justificaron diciendo que había *truco*, que habían cambiado o disimulado sus estatutos por táctica. Naturalmente que tales trucos son *en general* válidos, y noso-

tros recurrimos entonces y después a ciertos trucos para encontrar un resquicio legal en las elecciones, por ejemplo. Pero todos esos partidos, a diferencia del PORE, *renunciaron a luchar por ser legales con sus verdaderos objetivos*, o al menos con los que habían figurado hasta entonces en sus estatutos, fuesen verdaderos o tramposos. La negociación de los estatutos no fue ningún truco, sino la forma de la negociación de la incorporación de los grupos políticos de la *Unión Sagrada*, la negociación de la disposición de cada uno de esos grupos a empujar la crisis pre revolucionaria hacia la senda constitucional; es decir hacia su final, hacia la institucionalización de la colaboración de clases. La *corrupción* de esos grupos centristas fue la primera etapa del retroceso del movimiento de las masas. Hasta el final del 77 las posibilidades de rechazar la senda constitucional y de reabrir la senda revolucionaria seguían presentes, vivas y masivas, pese a tener enfrente al pacto de Carrillo y Suárez. Desde finales del 77 las fuerzas potencialmente revolucionarias habían sufrido ya muchas deserciones y el bando de los constitucionalistas crecía cada mes.

Llegó entonces la segunda fase: tras la corrupción, la provocación. En la semana negra de Atocha leímos a Teresa Pàmies acusar a los revolucionarios de provocadores. Desde que la *Unión Sagrada* se organizó a través de las Cortes del 15 de junio y de los Pactos de la Moncloa, las fuerzas policiales franquistas pudieron trabajar a fondo en la línea de la Pàmies, es decir crear a la vez la *provocación*, el *clima* de santa inquietud cívica por los provocadores, y la *caza* represiva de las víctimas de la provocación policial. La policía comienza pues a emplear a simples delincuentes, a elementos del “lumpen”, a aventureros de cuatro perras o a policías de paisano –¡para el caso...!– en la infiltración de grupos y en el montaje de escándalos gratuitos o de sangrientos actos de terrorismo. Mientras, la tierna prensa democrática hablaba todos los días de los provocadores. ¡Por todos lados hay provocadores! ¡Todo el mundo tiene que vigilar su entorno! ¡Todo buen ciudadano debe asilarlos, denunciarlos, ayudar a cazarlos!

Esta vez los revolucionarios no se durmieron. Vieron venir el ataque. En *La Aurora* se leyó desde el mes de septiembre: “¡EL PORE ACUSA!... ¿En qué consiste la provocación?”

“Dicen que consiste en ‘crear un clima de terror’ que permitiría a los generales fascistas dar un golpe. Y no hay la menor duda de que a eso aspiran los generales fascistas, es decir los generales a secas (ya que ‘los otros’, si los ha habido, no han podido llegar a generales). Pero el terror fascista no favorece en sí a los generales; atiza el odio de la población, incluso de la pequeña burguesía más pasiva, empuja a luchar, como ante los crímenes de Atocha y del ‘Papus’. No. Lo que sí favorece a los generales son los gritos de seudo demócratas, que apenas han cambiado de chaqueta y ya pontifican sobre la ‘defensa de la democracia frente a los extremismos de cualquier signo’. Porque esta gentuza, que ha pasado del ‘Cara al sol’ a ‘Els segadors’ con billete de vuelta, intentan hacer creer a la población que hay algo en común entre los fascistas, de un lado, los terroristas pequeño burgueses de izquierda, del otro, y los revolucionarios proletarios como el PORE, enemigos mortales de los fascistas y en radical desacuerdo con los terroristas. Porque los revolucionarios no proponemos el terror individual, sino la acción de masas contra el Estado burgués. Intentar mezclar a revolucionarios, terroristas y fascistas es ir directamente al desarme político y material de las masas obreras ante los generales fascistas y sus abanderados del terror clandestino. *Esa* es la provocación: querer mezclarnos con los fascistas.

“... Acusamos. Acusamos a todos los que están dispuestos a defender un pacto con Suárez a costa de las libertades, a costa de las reivindicaciones obreras, a costa de reprimir a los revolucionarios, de ser ellos los *beneficiarios* de la provocación. Entre los que se reúnen en la Moncloa están los verdaderos organizadores de la provocación...”

Todo eso era exacto, así que el PORE estaba en guardia cuando los empleados de Martín Villa pasaron a la acción. En las navidades del 77, misteriosos personajes robaron un camión de armas en la Base Aérea de El Paní. Inmediatamente se acusa a un soldado, Santiago de Alegría, destacado miembro del PORE: Consejo de Guerra, campaña de prensa para convencer a la opinión, nuevas detenciones, tortura, presiones y amenazas... todo fracasa. El PORE no es terrorista, no se asusta, y lucha por *la verdad*. Martín Villa tiene que batirse en retirada a través de falsas reivindicaciones del hecho, de testigos simulados, de juicios trucados y de un silencio que prolonga hasta nuestros días el misterio de ese robo y que les costó *dos asesinatos* de dos testigos en los años transcurridos. Son los “enigmas de la transición”, los trapos más repugnantemente sucios de la institucionalización de la monarquía.

Los jueces franquistas tuvieron que lavar con discreción varios trapos como ese. Dos semanas después del robo de El Paní, el hoy reconocido confidente a sueldo de la policía Gambín, encargado de infiltrar la CNT, organiza el mortal incendio de la sala de fiestas *Scala* para complicar en el hecho a los anarquistas. Dos semanas más, y el ex alcalde de Barcelona *Viola* es asesinado con su mujer por mano sospechosa para implicar a los independentistas catalanes.

Todos estos atentados son significativos: los revolucionarios trotskistas, los jóvenes obreros anarquistas y los independentistas de la pequeña burguesía pueden ser presentados ante la opinión democrática como siniestros *terroristas* particularmente desalmados y, como a tales, se les debe aislar y reprimir para abrir paso a una constitución. El aislamiento de los revolucionarios comenzó entonces. Los periodistas de la nueva situación, deseosos de agradar a las esferas oficiales o simplemente acobardados, se volcaron en ríos de tinta contra los “provocadores” fabricados por Martín Villa. A la corrupción de los débiles, se había unido la provocación contra los intransigentes.

Pero la colaboración del PCE con el poder, al principio y en una etapa en que todavía las masas estaban movilizadas —¡ciento diez millones de horas de huelga en 1977!— comenzó *reforzando* a estos grupos obreros menos comprometidos con el pacto, a estos grupos que se quería corromper o reprimir. Perdiendo fuerzas por el camino, ciertamente, el movimiento tendía a desplazarse *hacia la izquierda*. El PCE, por ejemplo, alcanzó su máxima capacidad de convocatoria entre el entierro de Atocha y el mitin electoral de Madrid en junio del mismo año. Ni antes ni después logró igualar sus cifras de la primavera del 77. Su hora empezó a pasar. Entre el mitin del PTE en diciembre del 77 contra el pacto de la Moncloa y la marcha contra el paro de la ORT en marzo del 78, los maoístas se encuentran en su propia cima; no movilizan cifras comparables al PCE pero han tomado su relevo; y enseguida llega también su decadencia. Son los primeros en canalizar un gran malestar obrero, el de los diez mil trabajadores que ya el 4 de noviembre se manifestaron *contra* los pactos en Valladolid, los ocho mil de Cádiz. En la manifestación sindical de ese mismo día en Barcelona, los dirigentes oportunistas fueron también desbordados: con cien mil manifestantes en la calle, los gritos *contra* los pactos taparon a todos los demás. Al día siguiente, ochenta mil obreros vascos se manifestaron contra los acuerdos de la Moncloa. Además de amenazas, la situación estaba cargada de posibilidades.

A lo ancho del Estado, los sindicatos están divididos y se generalizan las expulsiones de militantes y, a veces, de sindicatos enteros. En puntos como Navarra y Vizcaya, este nuevo embate, el del rechazo a los pactos, crea grandes coordinadoras de fábricas diversas. Paralelamente la CNT ha ido creciendo en este caldo. En el verano del 77 y el del 78, dos grandes mítines en Montjuïc reúnen miles de jóvenes obreros que no quieren pasar por el aro de la *constitución*. Entre esas dos fechas la CNT está en su cima.

Y el PORE reúne su IV Congreso. Es el que debe declarar la última batalla contra la instauración de la monarquía, la última campaña de boicot (en este caso al referéndum constitucional), la última batalla en las condiciones de una crisis pre revolucionaria. Ahora todo depende ya de *una cierta fracción* de la clase obrera, de esa fracción ligada al ala izquierda del movimiento obrero de masas y que no ha entrado todavía ni quiere entrar en los canales pacíficos y constitucionales. No es ya *toda* la clase, sino una *fracción* de ella, pero aún su actitud podría decantar la del conjunto de los trabajadores. La juventud trabajadora salió en masa a la calle, agitada por la ofensiva, y ocupó de forma natural la primera línea en la acción; animó a las tendencias más duras del movimiento y se entregó a objetivos ambiciosos; la traición, como hemos visto, comenzó por desplazarla más a la izquierda (el PCE, por ejemplo, pasó de una edad media *inferior* a los 30 años en el 77, a una media *superior*... a los 40 años en 1981: los jóvenes se habían largado). ¿Cómo podría la juventud abandonar la escena sin pelear? ¿Simplemente “pasando”? No. Y además seguía ligada a sectores obreros poderosos, a esas huelgas generales que seguían convocándose con éxito en Euskadi, a esos sectores sindicales críticos en Asturias y Madrid, a esos sindicatos maoístas fuertes en la industria y entre los jornaleros. ¿No podría la última batalla arrastrarlos y hacer girar a partir de la juventud la rueda de los acontecimientos otra vez en el sentido de la revolución proletaria? Había que probarlo. La última oportunidad antes de iniciar la retirada.

### ***Primer fracaso...***

Al paso del año 1978 empezó a verse que las distintas fuerzas del ala izquierda acabarían cediendo, fracasando, y que los revolucionarios quedarían al final aislados. Se vio en las elecciones a comités de empresa. La consigna del PORE fue *centralizarlos* como embriones de Cortes obreras, opuestas a las Cortes monárquicas y a la constitución que elaboraban. *Reducirlos* a un terreno estrictamente sindical y legal, “constitucional”, y dejar la política para las otras clases sociales, fue en cambio la consigna del PCE. En cuanto al ala izquierda centrista, anarquista o ultraizquierdista, cedió a la línea de Carrillo, o bien se abstuvo, pero en todo caso evitó el problema de enfrentar los comités contra la monarquía. Analizando los resultados de los comités de empresa en las tres provincias decisivas de Madrid, Barcelona y Vizcaya, la suma total de delegados afiliados a CC.OO., USO, UGT y ELA fue de 38.417, pero entre ellos *muchos* pertenecían a las tendencias del MC, de la LCR y del PORE incluso; los sindicatos maoístas CSUT y SU reunieron más de cuatro mil; 221 delegados más eran afiliados a CNT que no siguieron las consignas abstencionistas de sus dirigentes; en fin, 6.899 fueron contabilizados como “independientes”, pero incluían a los obreros del PORE y a otros trabajadores que fueron rechazados por el aparato sindical de las candidaturas oficiales de las centrales. Sería razonable atribuir un máximo de treinta y cinco mil delegados favorables a los pactos de la *Unión Sagrada* y un mínimo de ocho mil contrarios, junto a unos siete mil indecisos y a los abstencionistas de CNT. Por lo tanto, la potencia del ala izquierda unida era indiscutible, pero ninguna de sus tendencias era capaz de capitanearla, y ninguna se reveló capaz de unirla en una línea común: los centristas sólo maniobraban para incorporarse a la institucionalización del régimen. El peso creciente del ala izquierda sirvió sólo para medir la magnitud de su inconsistencia y se fue disolviendo como un azucarillo. La CNT, que se había abstenido de las elecciones a comités, organizó en contrapartida una huelga aislada y de desgaste entre los empleados de las gasolineras, hasta dejar extenuados y fracasados a sus seguidores: comenzó la decadencia del anarquismo. Los ultraizquierdistas de la juventud obrera y estudiantil empezaron

también entonces a engrosar las filas del nacionalismo pequeño burgués o de un vulgar antipartidismo. Y los centristas maoístas y pseudo trotskistas, después de algunas oscilaciones, acabaron a la cola del PCE para no ser tachados de “terroristas”: en el I Congreso de las Comisiones Obreras, el aparato stalinista incluyó en la candidatura oficial para la dirección ejecutiva a militantes del MC y de la LCR, mientras expulsaba del sindicato a los revolucionarios. Dividida por la represión, la claudicación de los centristas y la estupidez anarquista, el ala izquierda se batía en retirada.

Necesitamos una explicación. Si admitimos que mientras la juventud y las fuerzas más decididas *resistían* al contraataque de la *Unión Sagrada*, se fueron desplazando hacia la izquierda haciendo crecer *momentáneamente* el peso de los grupos situados en esta ala, ¿por qué entonces ese desplazamiento no reforzó, en parte al menos, o al menos a continuación, a los revolucionarios? Parece lo más lógico. Pero lo responderemos mejor si planteamos la cuestión en la forma siguiente: ¿por qué al fracasar esos grupos, la juventud no siguió desplazándose hacia la revolución y no supo separarse de su espíritu pequeño burgués, anti sindical y anti partido, aventurero e inconsistente?

Planteadas así las cosas se puede responder. La conciencia *revolucionaria*, contrariamente a lo que piensan los espontaneístas, no resulta del simple desplazamiento “a la izquierda” de las masas en movimiento, empujadas por sus experiencias. Ese desplazamiento se limita a crear excepcionales condiciones para la conciencia revolucionaria, pero esta es ante todo el resultado de una lucha tenaz de los marxistas, de los revolucionarios contra todas las políticas oportunistas impregnadas de prejuicios pequeño burgueses. La juventud, en 1978, continuó desplazándose a la izquierda, pero no en ese sentido revolucionario, proletario, sino hacia un izquierdismo pequeño burgués, que acabó siendo una estación de paso hacia la completa pasividad.

Entre los grupos centristas, anarquistas o simplemente aventureros, y el aparato del PCE existió una *segunda línea de colaboración*, un lazo discreto pero capaz de apresar la evolución política de la juventud obrera y, en general, del ala izquierda del movimiento de las masas. Veamos. En el primer plano, bien iluminado por los hechos, tenemos a burgueses y stalinistas *pactando* una constitución y lanzando a sus perros policías a la caza de extremistas; tenemos también a toda clase de anarquistas y de radicales protestando a viva voz de esa traición. Pero eso es *sólo* el primer plano, el más fácil de ver. En el segundo plano, el de las ideas programáticas, todavía poco contrastadas con toda clase de hechos, encontramos *paradójicamente* a Carrillo y a todos esos ideólogos del extremismo pequeño burgués recitando casi juntos la *misma* sarta de sandeces pretenciosas contra la autoridad revolucionaria de Lenin y del bolchevismo, contra el objetivo de una dictadura del proletariado, contra el internacionalismo consecuente, contra el rigor científico de la teoría revolucionaria y contra la práctica militante. Una gran ola de *reacción teórica* se abatió sobre la cabeza de una juventud poco o nada formada en el marxismo y atada por lazos todavía tenuous al movimiento proletario. Esa ola de reacción en el pensamiento precedía y preparaba la ola de reacción política de los años siguientes. En la cima de esa primera ola vemos juntos al Carrillo que exige del IX Congreso del PCE la “retirada del leninismo” en abril del 78, al anarquista que glorifica el individualismo en la acción y al profesor radical que sustituye su antiguo marxismo por un ecologismo campestre y primitivo. Era una alianza en el pensamiento. Al ver venir el aparato stalinista una ruptura con el ala izquierda obrera y juvenil, hizo *todo lo posible* para disuadirla de que continuase su lucha en el terreno del bolchevismo, y uniéndose a los revolucionarios intransigentes, a los trotskistas. El propio aparato la empujó hacia el basurero ideológico y político de la pequeña burguesía de izquierdas: el apartidismo, el feminismo, el pacifismo, etc.

La operación ideológica levantó la tapa que sujetaba los peores rasgos del movimiento obrero español. La tapa en cuestión se componía de frases rituales sobre el marxismo, de un dogmatismo de funcionarios mantenidos por el aparato, de un activismo sin las armas del pensamiento, y de un pensamiento muerto adecuado a los burócratas aislados de la vida obrera militante. Carrillo y compañía levantaron esta tapa, sólo un poco, y los peores rasgos del movimiento surgieron y devoraron casi todo lo que el movimiento tenía de bueno. Era un movimiento ligado históricamente a los intelectuales demócratas de la clase media, a los curas obreros, a los abogados y maestros, y sobre todo ¡que *tanto les debía* en su formación ideológica! 60% de obreros por 10% de intelectuales y estudiantes contaba el PCE en su IX Congreso, pero los *delegados* a este Congreso contaban sólo con 35% de obreros, mientras que los intelectuales eran también 35%: la pequeña burguesía se encaramaba y se instalaba con descaro en las organizaciones de masas durante el contraataque democrático. Cuando Carrillo declaró la superación del *leninismo*, la tapa se levantó... y la cima del movimiento obrero enseñó demasiadas jetas pequeño burguesas, perdiendo toda autoridad política y moral sobre la juventud. Las esperanzas de que los cuadros del PCE se enfrentasen por sí mismos a sus dirigentes demostraron ser ilusas, basadas en una impresión falsa sobre la selección de cuadros por el aparato stalinista. Los obreros y jóvenes se apartaron del PCE, pero no surgió ninguna fracción realmente obrera y la disgustada base militante no pudo apenas ofrecer resistencia.

La prensa de aquellos días tituló así sus breves notas sobre el IV Congreso del PORE, en el verano del 78: "*Hacia el leninismo: EL PORE QUIERE GUIAR A LOS JÓVENES*". La última ocasión de ir a la revolución sin tener que dar un *rodeo* constitucional o parlamentario, se unía a esta lucha ideológica para que la ruptura juvenil con los aparatos no significase la dispersión de la juventud sino su *retorno a Lenin*. Pero aquí llegamos a una última lección: sólo entonces nos dimos cuenta los revolucionarios de cuánto habíamos *subestimado* en años anteriores el problema de la formación marxista de la juventud. La animábamos a luchar, la dirigíamos en muchas batallas, la reclutábamos y la organizábamos para la acción. ¡Pero apenas habíamos gastado fuerzas y tiempo en formarla en los principios del marxismo! La reacción ideológica del *antileninismo* la apartó también de nosotros. La factura del espontaneísmo revolucionario del 75 nos llegaba en este fracaso del año 78 con la juventud.

Así se aprobó la constitución. Comenzaba ya el terrorismo a ocupar el centro de la escena; crecía la pasividad en las masas, y especialmente en la juventud, los fascistas se envalentonaban; y el movimiento obrero oficial intentaba ser el pilar del frágil orden constitucional, desfilando junto a los burgueses "en contra del terrorismo". Así se aprobó esta constitución. En vísperas del Referéndum, tenía lugar una de esas manifestaciones antiterroristas. En Barcelona logró el PORE organizar un respetable *pasillo* donde se reunieron unos centenares de contramanifestantes: por delante nuestro y de nuestros gritos ("¡*Volvamos a Lenin!*, ¡*terroristas son el Estado y el patrón!*, ¡*boicot a la constitución!*") fueron desfilando a veces silenciosos, algunos irritados y muchísimos avergonzados, los efectivos ya muy reducidos de ese movimiento de masas que se disponía a pasar por el aro constitucional, detrás de sus dirigentes y abandonando sus mejores esperanzas. Desde luego eran muchísimos más que nosotros. Nuestra acción fue minoritaria, y si se quiere "testimonial", como decía por aquel entonces el prepotente "progre" encaramado sobre el movimiento proletario constitucional. En esos días se hubiese llamado "testimonial" al gesto de Liebkecht al agitar solo fuera del parlamento contra la guerra cuyos créditos acababan de votar sus "camaradas" de partido, los traidores jefes de la socialdemocracia alemana de 1914. Los obreros revolucionarios dijeron que Liebkecht salvó así el honor del socialismo alemán. El PORE salió también a la calle

el día del antiterrorismo para, entre otros objetivos, salvar el honor del movimiento obrero. Eso es poco y mucho.

La crisis había llegado al límite. La revolución tenía que nacer o abortar. No pudimos alumbrarla, sino sólo salvar su bandera y empezar a preparar la ocasión siguiente.

### *... y difícil repliegue*

Sonó la hora de organizar el repliegue y de girar hacia una lucha dentro de las nuevas instituciones, de los marcos políticos y sindicales establecidos por la *Unión Sagrada*. Y el repliegue siempre es un momento delicado de la lucha. Durante los avances las divergencias pueden agudizarse mientras las filas siguen soldadas por el simple hecho de que siguen arrancando posiciones al enemigo que se tiene enfrente. Pero, al ceder posiciones, pueden aparecer el pánico, y la tentación de girar la espalda al enemigo, y de correr sin pensar en la disciplina de las filas ni en la solidaridad de los combatientes. Son los momentos en que la dirección revolucionaria tiene que medir con prudencia *cada* retroceso, tanto en la situación objetiva como en la táctica del partido. Los elementos más desgastados –en sus principios o en sus nervios– exigen que se declare pronto “el reflujó de la lucha obrera” y apenas pueden esperar al toque de retirada: espían ya el horizonte buscando a quién unirse, con quién aliarse, junto a quién defenderse. Es simplemente humano. Todo ejército lo conoce, lo comprende y debe defenderse enérgicamente de ello. El ejército obrero también. El pequeño ejército de los revolucionarios perdió aun fuerzas para defender sus filas en el repliegue. Cada *giro* positivo o negativo de la situación se expresa en la lucha entre tendencias que es, como decía Lenin, “la vida del partido”. En el caso que nos ocupa, una fracción del PORE se adelantó a la dirección en el repliegue, intentando convertirlo en retirada precipitada y confusa. Al principio la discusión fue positiva, como un acicate para el balance y las conclusiones, pero poco a poco fue poniendo en cuestión la independencia del PORE frente a los grupos intermedios centristas. En el *reflujo*, esos revolucionarios ya no querían continuar solos; exigían aliados y exigían concesiones para lograr aliados. A fin de poder seguir *nuestro propio camino*, los revolucionarios tuvimos que perder todavía una de nuestras fracciones.

¿Tuvimos razón en *osar* tanto en la crisis pre revolucionaria? El lector debe juzgar por los artículos que siguen: son los artículos del combate y, como combatientes, sólo podíamos medir nuestras fuerzas en el combate.

Pero ¿no hubiese quizá sido más razonable llevar ese combate *participando* desde el principio en las instituciones que establecía la *Unión Sagrada* para abortar la crisis pre revolucionaria? Lo que acabamos haciendo desde el 78, ¿no lo habríamos tenido que hacer ya en el 77? ¿Tuvimos razón en *osar* impedir que la crisis entrase en la vía constitucional? ¿Fue la lucha por el *boicot* a las instituciones de esa vía una lucha justa?

Lo fue. Nuestras fuerzas eran, de todos los modos y en las dos alternativas, fuerzas limitadas, ilegales y perseguidas: difícilmente la participación en las instituciones (concretamente en las elecciones del 77 o, por ejemplo, votando “no” como los centristas en el Referéndum del 78) hubiese cambiado las condiciones de la acción. En las elecciones sindicales luchamos, y en el 79 empezamos a pelear por entrar en la campaña electoral pese a nuestra ilegalidad. No se puede decir que “no utilizamos las posibilidades” en la medida en que eran reales, abiertas por las luchas obreras y por la necesidad de burgueses y stalinistas de defenderse de las masas. Esas posibilidades “institucionales” contaron en aquellos años menos –¡muchísimo menos!– que las constantes posibilidades ofrecidas por las acciones de masas, las huelgas, sus asambleas, sus fracciones más extremas, el contacto con las bases obreras de todas las tendencias, etc. Mientras quedó

una posibilidad de que el camino de las masas *no* fuese el constitucional (¡y la constitución sólo la votó el 56% del censo, mientras que la primera y luego abandonada reforma de Suárez la había votado más del 74%! ) los revolucionarios debían luchar por el boicot en la medida de sus pequeñas o grandes fuerzas. De las que tuviesen. La crisis pre revolucionaria nunca desembocó en un brote de revolución, ni en una gran huelga general, ni en movimientos insurreccionales. En tal caso el boicot a unas Cortes monárquicas hubiese sido indiscutible. Pero la situación rozó siempre la posibilidad de tales movimientos, y una lucha enérgica por el boicot aún aumentaba las posibilidades reales de que surgiesen tales movimientos. Y el criterio para luchar por el boicot es que permanezca abierta todavía la posibilidad de que el movimiento gire hacia la vía revolucionaria, resistiéndose a entrar por la vía constitucional. Podemos hacer nuestro el balance de Lenin del *boicot* a las dos primeras *Dumas* parlamentarias del zarismo en la revolución de 1905, y sus argumentos:

“Hay un rasgo del boicot que, de pronto y a primera vista, hace que cualquier marxista sienta hacia él una repulsa involuntaria. Boicotear las elecciones es apartarse del parlamentarismo, es algo que no puede por menos de parecer una renuncia pasiva, una abstención, un intento de escurrir el bulto. (...)

“Pero semejante rasgo del boicot, el más antipático por decirlo así, para un marxista, se explica perfectamente por las particularidades de la época que engendró ese medio de lucha. (...) Unos por intereses egoístas de clase y otros por ignorancia, el caso es que todos estaban dispuestos a aferrarse al muñeco de la Duma bulguiniana, y, posteriormente, al de la Duma de Witte. Todos estaban entusiasmados, todos creían sinceramente. La participación en las elecciones no era un simple y rutinario cumplimiento de los habituales deberes cívicos. Era la solemne inauguración de la Constitución monárquica. Era un viraje para pasar del camino directamente revolucionario al constitucional monárquico.

“En tales momentos, la socialdemocracia *debía* desplegar con toda energía y con toda ostensibilidad su bandera de protesta y advertencia, lo cual significaría justamente renunciar a la participación, no acudir ella misma a las elecciones, disuadir al pueblo de hacerlo y, *en vez* de laborar sobre la base de una institución que el viejo poder estaba creando, lanzar la consigna de la ofensiva contra ese poder. (...)

“Ahí reside la plena justificación histórica no sólo del boicot a la Duma bulguiniana, que tuvo un éxito inmediato, sino también del boicot a la Duma de Witte, que, *al parecer*, terminó en un fracaso. Ahora se ve la razón de que fuera tan sólo un fracaso *aparente*, la razón de que la socialdemocracia debiera sostener *hasta el fin* su protesta contra el viraje monárquico constitucional de nuestra revolución, que *en la práctica* resultó ser un viraje *hacia un callejón sin salida*. Las ilusiones puestas en la Constitución monárquica no resultaron ser más que un preludio o un rótulo, un adorno, una añaaza para preparar la abolición de esa ‘Constitución’ por el viejo poder...

Hemos dicho que la socialdemocracia debió sostener hasta el fin su protesta contra el aplastamiento de la libertad mediante la ‘Constitución’. ¿Qué quiere decir ese ‘hasta el fin’? Quiere decir hasta tanto la institución *contra* la que luchaba la socialdemocracia no llegara a ser una realidad, *a despecho* de la socialdemocracia; hasta tanto el viraje constitucional monárquico de la revolución rusa, que significaba inevitablemente (*durante cierto tiempo*) un descenso de la revolución, una derrota de la revolución, no resultara ser una realidad, a despecho de la socialdemocracia.” (Lenin, *Contra el Boicot*, junio de 1907).

A despecho nuestro, desde el 78 la Monarquía institucionalizada gracias a la *Unión Sagrada* fue una realidad: la crisis pre revolucionaria había abortado. Nuestra conclusión es esta: los errores, las indecisiones y los fracasos de los trabajadores y de su vanguardia revolucionaria estaban *inscritos* en el curso lógico de los acontecimientos, se revelaron *gracias* a esa lucha hasta la última posibilidad, y eso los convierte hoy en un

capital de enseñanzas valiosísimas que ni la clase obrera ni sus luchadores hubieran podido jamás ahorrarse. Es decir: la ocasión revolucionaria pasó, pero permanece en el camino de la revolución obrera como su necesario *ensayo general*.

## CRONOLOGÍA

**1977**

**Enero.** *Movimiento de solidaridad con Roca. Asesinatos de Atocha. Huelga general de respuesta. Comunicado conjunto gobierno-oposición, que inicia la **Unión Sagrada**. Estado de excepción de un mes. El día 30 los centristas firman con la **oposición democrática**.*

**Febrero.** *Relaciones diplomáticas España-URSS. Entrevista Carrillo-Suárez. Final de la huelga de Roca, la última gran huelga hasta Sagunto en 1983. Artículo “**Decir la verdad a las masas...**”.*

**Marzo.** *Cumbre “eurocomunista” Carrillo/Marchais/Berlinguer en Madrid. La segunda amnistía, la “escalonada”. III Congreso del PORE reordena la táctica para una lucha más larga.*

**Abril.** *El PCE, que acepta la monarquía, es legalizado.*

**Junio.** *Elecciones legislativas a Cortes sin legalizar los demás partidos obreros. PORE y nacionalistas vascos llaman al boicot. Artículo “**Dos o tres meses**”.*

## DECIR LA VERDAD A LAS MASAS...

*(artículo del 13 de febrero de 1977)*

Hoy la prensa, la radio y la televisión anuncian a bombo y platillo la vuelta al trabajo de ROCA. La televisión franquista, en un alarde de cinismo destinado a minar la moral de los trabajadores, ha mostrado las imágenes de las lágrimas de amargura y de coraje de los huelguistas de ROCA entrando al trabajo, traicionados por todos los partidos de la “oposición” tolerada y sus ayudantes. Ya días antes, el dirigente del PCE del Baix Llobregat, el famoso Navales, se dirigía a los de ROCA con alegría mal disimulada para recalcar: “ya os lo habíamos advertido desde que empezasteis la huelga”.

Pero ni la burguesía, ni los stalinistas, están tranquilos: la huelga de ROCA no ha terminado. Porque no debe ni puede terminar así. Esta entrada al trabajo es provisional, y nuestro partido ya declara que va a afrontar las dificultades que se presenten para recomenzar la lucha, para que esta entrada sólo sea un breve paréntesis. ¿Cómo?: luchando de manera más decidida por arrancar de inmediato la huelga general, y reincorporar a este movimiento a los heroicos obreros de ROCA. Estos compañeros, para esta huelga general, han hecho todo lo que estuvo en sus manos. Para vencer necesitaban y necesitan, hoy más que nunca, una dirección política. En lugar de tal dirección, se toparon con un boicot total del PCE, del PTE, de la UGT y de las CC.OO., con la demagogia hueca y mentirosa de los jefes de la CNT y con un trabajo de zapa desde dentro de la LCR y la LC.

Esta vuelta al trabajo no es el fin de la lucha. Y no nos referimos al comunicado del comité de huelga, inspirado por la LCR y donde sólo se dice que la lucha sigue para tranquilizar la conciencia de los mismos que llamaron a volver al trabajo. La huelga comenzó bajo el signo de un rechazo, por parte de la asamblea de ROCA, de las proposiciones del PCE, de aceptar las condiciones de la patronal. La vuelta al trabajo recae sobre la total y pesada responsabilidad política de la LCR (y de la LC). La única diferencia entre el PCE y la LCR, en ROCA, ha sido una diferencia de tiempo. La LCR, necesitó tres meses para asumir el nada fácil ni grato papel de rompeshuelgas, que el PCE-PSUC no podía desarrollar a causa de su desprestigio inicial. Al principio, los obreros confiaban en los centristas<sup>9</sup> de la LCR o afines, por sus críticas al PCE. Pero antes de que los huelguistas llegaran a entender el verdadero papel de los centristas (que dedicaron buena parte de sus esfuerzos a impedir que la asamblea escuchara al PORE y supiese cuál era la política de la LCR y la LC DENTRO del Comité de Huelga de ROCA) ya la LCR se lanzó a liquidar la huelga.

La huelga de ROCA puede y debe continuar, recomenzar de inmediato, si estas semanas se intensifica el movimiento huelguístico y su conciencia de ir a la huelga general. Pero, dentro de él, ROCA sólo continuará EN CONTRA DE LA LCR Y DE LOS CENTRISTAS, que han actuado como verdaderos agentes políticos del PCE-PSUC, dentro de esta huelga. Esa es la principal lección a sacar. Con esa huelga de ROCA, la situación pende de un hilo desde hace meses, y ahora más que nunca.

Ese hilo son los centristas, como en NUMAX, como en tantos otros terrenos. Si los obreros de ROCA cortan ese hilo, si cortan con los centristas que sólo de palabra han

---

<sup>9</sup> La burguesía llama “centristas” a los que hacen de puente entre el franquismo y la oposición. Pero para los revolucionarios, son centristas los que oscilan entre los PCs de un lado, y la IV Internacional, como hacen las Ligas, los maoístas o el POUM.

estado por la huelga general, todo el tiempo perdido puede recuperarse en semanas. Esa es hoy nuestra tarea: la continuación de las luchas obreras actuales, y su avance, para poder desenmascarar ante las masas a esos centristas que, como la LCR a la hora de la verdad en ROCA se han comportado como rompe-huelgas a cuenta de la política del PCE-PSUC a la que están atados por mil lazos.

La entrada en ROCA no es una tumba de la huelga. Hace falta que sea la tumba política de los centristas, de la LCR en particular. En todo caso será la una o la otra.

Los que conocemos bien a las Ligas “pablistas” sabemos que, ahora, para poder esconder su propia responsabilidad, van a empezar a gritar a los cuatro vientos que han llamado a volver al trabajo “ante el aislamiento y el boicot” de los que son responsables los stalinistas del PCE-PSUC<sup>10</sup>. Falso; porque eso es sólo la verdad a medias. Cierto es que la ROCA estaba y está aislada por el PCE y la dirección de las Comisiones Obreras, que les han intentado cerrar la puerta de las otras fábricas, y que han presionado día a día, para obligarles a volver al trabajo. Pero vosotros, los de la LCR, estabais dentro. ¿Por qué protestáis del aislamiento de ROCA si cada vez que el PORE vino a apoyar, a orientar, y a dirigir esa lucha a cuya dirección habéis renunciado, os ocupasteis de negarnos la palabra en las asambleas? ¿Por qué protestáis de la política del PCE-PSUC, si vosotros mismos, los de la LCR, les habéis abierto la puerta? Una fortaleza puede estar aislada y sitiada y el combate ser duro, como en ROCA, pero ESO JAMÁS JUSTIFICARÁ A LOS QUE DESDE DENTRO HAN ABIERTO LA PUERTA AL ENEMIGO.

Las siglas de la LCR deben cambiar de significado para todos los obreros: ahora hay que interpretarlas como las de la Liga “Comunista” Rompehuelgas.

La última asamblea masiva de ROCA se caracterizó, dos días antes de la entrada al trabajo, por una gran combatividad obrera, que impidió todavía la aprobación de la propuesta de la LCR de volver al trabajo. Eso demuestra que, desde el punto de vista de la actitud obrera, la huelga puede y debe recomenzar, pese a la entrada de hoy. Pero, sobre todo, porque la situación actual encierra todas las posibilidades para una huelga general de inmediato, para un levantamiento general del proletariado. Pero, para conseguirlo, hace falta saber ver y mostrar a las masas la real situación política, la traición de sus jefes oficiales y la claudicación indigna de los pequeños grupos centristas al estilo de la LCR.

## *Un cambio decisivo en la situación*

Puede decirse que el momento actual de la lucha obrera se caracteriza entre otras cosas por una gran confusión política. Confusión en las masas sobre la verdadera situación y sobre sus perspectivas inmediatas. Confusión en la mente y la actitud de los luchadores del movimiento obrero sobre las posiciones e intenciones de sus jefes oficiales, los del PCE-PSOE, y sobre las de los grupos maoístas, anarquistas y pretendidamente “trotskistas”<sup>11</sup>. Confusión de todo el que quiere combatir, sobre cuál es la vía a seguir. ¿Qué es lo que pasa ahora? ¿Qué es lo que ahora hay que hacer?

---

<sup>10</sup> ¿Por qué llamamos stalinistas a los PCs si “critican” a Stalin?, nos han preguntado algunos obreros: porque stalinistas son los que sirven los intereses del Kremlin, de la burocracia de la URSS que no ha muerto con Stalin, en contra de los intereses del proletariado internacional.

<sup>11</sup> La LCR, como la LC y la LOC, es decir las tres Ligas, se pretenden “trotskistas”, como el Partido Obrero Revolucionario de España. Pero las Ligas son renegados del trotskismo, y la vida lo demuestra: un trotskista, en un momento de avance del movimiento de masas, JAMÁS llamará a parar una huelga, como en ROCA ha hecho la LCR con la complicidad de la LC.

Esta confusión política es en realidad una niebla pasajera, en la que todos presienten que una cierta etapa ha comenzado, sin que todavía se vean con claridad las fronteras y el contenido de esas dos etapas. Pero, poco a poco, y gracias a las experiencias de las luchas como la de ROCA y las que estos días continúan y arrecian, empiezan ya a dibujarse con nitidez detrás de la niebla del momento los rasgos de la etapa en la que estamos entrando. Explicar, una y mil veces, explicar apoyándose en las experiencias de lucha y para reforzar la lucha, explicar tanto como haga falta qué es lo que pasa y cuáles son las conclusiones a sacar es la PRIMERA TAREA DE LA VANGUARDIA, DEL PARTIDO DE LOS REVOLUCIONARIOS. La lucha de la clase obrera no avanzará a ciegas. Para avanzar con pie firme hace falta claridad, y todos los innumerables instrumentos de propaganda de la burguesía y del oportunismo trabajan a tope para crear la confusión política, para impedir a las masas ver claro en la situación.

Ver claro. Llamar a las cosas por su nombre. Decir la verdad a las masas. Ese es el lema de la dirección proletaria revolucionaria, y no hay nada más necesario desde el punto de vista práctico. Porque, como todo trabajador consciente sabe, hay quienes dicen que hablan claro porque se limitan a repetir cuatro o cinco lugares comunes sobre lo explotados que están los obreros, lo buenas que serían las libertades y la falta que hace mejorar la vida del trabajador. Pero todo esto los obreros lo saben sin necesidad de que nadie se lo intente enseñar, y nada de eso ayuda a encontrar el camino y los medios para vencer. Y en cambio la experiencia está demostrando hasta la saciedad que de cada diez pretendidos “dirigentes”, de esos que se conforman con repetir a guisa de realismo y de espíritu “práctico” esos lugares comunes sobre la situación obrera y las mejoras necesarias, por lo menos nueve de ellos NO HACEN NADA NI PIENSAN HACERLO PARA LLEVAR AL COMBATE A LA CLASE OBRERA, PARA PREPARARLA A LA LUCHA, PARA ORGANIZAR SU LUCHA REVOLUCIONARIA.

Porque ahí está el problema: toda mejora de la situación obrera, en el terreno de las libertades lo mismo que en el terreno de la situación material de las masas, pasa por una revolución proletaria, pasa por el levantamiento del proletariado y la toma del poder político por los órganos de lucha de las masas obreras. Y cuanto más la realidad demuestra esta simple verdad, tanto más los falsos “dirigentes” se limitan a lloriquear sobre las “mejoras” necesarias que mendigan al patrón o al gobierno sin lograr nada, y tanto más se ocupan de falsear la dura realidad y de mentir sobre ella.

Si hoy hay una gran confusión, y la hay, en las filas obreras es porque nadie, absolutamente nadie fuera de los revolucionarios consecuentes, tiene el menor interés en mostrar a la clase obrera qué es lo que está pasando en el país estas semanas, y hacia dónde va cada una de las fuerzas políticas que interviene en la lucha de la clase obrera.

Todos pretenden que “el franquismo ha terminado con Franco”, que “la democracia viene”, e incluso, que viene “de manera irreversible”, sin posibilidad de marcha atrás. Mentiras que repiten todos: lo mismo el gobierno que los políticos burgueses “de oposición”; lo mismo los partidos oportunistas, como el PCE-PSUC y el PSOE, que incluso los grupos maoístas y pseudo-trotskyistas. Incluso la CNT, que se pretende “apolítica”, echa un capote al gobierno para reconocer que “hay un proceso democrático”. Las palabras cambian, la cantinela de los oportunistas es inevitablemente la misma: “la democracia llegará gradual y pacíficamente”, “el franquismo ha terminado con Franco”.

Para gentes capaces de confundir el que les dejen “hablar en público” (¡y según lo que vayan a decir! ¡atención!) con un cambio de la situación de las masas proletarias, es posible llegar a caer en la ilusión de que “vamos hacia la democracia”. Los más “rojos” añaden que vamos, claro está, “hacia una democracia capitalista”... pero en fin, una “democracia”. Pero para los trabajadores cuyas huelgas, piquetes, asambleas y comités reprimen la policía y la Guardia Civil como en los tiempos de Franco, NO ES POSIBLE

CONFUNDIR EL QUE SE DISCUTA LA LEGALIZACIÓN DEL PARTIDO DE SANTIAGO CARRILLO, CON EL QUE HAYA LIBERTADES DEMOCRÁTICAS, NI CON EL FIN DEL FRANQUISMO.

¿Qué es lo que induce entonces a confusión? Que el PCE, tras los asesinatos de sus militantes en Atocha, en lugar de llamar a la lucha contra el gobierno responsable, llama a apoyar al gobierno. Que los maoístas, cuando detienen a sus militantes y no a los terroristas fascistas, dicen que ellos también apoyan al gobierno, que no son sus enemigos. Que la LCR, con todas sus *ces* de “comunista” y todas sus *erres* de “revolucionaria” es capaz de pedir a la monarquía fascista que se encargue de perseguir a las mismas bandas a las que arma y protege. Parece como si algo hubiese cambiado, como si quizás el régimen hubiese cambiado. Pero esa no es la realidad, sino la niebla que envuelve la situación momentáneamente. En el régimen nada ha cambiado, como no sea que en su crisis necesita cada vez más el apoyo de “la izquierda” ya que por sí mismo, con sus propios recursos de terror fascista, es ya incapaz de tenérselas con el movimiento obrero, con sus huelgas y movilizaciones. Necesita cubrir la dureza de su represión y el cinismo de sus planes de paro y de miseria, de guerra civil, con la niebla pseudo democrática de un pacto con los jefes traidores del movimiento obrero. Eso es todo.

Pero detrás de esa niebla del pacto, la claridad de los hechos asoma la oreja. No se reprime a los fascistas, que además no son **SOBRE TODO** esa despreciable pandilla de desalmados a sueldo que ejecutan los atentados, sino **ANTES QUE NADIE** los jefes de la policía, del ejército, de los tribunales, de la Administración y del aparato del Estado. A esos no se les toca. A quien se reprime es a los combatientes de la clase obrera. Pero quizás alguien objetará: “¿no se van a legalizar los partidos?”. Pero, ¿qué partidos?: si se suprime la “ventanilla”, ahora serán los tribunales franquistas los que cerrarán el paso a todo partido que se defina por la dictadura del proletariado y por la Internacional, o por el internacionalismo proletario. El PCE ya renegó, efectivamente. Pero los trabajadores no pueden admitir como libertades **LAS QUE CORTAN EL CAMINO** a todos los que no reniegan de su clase, de sus objetivos políticos, de la revolución obrera internacional. Quizás alguien va a recordarnos “cuántas cosas dicen ahora los periódicos”. Pero dice mucho más lo que no puede salir en la prensa, y lo que sí que sale. El obrero que lee **LA AURORA** puede muy bien comprender que todo lo que dejan salir en la prensa tiene también la finalidad de tapar lo que aquí estamos diciendo. La censura no puede terminar con **LA AURORA**: hay que dar la palabra a todos los bocazas del país dispuestos a cubrir la monarquía franquista con frases “democráticas” pero mentirosas. Y de todos modos, como ahora en lo referente a atentados y secuestros, cuando la prensa “se propasa”, la censura se restablece con el beneplácito de todos los oportunistas. No, las libertades no son la “tolerancia” hacia los oportunistas. Al revés, la “tolerancia” hacia los oportunistas es sólo **UN MEDIO** para endurecer la lucha contra los revolucionarios proletarios antes de que estos ganen la confianza de las masas agitadas y movilizadas. Y todo el mundo sabe a dónde va esto: tras las cabezas de los revolucionarios, caerían las de los oportunistas que dejarán de ser necesarios cuando hayan cumplido su función de truncar y llevar al fracaso la lucha de las grandes masas. Ya se sabe: “Roma no paga a traidores”.

La realidad actual es el Estado de Excepción que permite la represión policíaca sin limitaciones legales, es la prohibición de manifestaciones. ¿Es que ahora hay libertades? No. Es que los dirigentes del PCE **YA NO CONVOCAN** manifestaciones. Los piquetes de huelga están hoy asimilados al terrorismo, y la huelga general calificada de “subversión contra el Estado”. ¿Es que hay una paz social? No. Es que los oportunistas **ESTÁN EN CONTRA DE LA HUELGA GENERAL**, y de cualquier huelga, por otra parte.

Desde este punto de vista, nada ha cambiado. El franquismo sigue y seguirá hasta que la clase obrera lo eche abajo. La monarquía de Juan Carlos no es el “post-franquismo”, sino el franquismo descompuesto por la acción de las masas de nuestros días y que sólo puede aguantarse en pie gracias al apoyo que les dan los jefes traidores de la oposición, sin que haya cambiado su naturaleza represiva y brutal.

Sin embargo, en la actual situación se huele en el aire, en la confusión reinante, que algo sí debe haber cambiado definitivamente. Y empieza a verse. Se ha visto en la huelga de ROCA. Lo que los oportunistas presentan como “un cambio de régimen” es SU PROPIO CAMBIO, el de los oportunistas. Más exactamente, su abierta traición a la clase obrera y su apoyo pleno al régimen heredado de Franco.

Esto es lo que hace falta explicar, ver en la actual situación. “Decir la verdad a las masas por amarga que sea”, escribió Trotsky en el programa de la IV Internacional. La verdad, “por dura y amarga que sea”, es siempre revolucionaria, ya que muestra los caminos, y las conclusiones a sacar. La clase obrera no podrá vencer, y ni siquiera avanzar a ciegas. No es la dura verdad de la traición de los jefes lo que desarma a las masas, sino la confusión creada y fomentada por burgueses, stalinistas, reformistas y centristas.

No fue la hostilidad del PCE a la huelga, lo que impidió a los obreros de ROCA comenzarla, pero es el no ver que la LCR perseguía los mismos fines que el PCE, lo que ha llevado a los obreros de ROCA a entrar a trabajar faltos de perspectiva y de claridad. La clase obrera tiene recursos de coraje y de combatividad suficientes para avanzar a través de las traiciones de sus jefes oportunistas del momento, los que pactan con la burguesía y su régimen. Pero la condición es que encuentren una dirección capaz de mostrar el camino con claridad, y dispuesta a afrontar los verdaderos problemas prácticos, que NO SON OTROS que los de la preparación de la revolución proletaria a través de un levantamiento obrero contra el régimen monárquico franquista de la burguesía.

### ***De la “ruptura” a la “Unión Sagrada” con el franquismo***

El cambio actual es decisivo. Durante los años anteriores, el PCE, el PSOE y los maoístas competían entre sí en su lucha puramente verbal contra la “dictadura” y contra el “continuismo juancarlista”. Los centristas de las Ligas (LC y LCR) eran “todavía más revolucionarios”. ¿Quién iba a decir, entonces, a Pau Pons, terrible revolucionario, que acabaría dirigiéndose respetuosamente a Tarradellas en el Parlamento de Papel del Diario de Barcelona? (Ver la carta abierta de Pau Pons a Tarradellas en la sección “Parlamento de Papel” del Diario de Barcelona del sábado 12 de febrero). Pero las movilizaciones reales de las masas dominaron la escena política tras la muerte de Franco y plantearon los problemas políticos en la práctica. Todos ellos se lavaron las manos. Todos habían hablado de una “huelga general”, pero bastó que esto fuese una posibilidad real, concreta y urgente, para que todos los oportunistas se pusiesen a alborotar en contra del “izquierdismo”, es decir de la revolución, y en contra de las “huelgas sin salida”, es decir, de toda huelga que plantease como salida la huelga general, la revolución proletaria. Pero todavía entonces, el PCE, el PSOE y Compañía, seguían hablando de “ruptura”. Hasta que llegó Vitoria. Hasta que se demostró en Vitoria que las masas obreras no seguirían aplaudiendo a la policía y que estaban en cambio dispuestas a enfrentarse a los asesinos franquistas y a terminar con su régimen. Y entonces, los mismos que habían hablado de “ruptura” a secas, empezaron a hablar de “ruptura negociada” y luego de “negociación” a secas, es decir con el franquismo y para sostener su monarquía, reforzar su ejército y su policía.

Pero el paso actual es aún mayor. Y porque mayor es la conciencia y la irritación de las masas obreras. Con la “negociación” el PCE y el PSOE pretendían detener la maduración revolucionaria, frenando las huelgas y encerrándolas en una actividad de “presión” sobre las negociaciones de las que nunca salió nada que no fuesen despidos, detenciones y maniobras. Pero ni las huelgas se terminaron, ni el régimen, por lo tanto, dejó de apretar su zarpa represiva y policíaca sobre las masas. Llegaron los asesinatos de Atocha en Madrid, después de más de dos meses de huelga en ROCA, y llegó sobre todo la respuesta de dos millones de obreros movilizados contra los asesinatos fascistas y contra el gobierno que los permite y anima. ¿Y qué pasó entonces? Pasó que el PCE-PSUC, el PSOE y sus aliados más modestos han dado un paso más, y fundamental, en contra de la clase obrera: HAN PACTADO UNA UNIÓN SAGRADA EN TORNO A LA MONARQUÍA, a su policía, su ejército, a su represión sobre las huelgas y sobre los revolucionarios.

Ese es el cambio profundo en la situación actual. Profundo, no porque la situación de las masas o el régimen de la burguesía hayan cambiado, sino porque los partidos obreros oportunistas se han unido en un frente común con los franquistas para enfrentarse al movimiento ascendente de la clase obrera. El contraataque de la burguesía ha comenzado al REALIZARSE ESA UNIÓN SAGRADA EN TORNO AL RÉGIMEN Y CONTRA LAS MASAS. La clase obrera ya sólo podrá avanzar, o mejor dicho hoy más que nunca, EN CONTRA de esos dirigentes, de sus pactos, de las consignas de sus partidos, que constituyen un apoyo directo al gobierno y un freno frontal a toda acción práctica inmediata de las masas, a toda huelga o lucha de importancia. La revolución proletaria no ha hecho ni comenzar, sino mostrar su amenaza latente, y ya sus falsos dirigentes han renunciado siquiera a poner fin al régimen heredado de Franco, y se aprestan a apoyar a su gobierno a fondo en sus planes contrarrevolucionarios.

Esa es la realidad que todos los oportunistas se empeñan en ocultar y que llena de confusión a las filas obreras. La claridad es hoy el principal factor de avance de la revolución y del movimiento de las masas. Así nuestro partido se da la tarea de poner a los trabajadores, cuya disposición de combate es cada día mayor, delante de los exactos términos de la situación, en cada lucha, a fin de orientar y dirigir las batallas que nos esperan.

### ***La amplitud de este contraataque antiobrero arrastra a los centristas***

Pero ese giro del PCE, cuyos primeros síntomas aparecían ya en la liberación de Carrillo, y se manifestaron abiertamente al apoyar las medidas represivas del gobierno tras los atentados de Madrid, tiene una amplitud internacional. La próxima reunión en Madrid entre Carrillo, Berlinguer y Marchais tiene el objetivo de impulsar a escala internacional ese giro, concretamente ese avance de los PCs hacia la *Unión Sagrada* con los regímenes actuales y los partidos del capitalismo imperialista. Como todo el mundo sabe, estos dirigentes stalinistas combinan esa política con las críticas a la represión *en Europa del Este*, pero no en nombre de los derechos obreros y de la defensa de las conquistas socialistas en contra de la burocracia parásita y por medio de la movilización proletaria y de los Consejos Obreros. No. Sino en nombre de la defensa de la llamada “democracia” burguesa y de la lucha contra la dictadura proletaria. Desde este punto de vista, la posición nacional e internacional de los llamados “eurocomunistas”, no es un enfrentamiento con el Kremlin, sino sobre todo un empuje combinado con las fraccio-

nes más reaccionarias del Kremlin y de sus satélites para pasar de la simple “coexistencia pacífica” con el imperialismo a un ataque contra la clase obrera de Europa Oriental. Su “apoyo” a una parte de los disidentes de la URSS y de Europa del Este es un medio, una maniobra, para incluir a los elementos centristas de la oposición socialista y comunista en los planes de las fracciones del mismo aparato de la burocracia stalinista.

Pero ante esta operación es significativa la actitud de los centristas que se reclaman de la IV Internacional de manera fraudulenta. En lo que se refiere a la valoración de los “eurocomunistas”, Mandel, el jefe internacional del Secretariado Unificado al que pertenece la LCR, ha declarado reconocer los “aspectos positivos” de la posición de Carrillo, Berlinguer, Tito, etc... Enemigos en realidad de la revolución política obrera en la URSS y en Europa del Este, la crítica al stalinismo de estos pretendidos trotskistas se ha transformado en un acercamiento a los dirigentes del aparato stalinista de los PCs.

Paralelamente, en las últimas semanas la LCR de Mandel ha dado pasos hacia el PCE cuyo alcance es también internacional. Inmediatamente después de los atentados fascistas de Madrid, la LCR adoptaba junto a la *Asamblea de Catalunya* una declaración política cuyos rasgos principales son los siguientes: declara que la política oportunista del PCE no es responsable de la libre actuación de las bandas fascistas; pedir al gobierno una acción enérgica contra estas bandas fascistas (lo que equivale a lavar al gobierno de toda responsabilidad), declarar su voluntad de AVANZAR HACIA LA DEMOCRACIA y de crear UN CLIMA DE TOLERANCIA DEMOCRÁTICA y pedir en este marco “UNA UNIDAD Y RESPONSABILIDAD DE TODO EL PUEBLO”. Naturalmente, tras esta declaración la LCR pidió su entrada en la *Asamblea de Catalunya* “como observadores”. Y si se lo han negado, es para que claudique hasta el final.

Esa declaración de la LCR, a través de la cual se aproxima y se propone unirse al plan del gobierno contra la revolución proletaria y la movilización de masas, en torno a un mentiroso e inexistente “avance hacia la democracia sin revolución”, EQUIVALE A LA FIRMA TRAIORA QUE EN 1936 LOS CENTRISTAS DEL POUM PUSIERON EN EL PACTO DEL FRENTE POPULAR. Luego, el POUM entró en el Gobierno de la Generalitat que disolvió los Comités y las Milicias obreras.

Pero, Pau Pons, en su “Parlamento de Papel” –ver carta abierta de Pau Pons a Tarradellas en la sección “Parlamento de Papel” del Diario de Barcelona del sábado 12 de febrero– ¿no se está imaginando a sí mismo en el Gobierno de Tarradellas?

La crueldad de la situación está en que, a diferencia de 1936, esta vez el parlamento de Pau Pons es *sólo de papel*. Pero la huelga de ROCA es *de verdad*. Y ahí, los camaradas de Pau Pons, para llevar este giro de los centristas de la LCR en aproximación al PCE-PSUC, tuvieron que cumplir la más vergonzosa de las traiciones a una huelga obrera sin paralelo desde 1939. Más exactamente, durante años los centristas se imaginaron que entre el franquismo y la revolución proletaria habría una etapa “democrática” y “parlamentaria”, más o menos conducida por el PCE. Se prepararon para esto. A la hora de la verdad, el PCE, ante las acciones de las masas obreras, pacta con la monarquía franquista, y los centristas se encuentran que la realidad es la dictadura de un lado, las huelgas obreras más duras del otro, y que su “democracia” y su “parlamento” son SÓLO DE PAPEL. Y había que elegir. Para no separarse del PCE, la LCR empieza a convertirse en un grupo de “gentes de orden”. Quien no vea esto, y nuestra tarea es que todos los obreros lo vean, no puede entender qué ha pasado en ROCA, qué está pasando en tantas huelgas donde los que se pretenden “revolucionarios” son los que cumplen el mismo papel que el PCE porque también retroceden ante la revolución.

Lo que ha pasado en ROCA es esto: Pau Pons vendió la huelga a la oposición oficial por un “Parlamento de Papel”.

¡Como todos los que hoy quieren confundir la tolerancia gubernamental hacia los oportunistas con algo que es distinto: la conquista de las libertades! Las libertades las conquistará la clase obrera, y por medio de su revolución, de su huelga general y de sus comités obreros, por medio del levantamiento de los oprimidos contra el régimen. Y una vez empezada esta lucha, las libertades serán sólo un episodio, porque la lucha obrera deberá conquistar el poder político. Esa es la conclusión a sacar de lo que hoy está pasando. Ese es el camino a seguir.

## DOS O TRES MESES

*(artículo publicado en junio de 1977)*

Las Cortes de la Monarquía franquista no estarían completas sin la participación de los centristas. Como nuestros lectores saben, llamamos centristas, y lo son, a aquellos grupos como la LCR, la ORT, el PTE y el MCE, que oscilan en un lugar intermedio entre la revolución obrera y la política antiobrera del PCE y del PSOE. Sin ellos, esa gran farsa y esa gran maniobra reaccionaria de las Cortes no estarían completas.

Todos estos centristas, con escasas diferencias, justifican su presencia en estas Cortes, en las que por adelantado dicen que no ganarán nada, para utilizarlas como “tribuna para la clase obrera”, o para “el programa revolucionario” u otras cosas similares. Pero, con este tipo de generalidades huecas, los grupos y organizaciones centristas evitan pronunciarse sobre la cuestión fundamental: pero ¿qué significan esas Cortes para la lucha de clases?, ya que de tal cuestión depende la actitud de los revolucionarios. Ciertamente, los bolcheviques participaron en la Duma reaccionaria del Zar “como tribuna”. Pero se trataba de luchar en un período en que, tras la reacción contra la revolución de 1905, apenas la clase obrera recomponía sus fuerzas, y su movimiento daba sólo los primeros pasos. Eso lo explica Lenin muy bien, añadiendo cómo, por la misma razón, al preparar la revolución de 1917 los bolcheviques boicotearon el “pre parlamento” a fin de llevar los soviets a la toma del poder y, tras la toma del poder, disolvieron la Constituyente convocada por la democracia burguesa.

Más aún: en 1931, en España, los revolucionarios tenían el deber de participar en las Cortes republicanas, lo mismo que tuvieron el deber de haber boicoteado en 1930 las Cortes del general Berenguer, que intentaban salvar a la monarquía. Porque las Cortes de 1931, por reaccionarias que fuesen, surgían del hundimiento de la monarquía española y en un momento en que la clase obrera apenas comenzaba a separarse en la lucha del nuevo régimen republicano llegado entre enormes ilusiones, al sacar los presos, al enterar la monarquía, al anunciar la reforma agraria, al reconocer el “Estatuto de autonomía” negociado por los republicanos catalanes. Entonces, el avance de la clase obrera y de su independencia revolucionaria contra la república burguesa exigía sin excusa posible la lucha en las Cortes Constituyentes en nombre del programa y la movilización del proletariado hacia la revolución. Y estas Cortes no sólo no representan lo mismo, sino todo lo contrario, si las situamos en la lucha de clases: en la lucha de clases donde ellas mismas se han situado al prepararse mediante los asesinatos, la negación de la libertad de los presos, la brutalidad policíaca en las huelgas, y el estricto control franquista sobre ellas. Tienen el fin declarado de institucionalizar la monarquía del heredero de Franco y reforzar sus instituciones. El problema es menos la falta de “libertades” reconocidas en estas Cortes, que su contenido frente a la revolución. Estas Cortes no surgen de la caída del régimen de Franco, sino precisamente para evitar que las masas obreras, en enorme ascenso, derriben por sus propios métodos revolucionarios el régimen podrido y apañado actual, pero que sigue siendo el de Franco, por maltrecho y parcheado que parezca.

Desde este punto de vista, que es el único punto de vista para los revolucionarios y los proletarios, las Cortes se preparan hoy mientras aparecen los comités de empresa, los delegados obreros, y su finalidad es impedir, reglamentar, y en definitiva destruir esa movilización obrera que apunta hacia la revolución y esos comités de delegados obreros que concentran en su avance el futuro de la lucha por el poder político de la

clase obrera. Aquí, participar en esas elecciones aunque sea “para explicar el programa revolucionario y llevar la voz de las luchas obreras” es una traición. Una traición tan grande, tan significativa, como la entrada de los centristas del POUM, en 1936, en el gobierno burgués de la república.

Pero, en todo caso, al menos los trabajadores tenían derecho a esperar que esos centristas utilizaran la campaña electoral como esa “tribuna obrera y revolucionaria”. Desgraciadamente, hasta hoy lo que se ha visto es otra cosa: lo que se ha visto es que los centristas hablan en el más puro y chato lenguaje reformista y conciliador. ¡Qué parodia la que están ofreciendo la ORT, la CUPS y el FUT de la LCR!<sup>12</sup> ¡Una parodia ridícula de la misma idea de una candidatura de propaganda revolucionaria! Y esto tiene una explicación: en unas Cortes burguesas por las que pasa o puede pasar la revolución en sus primeros pasos, la propaganda revolucionaria puede ser un arma seria. Pero en unas Cortes trucadas y previamente PACTADAS con el fin DESCARADO de salvar un régimen podrido frente a la revolución, hasta el lenguaje de esos “tribunos” de ocasión adquiere la sonoridad del pacto traidor entre la burguesía y los jefes oportunistas del PCE y del PSOE.

Así, por ejemplo, el otro día aparecía en la televisión un candidato del FUT hablando con el telón de fondo de un taller y el rumor de las máquinas trabajando. Eso pretende ser “la voz de las fábricas”, seguramente. Pero ¿y la voz de los obreros que echan en cara al PCE su traición a las huelgas? ¿Dónde está la voz de los obreros del Fontanals que saben que su dura lucha ha sido traicionada por el PCE, como tantas otras, para que haya estas Cortes? ESA VOZ, no la oyó nadie. Pese a la música de fondo de las máquinas, la voz del representante de la FUT no era la de los trabajadores vascos que dicen “si siguen los presos, boicotearemos las Cortes”, sino el eco de la voz de Carrillo y de sus hombres que llaman en cada huelga a la vuelta al trabajo.

Más aún: el portavoz del FUT habló de la nacionalización de la banca y de la industria, del control obrero, y de muchas otras cosas. Pero... ¡“he ahí la cuestión”!, cada vez que decía esto explicaba cínicamente: “el gobierno debe nacionalizar la Banca”... etc., etc. Pero ¿qué gobierno?! Al Programa de Transición de ese portavoz del FUT le faltan varias páginas: todas las que hablan de que el verdadero problema consiste en qué clase tiene el poder y cómo la clase obrera debe tomar el poder. Y si hay algo llamativo, algo enormemente revelador, algo más elocuente que todo lo que podemos decir nosotros, es que hasta hoy ninguno de esos “tribunos revolucionarios” en la Televisión, o la prensa, o los carteles, y seguramente ni en los mítines, han mencionado hasta ahora ninguna de estas palabras: REVOLUCIÓN PROLETARIA, PODER POLÍTICO DE LOS CONSEJOS OBREROS, DICTADURA DEL PROLETARIADO, GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO, REVOLUCIÓN MUNDIAL Y ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE EUROPA. Y, naturalmente, como reformistas vulgares, todos esos candidatos no mencionan siquiera al PCE, ni ninguna de sus traiciones.

¿Es que también la LCR y compañía han firmado ese “pacto de no agresión” por el que los partidos hacen la comedia de luchar por el voto sin atacarse entre sí? La LCR nos dirá que ellos no han firmado ningún pacto para no atacar a los franquistas o a los partidos burgueses. ¡Qué más da! El PCE sí que ha firmado de hecho un pacto para no atacar a Suárez. Y si la LCR no ataca al PCE que es quien defiende a Suárez, el resultado es el mismo: que cada uno ha firmado un pacto con el que tiene a su derecha. Suárez con la Alianza Popular de Fraga; Carrillo y Felipe González con el presidente Suárez y la monarquía; y todos los grupos centristas de “extrema izquierda” con el PCE de San-

---

<sup>12</sup> La CUPS era la Candidatura de Unidad Popular por el Socialismo, formada por MC, PSAN y otros; el FUT era el Frente Unitario de los Trabajadores, formado por LCR, POUM y OICE.

tiago Carrillo. Y así la cadena es completa; la maniobra no sería completa sin la LCR y compañía.

Al terminar su mitin en Barcelona, los periodistas le preguntaron a Carrillo su opinión sobre estos partidos y grupos “a su izquierda”. Carrillo respondió: “toman posturas como las nuestras, pero con dos o tres meses de diferencia; lo que ocurre es que quieren diferenciarse”. ¡Hasta Carrillo dice la verdad, aunque no la dice toda! Le falta añadir: “y al PCE también le interesa que se diferencien un poco, esos dos o tres meses, para tener así bien protegido el flanco izquierdo”. Pero decir esto es enseñar las cartas, mostrar la naturaleza de esos grupos centristas como auxiliares del PCE. Porque ahí está el fondo del asunto: numerosos trabajadores se revuelven contra el PCE, contra sus traiciones, y así amenazan por el flanco izquierdo a esa Unión Sagrada entre los herederos de Franco y los dirigentes traidores del movimiento obrero. Para que ese flanco izquierdo esté seguro, para que esos obreros que rompen con el PCE vuelvan a su control, aunque sea dos o tres meses más tarde, son necesarios esos grupos centristas como la LCR que “en nombre de la revolución” o incluso “del trotskismo” acaban siempre por seguir al partido stalinista. Si no existiesen esos grupos, el aparato tendría que inventarlos, lo mismo que monta fracciones “pro soviéticas” con el fin de captar a los militantes que no están conformes con el llamado “eurocomunismo” de Santiago Carrillo y su equipo.

Por eso las Cortes sin centristas no serían una trampa contrarrevolucionaria completa. Esos grupos no parecen preguntarse por qué se les permite ir a las elecciones, pero se deja en la ilegalidad a sus partidos: porque en las Cortes hacen falta también los que representan el flanco izquierdo de la Unión Sagrada contra la revolución proletaria. Pero si se legaliza a todos los partidos ¿cómo impedir que sea hoy más alta la voz de los que boicoteamos las Cortes para dirigir la clase obrera en contra de esa Unión Sagrada traidora y hacia la revolución de los Consejos de Delegados Obreros, y hacia la revolución internacional?

Porque también se oye por la televisión “la internacional”. Pero sólo la música. Pero sólo el himno. Porque la revolución internacional está tan ausente como la revolución a secas. ¡Algo se ha pactado ahí, entre todos los candidatos, incluidos los de la LCR que pretenden ser “organización simpatizante de la IV Internacional”. ¡Y es normal! Porque hablar de la revolución internacional es hablar de la revolución obrera. Es plantear la unidad objetiva y profunda de lo que ocurre en España con los levantamientos de los obreros en Polonia, con la crisis de la democracia burguesa en Italia, con las amenazas del fascismo en Portugal: con todos los factores que definen al proletariado y a su revolución como los únicos capaces de dar una salida a las luchas en todo el continente y a la crisis de la Europa de los burgueses y de los burócratas stalinistas. Y como hablar de esto es desenmascarar a Carrillo y a la dirección del PCE como instrumentos traidores de la “coexistencia” entre el imperialismo y los jefes del Kremlin,... “la internacional” sólo puede aparecer en esta campaña electoral como música de fondo, como las máquinas que trabajan detrás del portavoz del FUT en TVE: para disimular el silencio total del proletariado en la campaña electoral.

Esas Cortes son una etapa decisiva de la revolución española. La revolución no ha hecho ni comenzar y ya estas Cortes aparecen como la más amplia coalición de burgueses y oportunistas conocida en la historia de la lucha de clases. Tal es el temor terrible de los explotadores, de los burócratas y de sus aliados más variados a que esa revolución siquiera empiece.

Esa coalición puede ser que ponga difícil el Boicot. Puede ser. Pero libramos la lucha por boicotearlas y elegir los delegados y comités obreros como alternativa a esas Cortes. No sólo como un deber y no sólo con la simpatía de un número enorme de obreros y la lucha activa de un sector de ellos; sino además con la seguridad de que, si boi-

cotear estas Cortes es difícil, lo más difícil va a ser defenderlas y defenderse todos los que participan en ellas. O los que las evitan, y se cruzan de brazos, como los líderes de la CNT.

Todos los que participan en esta gran farsa contrarrevolucionaria, incluso los que participan “con dos o tres meses de retraso”, como dice Carrillo, cuentan con lograr que tras ellas la revolución no estalle, echando atrás las movilizaciones de masas y los Comités de delegados de fábrica. Es su única posibilidad de salvarse del proletariado. Pero nosotros contamos con que la clase obrera ha dejado de esperar gran cosa de estas Cortes y de esos partidos, y sobre todo con que el Boicot puede dar el impulso necesario a la centralización de los Comités de delegados de fábrica, a sus movilizaciones, y al agrupamiento de la juventud obrera de cara a la revolución proletaria...

Y si lo logramos, y si lo lográis con nosotros, trabajadores, toda la situación girará hacia nuestro lado: hacia la lucha por el poder para el proletariado.

## CRONOLOGÍA

### 1977

**Junio.** *El semanario soviético Novoie Vremia ataca a Carrillo por su libro “Euro-comunismo y Estado”. El PCI firma un acuerdo programático con la Democracia Cristiana italiana.*

**Julio.** *Artículo “Carrillo, el Estado y el Kremlin”.*

**Septiembre.** *La Convención “autónoma” internacional de Bolonia discute el futuro de la juventud en el movimiento de masas.*

**Octubre.** *Negociación de los pactos de la Moncloa. No permiten hablar a Carrillo en el sesenta aniversario de la revolución de Octubre que se celebra en Moscú. El gobierno soviético invita a Felipe González. Carrillo viaja a Estados Unidos. En Belgrado comienza la segunda Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, que ya no avanza nada sobre Helsinki.*

### 1978

**Abril.** *El IX Congreso del PCE “abandona el leninismo” y apoya la campaña “contra el terrorismo”. La LCR está invitada.*

## CARRILLO, EL ESTADO Y EL KREMLIN

(artículo publicado en julio de 1977)

A fin de preparar al partido bolchevique para dirigir a los trabajadores a la victoria de 1917, Lenin escribió *El Estado y la Revolución*. Sesenta años después, Santiago Carrillo escribió *Eurocomunismo y Estado*: Carrillo cruzaba la frontera española para llegar a un acuerdo con la monarquía franquista y preparar al PCE para servir de barrera contra la revolución proletaria.

Desde el título de su libro, pasando por el prólogo, y siguiendo por su contenido, Carrillo *insinúa* o deja entender ese paralelismo de situaciones y esa contradicción de intenciones, entre Lenin llegando a Rusia para destruir el Estado burgués, y Carrillo entrando en España para defenderlo e impedir un nuevo Octubre obrero y socialista. Pero, también desde el título hasta la última línea, Carrillo *no se atreve* a afirmar claramente esa intención, esa tentativa de mostrar que su libro, lo mismo que su actividad, son una respuesta y un ataque en toda regla contra el bolchevismo y la revolución proletaria. Carrillo, que tenía en su cabeza el título de *El Estado y la Revolución*, debería haber llamado a su libro “el Estado y el Eurocomunismo”, para afirmar sin ambages esa oposición radical entre “la revolución” y “el eurocomunismo”; y tenía que haberlo subtitulado, a la manera de los clásicos, “el anti-Lenin”. Pero no: semejante ataque no está al alcance de los stalinistas como Carrillo, cuyo papel les impide declarar claramente en teoría lo que constituye su práctica real y constante. Incluso este último ataque contra el bolchevismo y la revolución, tan cínico como vulgar y ramplón, tenía que hacerse una vez más en nombre del marxismo y del leninismo. Lenin es todavía demasiado peligroso, demasiado vivo para que pueda atacarlo *frontalmente* un político de la minúscula talla del Secretario General del PCE: incluso para renegar de Lenin, Carrillo ha tenido que hacerle cantidad de reverencias en su libro.

Y unos meses después, el libro de Carrillo resulta ser objeto de una dura crítica de sus colegas del Kremlin, de la burocracia stalinista de la Unión Soviética. ¿Qué ha pasado aquí? La prensa de la burocracia parece acusar a Carrillo de rendir servicio al imperialismo y de renegar del marxismo. Pero, ¿no ha sido el Kremlin, al apretar sus lazos con el imperialismo, el que ha lanzado al PCE a pactar con la burguesía franquista? ¿No ha reconocido acaso el Kremlin al franquismo, mucho antes de que los herederos de Franco reconociesen al PCE y requiriesen abiertamente la ayuda de Carrillo para sus planes? Estas y otras muchas preguntas se hacen los trabajadores. Pero basta leer detenidamente la crítica de los dirigentes del Kremlin para observar que de ninguna manera pone en cuestión los pactos contrarrevolucionarios entre Carrillo y la monarquía, que afloran en su libro en forma de “tesis teóricas”. No; el Kremlin no critica la política del PCE: el Kremlin reacciona tan sólo ante el descaro de Carrillo al rechazar verbalmente esos “principios” que unos y otros pisotean desde hace cincuenta años, y, sobre todo, le echan en cara sus críticas al gobierno de la Unión Soviética. Y, por si eso no estaba claro, en la televisión soviética, la burocracia continuó el ataque días después, pero añadiendo grandes elogios al franquista Suárez (¡no fuese a creer Suárez que el Kremlin va contra él!), e incluso criticando al PCE por “*haber subestimado las posibilidades ofrecidas por el presidente del Gobierno español*”, del que dicen que “*ha sido capaz de dismantelar el franquismo*”...

Las cosas claras: con su ataque a Carrillo, el Kremlin no quiere debilitar a la monarquía española, ni obstaculizar sus pactos con el PCE. Todo lo contrario. Lo que el Kremlin querría es hacer más capaz al PCE de rendir servicio a la burguesía y a su Estado.

Entonces, ¿contra quién dirige los tiros la burocracia stalinista en su artículo sobre el libro de Carrillo?: pues también contra la revolución proletaria. Las divergencias de opinión entre el “eurocomunista” y los dirigentes del Kremlin se basan en una unidad fundamental, que es la defensa del orden imperialista en el que participan y del Estado burgués en cada país. Y sin embargo, esas divergencias son serias y muestran al aparato stalinista internacional atravesando una profunda crisis bien real. Ciertamente esa crisis día a día más aguda es uno de los resultados principales de todo el último período de la lucha de clases a escala mundial. Si hoy toma esa cruda forma de un enfrentamiento público entre Carrillo y el Kremlin, tendremos que buscar la base y las perspectivas en las condiciones del desarrollo de la actual crisis pre revolucionaria y, en particular, en las enormes dificultades con que el PCE está tropezando para hacer pasar su política reaccionaria.

## *Carrillo y el Estado*

En otro momento habrá que volver sobre el libro de Carrillo, pero no es el objeto de este artículo. Por otro lado, inútil sería además abordar el tema como si se tratase de una “discusión teórica”, cuando en este terreno Carrillo se limita a repetir las más manoseadas ideas que a lo largo de toda la historia del movimiento obrero ya fueron avanzadas por todos los revisionistas reformistas o stalinistas, y ya fueron rebatidas por todos los marxistas. Carrillo no añade la menor idea original a los Bernstein, Kautsky y Cía., e incluso utiliza cínicamente las mismas citas de los clásicos, y de la misma manera fraudulenta que aquellos oportunistas, pese a saber de sobras que Lenin YA DESENMASCARÓ ESAS FALSIFICACIONES EN *EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN*. Aunque parezca mentira, Carrillo no debe haberse siquiera molestado en rebuscar y falsificar las ideas de Marx y de Engels, sino que reproduce en su libro las ideas de los viejos revisionistas, tomadas directamente... ¡de las obras en las que Lenin se ocupó de desenmascararlos y refutarlos!

No. Carrillo, modesto él, no pretende hacer aportaciones teóricas al revisionismo, ni al de la vieja socialdemocracia ni al de la burocracia stalinista. Engels había escrito que el Estado era, en realidad y en resumen, “*destacamentos especiales de hombres armados*”, separados de la sociedad para defender el interés y el régimen social de la minoría explotadora, de la clase poseedora. Que el proletariado, decían Marx y Lenin, sólo accederá a su emancipación si destruye el aparato del Estado y lo sustituye por “*el pueblo en armas*”, por el proletariado organizado como clase en sus Consejos Obreros, Soviets, o Comuna, y apoyado sobre la masa de la población oprimida. Nadie, ni antes ni después, ha sido capaz de presentar otra vía.

Carrillo tampoco. Carrillo no comienza por intentar mostrar otra vía victoriosa (¿cuál iba a ser?: la de Chile, la de España en el 36, la de Portugal...?); comienza por pretender “la imposibilidad” de destruir ese Estado burgués. Pretende que lo que fue posible para el partido bolchevique de Lenin y Trotsky, en 1917, sería en realidad el resultado de que “*Rusia estaba en guerra*”, una excepción particular. Ahora bien, dice Carrillo, hoy “*no es posible una guerra dada a la potencia del armamento nuclear*” y la política de “*coexistencia pacífica*” del imperialismo con el Kremlin. Y de ahí deduce que no se puede

destruir el Estado burgués, sus “*destacamentos especiales de hombres armados*”, como dice Engels.

¡Qué mala memoria la de Carrillo!: quizás no se acuerde bien de que en 1936 España no estaba en guerra; o mejor, que la guerra, guerra civil, la inició el Estado burgués, sus generales, ante el avance del movimiento obrero. Y los trabajadores de las grandes ciudades dieron cuenta de esas fuerzas represivas en los primeros días, y se armaron y armaron a sus Comités y a sus organizaciones. Pero Carrillo podría decir que esto no demuestra la posibilidad de destruir al Estado burgués, ya que de todos modos el ejército de Franco seguía dominando la mitad del país y terminó por vencer. Cierto. Salvo que... para llegar hasta ahí, Carrillo y sus amigos *tuvieron que desarmar a los obreros y disolver sus milicias*, tuvieron que reconstruir el Estado burgués republicano, que ya no se apoyaba siquiera en la fuerza de las armas, sino *precisamente* en la política stalinista de defensa de la burguesía. Carrillo y los otros líderes oportunistas tuvieron que reconstruir “*esos cuerpos especiales de hombres armados*”, separados de la sociedad obrera y campesina (primero los carabineros, luego la policía, en fin el ejército regular), que de nada sirvieron frente a las tropas de Franco pero que liquidaron en cambio la revolución obrera en la retaguardia republicana, y dejaron a los obreros divididos, aislados de los campesinos y desmoralizados para enfrentarse a las tropas fascistas.

Esa experiencia histórica es la doble prueba de la posibilidad de destruir el Estado burgués, de sustituirlo por la dictadura de los Consejos obreros, así como de que el obstáculo principal para el proletariado y su revolución consiste en realidad en la traición de sus dirigentes stalinistas y en la falta de una dirección revolucionaria.

Pero, ¡cosa curiosa!, Carrillo dedica una parte de su libro a explicar la imposibilidad de destruir el Estado burgués “*ya que no habrá guerras*”, y la otra parte a justificar el papel del ejército “*en tanto que instrumento de defensa nacional*”. Digamos que Carrillo no se molesta siquiera en aclarar esta contradicción que no es más que aparente, porque el papel del ejército es la defensa de los intereses del capitalismo contra la clase obrera y el pueblo, incluso cuando las burguesías nacionales envían a sus trabajadores a matarse entre ellos por los intereses de los explotadores. Pero si Carrillo no explica por qué hace falta un ejército, si como él dice “*no habrá guerras*”, es porque Carrillo piensa en la necesidad del ejército como instrumento de guerra civil. Y lógico es que cuando Suárez declara “*que el ejército sólo intervendrá si peligra la unidad de España, la seguridad del Estado y de sus instituciones*”, Carrillo nada tenga que objetar, a sabiendas de que su papel es la defensa armada de la monarquía, del centralismo opresor y de la burguesía contra la revolución obrera. Es tan evidente que Carrillo defiende al ejército desde este punto de vista, que al llegar a este punto su estilo se hace nervioso, sus párrafos se aceleran y, de repente, casi sin darse cuenta, está ya hablando a la vez del ejército y de la policía, y termina por decir:

“*los comunistas necesitamos... UNA POLÍTICA DE ORDEN PÚBLICO y una política militar democráticas... aun estando todavía en la oposición*”.

Y con esto llegamos al fondo de la “teoría” de Carrillo sobre el Estado: se resume en que el PCE debe defender la represión, la policía y el ejército burgueses, DESDE LA OPOSICIÓN. Es decir, que el PCE debe convertirse en defensor *incondicional* de los “*destacamentos especiales de hombres armados*” que constituyen el Estado burgués, para impedir que los obreros constituyan su propio Estado proletario. En definitiva, Carrillo ha escrito su libro en defensa de la Guardia Civil, de la policía, de las cárceles, y del cuerpo de oficiales del ejército franquista.

## *Un capítulo misterioso y su clave*

Pero hasta aquí el libro de Carrillo tiene la lógica usual de los escritos stalinistas que se limitan a teorizar con remilgos e hipocresía la práctica reaccionaria de la dirección de los PCs en todos los países. Sin embargo, cortando el hilo de la exposición lógica, surge en el libro de Carrillo un capítulo titulado así: “*LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA. EL CASO DE TROTSKY*”. Un capítulo que nadie podría saber a qué viene, a menos que comprenda el lugar central que ocupa en la lucha de clases la lucha entre el stalinismo y la IV Internacional. Un capítulo, por eso mismo, extraordinariamente revelador.

¿Cuál es esa “*experiencia española*” que anuncia el título del capítulo? Al leerlo detenidamente, se llega a la conclusión de que está resumida en la siguiente frase de Carrillo:

(En 1936) “... *el Partido Comunista acepta la inclusión de los trotskistas españoles en el Frente Popular*”.

La frase es mentirosa, ya que los trotskistas *nunca* entraron en el Frente Popular, no lo apoyaron siquiera. Quienes entraron, en cambio, fueron los *centristas* del POUM, y a causa de ello rompieron con Trotsky y con la IV Internacional. Y Carrillo lo sabe de sobras. Eso nos obliga a reflexionar sobre estas dos interesantes cuestiones: primera: ¿cuál es la relación entre los capítulos destinados a la defensa del Estado burgués, y esta defensa de la “*inclusión de los trotskistas en el Frente Popular*”?; segunda: ¿por qué Carrillo llama “*trotskistas*” a los *centristas* del POUM sabiendo que no lo eran?

La primera cuestión se refiere a la totalidad del libro, cuyo significado no podría entenderse sin este capítulo. Porque este libro no ha sido escrito para convencer a la burguesía que, como indicó Suárez tras la legalización del PCE, ya sabe que Carrillo “respetará los acuerdos” contraídos. No. Ese libro ramplón está particularmente dirigido a atraerse a su terreno a los *centristas* en general, y en particular a los de la LCR pseudo trotskista de Ernest Mandel.

Para llevar una política de traición constante a los trabajadores y sostener el régimen monárquico, Carrillo no tenía la menor necesidad de dar forma “teórica” a sus ideas reaccionarias. Pero, en cambio, es absolutamente cierto que el PCE, hoy por hoy, está realmente necesitado de cubrirse el riñón izquierdo, frente a los obreros que se revuelven contra su política, a la juventud obrera que se aleja de él, y a sus propios militantes más luchadores. Y, para ello, Carrillo ha recurrido constantemente a los buenos servicios de los grupos *centristas*, a los maoístas del PTE y la ORT, a los falsos trotskistas de la LCR, cuya constante colaboración con Carrillo es una barrera frente a la crisis del PCE. Hasta tal punto que, cuando la Conferencia de abogados del PCE protestó abiertamente contra “*la política derechista*” de Carrillo, la dirección respondió diciendo en su informe a la Conferencia: pero ¿no veis cómo los grupos que están a nuestra izquierda, pese a las divergencias, son cada día más moderados? Carrillo se protege de los jóvenes y de sus propios militantes con la aproximación de la LCR y compañía a su política.

Y el libro de Carrillo está en particular destinado a SITUAR LA DISCUSIÓN ENTRE LOS STALINISTAS Y LOS CENTRISTAS SOBRE UN TERRENO “*IDEOLÓGICO*”, “*TEÓRICO*”, para facilitar en contrapartida una colaboración práctica más estrecha en los planes de defensa del Estado burgués. Mandel, teórico del Secretariado Unificado de la LCR se ajustará las gafas, señalará como siempre “los aspectos positivos” del libro de Carrillo, criticará, ¡qué lástima!, “ciertos aspectos negativos”, se esforzará por explicar al Secretario General del PCE las virtudes de la verdadera “teoría marxista sobre el Estado”, y sobre todo dirá a sus muchachos que colaboren con Carrillo “en nombre del frente único”... Esta *oposición crítica* es una válvula de seguridad del

PCE ante la ruptura creciente de los trabajadores y jóvenes con la política del aparato stalinista. Por eso Carrillo les recuerda a los centristas el precedente de 1936, donde el PCE y el POUM estuvieron juntos en el Frente Popular “pese a las divergencias estratégicas”.

Y, para responder a la segunda de las dos cuestiones precedentes, Carrillo llama “trotskistas” a los del POUM porque en realidad está hablando para la LCR. “Discutid si queréis nuestras tesis teóricas, pero colaborad con nosotros como lo hizo el POUM en el Frente Popular”. Pero como en 1937 los stalinistas asesinaron al dirigente poumista Andreu Nin, y en 1940 a León Trotsky<sup>13</sup>, Carrillo tiene que decir algo más: añade una recompensa y una amenaza. Una recompensa: Carrillo dice que “una rehabilitación” de Trotsky, “ayudaría a dar una visión más clara de las complejidades de la lucha de clases a las nuevas generaciones”.

De repente, por primera vez y por última en todo el libro, Carrillo habla de “las nuevas generaciones”. Pero allí donde había que hablar de ellas, es decir al hablar del trotskismo. El PCE hace aguas entre la juventud obrera, y esa juventud tiene la mejor disposición para llegar a ser la vanguardia de la IV Internacional. En 1977, después de las experiencias de la revolución política en Hungría y Polonia en 1956, en Checoslovaquia en 1968, en Polonia de nuevo en 1970-71 y en 1976, sería imposible impedir ya la fusión de la IV Internacional bolchevique con las jóvenes generaciones obreras, si las únicas armas que siguiese empleando el PCE fuesen todavía las de la criminal calumnia stalinista contra Trotsky y el trotskismo. ¡Hay que renovarse!, piensa Carrillo.

Entonces hace falta un arma más sutil, como se ve en el libro de Carrillo: rehabilitar a Trotsky “como figura histórica del movimiento obrero”,... y reconocer a la LCR como “trotskista”, para poder seguir impidiendo que la IV Internacional revolucionaria llegue a levantar a la joven generación del proletariado contra el stalinismo y por la construcción del partido mundial del proletariado revolucionario.

La IV Internacional conoce estas “rehabilitaciones” hipócritas, destinadas a emplear el recuerdo de una figura histórica en contra de lo que fue su propia lucha. Y la de Trotsky no fue otra que la del bolchevismo, la de Lenin, y no pudo tener ni tiene otra continuación ni otro reconocimiento que la construcción de la IV Internacional contra los usurpadores y enterradores stalinistas de las conquistas de Octubre de 1917. Produce vómitos escuchar a Carrillo hablar de rehabilitar a Trotsky en el mismo libro en que arroja incienso a Lenin mientras escupe sobre todas sus enseñanzas sobre el Estado y la revolución. Dejemos a Mandel y a la LCR regocijarse con este desagradable espectáculo. Porque nosotros ya nos imaginamos a Carrillo “respetando a Trotsky” a fin de declarar que el PORE y la IV Internacional “no son siquiera trotskistas” y que merecen... ¡ya conocemos esta música!

Y Carrillo corona este capítulo fundamental para comprender el significado de su libro, con una amenaza directa: JUSTIFICA EL ASESINATO DE ANDREU NIN, por su participación en el levantamiento obrero de Mayo de 1937 contra la política antiobrera de la república y contra las provocaciones de los stalinistas. Según Carrillo fue un caso de “alta traición”. Y esos son los límites de este acuerdo ofrecido por el PCE a los centristas de hoy, a la LCR y compañía: si se levanta a los obreros contra los pactos traidores entre el PCE y la burguesía, si se organiza la revolución contra este Estado burgués que Carrillo defiende en su libro, entonces incluso el asesinato estaría justificado por

---

<sup>13</sup> Andreu Nin, secretario general del POUM fue secuestrado en Barcelona en junio de 1937, por agentes de Stalin y torturado y asesinado en secreto, bajo la protección del PCE de Díaz y Pasionaria. El 20 de agosto de 1940, el militante del PSUC Ramón Mercader, enviado por Stalin asesinó a Trotsky en su exilio de México.

“alta traición”. Esa es concretamente la “política de orden público” que el Secretario General del PCE reclama en su libro, incluso estando el PCE “en la oposición”.

### ***Carrillo y el Kremlin frente a la movilización internacional del proletariado***

La prensa de la burocracia del Kremlin critica este libro de Carrillo. Su parte última incluye una crítica de “la realidad en la URSS y en Europa del Este”. Pero esta crítica tiene un sentido preciso: Carrillo se esfuerza por echar con la mayor tranquilidad sobre los hombros de Lenin, sobre su lucha por la dictadura del proletariado, los crímenes de la burocracia stalinista, de los usurpadores del poder del proletariado en la URSS y en Europa Oriental. De este modo Carrillo se sirve de la represión que sus amigos del Kremlin desatan contra los trabajadores, y contra la cual el PCE no mueve un dedo, para volverla en contra de la lucha del proletariado español contra el Estado burgués y por su propia dictadura revolucionaria de clase contra los opresores y explotadores.

Pero esa crítica tiene otro aspecto central e inseparable del anterior: Carrillo justifica esa represión al considerarla una cuestión ajena a los obreros españoles, al defender “que cada uno se ocupe de sus propios problemas”. Dicho de otro modo, Carrillo tan sólo critica al Kremlin para separar esa represión burocrática de la política traidora de colaboración con la monarquía heredera de Franco que llevan en España los stalinistas. El objetivo del libro es obstaculizar la conciencia de los obreros de la naturaleza internacional de sus problemas y de sus soluciones, a fin de desarmarlos ante la contrarrevolución internacional.

Porque en los últimos meses es un sentimiento creciente entre los trabajadores el de que “lo que pasa en el país se está decidiendo muy lejos”, que esas Cortes, esta continuidad pactada de la monarquía, ha sido establecida previamente y a una escala mucho más amplia que la del país. Ese sentimiento es instintivo, sólo incipiente, y por lo mismo es una fuente también de pasividades y de descorazonamientos: al intuir el carácter internacional de la batalla, los trabajadores que no conocen aún la perspectiva de la IV Internacional, abandonan muchas ilusiones, pero lo que encuentran son nuevos problemas y cada vez más difíciles de resolver. Todo esto es cierto. Pero ese sentimiento existe cada día con más fuerza y los revolucionarios podemos transformarlo en una conciencia clara del carácter internacional de las tareas del proletariado, y en un arma para la acción. Porque si en tanto que pura manifestación instintiva de desconfianza, esa idea de la naturaleza internacional de los problemas es un motivo de pasividad, transformada en comprensión de que los PCs son los instrumentos de los acuerdos contrarrevolucionarios del imperialismo con el Kremlin, y transformado en política consciente de movilización revolucionaria contra la burguesía y la burocracia, entonces ese mismo sentimiento se convierte en el primer paso hacia la victoria: en el primer paso del desarrollo energético del partido mundial del proletariado revolucionario, de la IV Internacional.

De eso se defiende Carrillo, con su libro y sus tomas de posición sobre Europa del Este, aun a riesgo de molestar al Kremlin. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer, incluso desde el punto de vista de la defensa más escrupulosa de los intereses de la burocracia de la URSS? Carrillo considera esa represión antiobrera necesaria para mantener en el poder a la casta parásita de los burócratas stalinistas, y por eso no hace ni poco, ni mucho, ni nada para impedir esa represión. Pero la represión no puede ya ocultarse, y el PCE está amenazado por la posibilidad de que los trabajadores identifiquen los críme-

nes de la URSS con la política pro monárquica del PCE, y la lucha de los obreros de Europa Oriental con los problemas de la revolución en España. Por eso sólo puede defender su política, en la etapa actual, como una “vía nacional”, desolidarizándose verbalmente de sus colegas de la URSS.

“*¡Ruptura total entre el PCE y el Kremlin!*”, dicen los periódicos de la burguesía española. Es la misma campaña para impedir a los trabajadores ver su lucha como internacional. Nada más falso, pese a la real gravedad de la crisis del aparato stalinista internacional. La política es la misma: apoyo a Suárez y a la monarquía; defensa del Estado y de sus instituciones franquistas; traición a todas las movilizaciones de masas obreras. Más aún, son los pactos entre el Kremlin y la burguesía, codificados en Helsinki los que han empujado a Suárez y a Carrillo a entenderse y colaborar contra la revolución ascendente. Para ver entonces de qué se trata, bueno será recurrir al mismo texto de la crítica del Kremlin a Carrillo, que dice:

“los ideólogos burgueses... querrían que los partidos comunistas de Europa occidental... se levantasen contra el comunismo científico creado por Marx, Engels y Lenin, y, LO QUE ES TODAVÍA MÁS IMPORTANTE, rompiesen todos sus lazos con los partidos comunistas y obreros de los países socialistas...”.

Está claro, ¿no? Se podría traducir más o menos así: “de acuerdo con vuestra política de colaboración con Suárez; pasamos incluso porque reneguéis públicamente de la revolución obrera y de las conquistas teóricas del bolchevismo, aunque estas cosas “es mejor no menearlas”; pero LO MÁS IMPORTANTE, lo que no aceptamos es que os desolidaricéis de la represión policíaca y del gobierno del Kremlin, porque así debilitáis vuestra propia capacidad para traicionar la revolución española”. El Kremlin no ha olvidado que, en 1936-39, el PCE no hubiese sido nada sin la referencia constante a la URSS, sin la subordinación del pacto republicano-stalinista a la política exterior de Stalin, y sin la actuación del NKVD “llevando hasta España la lucha contra el trotskismo”, como se decía entonces dentro del PCE.

La crisis del PCE hoy es muy aguda. Su raíz no está en las divergencias entre las diferentes fracciones del aparato internacional, y ni tampoco en las contradicciones de su propia política en España. La base de la crisis del PCE, y la de todo el aparato stalinista a escala internacional, está en la amplitud y profundidad de las movilizaciones de las masas en el Este y el Oeste de Europa, y los consiguientes cambios en su actitud y su conciencia, en particular: la creciente desconfianza de los obreros hacia el stalinismo y la hostilidad creciente entre la juventud hacia esta política. Pero, en este marco general, el PCE pasa por una situación especialmente delicada tras las elecciones a Cortes en las que el PCE ha pagado el alto precio de un retroceso enorme entre los obreros por sus repetidas traiciones.

Uno de los síntomas de la crisis es la aparición de tendencias que se autodefinen “*leninistas*”, en oposición a la política de Carrillo, y cuya amplitud, en Andalucía, en Madrid y en Asturias es cada vez mayor. El Kremlin se inquieta de la capacidad de Carrillo para frenar tal crisis sobre una política “nacional”, o en todo caso, de su incapacidad para impedir el desarrollo de la IV Internacional como expresión consciente de esa revolución, que madura subrayando el carácter internacional de los problemas y objetivos del proletariado. Si reniega abiertamente de Lenin, si se separa de los usurpadores stalinistas de las conquistas de Octubre, el Kremlin teme por el PCE, cuando tantos trabajadores comienzan a interrogarse sobre las raíces y el significado de esta rápida entrada del PCE al servicio de los franquistas de Suárez. Con su crítica, el Kremlin se prepara ya para agrupar a las actuales fracciones “pro soviéticas” y, sobre todo, para desviar hacia la política de la burocracia de la URSS a los luchadores que se inquietan por el

nacionalismo abierto y los ataques descarados al programa proletario de que hace gala Santiago Carrillo. Uno y otro, Carrillo y el Kremlin, hacen tan sólo lo que pueden hacer y, si sus contradicciones se agudizan, la base está en la dificultad de llevar una política que es común, pero que consiste en impedir la conciencia de la unidad internacional de la lucha del proletariado contra el Estado burgués y contra la burocracia stalinista, porque tal unidad destaca como única perspectiva realista para los obreros la del poder de sus Consejos, la de la dictadura de los trabajadores.

## *El II Congreso de la IRJ*

El próximo Congreso de la Internacional Revolucionaria de la Juventud es una respuesta a ese sentimiento creciente entre los trabajadores de que “lo que ocurre aquí se decide muy lejos”, sentimiento que puede conducir tanto a la pasividad, como a la revolución, y que forma parte de la evolución actual de la lucha de clases y de la crisis del PCE. A su manera con su libro y con su crítica, Carrillo y el Kremlin responden, cada uno a su guisa y en contradicción entre sí, a ese sentimiento con el objetivo de anularlo o de desviarlo en provecho del stalinismo y de sus alianzas con la burguesía.

Pero, en efecto, si los revolucionarios no respondemos pronto y enérgicamente a esta situación, lo que podría ser un avance de la revolución internacional puede ser una fuente de pasividad. Ayer cien mil personas asistieron a un mitin de la CNT en Barcelona. Es un síntoma de toda la situación, de la cantidad de preguntas y problemas que las Cortes han dejado en el aire, cargando la atmósfera de pólvora. Quizás los revolucionarios todavía subestimamos las posibilidades revolucionarias de la situación, o bien sus grandes dificultades políticas. Las posibilidades, porque estas transformaciones rápidas de la composición del movimiento obrero indican que todos los problemas de fondo, los del partido, los de la internacional, ya están en el aire y agitan las filas obreras. Y las dificultades, porque toda idea de que los trabajadores, por sus experiencias, porque ven las traiciones, acabarán resolviendo los problemas de su movilización, es archi falsa. Si los revolucionarios no entramos a fondo entre las masas y en relación con la acción cotidiana, en esos problemas de la internacional, del partido, del poder, todas esas preguntas sin respuesta, todas esas desconfianzas conducen a esa teoría de la pasividad, del dejar hacer a los otros, que constituye el rasgo principal del anarquismo de nuestros días.

Y en tal situación, el II Congreso de la Internacional Revolucionaria de la Juventud, al reunirse apoyado sobre una movilización que plantea abiertamente las tareas de la revolución internacional como método para abordar los problemas de la lucha diaria de los obreros, y de conducirlos hacia la victoria, puede considerarse un paso decisivo de la vanguardia revolucionaria. Siempre que este paso no quede ahí, en sus resultados, en los resultados de esta primera batalla, porque sólo es la primera, por orientar a la juventud y a los trabajadores hacia la revolución europea y mundial. Este método ha sido el de la preparación del II Congreso de la IRJ, con todas las insuficiencias que puede tener, un esfuerzo por romper radicalmente el marco oportunista y nacionalista de toda la política oficial del país, desde Carrillo hasta la de los pseudo trotskistas de la LCR. Pero debe ser además el método permanente y constante de los revolucionarios a partir de este segundo Congreso de la IRJ, el método de plantear los problemas de la lucha obrera en su dimensión real, que es la de la preparación de una revolución mundial, construyendo su dirección en la lucha contra los enterradores stalinistas de Lenin.

## CRONOLOGÍA

**1977**

**Abril.** *Legalización del PCE.*

**Julio.** *Legalización PTE, ORT y MC. Denegada la del PORE.*

**Septiembre.** *Legalización PSAN, POUM, LCR, OICE, BR, EC...*

**Noviembre.** *Legalización PCOE.*

**Diciembre.** *Legalización de la Convención republicana. Robo de armas en la base aérea de El Paní.*

**1978**

**Enero.** *Legalización EIA. Provocaciones del **Scala y Viola**.*

**Marzo.** *Secuestro de Aldo Moro en Italia.*

**Abril.** *IX Congreso anti leninista del PCE.*

**Mayo.** *IV Congreso del PORE, por la conquista de la juventud para un retorno a Lenin.*

**Junio.** *Decreto ley anti terrorista y primeras manifestaciones contra el terrorismo. I Congreso de las CC.OO.*

**Julio.** *Cumbre euro-fascista en Madrid con Blas Piñar.*

## LA SANGRE QUE PIDE ESTA CONSTITUCIÓN

(artículo publicado en enero de 1978)

Según se deduce de la prensa, la policía se ha inventado un supuesto “Ejército Nacional Anticomunista” (ENA) que reclama, con un pequeño retraso de casi un mes, el llamado robo de armas de la Base Aérea de El Paní. (La policía montó este robo de armas, para complicar en él al PORE. Después de esta acusación y de su fracaso evidente ante la campaña de los revolucionarios, la policía se ocupó solamente de borrar las pistas.) De modo que el Gobierno Suárez y su policía se disponen a enterrar con sigilo ese “robo” anunciado con bastante más ruido que nueces.

Además, nos dice *La Vanguardia* que “*ENA asegura en dicho comunicado al pueblo español y a las Fuerzas Armadas y del Orden Público que no empleará el armamento sustraído contra ninguna de las instituciones armadas de la soberanía española, pasando a engrosar su depósito de armas*”. La redacción de esta frase es un tanto confusa: se entiende que las armas “han pasado a engrosar” unos “depósitos”, pero no se sabe si estos depósitos son los del Ejército Nacional Anticomunista o los de “las instituciones armadas de la soberanía española”... Pero esta imprecisión de la redacción es secundaria porque podemos estar seguros de que ambos depósitos de armas deben andar bastante cerca uno de otro. ¡Vamos!: que el “robo” ha sido más bien un TRASLADO. Habrá que investigarlo.

Ese comunicado falso, lo que quiere decir es que no vale la pena seguir buscando armas. La policía está ya borrando sus propias huellas, los rastros de su provocación fallida contra el PORE.

Pero mientras, y mientras la prensa supuestamente “democrática” y la llamada prensa “obrera” de los partidos traidores al proletariado y de los centristas, la prensa del PCE y PSOE y de la LCR, eludían la defensa del PORE y de sus militantes frente a la provocación de los torturadores fascistas de Martín Villa, resulta que han empezado a aparecer los signos de que el ataque contra el PORE es en realidad la punta de lanza de una vasta operación policíaca contrarrevolucionaria.

La caza sangrienta de luchadores de ETA en Pamplona y en todo Euskadi; la represión implacable del MPAIAC en Canarias; y ahora el incendio del SCALA en Barcelona y las bombas del Metro madrileño, organizadas para relanzar la represión en Madrid y Catalunya, son provocaciones policíacas dirigidas por los hombres de Martín Villa. Pero quien está soplando en las velas de Martín Villa son esas voces que en *Mundo Obrero* ensalzan a los jefes militares franquistas y que acusan a ETA de no aceptar la miserable autonomía monárquica; porque esas voces llaman a muerte y tapan los asesinatos impunes realizados por los policías de Franco. Esas voces llaman a la provocación, al identificar a los revolucionarios proletarios con los simples terroristas, y peor aún con los fascistas; y esas voces tapan la provocación, como ha tapado el silencio de *Mundo Obrero* la provocación contra el PORE.

¿Qué hay detrás de esta campaña de sangre, mentira y tortura en la que se han metido otra vez los sicarios de Martín Villa?: la CONSTITUCIÓN. O mejor dicho, el intento de imponer a la clase trabajadora, en esta Constitución pactada, un REFORZAMIENTO DEL APARATO FRANQUISTA DEL ESTADO, para poder disponer de un ejército, de una policía, de una Guardia Civil y de unas instituciones centralizadas para la guerra civil contra el proletariado.

La Constitución monárquica y centralista de los guardias civiles y los Estados de Excepción, la Constitución que han elaborado Fraga Iribarne y Solé Tura, necesita que le despejen el camino, que le quiten de delante toda oposición. Más aún si se trata de una oposición con cierto apoyo popular, como la de ETA o del MPAIAC. Mucho más aún si se trata de una oposición obrera y revolucionaria, como la del PORE, como la sección española de la IV Internacional, que además tiene una política precisa para desmontar el tinglado de las Cortes monárquicas que esconde ese reforzamiento de las armas burguesas para la guerra civil. Tenemos ese plan de centralizar los Comités de Empresa en unas CORTES OBRERAS a lo largo de la lucha en las elecciones llamadas “sindicales”, en las municipales, y en contra de la Constitución reaccionaria. Y así, para que esa Constitución supuestamente “democrática” pase adelante, alguien ha pensado que hacía falta un poco de sangre. Los perros de presa de Martín Villa están en marcha desde la firma del Pacto de la Moncloa. La provocación de El Paní contra el PORE ha sido la primera etapa de una lucha a gran escala que dominará toda esta primavera y de la que depende toda la evolución política: la lucha de los revolucionarios para dar una salida activa a la sorda desconfianza de las masas en las “soluciones” políticas burguesas; y la lucha de la policía por aislar y liquidar a los revolucionarios, por descabezar la lucha de los obreros contra el régimen. La provocación del Paní contra el PORE ha unido un aspecto al otro, y por eso constituye una batalla política central, que todos quieren eludir.

Al fracasar la provocación, la policía intenta ahora tapar su patinazo, y el ejército y los tribunales abren juicio al PORE *por asociación ilegal*. ¿Por “asociación ilegal”? Pero, ¿no dicen los de la LCR que la Constitución reconoce la libertad de asociación? Pero la verdad es que la piedra de toque de esa Constitución para el proletariado y su revolución sólo puede ser el PORE. Y ahora todo el mundo tendrá que definirse, porque se trata del problema de toda la clase obrera: ¿VUELVEN LOS CONSEJOS DE GUERRA, VUELVE EL TRIBUNAL DE ORDEN PÚBLICO, VUELVEN LAS TORTURAS, SIGUEN LOS TORTURADORES?

Hay que concluir que ninguno de esos oportunistas, ni los del PCE ni los aprendices de la LCR, van a poder escurrir el bulto como han venido haciendo hasta ahora: tienen que elegir su campo en el próximo consejo de guerra por asociación ilegal. Y, en lo que se refiere al PORE, su participación en las elecciones a Comités de Empresa y en las elecciones municipales, servirá para que cada trabajador pueda de hecho participar en ese Consejo de Guerra, en esos juicios políticos, donde está concentrada la evolución política de toda la situación.

## CRONOLOGÍA

**1978**

**Febrero.** Elecciones sindicales a comités de empresa.

**Junio.** Tras el atentado mortal de ETA contra el periodista Portell, se realiza la primera manifestación anti terrorista. En el primer Congreso de CC.OO., la lista oficial para la ejecutiva incluye 37 miembros del PCE, 3 del MC y 1 de LCR.

**Julio.** Los Sanfermines sangrientos, la huelga general de Euskadi, el saqueo policial de Rentería.

**Octubre.** Las organizaciones centristas se pronuncian por el NO a la Constitución. ETA y PORE por el boicot al Referéndum.

**Noviembre.** Artículo “**¡Por la independencia del proletariado!**”. El día 10, manifestaciones anti terroristas, a las que el PORE hace un “pasillo”. El día 16, se descubre la Operación **Galaxia** de Tejero. El día 20, más de cien mil fascistas en la Plaza de Oriente...

**Diciembre.** Referéndum sobre la Constitución. 56% del censo vota SÍ. El día 17 se declara una fracción del PORE de tipo centrista. El 29 Suárez convoca elecciones generales.

## ¡POR LA INDEPENDENCIA DEL PROLETARIADO!

(artículo publicado en noviembre de 1978)

A estas alturas es evidente que los trabajadores no saben qué hacer ante el Referéndum Constitucional: no saben qué votar; no saben qué hacer en caso de no votar siquiera. La desorientación supera de lejos a la que ya se manifestó en todas las anteriores “consultas” de la Monarquía española. Que la Constitución *no sirve*, que será un fracaso histórico, y que además es reaccionaria, centralista, clerical, burguesa, franquista, son cosas tan evidentes que no veremos a nadie decir lo contrario con convicción. Nadie intenta convencer a los obreros de que esta Constitución es la que necesitan. Se recurre a otros “argumentos”, a los *del terror*: “o esto o el golpe de Estado”, “o esto o la guerra civil”, “o esto o el terrorismo de los pistoleros políticos”, etc. En esta incapacidad de la burguesía para ofrecer una Constitución que engañe siquiera unos años al pueblo, tenemos la medida de la miseria política de los burgueses españoles, catalanes y vascos: nunca había alcanzado su política cotas tan bajas, tan rastreras. Y el futuro político de los dirigentes actuales del movimiento obrero, de esos aparatos del PCE y del PSOE que se han tirado de cabeza al basurero de la política oficial, se puede medir también porque no intentan de verdad que los trabajadores asuman esa Constitución cocinada a sus espaldas. No: lo que Carrillo y González dicen es que hay que aceptar la basura o comenzar la guerra civil.

Entre la juventud hay una verdadera crisis. Algunos sectores sostienen políticas terroristas, como si la alternativa fuese esa, y de hecho estos jóvenes se ven al final utilizados para justificar la misma basura de la política oficial. Por otro lado, los dirigentes del PCE y del PSOE, entusiásticamente apoyados por los centristas como la LCR, se ocupan especialmente de hacer entrar la droga en el movimiento obrero a través de su juventud. Es sucio el asunto; pero no sirve de nada ignorar la realidad: los dirigentes quisieran que el sector más activo, más explosivo de la clase obrera, pase por el momento actual drogado...

Para la masa de los trabajadores es evidente que no están TODAVÍA preparados, ni organizados, ni templados, ni armados, y se sienten lógicamente inquietos y desorientados ante la engañosa alternativa que les ofrecen los dirigentes: o la Constitución de la traición, o iniciar la guerra civil. Los obreros están divididos entre una repulsa creciente hacia la política de colaboración de clases de Carrillo y González, repulsa que es todavía profunda, individual e instintiva, y de otro lado, una voluntad cada vez más desesperanzada de evitar una *lucha prematura* con los militares franquistas. El primer sentimiento es el más profundo, y el que surge cuando los trabajadores pasan a la acción aunque sea parcial. Pero necesitaría concretarse en un programa, ser organizado por los revolucionarios, amplificado por una agitación interna, para poder llegar a convertirse en la tendencia dominante. El segundo sentimiento, el de querer evitar el choque, es superficial pero se beneficia de todo el aparato de propaganda de la burguesía y de sus partidos. Todos han dedicado los últimos meses a explicar a los trabajadores que el fracaso de la guerra civil fue culpa de las mismas masas, o que en todo caso demostró que siempre la burguesía tiene las de ganar. Así tapan esos dirigentes su traición en 1936, el hecho de que constantemente los obreros rozaban el triunfo, y siempre lo perdieron por la traición de sus jefes y la falta de una dirección revolucionaria. En todo caso, burgueses y toda clase de oportunistas quieren hacer colar la Constitución como la

manera de no ser precipitados a la guerra civil. De todas las mentiras, quizá esta sea la peor por su actual influencia.

## ***El caso de El Periódico***

Un ejemplo. Mientras el 28 de octubre, la Unión Sagrada del PCE, PSOE, PNV, UCD y AP, se reunía en Bilbao para apoyar a la policía y a los militares franquistas, el PORE y las JRE se manifestaban en Barcelona en respuesta a esa “Unión Sagrada”. El nuevo diario *El Periódico*, de Barcelona, mintió a sus lectores diciendo estas palabras: “El PORE (Partido Obrero Revolucionario de España) desplegó ayer tarde en Barcelona a sus manifestantes en favor de ETA”. *El Periódico*, hijo del momento (es decir de la corrupción de toda una capa de la pequeña burguesía intelectual y de los elementos más arribistas del movimiento obrero, para excluir a las masas proletarias de la arena política) sabía la verdad: sabía que la Manifestación del PORE no era “en apoyo de ETA”. Desde luego que siempre hemos defendido a los militantes de ETA frente a la represión, y lo seguiremos haciendo. Pero ese no es el problema del momento: ETA no es el *objetivo* real y verdadero de la represión y de la Unión Sagrada de los franquistas con los oportunistas. ETA es la excusa. Donde no la tienen, como en Madrid y Barcelona, es *la misma policía* quien monta atentados sangrientos para apretar las filas de la reacción. *El Periódico* lo sabe, y sabe que la manifestación era CONTRA EL TERRORISMO DE ESTADO, POR EL BOICOT A ESA CONSTITUCIÓN QUE CONDUCE A LA GUERRA CIVIL. ¡Cómo no lo va a saber, si precisamente por ese contenido intentó silenciarla, y luego deformarla! ¿No decía en su primer editorial este “Periódico”, que “nacía con la Constitución bajo el brazo”? Pero quiero señalar que, con su falseamiento de la noticia, el “periodista” pretendía dos cosas: primera, que el PORE, amenazado constantemente por tribunales civiles y militares, y prohibido por la Monarquía, pudiese ser inculcado por terrorismo. Desde este punto de vista, parece que quienes vienen al mundo político “con la Constitución bajo el brazo” tienen el dedo puesto sobre el 091. Por otro lado, pretenden que los trabajadores crean que la alternativa está entre la Constitución antiobrera que quieren hacer aplicar, o el terrorismo. ¡Y precisamente nuestra manifestación demostraba que *esa no es la alternativa!*

## ***La Constitución se juega en fábricas y calles***

¿Podría decidirse por medio de un voto la cuestión de la Constitución? En este interrogante encontramos los verdaderos problemas y las verdaderas alternativas de la situación actual y del qué hacer ante el Referéndum Constitucional. Casi nadie quiere responder a este interrogante tan delicado. Todo el mundo sabe en realidad que el problema de la Constitución no se resolverá con un voto, ni con Sí, ni con un NO. La actual tensión política, la precipitación de manifestaciones, son las primeras demostraciones de que la lucha por o contra la Constitución no es cuestión de papeletas de voto. Los partidarios del Sí, es decir los burgueses declarados, los franquistas semi camuflados, y los dirigentes oportunistas del movimiento obrero, pretenden que la aprobación de la Constitución, garantizaría una “paz democrática”. Pero, al tener que salir a la calle a apoyar la acción de la policía, provocando casi un enfrentamiento de masas en Bilbao, *demuestran que la Constitución se juega en la calle.*

Los que más incómodos se sienten son los centristas, es decir los grupos intermedios entre el PCE y nosotros. Mientras era posible mantener el engaño de que el asunto de la Constitución se decidiría por el voto en el Referéndum pudieron hacer creer a muchos que estaban contra la Constitución porque llamaban a votar NO. Pero ha bastado que el asunto salte a la calle, y se formen manifestaciones y contramanifestaciones, para que tales grupos, como la LCR, *se esfumen de la escena política* y demuestren su absoluta incomprensión, su incapacidad de definir una posición para el proletariado en la lucha de clases. Si desde que las cosas empiezan a ponerse serias, como ocurre CON LA POLÍTICA DEL “ANTI TERRORISMO”, esos grupos se colocan en la cuneta de la lucha de clases, ¿qué es lo que harían en una crisis revolucionaria? Por el momento lloriquean entre quienes defienden la Constitución saliendo a la calle a apoyar a los policías y militares, como el PCE, y quienes apoyan a ETA de manera irresponsable.

Es cierto que muchos trabajadores parecen “apoyar” a estos centristas, a quienes cierran los ojos sobre el significado práctico de la Constitución y del “anti terrorismo” para los obreros: son los trabajadores a los que el PCE pone en la alternativa de renunciar a su independencia de clase, enrolarse en el “antiterrorismo” represivo de la Monarquía, y adoptar una Constitución que legaliza el terrorismo de Estado, o bien –les dicen– lanzarse a la “acción armada” como ETA. Pero si los trabajadores no quieren ni oír hablar de esa desagradable alternativa, es porque saben que les empuja del lado de los explotadores, ya que *no ven una alternativa obrera* y saben que *aún* no hay condiciones para la insurrección revolucionaria y que el terrorismo ETA es una trágica aventura. Es decir, los trabajadores se retraen ante la situación actual porque no encuentran una dirección que dé salida positiva a esta radicalización creciente. En cambio la LCR y esos grupos del NO, lo que hacen es intentar ocultar su propia incapacidad *como dirección* para sacar a los obreros de la falsa alternativa “Constitución o guerra civil”.

Pero, ¿a fin de cuentas qué es una Constitución? El PCE y compañía explican que se trata de “un punto de partida”, pero siempre y en todos sitios una Constitución ha sido *un final*, es decir la liquidación de una revolución o de un proceso revolucionario. En 1931, la Constitución intentó detener la revolución desencadenada por el hundimiento de la Monarquía. Pero, intentando detener la revolución en el marco del régimen capitalista, comenzó a desarmar a los obreros y a armar a los contrarrevolucionarios hasta conducir a la guerra civil. En Rusia, en 1917, la burguesía nunca se llegó a sentir lo bastante fuerte frente a la revolución para convocar la Constituyente. Pero los obreros y su vanguardia bolchevique aprovecharon el tiempo, y cuando la Constituyente se reunió, el poder ya estaba en manos de los trabajadores, de sus Consejos Obreros.

La Constitución actual no pretende detener una revolución, sino más bien *abortarla antes de nacer*. Su naturaleza consiste en detener el movimiento mediante una combinación del aparato de Estado franquista con la presencia condicional y vigilada de los dirigentes traidores. Se quiere constitucionalizar lo imposible: la Unión Sagrada de franquistas y de renegados del movimiento obrero. Pero esta Unidad exige que constantemente esos “dirigentes” del PCE ataquen sus mismas bases, su mismo pedestal, anulando la independencia de los sindicatos, limitando las libertades, etc. La Constitución no sólo no da *un paso más allá* de lo que las masas impusieron en las primeras y desorganizadas luchas después de la muerte de Franco, sino que da un enorme *paso atrás*: legaliza el imperio de los militares, los policías y el rey que dejó Franco. A partir de aquí, todas las libertades nunca reconocidas, pero existentes en la calle, serían demolidas. Demolidas en la medida en que el PCE y el PSOE, como portavoces de un proletariado al que ellos mismos amordazan, desmovilizan y subordinan al Estado, no podrán tampoco servir de contrapeso a la derecha más reaccionaria del franquismo. Todo lo más el

PCE y el PSOE podrán llegar a seguir junto a los franquistas, en un choque frontal contra los obreros descontentos.

Un ejemplo. El PORE es ilegal, pero actúa públicamente: es la revolución, incluso cuando aún no ha estallado, quien ya impone *ciertos hechos*. La Constitución implica la ilegalidad del PORE e incluso de todo partido independiente de esa Constitución. Y, a su vez, si la aprobación de la Constitución implica en concreto la organización policíaca de la destrucción del PORE, de la IV Internacional, este paso represivo será sólo el primero de sucesivas disoluciones de partidos obreros. En toda revolución, por incipiente y atrasada que esté, la Constitución burguesa es siempre el comienzo de la vuelta atrás, de la liquidación del ala obrera independiente. Lo particular de esta Constitución consiste en que en ella se unen las fuerzas oportunistas del movimiento obrero que protegen al aparato represivo del régimen franquista para defenderse ellos mismos de la revolución obrera a la que temen tanto o más que los propios burgueses.

¿Podría un Referéndum resolver semejante cuestión, es decir destruir los partidos, movimientos y luchas que representan el ala obrera independiente y revolucionaria de todo el anterior movimiento antifranquista? No: o bien el proletariado, *se organiza* contra esa Constitución (y eso no se puede hacer votando ni absteniéndose, eso tiene que ser un BOICOT ACTIVO, expresado en manifestaciones, huelgas, y sobre todo formación de las CORTES OBRERAS de delegados de empresas, como alternativas a los diputados burgueses), o bien la imposición de la Constitución pasa a la calle como una movilización reaccionaria, represiva, contra el ala obrera independiente y revolucionaria del movimiento de las masas.

## ***Romper la Unión Sagrada***

A eso asistimos hoy. La lucha contra la Constitución ya salió de las páginas de las revistas, de los planes electorales. Ahora son ya manifestaciones, pronunciamientos en fábricas y sindicatos. Es decir que los partidarios del Sí quieren reducir a los obreros, a su movimiento, a un apéndice del Estado burgués, auxiliar de una policía que se volvería y se reforzaría contra toda independencia de clase del proletariado. Es un intento de autodisolución del movimiento obrero, organizado por sus dirigentes corrompidos, para mejorar la “Unión Sagrada” alrededor del franquismo contra una eventual crisis revolucionaria. Eso son las llamadas Manifestaciones “anti terroristas”, o contra “la violencia”. El problema no es la violencia, sino la subordinación de los obreros a los burgueses y del movimiento obrero a la policía franquista.

En segundo lugar, los partidos del NO quedan desenmascarados como una “oposición” electoralista y pasiva a la Constitución. Cuando la lucha baja a la calle, como en Bilbao, los partidarios del NO quedan desarmados, como la Liga. Otros, los “abertzales”, finalmente NO PONEN EN CUESTIÓN LA UNIÓN SAGRADA, sino que dicen “convocar al pueblo vasco a otra manifestación para evitar que se tropiecen” los defensores de la policía y los de ETA; en lugar de intentar separar a los obreros de los policías, intentan mantener la falsa alternativa de una Constitución reaccionaria anti obrera, o el terrorismo de ETA...

Pero esta falsa alternativa es lo más destructivo, y lo que de hecho podría llevar a no pocos trabajadores a aceptar pasivamente y renegando esa Constitución. Nosotros lo decimos claramente: el dilema no está entre esa Constitución y la guerra civil. Como en Bilbao, esa Constitución es la que conduciría a una guerra civil porque exige del PCE y del PSOE la completa entrega obrera al reforzamiento de la policía y del ejército franquistas. Menos todavía puede decirse que la alternativa esté entre la Unión Sagrada con

los franquistas o el terrorismo. El terrorismo no es contrario a esa Unión Sagrada, sino que en Bilbao se ha visto que es una válvula de escape para que quienes se oponen a la Unión Sagrada no se enfrenten con ella. Mientras que nadie terminará con el terrorismo de minorías, si los obreros se manifiestan junto a policías o toleran tales actos.

Hay que ser muy claros: el dilema no está entre “violencia o paz”: paz no la habrá sin imponerse a la burguesía, sin desarmarla y disolver sus cuerpos represivos, sin asegurar el poder en manos obreras. Pero tampoco el proletariado debe precipitar los enfrentamientos violentos, ni apoyar el terrorismo, sino *prepararse y organizarse*, reforzar sus filas *separándolas* por corte radical de las filas del Estado burgués. Dicho de otro modo, ya no se puede esperar al día del Referéndum: la lucha saltó a la calle. Un camino *dispersa* a los obreros haciendo de sus partidos y sindicatos auxiliares de la policía, y va desde esas “manifestaciones anti terroristas” hasta la Constitución monárquico-franquista que asegura el terrorismo de Estado. Otro camino lleva a la reacción obrera inmediata contra tales manifestaciones de Unión Sagrada, y declarándose por el boicot a la Constitución, sale ya a la calle contra el *terrorismo de Estado*, para separar al proletariado como clase independiente, y en esa lucha coordinar comités, delegados, asambleas de base, etc., formando unas CORTES OBRERAS capaces de abordar las próximas batallas en orden de combate.

Esa es la razón de que el PORE no proponga un “apoyo al terrorismo” como dice *El Periódico* provocador, ni tampoco lanzar enfrentamientos violentos precipitados, que sólo harían el juego a los hipócritas argumentos de los colaboradores del franquismo, y separarían a un sector del resto de la clase obrera. En cambio, proponemos que los obreros *rompan* con la burguesía, su Constitución, y su represión policíaca, movilizándose contra el terrorismo del Estado.

La forma que más exactamente corresponde a esta lucha es la presencia, en el camino de las Manifestaciones “Anti terroristas” de los obreros en masa, que, imponiendo orden y excluyendo cualquier provocación, entre himnos y pancartas de independencia proletaria, hagan escindirse la Unión Sagrada, separando a los proletarios de los agentes del orden capitalista. El PORE sabe que de este modo toma la cabeza del activo del proletariado y que intentarán impedirselo por todos los medios de que disponen el enemigo burgués y sus ayudantes. Por eso, sincera y claramente apelamos a la conciencia de todo trabajador, y muy especialmente de los de Comisiones Obreras, para que nos encontremos en esta lucha, codo con codo, seguros de la victoria del proletariado.

**IV**

**LAS OREJAS DEL LOBO  
1979-1981**

Pero en cuanto la escena dejó de estar ocupada por la movilización de los trabajadores, apareció en ella el peligro contrarrevolucionario. La agitación obrera no dejó el sitio a la tranquilidad, sino a las peores amenazas.

La *constitución* fue pactada, elaborada y aprobada para poner fin a la *agitación* pre revolucionaria. Sin embargo –¡como habíamos previsto los revolucionarios!–, en lugar de llevar la vida política hacia una convivencia constitucional, poco a poco la entregó ciegamente a las amenazas de la contrarrevolución militar.

Los oportunistas, con filosofía política de notarios, atribuyen la relativa, frágil, inestable calma de los años más recientes a supuestas virtudes del texto constitucional, o bien a las negociaciones de colaboración de clases que concluyeron en la redacción de dicho texto. De paso, dan así a esa reciente calma política un valor estable que no tiene, y entierran en el olvido muchos sobresaltos. (Pero el 23-F esos “notarios” de la constitución estuvieron a punto de ser corridos por los carniceros del ejército franquista.) La constitución encontró, como vimos, la oposición de los revolucionarios, fue aprobada con enorme abstención, y en los meses siguientes tropezó ya con el descontento obrero y, cada vez más, también con las reivindicaciones nacionales de vascos y catalanes, para estar el 23 de febrero de 1981 a punto de desaparecer bajo la bota militar. Por lo tanto, la tesis de que se llegó a un cierto equilibrio “gracias a la constitución” es una absurda idea que pinta el mundo con los pies para arriba y la cabeza abajo. Volviendo la idea del revés nos acercamos a la verdad: la constitución empezó a ser *más o menos aplicable* después de varios años, y cuando una serie de oscilaciones y escaramuzas entre las posibilidades revolucionarias y las intentonas contrarrevolucionarias alcanzaron objetivamente un punto de equilibrio, *agotando momentáneamente sus fuerzas respectivas*. Y sin la victoria definitiva de ninguno de los contendientes.

En 1978 abortó la primera ocasión revolucionaria, y en los años siguientes los revolucionarios no lograron salir de su aislamiento. En 1981 fracasó la primera tentativa seria de la contrarrevolución fascista. La *sucesión de ambos fracasos* llevó a un restablecimiento provisional del orden burgués –sin lo cual la constitución era un sucio papelucho sin valor práctico, y los pactos eran traiciones inoperantes– y a un bache de la lucha obrera. Los capítulos anteriores trataron del primer movimiento pendular de la lucha de clases, es decir del avance y del posterior fracaso de la primera tentativa revolucionaria. Ahora toca analizar el segundo movimiento del péndulo, el de la marcha atrás: la preparación y el fracaso de una siniestra intentona de la contrarrevolución.

## ***El retroceso***

Todo comenzó con el retroceso de la movilización obrera desde 1978. La inmensa mayoría de los trabajadores tuvo que volver a pelear oscuramente por la pura existencia material de su familia. Con los dientes apretados y un mal sabor de boca, el proletariado

aplazó otra vez sus esperanzas en una victoria de su clase que la emancipase de la esclavitud del trabajo asalariado. La primera ola del reflujo fue, por ese motivo, una ola de *abstencionismo* en las convocatorias electorales, de desafiliación de los partidos y, posteriormente, incluso de los sindicatos. Había mucha protesta en esta actitud, pero también fatiga. Un amargo escepticismo sustituyó al generoso espíritu revolucionario de los años 70.

Los obreros empezaron a desaparecer de la dirección del movimiento de masas. Cuando el objetivo de la revolución socialista desaparece del horizonte inmediato, y se empieza a imponer la “normalidad” de una sociedad compuesta de explotadores y explotados ¿cómo podrían los *explotados* mantenerse en punta de la actividad política? Cedieron su sitio: ¡qué remedio! Todos los partidos sin excepción, desde el más podrido por el oportunismo hasta el más revolucionario, sufrieron la misma retirada de los trabajadores de la lucha política. Las diferencias entre unos y otros estuvieron en el grado y en el significado. El aparato del PCE, como vimos, marginó sistemáticamente a los obreros en beneficio de los intelectuales, desde el IX Congreso del 78, para facilitar el papel conciliador del partido en la sociedad. En cambio, la retirada de los obreros, entre los revolucionarios, fue un reflejo del clima social contra el cual el PORE no dejaba de pelear. Sencillamente, la pelea era muy desigual. Y, claro está, entre los oportunistas *abandonaron* sobre todo los obreros, mientras que entre los revolucionarios *resistieron* sobre todo los trabajadores. Eso sí: cada día un poco más aislados y fatigados.

Los lugares destacados de la vida política del pueblo en general y de cada partido en particular los ocupó la pequeña burguesía. Como la actividad de masas se redujo, los *aparatos* también adquirieron preponderancia. Formados por profesionales de la política, esos aparatos se asimilan fácilmente en la vida social a la pequeña burguesía, a sus usos, a sus aspiraciones y a sus ideas. De este modo, la ola de abstención obrera vino seguida inmediatamente de una segunda ola, la del *nacionalismo* como expresión política de esta pequeña burguesía.

Junto al nacionalismo se desarrolló también un “radicalismo” sin espíritu de clase, y que conviene perfectamente a la situación intermedia y frustrada del pequeño burgués (allí donde no puede expresarse mediante una reivindicación nacional). Por las puntas extremas de este radicalismo de la clase media, se abrió paso el *terrorismo*, a veces animado más por la provocación policíaca que por un clima popular de protesta desesperada. En todo caso 1978 aportó un relevo negativo en las formas de lucha y en los programas de las fuerzas activas contra el régimen y su constitución. De la lucha de clases se pasaba a la acción minoritaria provocativa. De las organizaciones de clase a los movimientos radicales interclasistas. Del socialismo al nacionalismo o al populismo. Del marxismo al idealismo (a veces al oscurantismo clerical, al opio religioso).

Y al *fascismo*... De año en año, por momentos de mes en mes, las calles comenzaron a bullir de ratas fascistas. Ya atacaban otra vez a la luz del día, y recontaban sus efectivos en las elecciones, en las manifestaciones y mítines, en la Plaza de Oriente, e incluso intentando crear su propio sindicato en las grandes fábricas de Madrid.

Todas estas tendencias de la nueva situación quedaron esbozadas, sólo apuntadas, al final del año 78, precisamente con motivo de la constitución. La abstención dio entonces el salto. La discriminación de los vascos en la amnistía les apartó desde entonces del camino seguido por la lucha en el resto del Estado. El despegue del terrorismo tuvo lugar en 1978, con sesenta y ocho muertes en Euskadi y ciento once presos de ETA en las cárceles. Las manifestaciones *antiterroristas*, a su vez en una siniestra escalada, crearon el clima más apropiado para la agitación fascista, de tal modo que las primeras manifestaciones por “el ejército al poder” se desarrollaron *paralelamente* a las de los demócratas, utilizando los mismos móviles “patrióticos”, la misma propaganda “contra la vio-

lencia” y la misma bandera rojigualda. En fin, la *Operación Galaxia*, primera advertencia golpista y primera aparición pública de Tejero y compañía casi coincidió con el Referéndum constitucional.

Pero las elecciones de 1979 mostraron los mismos síntomas con más virulencia. La abstención ascendió en las municipales hasta el cuarenta por ciento. Los partidos nacionalistas fueron espectacularmente votados. En los partidos “constitucionalistas” sólo hubo un ligero desplazamiento hacia la izquierda (subió un poco el PCE y bajó mucho AP), y en Madrid la banda fascista de Blas Piñar consiguió un diputado como portavoz de la contrarrevolución. El PORE fue excluido de las elecciones como ilegal. Aunque los datos, considerados en sí mismos, fueron presentados como una prueba de estabilidad, las *tendencias* que se apuntaban en ellos mostraban la incapacidad de las nuevas Cortes: iban a ser congeladas muchos meses, anuladas de hecho por “el consenso” entre todos sus partidos, reunidas a veces a puerta cerrada, como los conspiradores, otras veces enviadas de vacaciones, luego secuestradas en pleno por Tejero y, al final, disueltas antes de acabar su mandato... ¡un reinado de gloria! Las primeras Cortes constitucionales fueron un monumento a la impotencia de la “Unión Sagrada” ante el giro contrarrevolucionario de la situación. Todos los obreros las vieron por la televisión arrastrarse por el suelo ante las amenazas de Tejero. Esa imagen valió por mil panfletos.

Pero el giro contrarrevolucionario de la situación no fue unilateral, y en tal caso hubiese concluido el 23 de febrero de un modo distinto. Los obreros cedieron mucho terreno en esos años, pero librando importantes luchas. Luchas de retirada. Luchas de las mayores fábricas, pero aisladas y faltas de perspectiva. En ellas los revolucionarios seguimos agitando para orientarlas hacia su unificación, hacia la coordinación de sus comités, hacia la formación por ese camino de unas *Cortes Obreras*, que nosotros oponíamos a aquellas Cortes impotentes de los “constitucionalistas”. Con ocasión de la *Operación Galaxia*, el PORE publicó una declaración titulada *Primera advertencia*, verdaderamente precisa hasta el detalle:

“... Los obreros están indefensos con esas Cortes monárquicas de teatro. Sólo sirven para cubrir el aparato policíaco-militar franquista, para ocultárselo al pueblo y ocultar sus conspiraciones. Pero esas Cortes serán disueltas cualquier día por un escuadrón de la Guardia Civil.

“Los burgueses dirán: ‘¡alarmismo!, ¡catastrofismo!’ . Pero siempre tienen que ser luego *los obreros* quienes salgan a dar la cara y la sangre cuando los fascistas organicen el terror: ¡Alarma, trabajadores!: esas Cortes monárquicas os desarman, os paralizan, pero no detendrán a los fascistas.”

Pero cuando comenzó en sectores amplios de las masas una actividad favorable a la coordinación de los comités de empresa, a crear así algún tipo de *fuerza* o de *poder* alternativo al de la burguesía, y directamente basado en las masas luchadoras,... tuvo lugar en ese horizonte que se iba cerrando, en esas batallas de retirada, y *no* por influencia directa de los revolucionarios, sino entremezclándose con las maniobras de los oportunistas. Aunque nuestra lucha propagandística por unas *Cortes Obreras* no rompió la barrera del aislamiento en que habíamos quedado los trotskistas, *surgieron* en cambio otros tanteos, inconsecuentes, confusos y finalmente fracasados, de levantar algún *órgano* central de la acción de las masas. Concretamente hubo las convocatorias de 1) la Asamblea Nacional de Delegados de Comités de Empresa de Cataluña, por parte de la dirección del PSUC, 2) los embriones de coordinadoras de las empresas del automóvil, cerradas y sometidas a un marco sindical y, en fin, 3) la Asamblea Nacional Popular Vasca (Euskal Herriko Biltzarra Nazionala), por parte de la coalición Herri Batasuna. Sus comienzos fueron confusos. El papel de los obreros fue escaso. Y acabaron mal.

La vida zanjó pues del peor modo el problema de las *Cortes Obreras*, es decir del intento de llevar los comités y las asambleas (la *principal* conquista obrera de los años setenta) a un nivel superior, a su centralización frente al Estado burgués. Cuando la *situación* llegó a plantear la creación de un poder de las masas frente al de la burguesía, su dirección era ya la pequeña burguesía o el aparato stalinista, su contenido era puramente nacionalista o sindical, y se levantaba sobre batallas de retirada en vez de sobre acciones ofensivas. Aunque todas las revoluciones han empujado al proletariado en esta misma dirección, hacia los “soviets” o consejos obreros de representantes directos de las masas en movimiento, no hay nada que garantice que su formación *coincida* con el período ascendente de la movilización. Para que ocurra precisamente así está el partido de los revolucionarios, y no siempre el partido tiene la fuerza para lograrlo. Por eso el intento quedó en nada, y sólo una próxima ofensiva de las masas en España pondrá otra vez a la orden del día la creación de unas Cortes Obreras revolucionarias. Y el balance de estos intentos abortados será muy útil ese día.

### ***Pataleo de burócratas***

El PCE desempeñó el papel principal en la desmovilización de las masas. Aunque en las elecciones jamás superó el diez por ciento, su peso político era incomparablemente mayor: la *Unión Sagrada* de todos los partidos constitucionalistas se trenzó en torno al acuerdo básico de Suárez y Carrillo. Mientras el futuro se jugó en las calles, en las huelgas, en las asambleas de masas, en los enfrentamientos con la ley, el PCE stalinista fue el *agente número uno del orden burgués*, la mayor autoridad sobre las masas movilizadas y el principal responsable de la traición.

Su alianza antiobrero con la monarquía franquista encarriló ese movimiento de masas por la vía de las nuevas instituciones burguesas. Pero, precisamente a causa de ese cambio de raíl, el PCE comenzó a perder peso en la vida política. Al reforzarse, por ejemplo, la legislación sindical, comenzó también a debilitarse la organización de las Comisiones Obreras. Su preponderancia sobre UGT y CNT –y, con ella, la influencia del PCE y de los grupos centristas y revolucionarios, todos englobados en las CCOO– se basaba en el papel de las asambleas y de los delegados directamente elegidos, y se reducía con cada ley de “normalización” sindical. Igualmente, al desplazarse la vida política en los barrios, desde las asociaciones vecinales independientes hacia los “municipios democráticos”, también se inclinó la balanza hacia el aparato del PSOE, particularmente reclutado entre funcionarios y técnicos administrativos de la burguesía. Al pasar la política de la calle a los despachos, el PCE tuvo forzosamente que *entregar* buena parte de su influencia a los burgueses y a los socialdemócratas. Y la política del gobierno Suárez desde el 79, al intentar establecer una “normalidad” burguesa, arrinconaba a su principal aliado de la víspera. Muchos obreros vieron aquí el fracaso de la política de Carrillo. Pero el aparato también se sintió postergado, incómodo y pronto comenzó a patalear.

Las asambleas y comités seguían siendo una palanca de la acción obrera y un posible punto de partida de nuevas ofensivas. Incluso después de aprobada la constitución y de legalizados los aparatos sindicales, la autoridad de los *delegados* era muy superior a la de los sindicatos. Los obreros reconocían apenas la autoridad del sindicato como tal, pero escuchaban mucho al comité de empresa. El gobierno y los patronos no podían tolerar esta situación. Sin consolidar su *constitución* mediante un fuerte retroceso de los comités, esa constitución aprobada no valdría un duro.

Mientras el PCE faenaba para sacar adelante a la monarquía de Juan Carlos, había dado una idea: *institucionalizar* los comités de empresa en tanto que una de las bases

del nuevo régimen burgués. Un parlamento no bastaría para frenar a las masas, ni a los militares. Las propias Cortes se basaban en un pacto exterior a los cauces parlamentarios, y que conducía hacia un régimen de tipo *bonapartista*, es decir con sindicatos, partidos, organizaciones patronales y militares, integrados todos a la estructura estatal por medio de instituciones fuera del parlamento. También los Estatutos de Autonomía catalán y vasco se negociaron, elaboraron y establecieron rigurosamente *fuera* de las Cortes. En esa misma línea, fue el PCE quien propuso en términos generales lo que llegó a llamarse la “segunda constitución”, la “constitución del trabajo”, el *Estatuto del Trabajador*. Una institución semi fascista que haría de los comités de empresa lo más parecido a los “enlaces y jurados” del sindicato vertical franquista. Pero, desde que comenzó su elaboración concreta, su contenido fue girando necesariamente en contra de la influencia del PCE.

La burguesía no se conformaba con lo principal para ella, es decir con someter los comités a una ley muy estricta que impidiese su renovación espontánea, su coordinación fuera de la empresa, o su constante recurso a la autoridad de la asamblea. La burguesía quería *además* reducir *por ley* su papel frente a las secciones sindicales, para que el “asamblearismo” dejase su sitio al conservadurismo de los aparatos sindicales con quienes el patrón prefería tratar directamente. En los hechos, el PCE iba a perder así buena parte de su influencia en las empresas, después de la que ya perdió al hacer pasar la calle por el tamiz de las urnas. Total: el aparato stalinista comenzó a amenazar con movilizar a los trabajadores contra la aprobación por las Cortes del *Estatuto del Trabajador*.

La lucha contra el *Estatuto del Trabajador* no podría identificarse sin embargo con este malestar del PCE. Los propios obreros veían que se estaba amenazando la independencia de sus delegados elegidos a los comités de empresa. Además, entre los veranos del año 79 y del 80, cerca de medio millón de obreros más fueron al paro. Un salto cualitativo. Eran los primeros resultados de los pactos de la Moncloa. La dictadura franquista siempre se vio incapaz de enfrentarse a un paro tan masivo. Su política de emigración y una legislación favorable al despido político pero contraria al despido económico, fue retrasando en España la acumulación de masas de parados. En 1974, de todos modos, esta política franquista fracasó y la cifra de parados dio el *primer* gran salto. Luego la crisis pre revolucionaria, con su gran presión de masas y el miedo burgués, volvió a frenar el aumento del desempleo... hasta esos pactos de la Moncloa donde los dirigentes stalinistas y reformistas aceptaron el principio del despido libre. Al final del año 78, los especialistas reconocieron más de dos millones de parados, un porcentaje que en cuestión de meses alcanzaba y rebasaba al de los restantes países europeos.

Entre los trabajadores, la decepción política se fue mezclando con este durísimo ataque material. En condiciones de ofensiva hubiese provocado batallas de envergadura revolucionaria; en un clima de reflujo y desorientación, inevitablemente provocaría serias *batallas de retirada* ¡y quién sabe si cambiarían el sentido de la evolución, pasando a la ofensiva! Había que intentarlo también. El V Congreso del PORE, reunido en el verano del 79, todavía no pudo ni quiso medir la importancia del bache en la lucha obrera. No decidió si representaba o no un giro profundo en las condiciones de la lucha y confió más bien en que no se tratase tan sólo de batallas de retirada, sino de una nueva etapa favorable a los obreros. Pero, sobre el problema clave, el PORE es tajante: el *peligro* consiste en confundir, en las acciones del año 79, los esfuerzos de las masas por recuperar el terreno perdido, con el puro *pataleo* de los burócratas stalinistas porque se les va a reducir su ración. *La Aurora* escribe en julio de 1979:

“... Los dirigentes oportunistas del PCE, del PSOE, e incluso los de la LCR y el PT, se ocupan de lamentarse de la política cada vez más reaccionaria del Gobierno... Entre es-

tos pataleos (y sobre todo cuando los trabajadores buscan la manera de actuar seriamente), los Camacho, los Redondo y compañía, se dedican a decir cosas como estas: ‘si esto sigue así, habrá que recurrir a la calle’; o bien: ‘si falla el parlamento, queda la huelga y la asamblea’; o en fin: ‘si sigue la política antisindical del gobierno, puede ser necesaria una huelga general’. Palabras, palabras y palabras. ¡Si los obreros se fían de los pataleos de los burócratas y de los oportunistas están perdidos!

“... No hay que fiarse de las terribles frases de los burócratas traidores. Los burgueses los conocen bien, generalmente mejor que los obreros, por triste que sea... Lo que hace falta es verdadera acción, organización, dirección revolucionaria.

“Los grupos como el PT y la LCR de ordinario nos responden que no hay condiciones para la huelga general. Pero quieren decir que esa huelga general no la van a organizar los dirigentes reformistas del PSOE ni los stalinistas del PC aunque haya condiciones. Cuando esos mismos burócratas juegan irresponsablemente con las palabras y ‘amenazan con la huelga general’, los centristas descubren las ‘condiciones’ que faltaban... ¿dónde?: en el verbo cínico de los aparatos dirigentes. ¡Mentira!: incluso si el PCE quisiera la huelga general, sería incapaz de lanzarla y menos aún de dirigirla. Toda su política DÍA A DÍA, toda su selección de cuadros, está orientada a sostener al régimen, no a preparar ni a dirigir masas. Si la situación lo obligase a girar a la izquierda bruscamente, sólo probaría su crisis y su descomposición. La huelga general debe ser *preparada* por la vanguardia obrera, agrupándose en un partido revolucionario y en torno a él: con la IV Internacional en sus luchas constantes.

“¡No nos fiemos de las palabras, pero tomémoslos por la palabra! ¿Huelga general? SÍ, HUELGA GENERAL, ¡ABAJO LA MONARQUÍA! ¿Huelga general ahora? SÍ, AHORA, pero una huelga general se prepara EN CADA HUELGA...”

En el mes de septiembre la prensa burguesa informa de que hacia el 14 de octubre, según el Consejo Confederal de Comisiones “... *tendrá lugar una concentración masiva en Madrid –se pretende que asistan varios cientos de miles de personas procedentes de toda España– contra la política económica del gobierno. En esta concentración podría hacerse pública la convocatoria de huelga general*”. El aparato stalinista, que retiró de su propaganda la consigna de huelga general desde los primeros meses del año 76 – ¡cuando además de una necesidad política, era *casi* un hecho no declarado, una realidad penosamente desorganizada!– blandía de nuevo la consigna como una fanfarronada burocrática. Pero el PCE quería mantener el orden burgués. ¿Cómo salvar la contradicción?: ridiculizando ellos mismos la consigna, agitándola a la vez que le quitaban importancia política. El día 15 de septiembre Camacho “precisaba”:

“... La movilización es una cosa natural... hay que ir a un proceso de movilización general sin salirse de las libertades que nos da la constitución. Este tipo de acción, que no debe asustar a nadie, que se ha hecho en todos los países de Europa, significará un importante toque de atención al gobierno.”

Un “toque de atención”... ¡“que no debe asustar a nadie”! Naturalmente, *así*, la acción estaba irremisiblemente destinada a fracasar, después de jugar con las expectativas obreras y de desviarlas de caminos más serios. Curiosamente el mismo día también habló a la prensa Enrique Marcos en nombre de la CNT:

“Hemos de establecer relaciones con otras organizaciones de trabajadores. Y si la movilización de los trabajadores ante la explotación por parte del capital ha de ser colectiva, la CNT irá a una movilización general, puesto que nunca hemos rechazado encontrarnos con los demás...”

Si los anarquistas parecen comulgar con la palabra de los burócratas stalinistas, los grupos centristas como el PT maoísta o la LCR están entusiasmados con el tono de Camacho y compañía. Y sordos a sus contradicciones. El 23 de septiembre, Tueros, el dirigente vasco de las Comisiones Obreras, dice ya:

“... si el gobierno no cambia de opinión en cuanto al Estatuto de los Trabajadores y al plan económico, llegaremos incluso a la huelga general, ya que es un derecho reconocido en la constitución...”

¿Se puede decidir una huelga general, una acción de tal envergadura y de tal dureza, ofreciendo al mismo tiempo garantías de orden, acogiendo a la ley y pidiendo disculpas? Los grupos centristas no quieren ver estas contradicciones, y sobre todo no quieren ver que el PCE suelta estas fanfarronadas al mismo tiempo que se opone en los hechos a las huelgas parciales. Y no son las frases las que dan la medida de una política, sino precisamente la posición concreta ante la lucha que libran los obreros. Sólo el PORE advierte contra la ilusión y la estafa.

Pero el 7 de octubre ya habían comenzado en realidad los contactos para un acuerdo entre sindicatos y patronal. El día 10 había decidido el Comité Central del PCE que los diputados de su partido “*no se retirarían de las Cortes en protesta por el Estatuto del Trabajador*” (¡al menos los burgueses del PNV se habían retirado para presionar sobre el Estatuto vasco!). Y el 11 la revista *Interviú* titulaba, a doble página, una entrevista con Carrillo: “*No creo en la huelga general*”.

Y llegó el 14 de octubre. El día. Setenta u ochenta mil obreros se reúnen en Madrid: pocos para los previstos, y entre ellos poquísimos jóvenes. Esa será la nueva tónica de la vida sindical: el *futuro* vuelve la espalda, se aparta y se aleja de la mano de esos jóvenes condenados al paro y desorientados. En la concentración el PORE agita contra los discursos conciliadores: “*¡fuera el Estatuto fascista de UCD!, ¡fuera las Cortes si lo aprueban!, ¡diputados obreros, salid de esas Cortes!*” Pero Camacho, entre bastantes silbidos, exige negociación, negociación y negociación. ¿Y la famosa huelga general? El amago de huelga quedó en... una jornada de cuatro horas de paro ¡el día 29 de noviembre!

En la jornada del 29 hubo ya en todas partes grandes y hasta entonces desconocidas dificultades para convencer a los compañeros de trabajo de que había que parar para participar en una acción tan inútil, tan saboteada por sus propios dirigentes. Los sindicatos iban cuesta abajo. El amago de huelga general de 1979 no fue más que una pataleta de burócratas fracasados.

## ***Luchas de retirada***

Fue a partir del verano del 79, y por lo tanto en medio de estas maniobras de aparato, cuando la dirección de Comisiones convocó varias asambleas masivas de delegados de comités de empresa. El 21 de noviembre, más de tres mil obreros se reunieron en la sonoramente titulada Primera Asamblea Nacional de Delegados de Comités de Empresa de Cataluña. Allí estaba sin duda la representación más genuina de la clase trabajadora. La lucha de los revolucionarios por crear unas *Cortes Obreras* de delegados parecía encontrar un eco retardado y deformado en las maniobras defensivas del PCE. En realidad y a pesar del título sonoro, se trató de simples mítines donde no se podía hablar ni disentir de los discursos de los burócratas. El servicio de orden impidió por la fuerza el uso de la palabra a los delegados del PORE (“¡esto es una asamblea, y no un mitin!”

decían nuestras octavillas). Pero los obreros de fila no llegaron a reaccionar. Los golpes que empezaban a recibirse en las huelgas facilitaban la pasividad y aislaban a los revolucionarios. Para pasar de un simple mitin a una auténtica *asamblea* no bastaba la voluntad de la minoría más consciente, sino que se necesitaba un *empuje* que llegase desde abajo, desde el movimiento huelguístico. Y no llegaba.

Sin embargo las grandes fábricas comenzaban entonces sus huelgas. Pero una a una. Las empresas fueron presentando expediente de reducción drástica de personal. Apoyándose en los pactos de la Moncloa y su espíritu de colaboración de clases, comenzó así la política económica burguesa de los años ochenta, la *liquidación* escalonada y masiva del aparato productivo para salvar los beneficios privados de las más grandes compañías durante la crisis. Si la *constitución* y sus pactos no le hubiesen servido a la burguesía para echar a la calle, sector tras sector, empresa tras empresa, a otro millón de obreros, es que no le servían para nada. Por lo tanto, la lucha de clases que en 1976 se elevó ya hasta el nivel del poder político, descendió en 1979 hasta la defensa de la plantilla de cada fábrica.

Para resistir sin ceder más, hacía falta *unidad*: unidad entre base y dirección (es decir un funcionamiento de asambleas realmente democrático), unidad entre las distintas fábricas (es decir coordinadoras de distintos comités para llevar juntos la lucha) y unidad entre los obreros de distintas tendencias (es decir frente único de los sindicatos). Los dirigentes stalinistas y socialdemócratas, que eran ya las correas de transmisión del régimen burgués, maquinaron toda clase de divisiones. Y los centristas les ayudaron bastante.

Después de la fanfarronada de Camacho y su huelga general “constitucional”, el PCE desvió el descontento obrero hacia una campaña demagógica contra UGT. Es cierto que UGT firmó un acuerdo vergonzosamente colaboracionista con la patronal, y que lógicamente los obreros más combativos se indignaron. Pero el aparato stalinista explotó de manera reaccionaria esta situación y, en lugar de animar a los trabajadores a seguir la lucha hasta arrastrar a ella a los compañeros de la UGT por medio de métodos unitarios, democráticos y abiertos, se dedicó a *agravar* sistemáticamente la división con toda clase de ataques al sindicato socialista. De paso –¡colmo del cinismo!– el mismo PCE paraba las huelgas diciendo que “UGT se ha opuesto y no es posible ir juntos a la lucha”.

Los centristas en esos meses iban enquistándose como pequeños parásitos del aparato sindical stalinista. Lo mismo que se tomaron en serio las fanfarronadas de Camacho, creyeron luego que podrían ayudar a una *radicalización* de las Comisiones Obreras apuntándose con un fervoroso entusiasmo a la demagogia stalinista en contra de la UGT. En cada huelga se repitió la misma evolución de los centristas. Primero confundieron el radicalismo verbal de los stalinistas contra UGT, con una radicalización de la acción que nunca se dio. Segundo, quedaban pillados por sorpresa cada vez que el PCE decidía también sabotear una huelga, una vez se había cubierto las espaldas con el previo sabotaje de los socialdemócratas. Tercero, al llegar a ese punto crítico, los centristas, que no creían ya en acciones generales ni ofensivas ni defensivas, promocionaban soluciones aisladas, huelgas *indefinidas* de una sola fábrica y, en suma, agudizaban la división de los trabajadores en lucha.

En octubre del 79 comenzó la huelga de AEG en Terrassa ante la amenaza de un expediente con centenares de despidos. En una asamblea de veinte o treinta empresas de la zona, el comité de la AEG de Rubí propone que esta asamblea de delegados tan representativa se constituya en dirección permanente de una huelga general local hasta la retirada del expediente y de cualquier amenaza de despidos. Pero los centristas no se atreven. En la asamblea se muestran indecisos, pero paralelamente constituyen un “comité de enlace” de sindicatos y partidos que, fuera ya del control asambleario, echa atrás

la propuesta y se limita a convocar acciones de “solidaridad”. Poco a poco, los stalinistas van dejándoles solos, y las autoridades apoyan a la empresa. A finales de octubre, desorientados, los centristas convencen al Comité de empresa de Terrassa de lanzarse a una *huelga indefinida aislada* (¡al margen de la filial de Rubí incluso!). De la pasividad, los centristas saltan a la aventura. En lugar de organizar la coordinación de *todas* las empresas de la zona, la organización de una asamblea *general* de delegados para una acción de fuerza de todo el Vallés, buscan una salida aislada... y fracasan. El mismo comité propone el 2 de noviembre aceptar los despidos, con un mínimo de contrapartidas de detalle. Históricamente los centristas atacan a los obreros del PORE que insisten en preparar una huelga general comarcal. El día 5 logran acabar con la huelga. Algunos de estos centristas, desmoralizados, abandonarán la empresa sin pelea en los meses siguientes.

Las acciones huelguísticas más decisivas tuvieron lugar en el *automóvil*. Era de esperar. Desde la primavera del 79 el PORE elaboró una táctica detallada que suponía la inminencia de importantes acciones defensivas en este sector, y se orientaba a intentar una huelga general del automóvil. La clave estaba en coordinar los comités partiendo de la unidad de intereses y de la potencia de la movilización de este sector si actúa unido. En el verano, ENASA y Ford estaban en lucha. En agosto la asamblea de Ford distingue ya tres bloques: UGT contra la huelga; CCOO por acciones parciales (contra horas extras); y, como dice la prensa: “*otras fuerzas sindicales minoritarias trataron de que fuese votada y aprobada la huelga indefinida...*” La posición de los centristas desvía ya la posibilidad de una huelga general hacia un acto peligroso y aislado. El 10 de octubre la UGT había prácticamente vencido y dominado la huelga.

En la Chrysler (Talbot) de Madrid la lucha comenzó al final de noviembre. Ante una amenaza de 481 despidos (y ocho trabajadores ya despedidos) comienza el día 27 una durísima huelga de cuarenta días. El 12 de diciembre en torno a los de Chrysler, más de cien mil obreros de las fábricas más importantes de Madrid realizan una impresionante manifestación, a la que se unen muchísimos jóvenes. El sentimiento de fuerza crece tanto que, al día siguiente, al enterarse la asamblea de que hay una gran manifestación de estudiantes, decide unirse inmediatamente y ocho o nueve mil obreros participan para extender y popularizar su propia huelga junto a otros sectores. Como en AEG, la base cree que estos esfuerzos acabarán confluyendo en huelga general, provocadoramente salvaje: dos estudiantes caen muertos, y las protestas y detenciones se prolongan durante más de una semana. Los obreros de la Chrysler tomaron este ataque policíaco como un desafío a su propia lucha. El 2 de enero, cuando la patronal abre las puertas de la empresa para que cedan los huelguistas fatigados, la asamblea se reúne y decide seguir adelante con el paro. Desde entonces hasta el 8, reflexionando sobre los efectos del *lockout*, son muchos los trabajadores que se plantean extender la huelga. Pero es significativo que sólo el PORE defienda esta posición; CSUT, SU y CNT, los sindicatos que entonces canalizan la izquierda obrera, explican a los inquietos que “esta vez los de Comisiones Obreras sí hacen lo que tienen que hacer”. Y, cuando el gobierno, preocupado por el orden público, impone a la empresa y al comité un acuerdo sin garantías, no hay *alternativa* organizada y la huelga concluye.

Todo aquel invierno estuvo también en lucha la Fasa-Renault de Valladolid, donde la mitad de la plantilla apoya entonces a los grupos *centristas* asamblearios. Pero estos grupos, que disponen así de una posición de fuerza envidiable para promover acciones generales del sector, consumen en meses su fuerza: vuelcan todas sus energías en el *boicot* al comité de empresa, y vuelven la espalda a las tareas de coordinación de los comités del automóvil. Las formas de coordinación quedan pues en manos de los aparatos, y por lo tanto revisten un carácter estrecho, parcial, semi clandestino: hay la “coor-

dinadora de Comisiones del sector automoción”, que ni siquiera intenta adquirir autoridad en esas huelgas; las coordinadoras UGT de las empresas Ford europeas, que se limitan a esta compañía por separado; las conferencias de la LCR para el sector automóvil, que son reuniones de partido, etc. ¡Pequeños tinglados sectarios, cerrados, y autocondenados a una vida marginal en las huelgas!

El 10 de enero de 1980 comienza la huelga en Seat. Desde la víspera la UGT ha declarado que no secundará la *huelga indefinida*. Hay una voluntad de todas las tendencias de plantear en tales términos (*huelga indefinida* o no) el problema, a fin de desviar la atención del llamamiento de los revolucionarios a una *huelga general del sector*. El día 14 UGT sencillamente abandona el comité de huelga y convoca unilateralmente a volver al trabajo. Se trata de un caso de esquirolaje. La prensa liberal burguesa truena contra las asambleas obreras, sus votos a mano alzada, sus piquetes. Estas formas vitales de democracia obrera aparecen en la prensa calificadas de “anárquicas” o de “terrorismo industrial”. ¿Podían defenderlas de tales ataques los *mismos* dirigentes que habían pactado la constitución y que cedían ante la mayoría de las Cortes monárquicas en la cuestión del Estatuto del Trabajador?

El día 15 los dos caminos se definen así: en la factoría la empresa y UGT organizan un “referéndum” con los pocos que han entrado; fuera, la asamblea vota a mano alzada. Y vota la huelga. Pero la dirección de CCOO ha planteado ya la propuesta de “seguir la lucha dentro”, y nadie asume con seriedad la defensa de los piquetes para impedir el esquirolaje y, con el esquirolaje, la inevitable desmoralización. Los métodos que el comité comenzó empleando contra la UGT (no dejaba hablar libremente desde la base de las asambleas) empiezan desde ese día a emplearse también contra la izquierda. La asamblea decide seguir la huelga *pero*, en las horas siguientes, Rodríguez Rovira reúne a la agrupación de Seat del PSUC para imponerle la línea del comité ejecutivo stalinista: “El objetivo –manifestó Rodríguez Rovira a la redacción de *El País*– es entrar en la fábrica y continuar la lucha desde dentro. Hemos de ir hacia paros limitados, en vez de a una huelga indefinida”. En cuanto a la tercera propuesta, la minoritaria de huelga general del automóvil, esta gente no quiere ni mentarla.

Pero el día 16 la asamblea se impone de nuevo y decide seguir. La prensa amarga el desayuno de los burgueses con titulares como estos: “continúa la huelga de Seat abandonada al control de la asamblea”. En concreto, el relevo lo ha tomado la CSUT maoísta y, opuesta con todas sus fuerzas a una acción general de sector, está probando a avanzar por el callejón sin salida de una huelga indefinida. Paso a paso, esta política minará la moral de la asamblea. El día 21 la votación, en un clima de divisiones y gran tensión, es favorable a la vuelta al trabajo. La LCR *no* presenta su octavilla hasta que ya se ha votado la vuelta al trabajo. Y entonces la reparte: es un ataque a la UGT, para salvar la responsabilidad de las otras direcciones. Y dice: “... *en estas condiciones la empresa supo que era cuestión de días el fin de la huelga... es el momento de buscar otros caminos de lucha... nuestro partido llama a todos los trabajadores a decidir en esta asamblea la vuelta al interior de la fábrica*”. Algunos obreros comentan maliciosamente que, de haber votado lo contrario la asamblea, la LCR se hubiese guardado su hoja. Y señalan un problema serio: *nadie* quería ya la responsabilidad de esa huelga. O mejor dicho, los que como el PORE sabían a dónde ir, estaban aislados por los demás. Días después de esta vuelta al trabajo, la empresa presentó expediente de regulación de empleo. Tenía prisa por explotar su victoria. Y el 30 de abril las elecciones sindicales de Seat dan la mayoría del comité *por primera vez* a la UGT. El balance no puede ser peor: el centrismo, con su “huelga indefinida” marginó a los partidarios de una huelga general del automóvil, y entregó la asamblea al PSUC; a su vez, el PSUC entregó la asamblea a la

empresa con la excusa de que “la UGT nos traicionó”; la UGT y la empresa recogieron maduro el fruto de la fatiga y la decepción.

Así fueron las luchas del 79 y del 80. Y el *centrismo* comenzó a desmoronarse. Sus últimos cartuchos estaban quemados. La CNT se escindió ese invierno y entró en un profundo letargo. En cuanto al PT (y con él la CSUT y el SU) desapareció del mapa. Sus dirigentes se repartieron entre los que abandonaron la actividad política, y quienes intentaron crear un partido *radical* promocionado por la misma burguesía. También Bandera Roja llegó a la práctica extinción, y la OICE quedó en parte absorbida por el MC y en parte dispersa. El reflujo de la ofensiva liquidó de este modo muchos matices intermedios en el movimiento obrero.

En este 1980 los revolucionarios sentimos tocar fondo. Veníamos peleando por un *cambio* en la dirección de las masas, y de él nos parecía que dependía el cambio en la acción de las masas. Pero ¿cómo crear, desarrollar, poner a prueba y formar una nueva dirección en condiciones de reflujo de la actividad de las masas trabajadoras? La huelga de Seat reveló otra vez esa contradicción. Las octavillas del PORE, que presentaban propuestas positivas para avanzar hacia la huelga general, decían también:

“... Sea cual sea el resultado de la asamblea, incluso si son aprobadas algunas de estas propuestas, hay que formar una nueva dirección para llevar esta lucha hasta el final.”

Pero ¿dónde estaba esa nueva dirección? Si las propuestas se aprobaban, si la lucha seguía, podría en efecto proseguir el lento trabajo de agrupación y selección de un equipo siquiera reducido de dirigentes proletarios en la fábrica. Pero si la lucha remitía ¿de dónde podría salir esa “nueva dirección”? La contradicción se hizo más flagrante cuando la asamblea *votó contra* el comité de Seat, contra la “vieja dirección”. El comité empleó con éxito el chantaje: si no se aceptaba su propuesta, se retiraba. Y la mayoría de la asamblea cedió, pues no creía tener lista esa “nueva dirección”. El PORE podía ser una promesa, sus propuestas eran escuchadas, representaba sin duda una política a seguir... pero no disponía de un equipo de obreros para conducir la lucha de veinticinco mil hombres. En un clima de ofensiva, de la asamblea hubiera podido saltar en último caso un puñado de trabajadores para seguir adelante con la huelga. Pero en el clima del 80, el bastión obrero de Cataluña acabó dando la mayoría... a la UGT.

Los revolucionarios comprendimos ya que no podíamos seguir contando con el impulso propio del movimiento de masas para nuestra lucha *por la dirección* del proletariado. Al menos por unos años. Teníamos, al contrario, que ocuparnos más y mejor de reagrupar y formar a la juventud obrera como base de la nueva dirección revolucionaria. El reflujo de la lucha nos obligó a atrincherarnos en las posiciones ideológicas, a recomenzar la defensa del marxismo, el retorno al leninismo, en las filas de la juventud trabajadora. Al grito de “¡a las armas de la formación comunista!”, la actividad de los revolucionarios se adaptó a un bache en la lucha de clases.

## ***El avance del nacionalismo***

Conforme la clase obrera cedía terreno, la burguesía encontró fuerzas para ocuparse del grave problema nacional. Además la crisis de las organizaciones proletarias —en particular la de los grupos centristas— y el abandono de la lucha política por muchos militantes obreros reforzaron lógicamente las tendencias políticas de la pequeña burguesía y el *nacionalismo* irrumpió con fuerza. Mientras duró la crisis pre revolucionaria, las reivindicaciones nacionales de vascos y catalanes estuvieron *siempre* presentes en la

lucha, pero influidas y dominadas por la potencia del proletariado. Por lo tanto, no apuntaban hacia soluciones particulares, “nacionales”, sino más bien hacia una solución *general* que pasaría por la derrota completa de los franquistas. En cambio, el desánimo de los obreros en los años siguientes creó el clima propicio para desviar la lucha hacia supuestas salidas nacionales capitaneadas por las clases medias.

Hasta entonces, los pactos negociados entre los gobernantes franquistas y los dirigentes burgueses catalanes y vascos permitieron aplazar el problema para poder concentrar toda la fuerza de la burguesía y de los aparatos “de izquierda” frente a la movilización obrera. Pero en 1978 estos pactos eran insuficientes para contener la marea nacionalista en ascenso. El conjunto de todos esos factores puso en 1980 al problema nacional en el centro de la palestra política.

La burguesía española nunca logró crear una *nación* en el sentido moderno del término, es decir levantar una nación *burguesa*, basada en un mercado único sin barreras ni fueros, con una cultura y un idioma nacionales, con una fusión más o menos completa de las burguesías regionales en una clase única y que además dominase realmente la economía del país. La “unidad de la patria española” figuró desde luego en todas las constituciones o proclamaciones de la monarquía (incluso la dictadura de Franco era formalmente una monarquía sin rey), pero esa “unidad” era una *declaración de guerra* del poder central contra todos los pueblos periféricos para someterlos por la fuerza militar. La creación del Estado español monárquico no vino de la fuerza unificadora y progresiva de la burguesía en lucha contra la aristocracia, las trabas feudales, los privilegios locales, los eclesiásticos, el capital extranjero, el atraso agrario, etc.... La burguesía catalana, vasca, asturiana o andaluza fue siempre demasiado débil *frente* al poder central, al gran parásito heredado del imperio español del siglo XVI. En su decadencia, el aparato burocrático militar de un imperio podrido y bastante desmoronado aplastó al progreso burgués. Cuando este imperio pordiosero perdió las últimas colonias cubanas y filipinas, y con ellas el último motivo *práctico* que venía manteniendo unidos a los negociantes de las regiones periféricas, las burguesías de las viejas nacionalidades demostraron no ser capaces de enfrentarse a la monarquía y a su corte de militares, señoritos ociosos y grandes banqueros de Estado, intermediarios además todos ellos de los grandes capitalistas europeos. La burguesía catalana y vasca no pudo ya por una razón simple: había llegado a temer a los obreros más que a la peste, y tampoco quería ninguna modificación radical de la propiedad en el campo. ¡Sobre todo ninguna agitación campesina! ¿Cómo y con quién iba a hacer entonces su revolución nacional?

La burguesía *española* se fue pues constituyendo por fusión del capital bancario y terrateniente con la aristocracia y la burocracia madrileña, dependientes del capital extranjero. Y el Estado *español* se estableció a través de compromisos constantes con los privilegios locales (los fueros) y a través de una marginación creciente de la burguesía *industrial* de los territorios periféricos más desarrollados y modernos (como Cataluña), y conservando un campo atrasado dominado por la Iglesia. Lógicamente este proceso reforzó la tendencia al localismo, a la dispersión de las fuerzas económicas y culturales.

Por lo tanto, esa unidad de España, tan *violenta* y militar como políticamente *imponente*, zapada por mil compromisos, en vez de integrar a los pueblos peninsulares, desarrolló fuertes nacionalidades rebeldes en Cataluña, Euskadi, Galicia, y tendencias autonomistas en todas las regiones españolas. La burguesía se ha encontrado así a la cabeza de un Estado sin ser capaz de disponer de un *partido* burgués que lo dirija y lo domine por medio de instituciones democráticas. Sistemáticamente el *ejército* español emerge en cada crisis nacional como el único partido que puede, dentro de su disciplina interna y por su violencia, unificar los intereses y las filas de la burguesía para mantener unido al país y su Estado. Sistemáticamente el ejército interviene de modo contrarrevolu-

lucionario en la vida política con este fin, y exige un jefe militar por encima de las instituciones civiles: un caudillo o un rey. De manera que la España burguesa nunca será democrática ni republicana, sino fatalmente monárquica y militar.

Después de derrotar a los obreros revolucionarios en 1939, la dictadura de Franco hizo todo lo que pudo por “resolver” este problema histórico nacional. Una vez más por la fuerza, la de un régimen militar y fascista. Una vez más fracasó. Sus herederos Suárez, Fraga, Juan Carlos, Milans del Bosch y compañía, se encontraron de nuevo ante reivindicaciones nacionales que en 1979 adquirían cada día más fuerza.

El proletariado no había vencido pero había llegado a demostrar que su victoria resolvería el problema nacional. Esa victoria podría y debería reconocer el derecho de las nacionalidades oprimidas a decidir libremente sus lazos de Estado, precisamente porque el proletariado posee armas decisivas para que este derecho *no* conduzca a una dispersión de las energías de los oprimidos ni a un enfrentamiento. Esas armas son: a) su *unidad* como clase internacional capaz de lograr voluntaria y democráticamente la unidad de los pueblos en torno a la unidad de los obreros; b) un programa *socialista* para la producción, que irá barriendo desde abajo, por la evolución de las bases económicas de la sociedad y la cultura, y no desde arriba, no por una violencia política especial, los intereses particulares que separan y enfrentan a los pueblos; c) un programa *agrario*, el de la expropiación de los latifundistas y la entrega de tierras a jornaleros, colonos y aparceros, que puede inclinar los intereses vitales del campesino, del lado de los obreros internacionalistas y en contra de los burgueses nacionalistas. Dentro de este programa, no sólo se debe reconocer el derecho *político* a la igualdad nacional dentro de una federación de Estados, y a la separación si uno de ellos lo decide, sino que además sería *criminal* no rechazar por inútil y reaccionaria toda forma de opresión material, política o cultural de un pueblo o una minoría nacional por un Estado obrero.

En la guerra civil española los obreros tuvieron la oportunidad de demostrar que *su lucha revolucionaria* contra los burgueses fascistas lograba una sólida unidad de los pueblos peninsulares *al mismo tiempo* que esos pueblos disponían de derechos nacionales más amplios que nunca en la paz. Simétricamente, cuando el gobierno republicano burgués echó atrás la iniciativa obrera, desmontando milicias, comités, etc., de paso liquidó cuanto pudo de los estatutos de las nacionalidades. Siempre ha sido así.

Y de nuevo en 1975-78, los trabajadores integraron bien las reivindicaciones nacionales justas a sus propios objetivos de clase. Pero ya en 1977 Carrillo adoptó la bandera española y, a ese *nacionalismo español*, le siguieron en el PSUC, en el EPK, en el PCA, en el PCG,... una multitud de pequeños autonomismos dentro del movimiento obrero. El llamado “eurocomunismo” era ante todo un nacional-stalinismo, una especie de podrida cosecha patriótica del nacionalismo ruso de la burocracia del Kremlin. Los centristas, en esto como en todo lo demás, imitaron a sus maestros stalinistas “con dos o tres meses de retraso”. La LCR se dividió con la LLCR y la LKI. El MCE en EMK, MCC,... y así sucesivamente. Con el mismo espíritu estrecho que les hacía abandonar como “utópica” una solución revolucionaria del problema nacional, todos los dirigentes y adláteres del movimiento obrero ya oficial chapotearon en las turbias aguas del nacionalismo místico e impotente de la pequeña burguesía.

Dividieron a sus militantes y simpatizantes obreros por capillas y capillitas, intentando ocultar y a la vez agravando su traición en este problema nacional como en todos los otros.

Pero también en este, los stalinistas eran imitadores y colaboradores de su burguesía. Suárez inventó una fórmula *contra* las reivindicaciones nacionales más potentes: el llamado “*Estado de las autonomías*”. Consiste en fomentar los autonomismos locales más variados, para disolver en ellos y debilitar (o incluso dividir interiormente como en Na-

varra y las Baleares) las reivindicaciones netamente nacionales de vascos y catalanes. Al alimentar sentimientos localistas en el pueblo, esta línea facilita bastante un liderazgo de los caciques burgueses y de los políticos pequeño burgueses de campanario. Carrillo, González, Tarradellas y Leizaola pactaron esta reaccionaria fórmula.

Stalinistas y centristas la reflejaron y agravaron al crear ese “comunismo de las autonomías” e incluso un “trotskismo de las autonomías”. A partir de entonces el *nacionalismo* tenía que ascender a expensas del retroceso y la división de los obreros, y de la pérdida de autoridad de sus propias soluciones internacionalistas al problema de los pueblos oprimidos. Y, justo por este motivo, cada día quedaron más frustradas y exacerbadas las reivindicaciones nacionales. Poco a poco el ejército se fue preparando para intentar “salvar la unidad”.

En las elecciones catalanas y vascas del año 80, con un 40 y un 41% respectivamente de abstención esencialmente obrera, la UCD se hundió, los reformistas y los stalinistas retrocedieron seriamente, y el nacionalismo de diversos matices obtuvo victorias sonoras. Los dos partidos *decisivos* en la formación de la *Unión Sagrada* del año 77, los verdaderos pilares de la monarquía de Juan Carlos, la UCD y el PCE pagaron fuerte los gastos de su política. El desánimo obrero iba a la par con el progreso del nacionalismo, pero con el progreso del nacionalismo también iba a la par el hundimiento de la UCD. Así que llegaba la hora de Milans del Bosch.

## ***El terrorismo vasco***

Dentro de este avance general de las reivindicaciones nacionales y de las corrientes nacionalistas, el *terrorismo* de la pequeña burguesía vasca alcanzó dimensiones desconocidas bajo la dictadura de Franco, y llegó a arrinconar a *todas* las tendencias proletarias del movimiento de masas en Euskadi. El nacionalismo vasco creó en torno a ETA un movimiento opuesto a los arreglos constitucionales, partidario de una modificación violenta y radical de la forma del Estado, es decir un movimiento “revolucionario” de la pequeña burguesía.

Realmente su programa político no tiene un carácter revolucionario desde el punto de vista de la clase trabajadora. Tal programa consiste en la *independencia nacional*, a la que ETA sacrifica tanto como haga falta, no sólo la unidad internacional de los obreros como clase, sino también su independencia de objetivos frente a los objetivos de las otras clases populares vascas, concretamente del campesinado y de la pequeña burguesía urbana. En el ideario de ETA no hay lugar para un *poder político proletario* (de soviets obreros, por ejemplo) sino para un intento de gobierno popular socializante, del tipo de esos que la pequeña burguesía guerrillera ha logrado establecer transitoriamente en países semi coloniales como Cuba o Nicaragua. Es decir, gobiernos cuyo *socialismo* consiste en las medidas tendentes a asegurar un apoyo de los obreros a este poder de la pequeña burguesía, pero tendentes también a impedir que la clase obrera como tal ejerza su poder, su dictadura, a través de comités, consejos o soviets revolucionarios. La “revolución” de ETA es *política*; socialmente tiene un contenido de clase pequeño burgués o inter clasista; en la época del capitalismo imperialista es aventurera o reaccionaria, según la fuerza de que disponga el proletariado, pero en ella no puede basarse una victoria profunda ni duradera de las masas.

Y esa verdad impone su lógica. En el caso de ETA, el objetivo de una Euskadi independiente y socialista constituye tan sólo una especie de programa “máximo” que justifica la violencia de la acción, pero tan separado de lo inmediato como el “máximo comunista” del que se reclama el PCE. A la hora de definir los objetivos inmediatos, ETA

propone a la monarquía la negociación de *la alternativa KAS*, es decir un amplio desarrollo de la autonomía de Euskadi y de las libertades democráticas, en principio compatible con la dirección del PNV burgués.

Del terrorismo de ETA se podría decir lo mismo que Lenin escribió de los terroristas *socialistas-revolucionarios* rusos de su época:

“... Y cuando se leen los ampulosos y enfáticos artículos de *Znania Trudá* exaltando a los héroes del terror socialista-revolucionario, uno dice para sí involuntariamente: vuestro terrorismo, señores, no es la consecuencia de vuestro espíritu revolucionario. Vuestro espíritu revolucionario se limita al terrorismo.”

¿Cómo llegó a desplazar el terrorismo al auténtico espíritu revolucionario en la conciencia del movimiento obrero vasco? ¿Cuáles son el sentido y las consecuencias de este desplazamiento, para la evolución política de los últimos diez años?

Volvamos otra vez hacia atrás. En el año crucial de 1975, Pertur, el dirigente de ETA luego secuestrado y asesinado durante una lucha fraccional, declaraba lo siguiente en una entrevista:

“... desde 1968, dos clases pugnan por encabezar el movimiento nacional: la pequeña burguesía y el proletariado... La situación actual es la siguiente: la vanguardia patriótica es ETA; y ETA está cada vez más cerca de posiciones proletarias; pero la pequeña burguesía ocupa aún un puesto principal en el movimiento nacional incluso en la periferia de ETA. Digamos que en la dirección de tal movimiento coexisten el proletariado y la pequeña burguesía.”

Pertur se acercaba al nudo del problema, pero se acercaba con una óptica nacionalista, la propia precisamente de esa pequeña burguesía que quiere conservar y reforzar su influencia sobre los trabajadores gracias a la causa patriótica. Si nos seguimos aproximando al problema del que hablaba Pertur, pero partiendo de la *primacía* de la lucha de *clases* sobre la lucha nacional y democrática, describiríamos así la situación:

La historia del movimiento obrero vasco fue una pugna constante y crispada *por su dirección* entre la pequeña burguesía nacionalista y los trabajadores avanzados. Reflejo y parte de esta pugna fueron las inacabables luchas *internas* en ETA y en los grupos afines, entre sus sectores *obreros* y sus sectores *militaristas*, entre el interior y el exilio, entre la dirección política y los comandos operativos, entre los organizadores del trabajo de masas y los organizadores de atentados... Esa pugna evolucionó a veces a favor de la lucha de masas de los obreros. Pero otras veces hacia la proliferación del terrorismo individual. En esa pugna, además, las traiciones y la política equívoca del PCE favorecieron siempre el predominio de las ideas nacionalistas y sobre todo la crisis en el movimiento obrero organizado. De todos modos, mientras la clase obrera estuvo en ofensiva, los intentos de los terroristas por ponerse o seguir a su cabeza *fracasaron*: la protesta de las masas pasaba por su lado, por otros canales, hacia la acción. Sólo cuando el proletariado del Estado español empezó a ceder ante la *Unión Sagrada* de sus dirigentes stalinistas y socialdemócratas con los franquistas, y sólo entonces, el terrorismo nacionalista explotó y agravó la crisis y el reflujo del movimiento obrero, y ocupó un lugar central en la simpatía y la dirección efectiva de las masas populares vascas.

ETA se fundó al final de la década de los cincuenta. Como el FLP y las demás organizaciones de la pequeña burguesía. Su núcleo inicial se componía exclusivamente de estudiantes, técnicos y administrativos. En su primera asamblea de 1962 aún presumían de su espíritu de clase media y declaraban que “*el capital y el trabajo*” eran los dos “*elementos integrantes de la empresa, en cuya cogestión y beneficio participarán pro-*

*porcional y correspondientemente*". Su actividad tenía sólo dos frentes, el *militar* y el *cultural*. Aún no han vuelto siquiera la mirada hacia el movimiento obrero, que desde las huelgas asturianas del año sesenta y dos empieza a dominar toda la lucha contra el franquismo. ETA no ha creado todavía su "frente obrero".

Pero la presión del proletariado progresivamente influirá, inquietará y determinará el comportamiento de los estudiantes y empleados terroristas vascos. Ya en 1964, en su III Asamblea, ETA califica de "burgués" al PNV y se aleja de él mientras se propone contar con los obreros y decide adoptar un programa "*anticapitalista y antiimperialista*". Su principal acuerdo político es revelador: se trata de la entonces famosa "carta a los intelectuales", donde el recién adoptado obrerismo se les propone a los intelectuales vascos a fin de que conecten con el pueblo para poder realizar su propia función intelectual de creadores de una identidad nacional. El obrerismo de ETA en 1965 era más o menos el mismo que el de los curas obreros: ni más ni menos que un medio de reclutar tropa.

Sin embargo acabó provocando la primera crisis. A partir del desarrollo de las Comisiones Obreras en los años sesenta, años de ilusiones y de luna de miel del proletariado con la pequeña burguesía, ETA creó su "*frente obrero*" y ocupó una posición fuerte en la primera Comisión Obrera Provincial de Guipúzcoa. Y en 1966, mientras el PCE se encaminaba a la escisión y el FLP hacia una completa disolución, ETA se dividía por primera vez: el sector "obrero", del interior, ETA-Berri, acabaría evolucionando hasta formar el actual MC maoísta; el exilio pequeño burgués aceleraría su evolución hacia el terrorismo.

La crisis general de todo el movimiento obrero y de masas del final de los años sesenta conoció el primer intento desesperado de la pequeña burguesía vasca de mantener su liderazgo mediante atentados audaces, y también su primer fracaso aislada de las masas y machacada por la represión.

En su momento vimos que la crisis apenas frenó la radicalización de los obreros. Más bien les empujó hacia la izquierda. Cuando los detenidos de ETA, de una ETA casi diezmada, comparecieron ante el Consejo de Guerra de Burgos de 1970, donde Franco exigía condenas a muerte, la organización terrorista vasca estaba postrada e incapaz de arrastrar masas a la acción. Pero los *obrer*os de todas las tendencias lucharon por defender a los vascos. En ese clima gritó ante el tribunal el acusado Gorostidi: "*¡Gora Euskadi askatuta, gora espainako langileak!*" (¡Viva Euskadi libre, vivan los trabajadores de España!). La organización de ETA, empujada de nuevo por la fuerza de los obreros, se empieza a recuperar entre la juventud y durante esos meses decide convertirse en el nuevo "*partido comunista vasco*". Ante la desesperación de los *militaristas* el grueso de la organización evoluciona hacia el trotskismo. El momento es crucial: *pudo* conducir a una ruptura histórica de los obreros avanzados con el radicalismo pequeño burgués y a un balance completo del nacionalismo. Pero no fue así. En su camino, la ETA de la VI Asamblea se topó en primer lugar con la LCR pseudo trotskista. Inspirada por su dirigente Ernest Mandel, la LCR facilitó una fusión sin balance, sin declaración de guerra contra el viejo espíritu pequeño burgués, e incluso conservando el nombre. La LCR-ETA VI, esta especie de extraño hermanamiento del trotskismo (un falso trotskismo en realidad) con el nacionalismo, volvió a ponerle fáciles las cosas a la pequeña burguesía. Los intelectuales que se habían retirado al final de los años sesenta, con ayuda de la clase media vasca, pudieron recomenzar a ganar influencia entre la juventud trabajadora y reorganizar ETA en torno a sus viejas siglas y concepciones.

Pero la marea proletaria seguía invadiendo la escena. Incluso estos militaristas de ETA debieron reconstruir hacia el 72 su "*frente obrero*" y, con él, la eterna "lucha de clases" en el interior de su propia organización. Tras la huelga general de Pamplona en el 73, donde ETA fue incapaz de desempeñar un papel, el frente obrero se distanció del

militar hasta escindirse completamente en el año 74 y fundar el partido político LAIA. Ni siquiera el atentado mortal a Carrero Blanco, organizado por los militaristas para conservar a todo precio su autoridad sobre las masas logró evitar la escisión. En fin, el terrorismo perdía puntos cada año y cada mes. En 1974, el intento de crear una organización fusionada de los sectores político y militar, se resolvió con una nueva escisión entre “militares” y “poli-milis”.

Lo más significativo de esta historia de escisiones es su repetición constante, fatal: bajo la ofensiva obrera, la pequeña burguesía “necesita” un sector *obrero*, un sector *político*, o un sector *de masas*... La forma cambia, pero el sentido es siempre el mismo. Y ese intento conduce infaliblemente a un enfrentamiento entre quienes están presionados por la actividad de los trabajadores y sus necesidades, y los (militaristas) que representan el liderazgo de la pequeña burguesía activista sobre el movimiento de masas. La lucha obrera refuerza las filas y los argumentos del primer sector; inevitablemente los militaristas minoritarios provocan *atentados* cada vez más aventureros para no quedar arrinconados. Y, siempre del mismo modo, a la larga la pequeña burguesía vuelve a agruparse precisamente en torno al polo militar, y vuelve a reconstruir ETA precisamente en torno al polo militar.

Si esta noria sin fin dejará un día de dar vueltas, ese día será el que el proletariado disponga de una fuerte dirección revolucionaria y de clase, cuyas acciones, métodos y programa arrastren también a la mayor parte del pueblo oprimido, de los campesinos y la gente modesta de las ciudades, tras de los obreros, y los separe así de los aventureros nacionalistas de la clase media.

En 1975 ese momento empezaba a acercarse. ETA estaba contra las cuerdas. En la clase obrera las tendencias que se reclamaban de la revolución socialista habían conquistado un lugar decisivo. El PORE estaba en pleno desarrollo en Euskadi, sin tener que hacer ninguna concesión al nacionalismo. Y entonces comenzó la crisis pre revolucionaria.

Las razones ya expuestas por las que se frustró la ocasión, y por las que la clase trabajadora retrocedió en los años siguientes son válidas para el País Vasco. Pero en él hay que detenerse en la particular repercusión de la traición del PCE y de la claudicación de los grupos centristas, o incluso de la crisis del PORE. Porque la herencia del terrorismo era grande y las *amnistías* que se pactaron cayeron como estafas insultantes sobre el pueblo vasco que vio proscritos a sus luchadores del pasado. El terrorismo engordó alimentándose de esta frustración. En 1977 el gobierno Suárez negociaba todavía con las dos ramas de ETA. La violenta represión de las luchas por la amnistía en la “semana trágica vasca” del 7 al 15 de mayo de ese año, separó ya el camino de los vascos del que seguirían los demás trabajadores. Pero, sobre todo, los muertos de la masacre policial de San Fermín, San Sebastián y Rentería en julio del 78, dieron un giro de 180 grados a la evolución del movimiento obrero vasco con respecto a lo que venía siendo su evolución bajo el franquismo.

El PCE fue cayendo en barrena, aislándose y desmoralizándose en su impotente defensa del nuevo régimen y de su represión contra los derechos y luchadores vascos.

Los grupos maoístas y centristas, al decaer (MC, LCR, POSI) o simplemente al disolverse (PTE, ORT) hicieron crecer las filas del nacionalismo de todos los matices.

El nacionalismo pequeño burgués, a través de una plataforma electoral y política de masas, *Herri Batasuna*, logró ganar más influencia que nunca entre la juventud trabajadora.

En ese sangriento julio de los *Sanfermines* del 78, MC, OICE, ORT, PTE y EIA (Euskadiko Ezkerra)... llamaron a detener la huelga general en su punto culminante. Bruscamente el terrorismo volvió a ser popular y alcanzó sus más altas cifras (¡trescientos

tos doce militantes encarcelados al principio del año 1978, más que en 1974 al final del franquismo!). La pequeña burguesía ha desplazado a los obreros avanzados de la cabeza de la lucha en Euskadi. La tendencia de los años sesenta y setenta se invirtió desde la constitución monárquica. El camino descrito por Pertur se empezó a recorrer al revés.

Y, en medio de ese recorrido, tuvo lugar la última de aquellas posibilidades deformadas de crear unas “cortes obreras”. Ante el referéndum del 79 sobre el Estatuto vasco de autonomía, la coalición Herri Batasuna, que dirigía ya numerosas asambleas vecinales, muchísimos concejales, e incluso a comités de fábrica, se propuso organizar una *Asamblea Nacional Popular Vasca* (Euskal Herriko Biltzarra Nazionala) para elaborar un “contraestatuto” y actuar como “contrapoder” enfrentado a las instituciones y poderes de la monarquía. También en Euskadi el paso político adelante posible en la situación, se iba a dar... cuando las fuerzas obreras *cedían* terreno y cuando a la cabeza de las masas se *reforzaban* las corrientes pequeño burguesas. Pero era una posibilidad. Y una encrucijada para HB: ¿organizar a las masas, o volcarse definitivamente sobre el terror?

El 30 de mayo del 79 la prensa publica unas declaraciones de Santi Brouard que explican por qué HB ha retrasado la primera convocatoria de la asamblea popular: “... primero tenemos que ponernos de acuerdo sobre lo que debe ser el Euskadiko Batzarra, porque no todos tenemos la misma idea...” El gobierno despliega numerosas fuerzas policiales para impedir una nueva convocatoria el 17 de junio, pero una serie de delegados logran burlar el cerco y preparan un estatuto alternativo, anunciando que entrará en funcionamiento la asamblea nacional. Una vez más no hay acuerdo sobre su contenido. Solamente el 19 de septiembre HB dice que se constituirá definitivamente en enero del 80 como “un órgano de contrapoder popular alternativo al proceso de reforma”. Pero los nacionalistas dudan. Un sector presiona fuertemente para participar en las elecciones autonómicas, basando toda la campaña en negociar los puntos limitados de KAS (ampliación estatuto, amnistía, retirada policía estatal...). De otro lado hay la fuerte presión del terrorismo de ETA y las provocaciones policiales. Mientras se está discutiendo la política a seguir con la asamblea revolucionaria vasca, ETA ejecuta una veintena de atentados mortales. En verano han terminado las negociaciones clandestinas entre el gobierno y ETA político-militar. El 20 de octubre el ministro militar Ibáñez Freire informa de la existencia de unos misteriosos “comandos autónomos” que sólo él parece conocer, que estarían además relacionados con el ya entonces equívoco GRAPO y que, para más detalles inquietantes, serían según el mismo Ibáñez Freire, de carácter “asambleario”... ¿A dónde irán a parar?

El día 29 esos llamados Comandos Autónomos Anticapitalistas, de tipo “asambleario”, se estrenan asesinando a un miembro del PSOE en Euskadi, cuando HB prepara su asamblea popular. UGT y CCOO logran esta vez paros llamando a los trabajadores a una huelga general contra el atentado. Es una provocación contra la línea de la asamblea. En enero la coalición HB deja de hablar de su proyecto de *contrapoder* vasco. Lo ha dejado de lado. Y en los meses siguientes la coalición depurada quedará reducida ya a los simpatizantes de la línea de ETA militar.

## ***Agitación fascista***

Estancamiento de la lucha obrera, marea abstencionista, avance nacionalista y eclosión del terrorismo... Los fascistas comienzan a reorganizarse. Hasta ese momento estuvieron desbordados. Sus pistoleros salían frecuentemente a la luz, en Atocha, en Montejurra... protegidos por la policía. Algunos banqueros, como Oriol, siempre invirtieron dinero en sus actividades, que por otro lado eran canalizadas por la policía con fines de provocación. Pero sólo en 1979 lograron pasar a una agitación de masas cuya finalidad era preparar y ayudar a la intervención militar.

El fascismo del 79, compuesto de los restos del sector más siniestro del franquismo, de deshechos de comisarías y cuarteles y de cierta cantidad de niños aventureros de "familia bien", no era un movimiento de masas para tomar el poder. No existían las condiciones objetivas para que tal movimiento fuese posible, condiciones que Trotsky resumió con bastante precisión:

"Tanto el análisis teórico como la rica experiencia histórica del último cuarto de siglo demostraron con igual fuerza que el fascismo es en cada oportunidad el eslabón final de un ciclo político específico que se compone de lo siguiente: la crisis más grave de la sociedad capitalista; el aumento de la radicalización de la clase obrera; el aumento de la simpatía hacia la clase trabajadora y un anhelo de cambio por parte de la pequeña burguesía urbana y rural; la extrema confusión de la gran burguesía; sus cobardes y traicioneras maniobras tendentes a evitar un clima revolucionario; el agotamiento del proletariado; confusión e indiferencia crecientes; la agravación de la crisis social; la desesperación de la pequeña burguesía, su anhelo de cambio; la neurosis colectiva de la pequeña burguesía, su rapidez para creer en milagros; su disposición para las medidas violentas; el aumento de la hostilidad hacia el proletariado que ha defraudado sus expectativas. Estas son las premisas para la formación de un partido fascista y su victoria."

Es evidente que este ciclo sólo en una mínima parte, a una escala reducida se realizó en el aborto de la crisis pre revolucionaria del 76-78. Los obreros no se habían agotado, sino que habían fallado en su *primera* tentativa. Por lo mismo, la clase trabajadora no había llevado al *límite* la estabilidad del orden burgués, ni había arrastrado detrás de sí al conjunto de la población oprimida ni, por la misma razón, la había defraudado, ni revuelto violentamente a los pequeño burgueses contra los obreros. El fascismo *no* podía aspirar a reconquistar el poder en tales condiciones por la vía de un movimiento de las masas. Los ramplones periodistas de la democracia se esforzaron por señalar estos límites de la agitación fascista, y la describieron como una "actividad de nostálgicos". Como siempre los demócratas, al quitar importancia al fascismo, no buscaban convencer a las masas de que lo aplastasen en el huevo antes de encontrarse frente a la víbora, sino que adormecieron la vigilancia. Y, además, ocultaron lo esencial: que los fascistas no buscaban todavía hacerse con el poder por medio de esa agitación, sino acompañar con su agitación y sus provocaciones los preparativos de un *golpe militar*. El primer intento de la reacción no podía tampoco ser una profunda movilización contrarrevolucionaria, sino una primera sangrienta aventura militar.

El punto de arranque de su agitación fueron las manifestaciones "antiterroristas" que prepararon el voto a la constitución monárquica. El aliento anti terrorista de Suárez y Carrillo hinchó las velas de la agitación ultra. El ministro del Interior Martín Villa vociferaba: "*o se está con la policía y la Guardia Civil o se está con el terrorismo*". El PO-RE respondía: "*¡no aullaremos con los lobos!*" Los centristas callaban embarazados. Pero Tamames, desde la dirección del PCE, exigía "*un militar para ministro del Interior*". A los fascistas sólo les quedaba ya dar un pasito más en su consigna y gritar en los entierros de los agentes del orden: "*¡gobierno dimisión! ¡ejército al poder!*"

Un militar, Ibáñez Freire, se hace cargo efectivamente del ministerio del Interior en el año 79. La manipulación de los atentados terroristas con fines de provocación alcanza las más altas cotas. El GRAPO se encuentra promocionado al centro de la vida política. Se crea el *Batallón Vasco Español* que sistematiza la *guerra sucia* contra ETA. Aparecen igualmente los citados *Comandos Autónomos Anticapitalistas* que utilizan la simpatía por el terrorismo vasco para asesinar militantes socialistas. Las ratas fascistas dejan sus alcantarillas y recorren las calles apaleando y asesinando a jóvenes obreros y estudiantes. Así fue el reinado de Ibáñez Freire. El día 11 de mayo del 79, bautizado día de la “patria española” por Fuerza Nueva, la horda facha del notario Blas Piñar hizo desfilar cerca de veinte mil manifestantes semi uniformados por el centro de Madrid.

Cada 20 de noviembre, en la Plaza de Oriente, los fascistas recuentan ya sus efectivos y exigen la intervención del ejército. El año 79 alcanzan los doscientos mil...

La clase obrera se inquieta. Poco a poco se organizan las primeras manifestaciones contra la peste facha. Pero los dirigentes stalinistas y reformistas quieren evitar la calle; quieren que sea el gobierno y su ministro militar quienes pongan fin a esa situación. Mejor pedir peras al olmo. Y el PCE y el PSOE además de rehuir la formación de piquetes de escarmiento, van cediendo calles y barrios a los fascistas, que provocadoramente declaran en Madrid “zonas nacionales” donde intentan imponer su ley “a los rojos”. Quedan las fábricas. Pero, en las fábricas, los militantes “comunistas” y “socialistas” tienen instrucciones de tratar sin violencias a los nuevos sindicatos fachas que está reclutando Blas Piñar. En las Universidades, esos mismos partidos “obreros” aconsejan a los estudiantes que se respete la voz de los fascistas en las asambleas. En las “zonas nacionales” ellos machacan; en fábricas y universidades, se discute...

Sin embargo la juventud obrera busca la acción y surgen algunos brotes de comités y piquetes contra los fascistas. Los revolucionarios, por este camino, volvemos a encontrar cierto eco perdido entre los jóvenes. ¡Piquetes de escarmiento! Es la consigna del PORE. ¡Permiso de armas a los cuadros sindicales! Es la lucha que comenzamos en las organizaciones de la clase. Pero los centristas de la LCR y del MC reaccionan desviando la lucha hacia cauces conciliadores. Desde el verano del 79 en todas las ciudades convocan manifestaciones por la “ilegalización de las organizaciones fascistas”. Los centristas empiezan a lograr convertir el ansia de acción de la juventud en peticiones al gobierno, y a poner la seguridad de la clase obrera *en las manos* de la policía, de las leyes, de los tribunales del régimen... En esas manifestaciones el PORE comienza a desempeñar el papel *independiente* que le caracterizará en los años siguientes, formando un grupo compacto de la manifestación, pero un grupo distinto que agita enérgicamente sus propias consignas.

Ahora ya es visible que el contraataque *democrático* del 77 sólo fue el primer paso del contraataque *militar-fascista* del 80, y que la constitución representó el paso del uno al otro; desde que la revolución cedió el orden público a la monarquía y a sus Cortes, las calles se llenaron de ratas fascistas y de ruidos de sables.

## ***El año encrucijada***

1980 fue un año encrucijada, año de cambio en todos los órdenes y en todos los países. Se entrecruzan en él todas las tendencias, las prolongaciones finales de una etapa y los balbuceos de la siguiente, el punto más bajo del movimiento de las masas en ciertos países y la irrupción potente de la revolución en otros.

Cuando la lucha de los revolucionarios españoles parecía tocar el fondo del pozo, el levantamiento de los trabajadores polacos contra la burocracia stalinista sacudió a todo el mundo.

1980: encrucijada de dos épocas. La revolución obrera europea, después de haber alcanzado su cima hacia 1975 precisamente en la península ibérica, reflúa en el marco de los acuerdos firmados en Helsinki por las burguesías imperialistas y los señores del Kremlin para “cooperar” contra la revolución. Los PCs de Europa occidental desempeñaron un papel capital para lograrlo, pero a un precio que finalmente resultaría decisivo. En todas las elecciones europeas los PCs cosecharon terribles fracasos. El giro nacional-stalinista (llamado “eurocomunismo”) fomentó tendencias centrífugas y fracciones fuertes y numerosas. Sobre todo hizo perder terreno y autoridad a esos partidos entre los obreros, y alejó irremediamente a la juventud.

Carrillo ha dicho siempre que el PCE se había “*sacrificado por la democracia*” y su estabilidad. Y, desde luego, si los compromisos de colaboración mundial entre las clases firmados en Helsinki lograban desmovilizar a las masas de manera duradera, *entonces* el desgaste del aparato del Kremlin, la gangrena fraccional que corroía su armazón, la decepción de los trabajadores, etc., seguirían favoreciendo la estabilidad del orden burgués, español, europeo y mundial. Y, con esa esperanza, los amos del mundo tenían convocada una nueva Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa... precisamente en Madrid, cuya “estabilidad” era el florón de la colaboración de capitalistas y stalinistas (la lucha de clases, que no la casualidad, hizo que allí mismo la pescara reunida el golpe de Tejero).

Pero en la medida en que la lucha de clases recobrase su empuje y volviese a la ofensiva, *entonces* ese desgaste profundo de los PCs se convertiría en el punto débil de todo el orden mundial imperialista y de toda la colaboración del Kremlin. El aparato stalinista se dislocaría.

Ya en 1979, mientras el proletariado europeo fatigado reducía la amplitud de sus luchas, el relevo pasaba a los países semi coloniales donde comenzó entonces la actual ola revolucionaria. Los obreros y campesinos nicaragüenses derriban a Somoza; las masas iraníes abaten el Sha. La burguesía apenas ha podido reaccionar. Por América y por el Asia central la onda expansiva de la revolución sacude un país tras otro. Al final del año el ejército soviético derriba a Amín en Afganistán y ocupa militarmente su territorio. Carter intenta un golpe de fuerza en Irán. Burgueses e imperialistas actúan, cada uno por su cuenta, con los mismos fines (frenar de prisa la revolución) pero haciendo crujir los acuerdos y dispositivos de la “coexistencia pacífica”.

El cambio en la presidencia norteamericana refleja estas tensiones. Los círculos dirigentes del imperialismo tienen que afrontar el giro de la situación, la revuelta en los países coloniales y, a cierto plazo, una reaparición de movimientos revolucionarios en Europa. La “seguridad colectiva” progresa menos que el *rearme*, y los jefes burgueses exigen que el Kremlin *renegocie* los términos de su alianza, para que los burócratas asustados se conformen con un papel subordinado. Así fracasó la Conferencia europea de Madrid, que nació herida de muerte y agonizó sin ninguna gloria. El Kremlin desde entonces osciló entre una política de burdas concesiones al imperialismo o a ciertas burguesías (sobre todo a la francesa y a la alemana) y los intentos de maniobrar con las revoluciones de los países semi coloniales, a las que consideró como moneda de cambio a disposición del aparato stalinista, negociable con Reagan.

En enero de 1980 Carrillo corre a Rumanía por instrucciones. En marzo se entrevista con Berlinguer y con Marchais. No hay nada que hacer: el “eurocomunismo” se hunde sin remedio en esa crisis de la “coexistencia pacífica”. En abril el Kremlin monta en París un acto mundial de los PCs en apoyo de su política en Afganistán. Por esas fechas

los grupos “pro soviéticos” expulsados con Líster del PCE en 1971 se presentan con buena cobertura propagandística a las elecciones catalanas del 80. El Kremlin tensa las riendas del aparato, exige cerrar sus filas tras la disciplina de Moscú y detrás de cualquiera de sus oscilaciones diplomáticas.

El nacional-stalinismo de los llamados “euros” combinaba una entrega del aparato al interés “nacional”, una profunda interpenetración del aparato del partido con el del *Estado* burgués, con la tradicional dependencia de ese mismo aparato respecto a los intereses fundamentales y las órdenes de Moscú. Tal combinación tenía que ser un equilibrio difícil entre fracciones, algunas abiertamente patrióticas y pequeño burguesas, y otras tan entregadas como siempre a los intereses y a los subsidios de la URSS. Pero el equilibrio, en cada país y cada PC, reflejaba la estrecha colaboración de aquellos años entre el imperialismo norteamericano y el Kremlin, de la cual dependían luego los gobiernos de cada país. El giro del año 80, con ser sólo un paso hacia una crisis todavía imprevisible, bastó sin embargo para desequilibrar la colaboración, para complicarla y para hacerla sufrir nuevos asaltos de los oprimidos. Por eso los PCs comenzaron a disgregarse, dispersando a toda una parte de los obreros afiliados y sindicados.

Pero el movimiento de masas de los obreros polacos desde el verano del 80 aceleró este proceso. La unidad de las filas del PCE se mantuvo un par de años más, exclusivamente gracias a un silencio pactado sobre Polonia. El PORE llevó la solidaridad con Polonia, la defensa de *Solidarność*, la defensa del sindicato libre soviético hasta las mismas sedes del sindicato de Comisiones Obreras. Una reorganización de las filas obreras en torno al eje del significado y las lecciones de Polonia era posible y era el camino del trotskismo. Polonia podía ser *la aurora* de una nueva etapa del socialismo, y eso llevaría al primer plano a la IV Internacional, o más bien *el ocaso* del comunismo que acabaría desmoralizando a la vieja generación de luchadores. Intentado retrasar la alternativa, los “pro soviéticos” se pusieron a reorganizar al aparato detrás de las acciones contrarrevolucionarias de la banda Breznev, Andropov o Chernenko, y a costa del silencio y la represión de Polonia. Mientras, las filas obreras se debilitaban cada día y la juventud partía.

1980: la encrucijada mundial y nacional. Los trabajadores libran en España luchas de retaguardia. Los sindicatos convocan “jornadas” por los convenios ante una creciente pasividad de los obreros de fila: ¡eso no sirve para nada! ¡Resistir al paro! es lo que centra todas las ganas que quedan de seguir luchando. Y así, desde la base proletaria, y desde las fábricas más alejadas de las grandes concentraciones industriales, desde sectores poco organizados, comienzan *iniciativas* de lucha muy difíciles de clasificar. A veces huelgas de hambre, a veces ocupaciones. A veces largas marchas a pie, a veces ataques a los parlamentarios. Son los estibadores, es Nervacero, son Crimidesa y Olarra. Quizás las primeras de estas son en realidad las últimas batallas de una retirada obrera, pero ya *Crimidesa* con su enorme popularidad, su empuje desde abajo y su voluntad de vencer a cualquier precio, es también la abanderada de una etapa que llegará en los años siguientes: es ya un pequeño Sagunto. El año 80 fue para los obreros un año de cambios: el final de las grandes huelgas de los setenta, y el principio oscuro y aislado de una vuelta a la acción *incluso sin los dirigentes*. Y en una situación cargada de amenazadoras tormentas.

## ***El golpe***

El 23 de febrero de 1981, como todo el mundo sabe, Tejero asaltó con sus Guardias Civiles el parlamento en sesión plenaria, lo secuestró gobierno incluido, y salió caminando en libertad después de haber dictado sus condiciones. Y todos vimos esta vez las orejas al lobo.

Nadie quiso luego analizar las *razones* del golpe. A todo precio debía presentarse como un hecho “irracional”, como un acto de locura de la reacción, como un hecho aislado. Se han escrito libros enteros para describir vagamente la *trama* conspirativa, otros muchos para ocultarla, pero ninguno dedicado a la trama de los acontecimientos políticos.

Pues bien, la sucesión de acontecimientos descritos en las páginas anteriores, tales como el retroceso obrero, la crisis de los partidos, el avance nacionalista, el crecimiento del paro, la eclosión del terrorismo, la agitación fascista y el giro en la coyuntura internacional... ¿no constituyeron precisamente la *preparación* del golpe, la acumulación de condiciones favorables para la primera tentativa arriesgada de la reacción? Ya sólo quedaba la *preparación política* de una salida autoritaria de gobierno, y la *preparación militar* del golpe de fuerza.

La *Unión Sagrada* de oportunistas “obreros” y franquistas logró frenar a las fuerzas extremas y hacer adoptar la constitución monárquica, pero sus partidos principales – UCD y PCE– se empezaron a desmoronar en los meses siguientes. El hundimiento electoral de UCD en las elecciones vascas y catalanas del 80 fue el acta de quiebra de esta asociación de funcionarios unidos por el apego al poder. La perspectiva de perderlo o compartirlo aceleró su descomposición y sus fugas. Pero las reacciones de las direcciones políticas ante la crisis de la *Unión Sagrada* de todos los constitucionalistas, en lugar de dirigirse a sustituirla por otras formas de gobierno, se dirigieron a *reforzarla*, y a reforzarla a expensas del mismo parlamento. Desde 1979 Carrillo pedía un “gobierno de amplia coalición”, es decir llevar la *Unión Sagrada* hasta el mismo gobierno. Más tarde propondrá un gobierno UCD-PSOE, apoyado desde las Cortes también por el PCE. Pero, conforme la crisis se agrava, Carrillo y todos los demás irán tanteando la posibilidad de un gobierno *fuerte*, por encima de las instituciones parlamentarias, basado en pactos extra parlamentarios, acordado incluso con los militares, estrechamente ligado al rey. Lo que históricamente se conoce como gobierno *bonapartista*.

Desde septiembre de 1979 aumentó la presión del ejército. Ese mes los capitanes generales presentaron un ultimátum al rey: si UCD no controla la marcha del país, el paro, la agitación laboral, el separatismo y el terrorismo... intervendrán. Exigen un gobierno militar de iniciativa real, es decir otra variante del mismo gobierno extra parlamentario y bonapartista que se plantean los civiles. Las líneas de actuación de las distintas fuerzas del orden burgués empiezan pues a confluir, por encima de todos los matices, en la idea común de salvar al gobierno monárquico de las consecuencias del hundimiento de la UCD.

Los fracasos en las soluciones civiles desplazaron el interés burgués hacia las de carácter militar. Cuanto más se planteó UCD que tenía que buscar un refuerzo de gobierno por la izquierda (PSOE), por la derecha (AP) o en las nacionalidades (Pujol y Roca), tanto más se dividía la propia jerarquía de UCD en “familias” y fracciones hostiles entre sí. La misma necesidad de buscar aliados más estrechos acabó dando la puntilla a la unidad de este supuesto partido burgués.

En 1980 el gobierno Suárez amagó tentativas ocultas, cobardes, inconsecuentes, de frenar la presión militar creciente. Las tentativas se resolvieron con derrotas que aceleraron la conspiración golpista. Los bastiones del golpismo eran localizables en las fuerzas militares de la capital (división Brunete), en la Guardia Civil y en los servicios de

investigación militar (CESID). Después de una descarada manifestación golpista de la división Brunete, el gobierno retiró del mando al general Torres Rojas: lo que sirvió para revelar la fidelidad de la oficialidad de Madrid a los jefes golpistas, y para llevar los contactos de la conspiración a nuevas capitanías, como ya hizo Milans del Bosch al ser “apartado”... a la capitanía general valenciana. En abril Fontenla, director entonces de la Guardia Civil, se levantó contra el proyecto gubernamental de someter ese “cuerpo” a las autoridades civiles. Suárez sustituyó a Fontenla por Aramburu... pero cedió a la exigencia de la gente de tricornio y mantuvo el estatuto militar. En mayo Rosón sustituye a Ibáñez Freire ante la evidencia de que el ministerio del Interior es un foco de conspiraciones fascistas y de sangrientas provocaciones. Y ¿qué hace Rosón?: lo primero declarar que los “extremistas de derechas son menos peligrosos que los de izquierdas”. Cada medida defensiva del poder civil, una vez amagada y puesta ante los dientes del aparato militar, se convierte en un cobarde retroceso ante la insolencia fascista. En mayo un Consejo de Guerra pronuncia penas ridículas para Tejero y los otros conspiradores de *Galaxia*. En nombre del gobierno recurre contra ellas el Capitán General de Madrid... hasta que en julio y riéndose en sus barbas, el Consejo Supremo de Justicia Militar ratifica la sentencia ridícula y pone en libertad a Tejero para que se embarque en su segunda maquinación.

El gobierno está montado en una máquina que no domina. PSOE y PCE le ayudan a ocultar ante los trabajadores lo que está ocurriendo. Si algo se intuye, es a través de los trescientos mil fachas vociferantes que se reúnen ya en la Plaza de Oriente este 20 de noviembre de 1980: “¡ejército al poder!” aúllan los lobos carniceros.

Cuando acaba el año la burguesía, es decir los financieros, sus políticos de confianza, la Iglesia y sectores ligados al capital imperialista americano, intentan la *aproximación* de las soluciones militar y civil. UCD ya no puede ser el eje de un gobierno de coalición, reforzado, de *Unión Sagrada*. Quieren probar ahora un gobierno “de gestión”, “técnico”, con apoyo de todos los partidos, pero con gran peso de independientes y militares, presidido o copresidido por un general de confianza del rey. El político franquista Osorio lo negocia con el “socialista” Múgica; el general Armada lo comenta con el no menos “socialista” Raventós; parece que alguien lo consulta con el “comunista” Ballesteros, y desde luego cuentan para el gobierno con el “euro” Solé Tura. La *Unión Sagrada* está a punto de convertirse en un bonapartismo militar aplaudido por todos los oportunistas.

Hay resistencias a vencer, pero la más seria está en la calle. ¿Cómo lograr que la población trabajadora acepte tal solución, y que este gobierno no encone las luchas sociales y las reivindicaciones políticas? Quizás bajo la amenaza de un golpe *todavía* peor... Entonces, mejor que obstaculizar el golpe, el poder civil probará a utilizarlo para sus fines.

Así se van articulando las distintas piezas del 23 de febrero, que son las siguientes:

Primera. Las negociaciones políticas destinadas a reforzar la unidad de franquistas y dirigentes traidores del proletariado mediante un gobierno por encima del parlamento. Es decir, los diversos planes de Osorio, Múgica, Carrillo, etc., y que hicieron la función de preparación política y psicológica de la población para cualquier solución bonapartista.

Segunda. La utilización como detonante de un golpe típicamente fascista cocinado en las filas de la Guardia Civil y luego manipulado desde el CESID. Es decir, el plan de Tejero de secuestrar a las Cortes y al gobierno.

Tercera. La canalización y el freno de la presión de los grandes jefes militares, con Milans y Torres Rojas en vanguardia, animados desde las páginas de *El Alcázar* por el colectivo de generales “Almendros”, y que estaban ya preparando para mayo un golpe

militar clásico para poner fuera de la ley a los partidos políticos. Era el plan del golpe como en Turquía que, fallido el 23-F, probaron otra vez en vísperas de las elecciones del 82.

Cuarta. El montaje de *contragolpe* bajo la autoridad del rey, que concilie finalmente a todas estas fuerzas diversas frente a “males mayores”, y que convenza a un parlamento *secuestrado* y políticamente predispuesto, de que acepte un régimen bonapartista propuesto por el rey y los militares como arreglo final. Es el plan Armada. A través del comandante Cortina del CESID, que por eso salió absuelto del Consejo de Guerra, la casa real y un sector de UCD coordinaron el movimiento de los peones... pero fracasaron.

En enero se montaron los detonantes. Se obligó a dimitir a Suárez, y Suárez calló cobardemente: por ese cobarde silencio ahora es duque. Se forzó por todos los medios, incluida una huelga de pilotos aéreos, el aplazamiento del Congreso de UCD. Se montó un viaje provocador de Juan Carlos a Euskadi, a fin de que los militares pudiesen sentirse convenientemente *agraviados* con las lógicas reacciones de los vascos ante lo que considerarían insultante visita del rey de España. Desde luego, Juan Carlos hizo el papelón de rey *agraviado*. En fin, ante la resistencia del aparato de UCD, que no quiere autodisolverse, y que presenta a Calvo Sotelo para presidente de gobierno, el CESID da la señal de acción... y el golpe falla.

## ***Carrillo y el golpe***

¿Por dónde falló? Puede decirse que hasta la una y veintitrés minutos de la madrugada, en que Juan Carlos emitió por televisión un confuso mensaje, e incluso hasta varias horas más tarde con Valencia y la división Brunete, duraron las *negociaciones* entre todas las fuerzas arriba descritas como piezas del plan. Y también las negociaciones con las fuerzas ajenas decisivas, como las presiones para que los dirigentes sindicales impidiesen una huelga general obrera. Pero *no* hubo acuerdo entre ellas. Tejero no aceptó la propuesta de Armada en nombre del rey. Tejero —dijo— quería extirpar el marxismo, acabar con el parlamento, “*meter en cintura al país*”... y Armada le proponía introducir “marxistas” en el gobierno de los militares, e incluso a “ese comunista catalán” (Solé Tura). Pero el fondo de la cuestión es que, para hacer la parte del plan que hizo Tejero, hacía falta precisamente un sangriento insensato como Tejero, y por lo tanto resultaría al final el menos adecuado para aceptar un arreglo ejército-partidos. Y Armada no osó enfrentarse a Tejero por la fuerza. Tuvieron que retirarse todos ellos. En cuanto a los parlamentarios, escribieron una de las páginas menos nobles de la historia del parlamentarismo. La “democracia española” no tuvo héroes...

Quizá por eso el mundo oficial, que se identificó mucho más con los parlamentarios escondidos bajo sus escaños que con los agitadores que esa noche apenas durmieron, recorriendo los locales sindicales y políticos, editando y difundiendo declaraciones, etc., tuvo un celo especial en mostrar que “hubo pánico en la población”, o que “el pueblo español no estuvo dispuesto a dar su vida por la democracia”. En realidad no hubo tiempo suficiente para medir tal cosa, y en tal caso aquella noche sólo contaron dos fuerzas, los militares y los obreros, y ambas se miraron frente a frente y se tuvieron más en cuenta de lo que dejan suponer los análisis oficiales. Lo que tuvimos tiempo de ver, en todo caso, es que los parlamentarios —¡los dirigentes!—, sin vacilación alguna, dieron el ejemplo de valorar muchísimo más su propia vida que las instituciones parlamentarias que representaban. ¿Por qué reprocharles algo tan humano como el miedo? Porque el dirigente que se caga no debe, sobre todo, declarar que “las masas tienen diarrea”...

Detrás de los desacuerdos entre las fuerzas convergentes en el golpe del 23 de febrero está presente la gran incógnita, la reacción del proletariado tarde o temprano. Veamos en cambio el análisis de uno de aquellos padres de la patria. Concretamente el de Carrillo. Dice así:

“... el régimen parlamentario no se vino a tierra porque Armada y Tejero no se entendieron en el último minuto y porque el rey, desde la Zarzuela, aisló a los sublevados del conjunto del ejército.  
“Pero en ese 23 de febrero... el pueblo español no se movilizó contra los golpistas... ¿Qué sentido tenía la pasividad popular en el momento del golpe?... el rechazo de la segunda guerra civil...”

Las verdades a medias de este párrafo aderezan la ensalada de mentiras que contiene. El rey no aisló a los golpistas, sino que los abandonó a partir del fracaso en las negociaciones. El que Tejero y Armada no se entendiesen fue efectivamente el motivo *inmediato* del fracaso, pero no el motivo *último*. ¿Por qué Armada de un lado, o por qué Tejero y Pardo Zancada del otro, *no* probaron a resolver por la fuerza sus desacuerdos? ¿Se temían entre ellos, o temían a una tercera fuerza? Sólo hay una respuesta sensata: por miedo a la actitud de la clase trabajadora en el caso de prolongarse una situación de división en las filas militares y de quiebra del orden establecido.

La noche del 24 sólo fue un principio. Sólo probó lo *mal* preparado que estaba el movimiento obrero para afrontar una situación de todos modos previsible, el daño causado por el pacifismo y el derrotismo de sus dirigentes, el riesgo indiscutible de una derrota de las acciones obreras de resistencia, como la que tuvo lugar al final del mismo año en Polonia frente al golpe de Jaruzelski. La noche del 24 de febrero hubo quienes se ocuparon de sacar archivos, cerrar locales, prever fugas: los oportunistas de siempre. Hubo quienes perdieron el tiempo buscando la conciliación con los restos del poder, como López Bulla con la Generalitat catalana. Pero hubo quienes exigieron la huelga general, editaron los llamamientos, los difundieron, agitaron desde la madrugada, reunieron a todos los hombres disponibles, y quienes intentaron parar las empresas a la mañana siguiente, y ya estaban en las manifestaciones por la tarde gritando: “¡Tejero, Milans y Rosón, al paredón!” Muchos obreros, no pocos militantes sindicales, muchísimos jóvenes esa tarde; estábamos entre ellos. Y era sólo el comienzo de la respuesta.

El análisis de Carrillo se basa en una previa posición derrotista, que consiste en decir que nada se puede hacer contra el ejército. Sin embargo no es esta la posición de alguien que, todo y siendo un reformista, conoce o reconoce mejor la verdad. Tiempo después de aquellos hechos el comandante Busquets publicó esta valoración del problema militar:

“... las fuerzas democráticas tuvieron tres oportunidades para reformar el ejército: después del 15 de junio del 77, después del 23-F y después de los diez millones de votos socialistas. En estas tres ocasiones los franquistas quedaron totalmente desmoralizados y las resistencias a la reforma militar habrían sido mínimas. No se quiso hacer. No se quiso aprovechar la fuerza moral del momento. Al contrario.”

En efecto, al contrario, la esencia de la *Unión Sagrada* desde el 77 fue el pacto de los oportunistas con el ejército, con la única fuerza organizada de los franquistas, y pacto no dictado por la fuerza real del ejército frente a las masas en esos ciertos momentos, sino por la conveniencia política de burgueses y de stalinistas. Busquets cita posibles “reformas” porque es un reformista. Pero dice *cuándo* se pudo actuar, y que no se *quiso*

actuar. Busquets es un reformista más o menos consecuente, pero Carrillo es un derrotista.

La humanidad se arrastraría todavía hoy por la prehistoria o la esclavitud, si los oprimidos de todas las épocas hubiesen hecho caso a sus jefes *derrotistas*. Y el sector más revolucionario de los trabajadores estuvo siempre interesado en discutir *cómo* enfrentarse al ejército, cómo lograr vencerlo, qué ocasiones buscar y qué táctica emplear, con qué actitud hacia la tropa, con qué paciente labor de zapa, a partir de qué nivel de desarrollo de la lucha de las masas. Pero la historia de los últimos diez años, como bien dice Busquets, al contrario consistió en dejar pasar todas las ocasiones favorables, en desarmar a los obreros ante las amenazas de los militares, y en predicar cada vez más alto y más lejos el derrotismo.

Las líneas de Busquets podrían escribirse de este otro modo con un enfoque revolucionario.

Hubo *tres* ocasiones en que se pudieron asestar golpes parciales pero decisivos al ejército franquista, preparando así una posterior victoria completa sobre él: la primera fue en la crisis pre revolucionaria de 1976-77, en que los fascistas estaban paralizados, y sobre todo en los días que siguieron a los crímenes de Atocha, cuando la consigna de huelga general circuló de boca en boca; la segunda ocasión llegó después del 23 de febrero en que el ejército quedó momentáneamente dividido por el fracaso del golpe militar; la tercera fue el descubrimiento de otra conspiración para el 27 de octubre del 82, en que una parte del ejército quiso impedir la victoria electoral del PSOE. *Tres* ocasiones de aplastar a un sector militar sin que los demás se uniesen fácilmente a él. Y tres ocasiones perdidas por los jefes derrotistas de los trabajadores.

Para entender la sólo relativa pasividad de las masas hay que preguntarse: ¿qué defendían las masas?, ¿cuánta era su confianza en los dirigentes?, ¿hasta qué punto se habían preparado política, organizativa y psicológicamente para esta situación? Lo que demostró concretamente la noche del 24 de febrero fue que las masas en todo caso rechazaban una segunda guerra civil cuyo *fin* fuese el de defender a una monarquía bastante podrida, responsable de lo que estaba ocurriendo y que había dado tan poco a los obreros, y peor aún defenderla bajo la dirección de cínicos *derrotistas* cuyo heroísmo quedó más bien malparado en la televisión.

En cambio la pasividad popular era sólo relativa. Tejero y Armada no se pusieron de acuerdo, y sólo eso cortó el puente entre el rey y los golpistas. Pero la *naturaleza* de los desacuerdos es la clave: eran desacuerdos sobre el papel que los partidos y el parlamento debían desempeñar en el nuevo régimen militar; en otras palabras, eran desacuerdos sobre la fuerza de resistencia que ofrecería el proletariado y, por lo tanto, sobre los medios *políticos* necesarios para neutralizar a las masas, ya que no bastaría “meter en cintura al país”. Los Tejero y Armada nunca vieron a los obreros tan derrotados como los ve Carrillo. Por eso no pudieron exponerse a dividir las filas militares.

Y en la semana siguiente, cuando el ejército y el rey estaban francamente asustados y enfrentados entre sí por el fracaso de su primera intentona seria, los cientos de miles de manifestantes que salieron a la calle fueron una base suficiente para asestar el primer golpe decisivo al ejército, a uno de sus sectores, al que primero amagó y falló. En lugar de eso, los dirigentes se reunieron una vez más en torno a Juan Carlos y a sus generales. No se puede esperar que los lacayos dirijan la revuelta de los asalariados contra los amos.

Habrà otra ofensiva. Y la vida dirá quién fue y quién es charlatán. Si quienes dijimos que se les podía y se les puede vencer a los militares, o quienes dijeron y dirán que sólo se puede pactar con ellos.

## CRONOLOGÍA

### 1977

**Octubre.** *Asesinato en prisión de Baader y sus compañeros, líderes de la juventud terrorista alemana.*

### 1978

**Marzo.** *Secuestro de Aldo Moro, y popularización de las Brigadas Rojas italianas.*

**Octubre.** *Comienza una ofensiva sistemática de ETA contra militares y miembros de la policía y Guardia Civil.*

### 1979

**Abril.** *El artículo “¡A las armas de la formación!”. Enorme avance del abstencionismo, sobre todo juvenil, en las elecciones municipales del día 3.*

**Diciembre.** *Escisión de la CNT y progresiva marginación del sector libertario.*

### 1980

**Febrero.** *El dirigente del PT maoísta se pronuncia por la transformación de este grupo en un Partido Radical.*

**Julio.** *Autodisolución del PT.*

## ¡A LAS ARMAS DE LA FORMACIÓN!

(artículo publicado en abril de 1979)

Los días 12, 13, 14 y 15 de abril tendrán lugar las primeras JORNADAS DE FORMACIÓN COMUNISTA DE LA JOVEN GUARDIA INTERNACIONAL. En otros momentos de la lucha de clases, este tipo de iniciativas pasaba casi desapercibido, parecían casi rutinarias. En los tiempos que corren la iniciativa puede ser un verdadero acontecimiento político. Si no, que el lector relea de nuevo el título de esta convocatoria... “jornadas de formación comunista”... ¡Sí, sí: *de formación comunista!* Ni una excursión acompañada de un mitin, ni un carnaval político, ni un festival de izquierdas, ni ninguna otra variedad de los actuales montajes pequeño burgueses para reconciliar las costumbres de la sociedad burguesa con las de la “militancia de izquierdas”. Esto es otra cosa, y se trata nada menos que de la formación comunista de la juventud obrera. ¡En plena campaña antileninista de Santiago Carrillo!; ¡en pleno florecimiento de todas las formas de revisión teórica y de culto a la ignorancia y al oscurantismo! Y además el lector debería fijarse atentamente en quién organiza esas jornadas: la *Joven Guardia Internacional*. Así como suena. Es decir, sin una gota de pacifismo, de patriotismo, de nacionalismo ni de democratismo a la moda. Ni una sola concesión. Si la juventud responde a esa convocatoria de su joven vanguardia, y si esas jornadas cumplen su función, forjando en ese espíritu la organización de combate de la juventud proletaria revolucionaria, en los tiempos que corren se habrá tratado de un acontecimiento político.

Corren tiempos de *reacción* teórica. En buena parte esa reacción refleja el carácter del régimen social imperialista, es decir la completa decadencia de la burguesía y de sus expresiones políticas y de pensamiento. Cuando esta burguesía era una joven clase ascendente en contra del feudalismo, se permitió luchar contra la superstición, apoyar la ciencia, desarrollar el pensamiento. ¡Siempre con precauciones, siempre con compromisos con la Iglesia! Pero la decadente burguesía contemporánea hace más que compromisos: intenta disfrazar la *reacción* supersticiosa, religiosa, propia de una clase sin futuro en este mundo material, vistiéndola con la apariencia de un nuevo desarrollo sofisticado de la ciencia y del pensamiento. En las Universidades de la burguesía, donde hace siglos se luchaba contra el oscurantismo, ahora se discuten pretendidos “avances” tales como la incorporación de “ciencias ocultas”, para-ciencias, mientras la Iglesia recupera paso a paso su control sobre la enseñanza. En la ciencia y el pensamiento de la burguesía asistimos al sistemático y oficial *retorno de los brujos y de los inquisidores*. De otra parte, la burguesía “avanza” también reduciendo los estudiantes y los estudios. Al fin y al cabo, ¿para qué querría un parado o un peón saber letras?, se preguntan los miserables esclavistas “democráticos” de nuestros días. Para ellos, la enseñanza, además de “anti-económica”, es peligrosa. Los nuevos *capataces* de los modernos esclavistas “democráticos”, es decir los llamados “dirigentes obreros” que colaboran en el Estado capitalista, piensan exactamente igual que los amos. De tal manera que tampoco aquellos protestan cuando la “civilización de los derechos humanos” se apoya cada vez más en la policía, y cada vez menos en la educación burguesa, y cuando las funciones de la policía y del educador empiezan a fundirse y a confundirse.

Pero la *reacción* teórica en el movimiento obrero sólo en parte es un reflejo de la decadencia de la clase en el poder. Porque la época imperialista es también la de los repetidos asaltos del proletariado, la de la revolución socialista. Pero esta lucha obrera no es

lineal y en distintos momentos ha tenido que retroceder, que pasar por épocas de confusión y de retroceso, que recuperar fuerzas, que rearmarse para nuevas ofensivas. La actual *reacción* teórica en el movimiento obrero consiste en la ola de revisionismo, en la claudicación ante las ideas de la burguesía, de su Iglesia, en la invasión de un espíritu de compromiso en las cuestiones políticas decisivas, en el escepticismo generalizado hacia la teoría revolucionaria del proletariado. Pero esta *reacción* no procede, como fue el caso en otras etapas de la lucha de clases, de una derrota de los obreros y de la consiguiente euforia de las clases dirigentes. Esta vez se trata más bien de lo contrario. Ante un ascenso difícil pero constante de las luchas obreras y de la juventud, ante la perspectiva de una revolución obrera socialista, los jefes traidores del movimiento obrero que se incorporaron a la defensa del orden burgués durante los años pasados de derrotas y retrocesos, se lanzan ahora a una clara operación de desarme político de la clase revolucionaria. La punta de lanza de toda la *reacción teórica* existente en nuestros días, e incluso del oscurantismo burgués, no está en la decadencia general de la sociedad burguesa, y menos aún en un “retroceso” del proletariado que precisamente avanza. Está en el ataque premeditado de los propios dirigentes del proletariado contra su *conciencia de clase*. Ese ataque intenta oscurecer la conciencia que la revolución ascendente tiene de sí misma, de sus fines y métodos, ese ataque intenta así retrasar la irrupción de las masas revolucionarias, frenar su organización, reducir sus posibilidades de victoria, abriendo paso a la presión material, política e ideológica de la burguesía y de su Estado sobre las filas de los trabajadores. Aquí se encuentra la explicación de todas las otras formas de reacción teórica. Al fin y al cabo, en el centro de todos los avances del pensamiento social, desde que la burguesía comenzó a decaer, ha estado siempre *la presión, la amenaza y la organización* efectiva del proletariado internacional, y su lucha contra los políticos, ideólogos y charlatanes variados de la burguesía.

La importancia de esas JORNADAS DE FORMACIÓN COMUNISTA de la Joven Guardia Internacional consiste en que salen al paso de ese ataque *contra la conciencia de clase* del proletariado, y en que, adoptando la divisa de un RETORNO A LENIN, la joven generación de la clase obrera se dispone a TOMAR LAS ARMAS DE LA FORMACIÓN COMUNISTA para reforzar y organizar la conciencia de clase de los trabajadores, ante todo construyendo su partido para la toma del poder.

Pero es imposible hablar de estas JORNADAS y del problema al que responden, sin referirse al lamentable papel que desempeñan en el asunto los dirigentes anarquistas. Al fin y al cabo, aunque no sea por sus méritos sino por el rechazo de la juventud hacia la política del PCE y del PSOE, los anarquistas se encontraron de golpe y por sorpresa con la posibilidad de influenciar a una masa de jóvenes que les escuchaba y que aún les escucha. En este contexto debemos situar la consigna central reaccionaria que cierra la última declaración de la CNT sobre la situación actual y que proclama: “SI NADIE TRABAJA POR TI, QUE NADIE PIENSE POR TI”. Veamos cómo encaja esa consigna en la actual reacción teórica destinada a oscurecer la conciencia revolucionaria de los obreros y los jóvenes.

Es una consigna venenosa para la juventud obrera. Los dirigentes anarquistas que la han lanzado, al menos son consecuentes con ellos mismos: desde luego que ellos *no piensan* por nadie más, y es dudoso que trabajen por muchos, suponiendo que trabajen por uno solo. Pero si se limitasen a decir esta frase en justificación de su total pasividad mental y de acción ante la crisis de la CNT, los militantes les pondrían en la calle, diciéndoles: ¡bonita filosofía la vuestra!, ¡tampoco estaría tan mal que trabajaseis y que pensaseis un poco por la Confederación, y no sólo por vosotros mismos! Previendo tan peligrosos pensamientos, estos dirigentes han convertido la filosofía de su propio individualismo egoísta en la consigna general de un sindicato. ¿Puede haber mayor contra-

dicción? El fondo reaccionario de la consigna sale a la luz si la escribimos de esta otra manera: “que cada cual trabaje por sí mismo y que piense por su cuenta”. ¿Cómo se puede casar un movimiento obrero, de clase, de solidaridad, de organización, con semejante consigna de artesano pequeño burgués, individualista, desconfiado, autosuficiente y anarquista? No se puede. Por eso la CNT se disuelve y se desorganiza chapoteando en ese fango de las teorías baratas de sus dirigentes. La CNT se formó como un gran esfuerzo de solidaridad de clase, y como tal llegó a ser una fuerza. Su primer nombre, SOLIDARIDAD OBRERA, lo dice todo. Es cierto que dentro de ese movimiento los dirigentes anarquistas metieron siempre sus ideas individualistas, las que se expresan en la citada consigna, y que son las propias del campesino que trabaja solo y para sí mismo, y cuyo pensamiento no quiere salir del marco desconfiado y cínico del “refranero popular”. Esa consigna del “SI NADIE TRABAJA POR TI, QUE NADIE PIENSE POR TI” podría efectivamente incorporarse al refranero más reaccionario, y figurar al lado del “MÁS VALE PÁJARO EN MANO QUE CIENTO VOLANDO”. Pero el ideario anarquista pequeño burgués, en los años del ascenso histórico de la CNT, no llegó a tapar, sino sólo a deformar y en definitiva a inutilizar, el carácter solidario sindical obrero, de la Confederación. Y, en cambio, los dirigentes que llevaron a la legalidad a la CNT, a través de un pacto tácito de neutralidad hacia la Monarquía franquista, intentan hoy *anular desde dentro a la CNT* como sindicato, convirtiéndola en un movimiento pequeño burgués reaccionario de insolidaridad. Es evidente que *no lo han logrado aún*, que es un proceso, y que la base obrera se resiste. Pero esa consigna de lucha *contra el pensamiento*, entra de lleno en esa actividad reaccionaria de la actual dirección. Ni el trabajo, ni el pensamiento, y menos aún los de la clase asalariada y los de sus individuos, pueden ser reducidos a individuales y menos aún hostiles al pensamiento *social*. Sería igual decir: “QUE NADIE PIENSE”.

Además, la consigna está redactada con una curiosa mentalidad muy poco obrera: el dirigente que la lanza parece pensar que los obreros reivindican que alguien trabaje por ellos. Pero eso ofende a cualquier obrero que se tenga por tal. La consigna podría también escribirse así: YA QUE NO LOGRAS QUE ALGUIEN TRABAJE POR TI, AL MENOS LOGRA QUE LOS DEMÁS NO PIENSEN MIENTRAS TÚ TRABAJAS. Naturalmente, en esta forma brutal, a cualquier trabajador, le repugnaría. Pero todas las vueltas que se le den a esta consigna cultivan los aspectos más atrasados y desmoralizados que pueden influir en la mentalidad obrera en contra de una auténtica conciencia de clase. El obrero no quiere que nadie trabaje en su lugar, ni oponer su trabajo al de los demás obreros, sino *emancipar al trabajo*, organizar el trabajo colectivo y libre, en el que todos trabajen por todos, y eso permita que el trabajo social no se haga a costa de unos (los más) y en beneficio de otros (los menos) sino a favor del desarrollo de todos los individuos como miembros activos de una sociedad de productores asociados. Eso permitirá también que todos piensen libremente por todos, es decir que los trabajadores se apropien del pensamiento de toda la humanidad y lo desarrollen como arma del enriquecimiento de la sociedad y de sus individuos.

Pero la consignilla anarquista se dirige especialmente a desorientar a la juventud que busca un camino. Aquí empieza una nueva contradicción. Los jóvenes, y cada vez más, ni siquiera trabajan. No buscan quien trabaje por ellos, como el autor de la consigna, sino que buscan simplemente para quién trabajar, para qué explotador trabajar a fin de mantenerse y poder luchar hasta acabar con todos los explotadores. Para este joven parado, que quiere encontrar *su* trabajo, la consigna reaccionaria anarquista quizás tendría que traducirse así: YA QUE NO TRABAJAS NI POR TI NI POR NADIE, NO PIENSES EN NADIE NI EN NADA. Se trata de algo muy serio. Estos santones anarquistas incapaces, ayudan así a la burguesía a crear esa mentalidad según la cual el pensar, el

discutir, el buscar con pasión la verdad del combate, el luchar por convencer, por arrastrar a otros, todo eso se llamaría “comer el coco” o “dejarse comer el coco”. De modo que no exageramos. Nadie, y menos que nadie un joven piensa “por sí mismo” solamente. Entre sus pensamientos y sus actos, entre sus convicciones y las de los demás, busca siempre que haya la menor distancia, que el pensamiento se comunique, que pase a la acción, y a la acción colectiva, que la acción fecunde el pensamiento... ¡Esa es la fuerza de la juventud! Y, ¿cómo intentan domarla los burgueses, sus lacayos y estos payasos del moderno pensamiento libertario? Pues diciendo a cada joven que se refugie en sus propias limitaciones, en su propia soledad creada por la burguesía contra la conciencia de clase, en su propia ignorancia organizada por los “cultos” esclavistas, respondiendo... “no me comáis el coco”. Por suerte la Joven Guardia Internacional parece decidida –y seguro que lo está– a luchar contra todo eso y seriamente, porque nadie más lo hace, porque todas las direcciones oportunistas aceptan ese ataque contra la conciencia de clase y contra el decisivo y difícil papel de la juventud en la formación y en el desarrollo de la conciencia revolucionaria de la clase trabajadora.

Hay una chispa de verdad en la dichosa consigna, aunque sea una chispa de verdad ensombrecida por un montón de sugerencias mentirosas y reaccionarias. Es la verdad de decir al obrero, al joven trabajador, que *nadie le puede sustituir ni al obrar ni al pensar*, ni como individuo ni como clase, y que debe abrirse su propia vía. Pero esa indiscutible chispa de verdad en la consigna citada queda anulada por la trampa de la insolidaridad y del culto a la ignorancia. Y, sin embargo, el joven obrero debe entender que *su propio camino*, su camino hacia la emancipación del trabajo y hacia la libertad (en el gran sentido de la palabra) pasan por la unidad de la clase y la formación de su vanguardia y de su conciencia organizada. El obrero, *como obrero*, no puede pensar *por su cuenta*, sino a través de su propio esfuerzo por construir con otros trabajadores y luchadores la organización de la clase. Su pensamiento, como individuo *combatiente*, será tanto más libre, más audaz e independiente, cuanto más contribuya a reforzar la *conciencia de la clase* y su organización de combate. Y, al mismo tiempo, esto no es sólo la obra teórica y práctica de muchos, obra organizada y no individual, sino que además exige *apropiarse* (a través de la organización) todas las conquistas del pensamiento revolucionario de los obreros y luchadores que a lo largo de la historia *han pensado y obrado por nosotros*, aunque no nos pueden sustituir en nuestra propia lucha, la de hoy.

La consigna en cuestión presupone que los burócratas oportunistas se caracterizan por “pensar por los obreros”. Pero no se trata de eso. Los burócratas piensan poco, para comenzar. Y piensan por sí mismos, por sus amos burgueses, y en contra de los obreros.

Contra esos burócratas hay que levantar a la juventud, que puede aunar su espíritu de independencia con su capacidad de sacrificio solidario, en una combinación lo bastante explosiva para renovar la dirección del movimiento obrero. Por tanto, para aunar esos factores, hay que huir de toda formación paternalista de la juventud, pero hay que evitar tanto o más la ignorancia autosatisfecha.

La consigna que mejor cuadra a esa manera de pensar y de actuar de la joven generación de revolucionarios es la que han lanzado estas Jornadas de Formación Comunista. Nada del desconfiado y autosatisfecho “que nadie piense por ti”. No. La formación del pensamiento comunista es un arma de la acción revolucionaria. ¡Hay que apropiarse de ella!, ¡hay que empuñar esa arma y afilarla en la acción y la discusión autónomas de la juventud organizada!: “¡A LAS ARMAS DE LA FORMACIÓN COMUNISTA!”. Esa sí que es buena consigna para el pensamiento creador, práctico y revolucionario de la nueva generación del proletariado.

## CRONOLOGÍA

### 1979

**Septiembre.** *Capitanes generales presentan un ultimátum al rey.*

**Octubre.** *Huelga de la AEG de Terrassa contra expediente. Concentración en Madrid contra el Estatuto del Trabajador. Referéndums para los Estatutos vasco y catalán. Convocatoria de la Asamblea Nacional Popular Vasca. Artículo “¿De dónde viene el peligro?”.*

**Noviembre.** *Las Cortes a favor del Estatuto del Trabajador. Crece la movilización fascista en la Plaza de Oriente.*

**Diciembre.** *La huelga de Chrysler en Madrid.*

### 1980

**Enero.** *Huelga de Seat. Destitución de Torres Rojas del mando de la división Brunte.*

**Febrero.** *Carrillo habla en el Club Siglo XXI a favor de un gobierno fuerte de amplia coalición. Referéndum estatuto andaluz. Asesinato en Madrid de la joven militante del PST Yolanda González por dos pistoleros de Fuerza Nueva.*

**Marzo.** *Manifestaciones por la ilegalización de las bandas fascistas. Elecciones vascas y catalanas con fuerte ascenso nacionalista.*

**Julio.** *Huelguistas de Nervacero ocupan el parlamento vasco.*

**Agosto.** *Huelga de hambre de los jornaleros de Marinaleda.*

**Noviembre.** *Huelga de Olarra y marcha a Madrid de los de Crimidesa.*

## ¿DE DÓNDE VIENE EL PELIGRO?

(artículo publicado en octubre de 1979)

¡Con qué fuerza destaca ahora el carácter *provisional, equívoco y frágil* de la situación política que vivimos!: en 1975 y 1976 dominaron las grandes esperanzas e ilusiones, los proyectos ambiciosos; en 1977 y 1978, el falso “realismo” de los oportunistas, la “modestia” de los lacayos de la burguesía... y la desilusión de las masas; 1979 es el primer año dominado por la sensación de un final próximo, de un desenlace de la situación anterior. Sólo los dirigentes del Gobierno y los del PCE y el PSOE parecen creer en el régimen presente: es el suyo, el resultado de su “*UNIÓN SAGRADA*” en torno al trono de Juan Carlos. Pero las clases a las que dicen representar (la burguesía por la derecha y la clase obrera por la izquierda) se les alejan, y sus movimientos hacen crujir el tinglado político de estos franquistas “arrepentidos” y estos dirigentes traidores al proletariado.

Como imbéciles –porque también hay periodistas burgueses de inteligencia media– los editorialistas de MUNDO DIARIO, periódico que realiza en sí mismo la UNIÓN SAGRADA del capital con el stalinismo, claman contra quienes perturban el orden: un día fustigan las “huelgas irresponsables” y aluden a “oscuros manejos”; otro día alertan contra los “golpistas”, y siempre muestran una profunda fe en el actual régimen híbrido y remendado. ¡Pero la venta del diario sigue *bajando*, como las cotizaciones de la bolsa! Los inversores burgueses y los lectores populares están retirando su confianza a la alianza Juan Carlos/Carrillo/González.

El futuro *oprime* al presente: no lo domina a la manera que una *esperanza* domina un esfuerzo (eso pertenece ya al pasado, en que las ilusiones impulsaban la lucha por caminos fáciles hoy cerrados). Tampoco lo domina en la manera que un *plan* revolucionario imprime firmeza, audacia y orden en la acción de cada día (eso aún pertenece al futuro, ya que el plan, que es el de LA AURORA, no alcanza aún a mil obreros cada semana, sobre varios millones); hoy el futuro domina el presente como una *incógnita* que llena cada acción de tensiones, inquietudes, sentimientos de responsabilidad... ¿Habrá golpe de Estado, o de qué otra forma se descargará la tensión de esta situación imposible para los obreros, imposible para los burgueses, inestable y podrida? Hay que aclarar esa cuestión, aunque sólo la acción podrá responderla.

### *El golpe y la revolución*

¿Qué da tanta fuerza estas semanas al peligro de un golpe militar?: precisamente *un hecho que no depende* de las frases de tal o cual general: que en la conciencia actual de los trabajadores la idea de “un golpe militar” designa *la batalla que inevitablemente tendrá que librarse* entre los obreros y el aparato militar de la burguesía. “¡No es posible ahorrarse el enfrentamiento!”, esa es la idea enraizada a través de todas las últimas experiencias y que da fuerza a los rumores de un golpe. Como la burguesía tiene sus portavoces, y los gritos de un carnicero de uniforme como Milans del Bosch o de una rata fascista de sacristía como Piñar pueden dar forma concreta a la presión de la burguesía hacia el enfrentamiento, *parece* como si el enfrentamiento tuviese que ser un golpe militar. En cambio los obreros *carecen aún* de portavoces y organizadores sufi-

cientemente influyentes –todavía es reducidísima la adhesión al PORE– para dar forma política al movimiento simétrico que empuja a las masas obreras hacia conclusiones revolucionarias; y aunque en el fondo sea la revolución lo que está a la orden del día, parece una amenaza de golpe militar.

Esto explica el fenómeno chocante de que muchos luchadores vean en *el riesgo de un golpe* la imagen invertida de *la esperanza de la revolución*. Así frena su impulso la generación más vieja, mientras los muy jóvenes van a la aventura o incluso se dejan llevar por la provocación. Lo grave es que no pocos trabajadores –y casi todos los que siguen al PCE– están pensando que los Carrillo y González sabrían girar a la izquierda si el golpe amenaza, y que bajo la presión obrera podrían convertir esa amenaza en un avance revolucionario. ¡Ni la dura lección del 1936-39 ha borrado semejante ilusión! Y cuando esa ilusión se convierte en *toda una política*, conduce al terrorismo, es decir a la búsqueda de un enfrentamiento artificial y *provocado* entre el ejército y las masas. Entre quienes apoyan a Carrillo y quienes apoyan las vías terroristas no hay *ninguna diferencia fundamental* de conciencia, sino en todo caso de actitud, de inquietud. Pero en los dos casos *confunden* el golpe de Estado con la revolución, y abandonan la iniciativa de las masas; y en los dos casos hay una profunda y lamentable confianza en sus actuales partidos y un absoluto descuido por la construcción del partido obrero.

### *¿De dónde viene el peligro?*

El peligro del golpe es infinitamente más serio que las conspiraciones de los cuartos de banderas: no surge de la torpe voluntad de tal o cual fascista, sino de la *lógica profunda* de la situación. Cuando Milans del Bosch dice “que ha desaparecido el principio de autoridad”, el peligro está en que tales frases parecen un eco de las preocupaciones de Ferrer Salat cuando, en nombre del empresariado, dice “*que los salarios deben crecer por debajo de las previsiones de crecimiento de los precios*”. Ferrer Salat no propone, desde luego, un golpe de Estado, sino un Estatuto del trabajador *fascista* que restablezca el principio de autoridad en la empresa por medio de la colaboración con Camacho y Redondo. Incluso la solicitud de Milans del Bosch puede resultarle a Ferrer Salat “molesta” e “inconveniente”: eso no cambia el hecho de que, sean cuales sean las etapas y los episodios, la actual situación económica, social y política se resolverá por la fuerza, la lucha *seleccionará los métodos más eficaces* para cada una de las clases.

Hasta ahora se vivía bajo el signo de la llamada “evolución pacífica” que era más o menos pacífica mientras parecía una evolución. Semejante ilusión no existió en los últimos años de Franco, y sin embargo la presión de las masas era enorme y su grado de organización de las luchas era superior al actual. Al morir Franco, esa ilusión de la “evolución pacífica” detuvo, no la represión criminal de la policía, sino el enfrentamiento revolucionario. Luego, dos años de ilusiones y dos más de desilusiones. ¡Aunque ni un solo militar anunciase su vocación de carnicero de clases!: aquel paréntesis pacífico se acaba, y las clases y los individuos tienen que orientarse, mal que bien, hacia una etapa dura y nada pacífica. Ahora depende de quién tendrá la fuerza y la iniciativa: entre los obreros, la situación se perfila como un *golpe* en la medida en que confíen en el PCE o estén desorientados, y se perfila como la urgencia de organizar la revolución en la medida que hayan aprendido a contar tan solo con su propia clase y con su propio esfuerzo para construir una dirección proletaria revolucionaria.

El riesgo del golpe surge pues de las posibilidades de la revolución, si llegan a cuajar. Y sólo la escasa implantación del partido revolucionario hace que la forma *negativa* (el golpe) domine todavía estos meses sobre la *positiva* (ofensiva revolucionaria) a la

hora de escribir ese enfrentamiento del que la situación está preñada. Esa forma corresponde pues a un hecho bien real: *si no conducen hacia la formación de una dirección revolucionaria*, todas las condiciones existentes para una revolución se van pudriendo y presentándose invertidas, como condiciones para un golpe contrarrevolucionario. Y se presentan así incluso cuando sólo la batalla, la lucha misma, podría decir realmente la última palabra.

## ***Qué clase de golpe de Estado***

En resumen, el peligro de un golpe es completamente *real* pero no surge de un retroceso obrero, sino de que las masas, pese a todo, no quieren dejar la calle “por las buenas” mientras la represión y la miseria se abaten sobre sus filas<sup>14</sup>. No se trata tanto de las “libertades” pactadas en los pasillos (nosotros ni siquiera hemos sido legalizados), que podrían ser barridas igual que fueron concedidas. Se trata de la calle, o incluso de la empresa, donde los obreros se habían afirmado *mucho antes y mucho más enérgicamente* que por la legalización de partidos y sindicatos. A Ferrer Salat le molestan más las huelgas que los sindicatos, y más las manifestaciones que los partidos. Pero el gran fracaso del *franquismo híbrido* de Juan Carlos consiste en que los sindicatos y los partidos del régimen no permiten a los obreros organizar la revolución, y tampoco están ayudando a los burgueses a acabar con las huelgas y las manifestaciones. Y sin embargo cada día es un paso en una u otra de esas direcciones, aunque Camacho y Salat se sienten en la misma mesa.

Los defensores del “orden” de Juan Carlos desvían constantemente la atención de los obreros al presentar los peligros de un golpe como si viniesen de una fracción irresponsable del ejército. Sin embargo, tal clase de golpe es más un peligro para la misma burguesía que para las masas obreras. Carrillo, Suárez y González no temen a ese golpe *sino a sus consecuencias*: si una fracción militar se precipita antes de tiempo, en minoría, y sin que la burguesía y la totalidad o mayoría de sus fuerzas políticas y armadas la respalden, nadie perdería tanto como el ejército mismo, y como la dirección del PCE en las filas obreras.

Los intereses del gran capital no van todavía en esa dirección (aunque preparan y explotan las tentativas golpistas de sus militares “más inquietos”): el hundimiento de la Unión Sagrada española, aunque esté en las manos de sus generales, sería un golpe durísimo para la Europa de los burgueses y burócratas, todavía obligados ante todo a colaborar frente a las masas trabajadoras, y no es en cambio tan seguro que se impondría a los obreros españoles, pues su fuerza es muy superior en la acción que en el terreno pantanoso de la política de la Monarquía. Los intereses del gran capital van en el sentido de una *intervención del conjunto del ejército*, sostenida por los partidos burgueses y oportunistas, para rehacer la “Unión Sagrada” en torno al trono, a través de una sucesión de golpes escalonados contra el movimiento obrero y las nacionalidades oprimidas: los Estatutos de la Moncloa y el Estatuto “fascista” del trabajador son los primeros, pero en su sucesión llevarán a la intervención del ejército en toda la vida política y social.

---

<sup>14</sup> Naturalmente, esta afirmación tajante debería haberse matizado. Queríamos decir entonces que no había un *retroceso* profundo, o duradero, sino una situación indecisa. El golpe sería posible, ciertamente, por la *desmovilización* y el *reflujo* en la acción de las masas, pero era necesario para los burgueses porque la fuerza de la clase y sus posiciones decisivas seguían en pie. Si los militares triunfaban, habría un serio retroceso. Si fracasaban, podía ser el punto de partida de una nueva ofensiva revolucionaria (A.R.).

## ***Golpe e independencia de clase***

Lo anterior no quiere decir que los generales declaradamente fascistas no estén conspirando. Lo están. Quiere decir que lo peor para los trabajadores sería no ver *de dónde viene el peligro*, incluso si los criminales fascistas se precipitan. Todos los oportunistas hablan del “golpe fascista” pero justamente para preparar la verdadera amenaza, las condiciones de una derrota. El auténtico peligro viene de lo que el Gobierno y Carrillo llaman “política para evitar un golpe militar”, y que consiste en *ceder* más ante los militares, *evitar toda independencia* obrera frente a la burguesía, predicar la *paz social*, sostener la *represión*, reforzar el *poder...* En resumen, los oportunistas intentan “detener el golpe” haciendo ellos mismos, *por medio de la colaboración de clases*, lo que quiere hacer Milans del Bosch por medio de los cañones...

Así, desde 1975, Carrillo esgrime repetidamente la amenaza de los “poderes fácticos” para atar a los obreros a un régimen que se pudre de pie y que no es capaz de atar a los conspiradores fascistas. Desde el 75 ha habido dos “poderes fácticos”: el de la calle y el de los cuartos de banderas. Luego se formó además un poder “no fáctico”, es decir un “no poder”, es decir un gran cero a la izquierda que son las Cortes monárquicas. La tarea de los partidos obreros en esas Cortes ha consistido en evitar el enfrentamiento *siempre de la misma manera*: debilitando el poder de la calle, reforzando los “poderes fácticos” burgueses, y a fin de cuentas los cuartos de banderas. Y es así como han creado un peligro real de golpe reaccionario y, más aún, las condiciones para hacerlo posible *constitucionalmente, escalonadamente*, con la colaboración suicida de los oportunistas y los aplausos de la “democracia”.

La primera etapa de la preparación del golpe fue el *dejar al rey*; se justificó para contentar a los militares, pero hoy su función es ya la de pieza que puede *hacer pasar a todo el ejército* del lado de cuatro golpistas, o hacer un compromiso con ellos a costa de una fuerte represión de las masas.

El segundo paso fue la “Constitución para evitar la guerra civil”. Y, “para evitarla”, se incluyó en ella la intervención constitucional del mismo ejército, el AUTOGOLPE DE ESTADO: más que evitar la guerra civil, la Constitución la legalizó...

En tercer lugar se lanzó la “campana contra el terrorismo” destinada a reforzar la policía política, a desmontar los piquetes obreros, a castrar a los sindicatos.

En fin, cuando Carrillo dice que “en caso de un golpe serio, los obreros defenderían a Juan Carlos y la Constitución”, está terminando de preparar la derrota por adelantado. ¡Ahí está el peligro! El golpe de cuatro generales “fachas”, por sí solo, no es aún un verdadero peligro, pero *si los obreros se atan al régimen de Juan Carlos, la derrota es segura*: gane quien gane, por la fuerza o por compromiso final, las Cortes serían disueltas, el ejército reforzado, numerosos partidos perseguidos, las libertades suspendidas; unos lo justificarían por “la defensa de España contra los rojos”, y los otros por “la defensa de la democracia contra el extremismo”.

### ***“Si hay un golpe...”***

Compare el lector la anterior frase de Carrillo sobre el golpe y la siguiente del mismo sobre la Constitución: “no será quizás una Constitución por la que los españoles estén

dispuestos a dejarse matar”. Es decir que Carrillo llamaría a los obreros a defender con su acción algo que no merece una gota de sangre. He aquí el peligro de la situación en la que está en juego el futuro del proletariado, y en la que Carrillo llamaría a que los obreros se jueguen su futuro a una Constitución que no merece una gota de sangre. Lo que define a esa Constitución es que da *todas las armas a los militares* y no puede en cambio *movilizar a las masas*. En conclusión: la capacidad de lucha de las masas será idéntica a su independencia política y de acción con respecto a la Constitución, a las Cortes monárquicas y al partido de Carrillo.

Porque, sin embargo, si los golpistas se precipitan ES POSIBLE GANAR Y SE DEBE LUCHAR. Podemos prever y especular, pero la verdadera medida de las fuerzas sólo la dará *la lucha*. Los obreros deberán OCUPAR LAS EMPRESAS, ante todo y antes que todo; sin esta medida, sólo serían una masa de maniobra de las distintas fuerzas burguesas, y su organización quedaría en las manos de los claudicadores y de los aventureros. En las fábricas tendrían que hacerse fuertes, y *desde allí* tendrían que organizarse y organizar sus salidas, su resistencia y sus contactos con los soldados; si intentasen conquistar la calle antes de ser dueños de las fábricas, volverían a ellas bajo vigilancia militar y desorganizados. Pero el problema principal es crear su propio “poder fáctico” en unas CORTES OBRERAS de representantes directos de las fábricas y barriadas, apoyadas sobre los comités de empresa, sindicatos, asociaciones de vecinos, asambleas diversas, centros de juventud, piquetes y grupos obreros y populares de todas las clases. Sólo tal órgano podría representar a las masas frente a la Monarquía y a sus distintas fracciones militares y civiles. ¡Los poderes “no fácticos” como las Cortes monárquicas no merecen ni ser defendidas ni resucitadas, y en cambio podrían hundir a los obreros si cuelgan aún de su cuello a la hora de la lucha!

## ***Cuestión de cada día***

Es evidente que no se hace un plan para “el caso de un golpe de Estado”: dejar la lucha para entonces es empezar a perderla. Es cuestión de cada día, y a ese título habla el PORE de golpe de Estado. Precisamente lo que diferencia a los revolucionarios conscientes de los oportunistas y los terroristas, es que para los revolucionarios un choque armado *no cambia la línea, sino que la continúa en otra forma*. Es decir, lo que hemos presentado como la única actuación posible de los obreros ante la eventualidad de un golpe es esencialmente lo mismo que hay que hacer hoy, ahora, cada día, ya que cada día es actualmente un paso hacia el enfrentamiento, tanto si se prepara como si no. Los oportunistas lo *aplazan*, los terroristas lo *provocan*, los revolucionarios lo *organizan*.

En su último número, la revista POLICÍA ESPAÑOLA protestaba de las “propuestas favorables aparecidas recientemente sobre creación de comités de autodefensa ciudadana”, “vigilancia vecinal”... a los que la revista policíaca califica de “servicios de seguridad *piratas*” en los barrios: eso muestra que hay ya quien busca que la seguridad de los obreros no esté en manos de la policía franquista. Concejales de Herri Batasuna han exigido a los Ayuntamientos que se pronuncien por los permisos de armas, y eso es una justa lucha política por la autodefensa. Lo mismo plantea el PORE después de la provocación armada de la “marcha azul” de Santa Coloma de Gramanet. En realidad, todas estas iniciativas muestran en qué medida se puede luchar públicamente *contra provocadores fascistas*, sin someterse a la policía, y preparándose *independientemente* para el enfrentamiento.

Y sin embargo nada de eso sirve sin que estas y todas las demás acciones, en el terreno político como en el sindical, contribuyan a crear *el órgano* de esa independencia

de clase, el instrumento de la unidad y la acción generales de la clase obrera, es decir esas CORTES OBRERAS de delegados de fábricas y barriadas. Ahora ya cada huelga tiene que ser un paso: mientras se revitaliza la consigna de una huelga general, se revitalizan los comités responsables ante las asambleas. Lo estamos viendo cada día. La centralización de estos comités, su coordinación en la lucha, está ya planteada porque son el único marco válido de unidad de las masas y de sus distintos sindicatos y empresas. Pero es que, además, sólo si cada huelga refuerza los comités y los coordina, los obreros se están preparando responsablemente para las batallas decisivas y que nunca serían tan favorables a las masas como si empiezan con una huelga general organizada por los comités obreros.

## CRONOLOGÍA

### 1979

**Enero.** *La revolución iraní derriba al Sha.*

**Marzo.** *El PC italiano abandona su referencia al **leninismo**.*

**Junio.** *Manifestación del PORE ante la sede de CC.OO. de Barcelona para que exijan la libertad de Klebanov, fundador del Sindicato Libre de Trabajadores Soviéticos, encarcelado. V Congreso del PORE: ¡Por el Retorno a Lenin!*

**Julio.** *Victoria sandinista en Nicaragua. Manifestación en Varsovia.*

**Diciembre.** *La OTAN decide instalar 572 nuevos misiles en Europa. El ejército de la URSS derriba a Amin ocupando Afganistán.*

### 1980

**Enero.** *Carter llama a Suárez a los Estados Unidos, y Carrillo viaja a Rumanía.*

**Abril.** *Reunión de los PCs en París en torno a la política de la URSS.*

**Agosto.** *Huelga general en Polonia, comienza el movimiento revolucionario en torno a Solidarność.*

**Noviembre.** *Reagan elegido presidente de los Estados Unidos. Carrillo se enfrenta a los “renovadores” del PCE. Artículo “**Liquidación del partido obrero**”. Comienza en Madrid la tercera Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, que fracasará.*

## LIQUIDACIÓN DEL PARTIDO OBRERO

(artículo publicado en noviembre de 1980)

La actual situación aparece entrecruzada por dos movimientos opuestos en la lucha de clases: de un lado, lenta pero inexorablemente, apareciendo como en Polonia, frenándose a veces para resurgir en un país o en otro, sin conocer ninguna derrota decisiva, la ofensiva de las masas trabajadoras contra el orden de burgueses y stalinistas; de otro lado, en las cimas desmoralizadas del movimiento obrero, una ola de reacción teórica y política, de revisionismo, de oportunismo intenta contrarrestar el movimiento de las masas. Esos dos movimientos opuestos dan a la situación su carácter marcadamente contradictorio, indeciso. En la medida en que el oportunismo de los jefes traidores no logre detener el ascenso revolucionario de las masas, sus grandes partidos serán sacudidos por crisis, desgarrados por fracciones más radicales; en la medida en que el oportunismo reaccionario de los jefes logre detener a los obreros y ayudar a la burguesía a hacer retroceder a la revolución, esos grandes partidos “comunistas” van hacia la *disolución*.

### ***La crisis de la operación “eurocomunista”***

Hoy podemos ver esos dos caminos y a sus protagonistas, entrecruzarse en la situación contradictoria que vivimos: a los obreros del PCE exigiendo y protestando, incluso empezando a pensar en reagruparse frente al aparato; también a los dirigentes dispuestos a liquidar su propio partido en aras de una colaboración más estrecha con el Estado burgués. El aparato propiamente dicho, y sobre todo el más directamente ligado al Kremlin, se sitúa entre esas dos fracciones: sus esfuerzos organizativos y disciplinarios se destinan a mantener la existencia de los PCs como intermediarios entre las burguesías europeas y la burocracia de la URSS; pero esa misma política alimenta a las fracciones descaradamente liquidacionistas de la dirección. Las últimas batallas de la lucha de clases están acelerando esa evolución de las distintas fracciones.

El “eurocomunismo” fue una operación del aparato, a la vez reflejo de una crisis, y maniobra para controlarla. El aparato intentaba tomar la iniciativa frente a sus fracciones, y encuadrarlas en una Cruzada “antileninista” que reforzaría la colaboración de clases y recuperaría a los sectores que exigían “un balance del stalinismo”. En lugar de ese balance del stalinismo, los PCs iban a hacer la revisión democrática burguesa del leninismo, sin romper con el Kremlin. Todo el “Anti-Carrillo”<sup>15</sup> está destinado a desmontar esa trampa. Pero después de las elecciones francesas de 1978, después de Afganistán, y más aún ante Polonia, el aparato ha comenzado a perder no sólo la iniciativa, sino incluso el control de su operación “eurocomunista”: Radicalización en la base, deserciones en masa, pérdida de la juventud, miedo en los círculos más burocratizados, y audacia en las fracciones pro burguesas de la dirección, son los nuevos hechos ante los cuales el “eurocomunismo” entra en barrena.

---

<sup>15</sup> “El proletariado contra la Unión Sagrada (Anti-Carrillo)”, por Aníbal Ramos, Barcelona 1980, Ediciones LA AURORA.

Los problemas del PCE en Euskadi, Cataluña y Asturias son la prueba. En general, las Comisiones Obreras, mal que le pese a Carrillo y a Sartorius, se hacen el vehículo de las tendencias e incluso fracciones obreras que presionan constantemente al aparato, y de cuya oposición puede surgir una verdadera escisión proletaria. Es algo que en Asturias se ha visto muy cercano, pero que madura hace tiempo en Cataluña. Al mismo tiempo, los fracasos políticos han radicalizado a las otras tendencias a las que el aparato había ido recurriendo hasta hoy para aislar a sus elementos obreros. Esas tendencias eran las de los tránsfugas del centrismo, como Lertxundi, Solé Tura, y todo un sector fundido con la pequeña burguesía nacionalista y reformista, que en el PSUC y el PC vasco fue promocionando para destruir la independencia de clase frente al nacionalismo autonomista burgués. Las revueltas del PSUC y de la fracción vasca del PC que quiere unirse a Euskadiko Ezkerra, son la cosecha podrida de 3 años de oportunismo “eurocomunista” del aparato. Desgraciadamente, podrían también canalizar la oposición obrera de Barcelona y Bilbao, desviándola hacia la disolución pura y simple del PC en nuevos agrupamientos semi socialdemócratas o nacionalistas.

Pero al mismo tiempo esas crisis reflejan el agotamiento del “eurocomunismo”, su desbordamiento por la base y por fracciones de la dirección. Antes de afrontar su próximo Congreso, la dirección del PCE tiene que intentar retomar la iniciativa. Para eso se reunió en Madrid la semana pasada un congreso internacional de “políticos e investigadores comunistas”, que debía estudiar el “relanzamiento” del difunto “eurocomunismo”.

## ***Hacia la disolución de la conciencia de clase y del partido***

Ese Congreso, sin embargo, fue tan sólo el más descarado fórum de toda clase de ataques a la conciencia de clase que, llevados un poco lejos y un poco a la práctica, cada uno de ellos significaría el final mismo de la existencia, no sólo del proletariado como clase activa y organizada, sino del PC como aparato. La francesa Buci-Glucksmann declaró la “crisis de la idea de la revolución” y atacó como “idea mecánica” el papel de la clase obrera en la lucha por el socialismo. El stalinista italiano Ingrao, según la prensa “hizo hincapié en la *liberación individual*” y, para disolver a la clase obrera, propuso “asegurar una relación multilateral de la clase con otros movimientos sociales”. El dirigente de las CCOO, Sartorius, no se quedó corto. Dijo que “los partidos siguen siendo indispensables”, pero en cuanto al papel de la clase obrera, coincidió con los anteriores diciendo que “debe crearse un bloque histórico capaz de hacer cristalizar la revolución de la mayoría”.

¿Para qué seguir con esta retahíla de frases a cual más rebuscada? Porque la conclusión general de ese Congreso que podemos considerar como tanteo preparatorio del Congreso del PCE, es un ataque unánime de todas estas corrientes de la dirección stalinista contra la *conciencia de clase*, es una búsqueda de los medios políticos, ideológicos y organizativos para disolver a la clase en el Estado burgués.

## ***La clase y el Estado burgués***

Solé Tura fue muy lejos. Según la prensa (El País, 26 de octubre) dijo que “la concepción eurocomunista no tiene que fundamentarse sólo en una mayoría electoral, sino en una mayoría *políticamente operativa*”. Hasta ahora los pactos de colaboración de

clases, las maniobras electorales, las traiciones a la movilización obrera las justificaban estos “dirigentes” en función de una supuesta necesidad de ganar la “mayoría electoral”. Ahora resulta que, ni con la mayoría, ni en el supuesto de que el proletariado lograra definir a su favor una mayoría en ese terreno burgués, deformado, que son las elecciones controladas por el poder, ni siquiera en tal caso Solé Tura da a la mayoría proletaria el derecho a actuar independientemente. Incluso entonces los obreros deberían someterse a la “minoría” de explotadores, de burgueses, para crear una “mayoría operativa”. En general, esto quiere decir que la clase obrera se responsabiliza del *Estado burgués*, de la sociedad de sus enemigos los capitalistas. Pero eso es lo mismo que decir que debe dejar de ser una clase obrera y transformarse en una inmensa brigada estatal de esclavos desclasados.

Sin embargo, Solé Tura sí que reconoce al gobierno actual, el de Suárez, el derecho a gobernar no sólo sin una “mayoría operativa”, sino simplemente en manifiesta minoría (como todas las últimas elecciones y el miedo a las próximas han ido demostrando). Sólo la clase obrera carece pues de ese derecho a gobernar, a su poder, a su dictadura. Hasta ahí va el ataque revisionista a la dictadura del proletariado. Digamos, para aclarar las cosas, que el régimen de Juan Carlos cruje, que el gobierno Suárez está derrotado por adelantado, y que Solé Tura prepara a través del próximo Congreso del PCE la manera de dejar a la burguesía en el poder incluso si las elecciones las ganasen el PSOE y el PCE...

## ***Hacia la dislocación del aparato***

Cuando, en 1935, la Internacional Comunista dirigida por Stalin adoptó la política de los “frentes populares”, es decir de la colaboración con el Estado burgués, Trotsky dijo:

“Nada distingue ahora a los comunistas de los socialdemócratas excepto la fraseología tradicional que no es difícil de olvidar. (...)

Los obstáculos en el camino hacia su fusión no radican en las ideas sino, sobre todo, en los aparatos.”

Las referencias al leninismo, al comunismo son desde entonces puramente burocráticas, formales, de *aparato*. El PC no es ya un verdadero partido obrero, sino un partido obrero-burgués, como la socialdemocracia. Pero, como ella y más aún, vehiculiza tradiciones y combates de la clase, elementos deformados de la clase y de su conciencia. El aparato entra en una nueva etapa de la liquidación. Algunas de sus fracciones no ocultan que trabajan para fusionarse con la socialdemocracia, y para integrar la fuerza política resultante mucho más profundamente en los engranajes del Estado burgués, destruyendo los últimos lazos no sólo con la clase, sino incluso con la democracia, favoreciendo la marcha de los regímenes políticos hacia dictaduras policíacas. En todo caso el aparato stalinista después del fracaso de la operación “eurocomunista” va hacia la dislocación, o por fracciones obreras o por la liquidación prefigurada en este Congreso de “relanzamiento”.

## ***Democracia obrera y retorno a Lenin***

En la actual situación contradictoria se ven en germen las dos tendencias que dislocarán al aparato. Chocarán más o menos abiertamente en el próximo Congreso del PSUC y del PCE. La política del PCE y del PSOE ha convertido las Cortes en mascarada, la democracia ha sido ahogada, la vida política asfixiada. Puede decirse que precisamente por esa razón el aparato retrasa el Congreso del partido porque *ahí* puede estallar esa batalla política que *no hay* en las Cortes ni en la vida pública. Más aún. Tiene que estallar porque si después de tres años de contener a las masas, el aparato lograra contener su propia crisis, indiscutiblemente la clase obrera llegaría a retroceder. Y todo hace predecir que muchos obreros esperan el Congreso del PCE como un balance, si no como un necesario ajuste de cuentas y como un nuevo punto de arranque.

Pero hay un problema decisivo. Las tendencias obreras dentro del PCE son numerosas y cuentan con tradiciones de lucha. Son desde muchos puntos de vista más fuertes que el aparato. Pero *en el interior del PCE*, dependiendo de *sus* tradiciones, de *sus* cuadros, de *sus* fracciones, no estarán armadas hoy, como no lo estuvieron ya en 1963 ni en 1967, para enfrentarse a la dirección<sup>16</sup>. Al fin y al cabo, hoy asistimos a una etapa más, casi final, del proceso que comenzó después de la muerte de Lenin. Afirmamos que fue la vieja Oposición trotskista quien ha mantenido vivas y afiladas las armas del comunismo, y que es la IV Internacional a quien la actual crisis del stalinismo puede abrir el camino hacia los obreros comunistas. En todo caso, unos y otros debemos impulsar el debate más franco y abierto sobre la necesidad de un retorno a Lenin y sobre las condiciones, el programa y el partido que lograrían este renacimiento del comunismo. Cuando nuestro partido decidió que había que sacar un texto de fondo, de polémica obrera, el “Anti-Carrillo”, es que sabía la importancia decisiva que tiene la discusión y el armamento teórico y político de las corrientes obreras que aún se debaten dentro del PCE y de las Comisiones.

---

<sup>16</sup> En 1963-64 tuvo lugar la escisión “claudinista” del PCE. En 1967, la escisión maoísta del grupo llamado “Unidad”, origen del PC(i), luego PTE, y de Bandera Roja.

## CRONOLOGÍA

### 1980

**Marzo.** *Hundimiento de UCD en las elecciones catalanas y vascas.*

**Abril.** *Aramburu sustituye a Fontenla a la cabeza de la Guardia Civil.*

**Mayo.** *Rosón sustituye a Ibáñez Freire. Ridículas condenas a Tejero y los otros de Galaxia. Derrotada la moción de censura del PSOE al gobierno Suárez.*

**Julio.** *El Consejo Supremo de Justicia Militar falla a favor de Tejero contra el recurso del Capitán General.*

**Noviembre.** *Trescientos mil fascistas en la Plaza de Oriente.*

**Diciembre.** *El colectivo militar Almendros agita desde El Alcázar.*

### 1981

**Enero.** *El 27, aplazamiento del Congreso UCD. El 29, dimisión del presidente Suárez.*

**Febrero.** *El rey en Euskadi. ETA mata al ingeniero Ryan de Lemóniz. El día 7 el Congreso de UCD que sostiene a Calvo Sotelo en medio de gran crisis. El día 23, Tejero ocupa las Cortes; los sindicatos convocan huelga general. El 24 desconvocan la huelga, tras el pacto entre Armada y Tejero. El 25 se reúnen todos los partidos parlamentarios con el rey. El 26 prohíben las manifestaciones. El 27 organizan oficialmente manifestaciones constitucionales.*

## SEGUNDA ADVERTENCIA

(artículo publicado en mayo de 1981)

Los siniestros golpistas de “Galaxia” salieron bien librados del Consejo de Guerra, fueron encima ascendidos... y se dedicaron tranquilamente a preparar el segundo golpe. ¡Segunda advertencia! Ahora, si se impusiese la política del rey, del gobierno UCD, del PCE y del PSOE, la historia se repetiría con la ceguera suicida de los dirigentes, el encubrimiento descarado de los conspiradores, la impunidad de los carniceros golpistas, y la preparación sistemática del tercer golpe. Pero ¿quién será tan cínico que pueda decir que esa vez sería ya una advertencia más? Los que no han sacado lecciones ni cambiado de política, entre Galaxia y el 23 de febrero, *no sacarán ya ninguna*. Algo, algo que no son las ideas, les ata profundamente a la defensa de ese Estado burgués, nido de conspiradores, aparato de guerra civil, maquinaria de opresión: los aparatos políticos del PCE y del PSOE están *tan unidos* al aparato del orden burgués, de manera *tan irremediable*, que empieza a ser una locura el confiar la suerte de millones de hombres y mujeres a las posibilidades de reformarlo o recuperarlo. Militantes del PCE, del PSOE: ¡Segunda advertencia!

### *Una semana en el curso de la historia*

Acontecimientos como los de esta semana pueden de golpe cristalizar toda la lenta evolución política anterior, pueden acelerar sus tendencias fundamentales. Pueden reforzar unas evoluciones más que otras. Pero *no pueden negar ni hacer desaparecer toda la evolución política de los años y meses anteriores*, ya que es precisamente esa evolución la que ha preparado los graves acontecimientos. Los oportunistas, en cambio, quieren presentar esta semana como algo *casual*, fortuito, producto de locos fuera de la realidad, producto de errores sin sentido; y, al mismo tiempo, querrían convertir esos sucesos en una razón para olvidar todo lo que los preparó y que no ha desaparecido: la crisis política y económica profundísima, el consiguiente desbordamiento del gobierno por parte de las fuerzas más reaccionarias del aparato estatal, la impotencia de las Cortes de la Monarquía, la radicalización de los militantes obreros, la evolución de toda la situación mundial *hacia graves enfrentamientos entre las clases*.

El 23 fue el golpe. El 24 se libró la única y real lucha obrera, muy limitada, contra los golpistas, en los paros de la mañana y en las manifestaciones de la tarde. El 25, las negociaciones diversas, basadas en el secuestro de las Cortes por Tejero y la desmovilización de los obreros por los sindicatos, habían ya dado el fruto, reforzando al ejército, al rey y deteniendo el enfrentamiento. El día 27 se convocaron manifestaciones en apoyo de *tales acuerdos* (y mientras las manifestaciones obreras seguían *oficialmente prohibidas*).

Al terminar la semana parecería pues, si se tienen en cuenta no sólo las declaraciones oficiales, sino las manifestaciones del 27, que “el prestigio del rey, de la democracia, de la constitución, etc., etc.”, se habrían reforzado, es decir que esta semana habría cambiado todo el desarrollo político de los últimos años dominados por una crisis acelerada del régimen de Juan Carlos y una radicalización explosiva en el interior de las fuerzas políticas que lo apoyan mediante un pacto de “Unión Sagrada”.

Eso es tomar la apariencia por la realidad. El golpe no ha borrado lo que se veía los días anteriores. Me refiero a la oposición del V Congreso del PSUC a los pactos de la Moncloa; me refiero a la enmienda en ese congreso a favor de la *República federal*, a las críticas a la ley anti terrorista; me refiero a las huelgas crecientes en las últimas semanas, al aumento de ventas de LA AURORA, etc. Esas tendencias no se han borrado, ni alterado por el golpe. Primero las *aceleró* (el 23 y el 24); luego las detuvo momentáneamente (el 25 y el 26); más tarde las *ocultó* en la reacción conservadora, de indecisión, de ilusiones, incluso de miedo, que fue la manifestación del 27. Todo movimiento engendra la reacción de las ilusiones: es como si las ilusiones se resistiesen a abandonar el cerebro de los combatientes sin hacer una última manifestación de su enorme impotencia: el 27 se produjo la reacción conservadora frente al verdadero movimiento, que fue el del 23 (por parte de los burgueses) y el del 24 (por parte de los obreros y los jóvenes). Las cifras del 27 pretenden esconder que las fuerzas *activas* seguirán evolucionando, y ahora más deprisa aún que antes de la entrada de Tejero en las Cortes, en el sentido de *un enfrentamiento entre el Estado y los obreros*.

## ***Los centristas***

El papel de los centristas (MC, LCR) se refleja con claridad en el hecho de manifestarse “contra el golpe” el día 27, es decir cuando el golpe había sido sofocado, y cuando las condiciones en que se hizo convertían a *la Corona*, al *Ejército*, y al pacto de *Unión Sagrada* entre el rey y los partidos de la oposición, en el *peor peligro*, casi en un “golpe” pacífico que buscaba el apoyo justamente a través de las manifestaciones del 27.

Los centristas, como los dirigentes del PCE y del PSOE evitan la cuestión principal: *¿quién* ha ganado con el golpe? Hay un griterío ensordecedor de prensa, radio, televisión, partidos oportunistas, y direcciones sindicales, para decir que “ha ganado la democracia, la Monarquía y la unidad de los españoles”, etc., etc. Si se piensa fríamente sin miedo a la verdad, *de inmediato* sólo han ganado *los golpistas*. (En segundo lugar, luego hablaré, también gana el ala radical de los obreros). Sobre todo los golpistas que se mantuvieron en la sombra, que empezaron a entrar en acción con el rey mismo, que utilizaron las acciones de Tejero y de Milans para forzar el golpe sin salir a la luz ni disparar un tiro, y que terminaron por imponer *con el rey y a los partidos*, ciertas condiciones cuyo fondo es el sometimiento de la vida política y social a la autoridad militar. Pero incluso los *golpistas* “precipitados” (como los llamó Juan Carlos en Zaragoza) han ganado al imponer, con las Cortes y el Gobierno de rehenes, condiciones que justifican su golpe y que animan a preparar el siguiente “sin precipitación” (como bien podría decir Juan Carlos).

Un golpe fracasado puede así llegar a ser una media victoria de los golpistas, de la misma manera que una revolución obrera derrotada ha sido, en la historia, numerosísimas veces, la fuente de importantes reformas. Dicho de otro modo: el que la clase obrera no saltase a la lucha el 23 y el 24, en masa contra el golpe, a la Huelga General, sólo perjudicó al proletariado y a sus organizaciones. Esa batalla incluso perdida, por las fuerzas que hubiese mostrado en un momento en que la burguesía dudaba, en que las filas del ejército estaban divididas, inseguras, hubiese *reforzado indiscutiblemente* la posición de la clase obrera en la situación actual. La desconvocatoria de la Huelga General por Camacho, López Bulla, etc., fue *una traición* llena de consecuencias. Ahora, se cubren diciendo que “el rey logró controlar la situación”. Con ello ocultan que ese control estuvo cerca de ser *absoluto* (es decir un golpe militar “constitucional” encabe-

zado por Juan Carlos) y que ese control por negociaciones, con rehenes, bajo amenaza militar, ha reforzado en lo esencial a los golpistas.

En efecto, las medidas “institucionales” “contra el golpe” desde el mismo día 23 tenían un sentido clarísimo: hacer el golpe *innecesario*, logrando los objetivos de los golpistas por medios políticos (pero, claro está, utilizando también la amenaza de los golpistas).

Así, en lugar de sacar a las masas a la calle, se *prohibían* las manifestaciones; en lugar de una junta obrera para poner a la población tras las organizaciones de clase (o al menos una junta civil democrática), el rey asumía *plenos poderes en nombre del ejército*; en lugar de ajusticiar sumariamente a los rebeldes que están a punto de lanzar al país a la guerra civil, se *les protege de la opinión y de la cólera populares*; en lugar de iniciar un programa enérgico contra banqueros, latifundistas, policías torturadores, guardias civiles, contra la Iglesia, se exige un sometimiento de los partidos a todas las fuerzas de la reacción “para evitar otro golpe”; en lugar de oponerse a la OTAN (la administración Reagan se mantuvo “neutral” ante los golpistas durante el 23) se llama a entrar en la alianza imperialista. Finalmente, *buena parte* de los objetivos del golpe empiezan a realizarse disfrazados de “medidas para impedir el golpe”.

## ***Los obreros y el golpe***

Pero ¿por qué no triunfó el golpe? Parece que se preparaba para mayo, pero que no llegaba a reunir todos los apoyos suficientes, aunque *nadie lo denunciaba*. Sectores del régimen pensarían que aunque el golpe podría imponerse en un primer momento, la clase obrera no dejaría la escena sin batalla. El golpe es tan sólo el primer acto de una contrarrevolución: debe ser llevada adelante por medios policíacos, políticos, económicos, provocando una batalla abierta o sorda con los obreros, incluso si los obreros han querido retrasarla. Sectores del régimen ven que el golpe sería *también* la liquidación política de las direcciones oportunistas y colaboracionistas del PCE, del PSOE y... ¿qué ocurriría si este hecho no desarmase completamente a las masas y las fuese empujando hacia la izquierda, hacia los revolucionarios, por ejemplo hacia los trotskistas? ¿Qué ocurriría entonces, y sobre todo en una situación mundial donde, como en Polonia, en Centroamérica o en Oriente Medio, la revolución se está abriendo camino y contagiando nuevos países?

La clase obrera tenía poco que perder saliendo a la calle, enfrentándose a los golpistas, avanzando hacia la huelga general. La política de los dirigentes no había preparado semejante posibilidad, sino más bien la indecisión de las masas. Se vio dramáticamente la noche del 23. Los centristas el 23 confiaron ciegamente en que el llamamiento de última hora de CCOO a la Huelga General corrigiese traiciones... y el 27 los centristas se manifestaron “contra el golpe”... que ya no había. Nosotros el 23 y 24 intentamos ir hacia la huelga general *sosteniendo* cada paro parcial, cada convocatoria, y sobre todo con esfuerzos de reunir a los obreros tras los partidos y sindicatos, en las manifestaciones, etc.... En cambio el 27 llamamos a no ir la manifestación de los encubridores. La Monarquía y sus ayudantes políticos el 27 habían asumido *parte del programa de los golpistas*, los estaban encubriendo, y eran ya los *enemigos principales*. Lo siguen siendo. La posibilidad de que la clase se prepare para otra ocasión como aquella está en *su ruptura* con la Monarquía.

El 24 todavía decíamos: “¡Tejero, Rosón y Milans, al paredón! ¡Ninguna confianza en la Monarquía!” El 27 decíamos ya: “¡Tejero, Rosón y Milans, al paredón! ¡Abajo la Monarquía encubridora!” Eso nos separó evidentemente de los manifestantes ilusiona-

dos. Nosotros tomamos en serio esta segunda advertencia. Estamos empezando a preparar a los obreros para la próxima batalla, para luchar y para vencer.

## *El Rey y las Cortes*

El discurso de Juan Carlos en la Academia Militar de Zaragoza, cuna del franquismo, refleja el cambio político. El rey se permite tranquilamente exigir respeto al “pasado reciente” (a la dictadura de Franco), exigir que cesen “las campañas” que molestan a las fuerzas de seguridad (concretamente se refiere a los asesinos de Arregui, a los guardias civiles golpistas, etc.); en ese discurso los carniceros golpistas aparecen descritos como “precipitados”, “irreflexivos”, es decir como quienes se adelantaron al momento. Pero ante todo el rey dice que el ejército debe “interpretar correctamente la Constitución”. No las Cortes; no el electorado; tampoco el Tribunal Constitucional. El *ejército* debe interpretar la Constitución. Y, de paso, declara que las “virtudes militares” deben extenderse a la sociedad civil, a los partidos. Es, evidentemente, una *intromisión declarada del rey* apoyado en el ejército, por encima de los órganos civiles, y una amenaza clarísima a los partidos.

Algo ha cambiado: la Monarquía de Juan Carlos es un régimen híbrido que combina el mantenimiento del aparato estatal franquista con la creación de instituciones de participación de la oposición, con instituciones seudo democráticas y seudo parlamentarias. La base está en *la colaboración contrarrevolucionaria* de los franquistas con los dirigentes del PCE y del PSOE. Cuando esta colaboración queda *desbordada* por la crisis, las luchas, las revueltas... esos partidos traidores frenan a las masas, las empujan detrás del aparato estatal franquista; y este último, representado por el rey reencarnado en el ejército, *se levanta claramente por encima de las Cortes, del gobierno y de los partidos*, y les llama al orden y a someterse al dictado militar: es ya *el primer paso claro de un regreso de la Monarquía al más puro franquismo*.

Las *Cortes monárquicas* son las principales derrotadas. Lo dijimos desde el principio. Se apoyaban en un pacto, no en la fuerza de las masas. Decíamos que un pelotón de la Guardia Civil bastaba para disolverlas. La predicción se cumplió con una trágica exactitud: un batallón de civiles las secuestró en pleno. No se lograron apoyar en las masas el 23 y 24, y el 27 se habían arrastrado otra vez a los pies de Juan Carlos y del ejército para pedirles protección...

El golpe puso de relieve la verdadera realidad de las Cortes, su situación de impotencia, de secuestro, de cobardía congénita. Ahora están en “libertad vigilada”. ¿Cómo tomarlas en serio? La única representación democrática y a la vez de clase, apoyada en las masas y capaz de enfrentarse al aparato franquista, y de abrir el camino hacia un gobierno de obreros y campesinos, socialista, serían unas *Cortes* surgidas de la acción y de las masas: unas Cortes Obreras cuya primera estructura debe surgir de la *coordinación* política, independiente, revolucionaria, de los distintos Comités de empresa, en momentos graves como los que se vivieron esta semana y como se volverán a vivir.

## ***Las Cortes y el Gobierno***

El Gobierno Calvo Sotelo fue elegido con el solo fin de dar la impresión falsa de que hay un gobierno. Desde el 24 el poder era el ejército tras el rey. Pero ese poder *se basaba también* en el sometimiento de las direcciones políticas mayoritarias del proletariado, PSOE y PCE, a las negociaciones del rey con los golpistas. Por esa razón, el mismo ejército no debía disolver Cortes y Gobierno, quedando al desnudo ante los obreros inquietos, hundiendo políticamente a los partidos del régimen, sino que tuvo que dar “libertad condicional y provisional” a las Cortes y nombrar algo así como un gobierno.

Pero esa relación tiene su propia lógica. La base de la nueva situación es un acuerdo entre Juan Carlos, González y Carrillo, acuerdo de desmovilización obrera, de encubrimiento de los golpistas, y de sometimiento de la vida parlamentaria y política a las necesidades de la unidad del ejército y de la policía. Ese acuerdo es *exterior* a las Cortes incluso *ajeno* al Gobierno que no gobierna más que de nombre. Ese acuerdo, en el fondo, evoluciona hacia una pura dictadura militar protegida por los elogios de Carrillo al rey. Pero las Cortes y el Gobierno, asustados del peligro corrido, pueden muy bien *tender*, ahora, demasiado tarde, a buscar un apoyo popular para las instancias civiles del régimen, para recuperar algún prestigio frente a la arrogancia de los militares y policías franquistas. No nos podremos extrañar ahora ni siquiera porque las Cortes aceleren la aprobación de leyes y multipliquen las frases democráticas. Pero no nos engañemos: es el canto del cisne. Están muertas, irremisiblemente muertas. Están, con todas las leyes y gobierno que aprueben, en “libertad condicional y vigilada”.

El peligro mayor sería que el proletariado se dejase arrastrar por la demagogia de esas Cortes en las que los dirigentes obreros son sólo rehenes. Esas Cortes, ese Gobierno y esos dirigentes, sólo se ven capaces de intentar encontrar apoyo a su “constitución democrática”, declarando continuamente su “inquebrantable agradecimiento al rey”. De esa manera, por adelantado refuerzan a los militares, por adelantado les entregan desarmadas a las masas, y por adelantado se condenan al fracaso.

## ***La próxima ocasión...***

Habrà una próxima ocasión. El movimiento obrero no ha reforzado en absoluto su posición. Al contrario, corre el riesgo de ser engañado por los nuevos pactos mientras sus enemigos preparan el tercer golpe. Pero, en el interior de las filas obreras, la experiencia empieza a reforzar *al ala más radical del proletariado*, a los que salieron la noche del 23, la mañana del 24 llamaron a la huelga, salieron en manifestación esa tarde y, sobre todo, empiezan a pensar en las razones por las que la huelga general no comenzó y la manera de prepararla.

Lo peor de la demagogia cínica de Carrillo y compañía, cuando dicen que “si hay un golpe serio llamaremos a la huelga general” es que hacen creer que, después de traicionar, de desmovilizar, de desorganizar, de desarmar políticamente en los tiempos “de paz”, se podría improvisar una huelga general cuando los verdugos nos han puesto la soga al cuello, y además ¡sólo porque Carrillo la convoca a última hora! ¡Ilusiones!: las ilusiones baratas de ese grupo, el POSI, que la noche del 23 estaba convencido que bastaría una convocatoria de las diezmadas Comisiones (diezmadas gracias a sus dirigentes) para poner al proletariado en pie de guerra.

La noche del 23 se vio la mentira. No tenemos dudas de que, si se hubiese mantenido el llamamiento, organizado la lucha, e insistido en las acciones y en la agitación, la

huelga general habría arrancado, pero *precisamente* porque los sectores más revolucionarios habrían dispuesto del tiempo y del marco para imponerse a los dirigentes traidores, al menos parcialmente. Y, sin llegar a vencer, incluso una huelga general derrotada, hubiese sido una media victoria frente a los golpistas divididos, y una posición más fuerte de los obreros en la nueva situación. Pero se trata de *vencer, se puede vencer*, a condición de no perder el tiempo ni creer en la demagogia.

La huelga general vencerá si se prepara *cada día*, es decir en cada acción parcial, lo mismo sindical que política, lo mismo en la propaganda de los tiempos de calma, que en la agitación de las crisis, y en la organización de las acciones de masas.

La hora de la verdad llega. Esta semana acaba con las huelgas de portuarios otra vez: el paréntesis se cierra, y todo lo aprendido debe entrar en la acción de cada día. Los oportunistas utilizarán las referencias al golpe para desanimar, dividir, desactivar las huelgas y convenios: es el resultado de sus pactos con el rey, dictados por los golpistas. Por nuestro lado, vamos a decir a los obreros más conscientes que, al contrario, cada huelga puede ser ya una preparación del proletariado para la huelga general (porque *habrá otra tentativa golpista*), e incluso un inicio de esa huelga general.

Los objetivos políticos de las libertades no pueden seguirse presentando a los obreros en huelga, como si fueran un obstáculo a sus exigencias económicas y sociales. Esa política es la de la burguesía, la de los militares, la que está desmovilizando a las masas ante la inquietud de los luchadores obreros. Al contrario, las libertades son inseparables de la más enérgica batalla contra el paro, los bajos salarios, por el empleo, el pan, por el control obrero de la producción. Sólo así, las masas obreras, coordinando acciones y organizaciones, pueden unir su batalla contra el capital a la exigencia de las libertades y fortalecerse para un nuevo enfrentamiento con el aparato estatal franquista, que no puede tardar en producirse.

Y en ese momento, la preparación de la huelga general en cada huelga, puede permitir derribar a la Monarquía por la Huelga General.

**V**

**ARREPENTIDOS Y  
REVOLUCIONARIOS  
1982-1984**

La primera tentativa contrarrevolucionaria fracasó aquel 23 de febrero de 1981. Las consecuencias fueron muchas y variadas. Algunas inmediatamente visibles, como los nuevos *pactos* tramados durante el año 81 bajo el signo del miedo a los militares. Otras llegaron con la dispersión completa de la UCD, como fue el caso de la victoria electoral del PSOE al final del 82. En fin, las consecuencias más importantes fueron también las que más tardaron en manifestarse: sólo a partir de la huelga de *Sagunto* en el 83 salió a la luz el lento y difícil inicio de una recuperación y una segunda ofensiva obrera, que nacía de las propias condiciones en que fracasó y se dispersó la anterior.

Vayamos por partes. Las primeras consecuencias del 23-F fueron paradójicas. El golpe fracasó, y sin embargo pareció que podía realizar *gradualmente* todos sus objetivos a través del gobierno Calvo Sotelo.

La clave la encontramos en la reacción de los dirigentes oportunistas del proletariado. Desde la misma noche del 24 de febrero, y conformes con el análisis derrotista de Carrillo, volvieron todos ellos con desparpajo la espalda a los trabajadores. Su grito fue un “¡viva el rey, vivan los militares! (salvo una minoría nostálgica, naturalmente)”. El día 25 los dirigentes de los partidos parlamentarios se reunieron con Juan Carlos y escucharon como corderos el real sermón a los políticos. Frente a los golpistas, los dirigentes oportunistas de los obreros levantaron la autoridad del rey sobre la sociedad civil. Como este rey había establecido algunos pactos más o menos tácitos para cubrir la retirada de los fracasados golpistas, el nuevo reagrupamiento de las fuerzas políticas burguesas y oportunistas detrás de la corona facilitó la transmisión de las presiones militares sobre la vida civil, e incluso ocultó en los meses siguientes la prolongación efectiva de las tentativas golpistas.

A todo correr en marzo se negocia el “Acuerdo Nacional de Empleo”, el ANE, el *pacto del paro* entre las centrales sindicales, la patronal y el gobierno UCD. La espada militar pende sobre la mesa de negociación. En cambio la posibilidad de movilizar a las masas trabajadoras queda taxativamente descartada por los jefes obreros derrotistas y pro burgueses. Se pactan así los “sacrificios” por la democracia que van a dar un nuevo empujón al paro, a los cierres de empresas, a las regulaciones de empleo y a la libertad de despido.

En septiembre las Cortes resuelven entrar en la OTAN para incorporar al ejército español al bloque militar dirigido por el imperialismo norteamericano. También se elabora una ley, la LOAPA, para recortar los estatutos catalán y vasco...

El gobierno Calvo Sotelo comenzó así a realizar parte del programa de los golpistas. En su lógica lacayuna, impedir un nuevo golpe era ceder al chantaje. La clave inmediata era el pacto de todos los partidos tras el rey, pero la causa última estuvo en aquella noche del 24 de febrero. Al fin y al cabo, por un motivo u otro, no hubo lugar para una *acción* decisiva de las masas. Por eso las masas salieron debilitadas, *más* debilitadas a fin de cuentas que los golpistas, ya que estos arrancaron concesiones al poder y disfrutaron de su complicidad.

Incluso excluyendo una *victoria* obrera concluyente sobre los golpistas, tenemos que tomar en consideración las dos variantes políticas que hubiese producido una huelga general con acciones de masas: o hubiese forzado al poder a *desplazarse* tácticamente hacia la izquierda, machacando a los golpistas, negándoles concesiones de peso, y dando entrada a los partidos oportunistas de base obrera en el poder; o hubiese terminado en una *derrota* táctica de las organizaciones obreras a manos de los militares. En la primera variante la ventaja es indiscutible: la burguesía se habría cortado su mano derecha para salvar su pescuezo. La segunda variante, en cambio, habría sido muy dura para los luchadores proletarios, habría introducido un negro paréntesis de semi clandestinidad. Pero la historia ha probado infinidad de veces que tales derrotas episódicas –las que siguen a una gran demostración de fuerza de los oprimidos– son mucho más positivas al paso de los meses que la retirada sin combate o la pasividad desmoralizadora de la clase ante la prepotencia de los reaccionarios. La victoria de Hitler fue contundente porque los dirigentes del proletariado alemán cobardemente rehuyeron el choque con los chacales del nazismo. Y estos tomaron el poder sin violencia; la violencia más feroz cayó entonces sobre el pueblo. La victoria de Gil Robles y la derecha semi fascista en la España de 1934, en cambio, resultó muy provisional gracias a la revuelta de los obreros asturianos. Su ejemplo heroico acabó pesando más que su derrota. Y la comparación entre los dos golpes militares que tuvieron lugar en 1981 en Europa aclara mejor todavía la paradoja de los vencedores y los vencidos del 23-F. En España el golpe fracasó sin respuesta obrera, pero los ataques a la clase obrera aumentaron cada mes. En Polonia Jaruzelski tuvo que vencer por la fuerza la huelga general y la resistencia masivas de los trabajadores, pero su régimen sólo ha podido sobrevivir en una actitud defensiva y temerosa frente a los obreros polacos.

Los trabajadores españoles no habían medido sus fuerzas con los militares en 1976, cuando estaban en franco ofensiva los oprimidos. Tampoco las llegaron a medir en la semana del 23 de febrero cuando ya tenían que defenderse. Por lo tanto la explosión revolucionaria siguió retrasándose y en 1981 los obreros continuaron retrocediendo.

### ***Triunfo (provisional) del orden***

Aunque la UCD se sobrevivió a sí misma lo justo para imponer antes de desaparecer un buen paquete de medidas reaccionarias, era un cadáver ambulante desde el secuestro de las Cortes. Desde abril se mantenía gracias a un pacto con el PSOE (la llamada “política de la concertación”) por medio de la cual se quisieron evitar las elecciones anticipadas y facilitar la adopción de las leyes exigidas por los militares y el rey.

Pero la burguesía tenía ya que ocuparse del relevo. Una parte de los burgueses animaba todavía a los fascistas a utilizar las ventajas tácticas logradas por el ejército tras el 23-F, y probar fortuna en una segunda tentativa golpista. El 23 de mayo la Guardia Civil asaltó el Banco Central de Barcelona para exigir con rehenes la libertad de Tejero y compañía. Las Cortes, la prensa, la policía, el Ayuntamiento barcelonés y todos los partidos “de orden” montaron una payasada de dimensiones nacionales para sacar de otro mal paso a los colegas de Tejero. Pero se les vio el tricornio. Un nuevo intento abortó en junio: los distintos grupos golpistas que en febrero quisieron combinar sus acciones, parecían haberse lanzado tras el chasco a probar suerte cada uno por su cuenta. En diciembre apareció el *manifiesto de los cien*, una declaración pro golpista de la oficialidad madrileña. Todo el año 81 y el 82 transcurrieron en un afilar de cuchillos de los carniceros de uniforme. El Consejo de Guerra por el 23-F fue un escandaloso festival golpista, con insultos a la prensa y los gobernantes, plantas de los acusados y sentencias trampo-

sas. A su sombra y bajo la jefatura del banquillo de los acusados (Milans del Bosch) un sector de la burguesía montó y fracasó en otro plan firme de golpe militar para la víspera electoral del triunfo del PSOE. Pero la mayoría de la burguesía les había retirado –de momento– su apoyo.

Esa gran mayoría de los burgueses desde el 23-F estaba preparando una nueva fase “pacífica”, una especie de trampolín parlamentario para un futuro fascismo, un gran partido conservador: la Alianza Popular de Fraga. Pero la posibilidad de llevar al poder a la derecha por medios puramente electorales seguía siendo remota. Para los primeros años ochenta necesitaban los capitalistas un *recambio* de la UCD y de aquella *Unión Sagrada* de todos los partidos en torno al pacto Carrillo/Suárez. Ese recambio fue el pacto de *bipartidismo* entre la AP de Fraga y el PSOE de González. La burguesía promocionó este pacto y franquearía el paso del PSOE hacia el gobierno en la medida en que este partido adaptase su programa, su funcionamiento y su equipo dirigente a las necesidades del Estado monárquico y capitalista. Comenzó pues a montarse el *recambio*.

Años atrás (mayo de 1979) tuvo lugar un explosivo XXVIII Congreso del PSOE. La base y la “izquierda socialista” exigían medidas de reforma contra el capital. En cierto momento de la crispada polémica con esa base que pretendía que el PSOE permaneciese un partido “obrero, de clase”, el Sr. Don Felipe González exclamó irritado: “... *este es un partido de pequeño burgueses frustrados...*” Pero González perdió el Congreso y dimitió entre lágrimas. Pareció que iba a fracasar en su esfuerzo por acomodar al PSOE a las necesidades de *recambio* del gobierno burgués gastado. Al final del congreso ganado por los supuestos “pequeño burgueses frustrados”, el dirigente del ala izquierda Bustelo declaró: “... *un importante giro a la derecha no será el que permita (al PSOE) alcanzar los votos necesarios para llegar al gobierno*”. Pero González no buscaba los votos populares, sino la aceptación de los financieros, de los imperialistas, de los generales y de los obispos. Y a finales de aquel 1979, en las mismas fechas del ultimátum de los capitanes generales al gobierno débil de la UCD, González lograba ya reunir y dominar un Congreso extraordinario –esta vez bien cocinado por el aparato del partido– donde pudo barrer sin contemplaciones a la *izquierda* y a la base: un paso hacia el gobierno burgués.

El paso decisivo fue el de octubre de 1981. El XXIX Congreso del PSOE, a la sombra del sable de Milans, rechazó su tradicional programa de *nacionalizaciones*, de laicidad, de Estado federal, tendiendo la mano a los banqueros. La UCD no tenía compenenda: de sus filas huían los diputados como las ratas del barco condenado a naufragar. En el otoño del 82 las elecciones anticipadas fueron inevitables.

Las ganó el PSOE. Hubo también un espectacular crecimiento de la derecha franquista de Fraga, pero el principal beneficiario de la desbandada de UCD no resultó AP, sino el PSOE. La abstención alcanzó la cota más baja de todos estos años. El obrero, el ama de casa y el campesino, incluso el joven, fueron a votar, ¡a votar para evitar un nuevo 23-F! El PSOE apareció así como una barrera, puede que frágil e inconsecuente –se decía a sí mismo el obrero más militante– pero barrera al fin contra un enfrentamiento para el que los trabajadores se sentían desarmados, poco y mal organizados, y peor dirigidos.

El triunfo electoral del PSOE volvió a realizar en las *urnas* la misma combinación política que la manifestación de defensa del orden constitucional el 27 de febrero del año anterior, tras el golpe. No fue una victoria obrera de clase, sino una victoria de la moderación contra las fuerzas extremas. No triunfaba el “cambio” –¿qué y cómo cambió?– sino el “orden”, o mejor un *recambio* para salvar el orden burgués. La gran masa

de los obreros, de los campesinos, y de la gente modesta en general quería un paréntesis, un respiro, y se lo tomó imponiéndolo con su voto.

Las preocupaciones del sector militante de la clase obrera –lo que se suele llamar su *vanguardia*– y la mayoría de esta misma clase –a la que se suele llamar *las masas*– no van necesariamente por el mismo camino. La compenetración entre los dos sectores es amplia y profunda solamente durante los avances impetuosos de la movilización revolucionaria. Pero después de una gran frustración de las esperanzas despertadas por la muerte de Franco, las preocupaciones de estos dos sectores forzosamente se tenían que distanciar siquiera por un momento de respiro, por unos meses o algún año. Después del 23-F la vanguardia quería deducir y explicar qué falló en los años anteriores, y cómo virar de rumbo porque las cosas no debían seguir por el mismo camino. A la vanguardia le preocupaba eso porque piensa que tarde o temprano las masas volverán a encontrar la vía de la acción y la confianza en su fuerza. Esa vanguardia no dudó en general de la fuerza de los trabajadores en la acción, sino de la eficacia de las armas políticas utilizadas, y desde entonces prepara, afila y pule esas armas políticas pensando en ganar la próxima ocasión. Así, en un sector muy reducido de los obreros, el 23-F actuó como un poderoso revulsivo. Pero –¡claro está!– la mayoría de los obreros que habían desempeñado un papel activo en los movimientos anteriores, de lo que dudaron fue de las propias fuerzas de la clase. Votaron PSOE, votando el orden.

Sólo que ese triunfo del orden fue *provisional*. Detrás de él y bajo él laboraban las fuerzas embrionarias de una *segunda* ofensiva. Tras el gran fenómeno de masas (los cacareados “diez millones de votos socialistas”) se producían reacciones químicas en la conciencia y la organización de los obreros activos. Unas fuerzas se hundían y otras salían del aislamiento. Una generación se retiraba provisionalmente de la lucha y otra generación despertaba a ella. Unos políticos de clase media entraban –¡por fin satisfechos!– a los salones del poder burgués, mientras para la acción de la calle y la agitación huelguística se podía contar casi nada más que con los revolucionarios.

Los diez millones de votos socialistas fueron una cortina de humo. Taparon todos los hechos significativos con el tejido vaporoso de su descomunal nulidad: las intenciones del nuevo gobierno, desde el principio un sirviente del capital financiero; la actitud de las masas, pronto impacientes con esos “socialistas”; la evolución política de la clase, cuya composición militante estaba en clara transformación.

## ***La pequeña burguesía se arrepiente***

Uno de los aspectos más ocultos de la victoria electoral socialista es que aceleró el alejamiento entre la pequeña burguesía de izquierdas y el proletariado. Mientras esa *izquierda* vivió en la oposición, ese alejamiento quedó bastante mitigado y oculto. En cuanto la *izquierda* pudo meter mano al botín público en ministerios, concejos, administraciones, etc., el alejamiento que venía de lejos tomó aires de ruptura.

Desde 1978 los sectores urbanos democráticos de la pequeña burguesía –los “pequeño burgueses frustrados” que según su jefe González componen el PSOE– empezaban a sentirse cada día un pelo más satisfechos. Los obreros no. Los obreros no habían sacado nada del nuevo régimen y en muchos aspectos su situación había empeorado. Pero el nuevo régimen, incapaz por tanto de integrar a la masa trabajadora, *se basaba* en un cierto grado de integración de esos “pequeño burgueses frustrados” y de los obreros desclasados que se entremezclaban con ellos componiendo la capa superior del movimiento organizado de las masas. El nuevo régimen requería grandes cantidades de *gestores* municipales y sindicales, y podía emplear a buena parte de los “progres” (¡y ya era

hora!, pensaban estos sufridos héroes, con la elevadísima opinión de sí mismos que tienen los últimos estratos de la clase media). De otro lado, la nueva *cultura democrática* del nuevo régimen constituyó por sí sola una salida profesional y personal satisfactoria para las frustraciones de los intelectuales marginados por el franquismo (¡ya era hora!, insistían). Mientras las libertades nacionales seguían radicalmente negadas, el poder ofrecía *en su lugar* un populismo cultural bien barato, compuesto de “verbenas”, de “recuperación” de las tradiciones populares, de “novedades” al gusto de los marginados de la sociedad industrial, y de desviación del nacionalismo político hacia el folklorismo. En todo caso esta demagogia populista ocupó el espíritu y el ocio del pequeño burgués urbano.

El 23-F asustó a los “progres” mucho más que a los obreros: aquellos estaban apegados ya a los usos, costumbres y nóminas del Estado “democrático”. Lógicamente el pequeño burgués frustrado se mostró especialmente gritón sobre la supuesta “pasividad” de las masas la noche del 24. Y le faltó tiempo para manifestarse el día 27 “por el rey y la constitución” Desde ese día consideró que “las masas le habían decepcionado” (¡a él!). Con tal coartada moral tranquilizó su conciencia terriblemente exigente y se dedicó sin escrúpulos a trepar por el escalafón administrativo y social, a vivir del pequeño comercio y la pequeña cultura, o a zambullirse en la economía sumergida.

Antes de desaparecer, el gobierno Calvo Sotelo aprobó leyes y pactos decisivos para reforzar el orden burgués contra los obreros, pero tuvo contrapartidas para la pequeña burguesía urbana: a ella dedicó las legalizaciones restrictivas del divorcio y del aborto y cierta tolerancia de la droga.

Por lo tanto la victoria del PSOE remató un proceso de separación entre la capa superior –pequeño burguesa– y la clase trabajadora, dentro del movimiento de masas. Los “progres” se volvieron gente de orden. Sobre esta base social de corrupción, se desarrolló una ideología y un tipo político: el *arrepentido*. La palabra tiene su origen en la represión del terrorismo, donde los burgueses stalinistas italianos y los socialdemócratas alemanes lograron legalizar los premios a la delación y a la traición, las recompensas y la promoción social y política de los renegados, consiguiendo así éxitos frente a las desmoralizadas bandas de terroristas de la pequeña burguesía. Poco a poco Rosón y Bandrés, por el Estado y por ETA p-m respectivamente, implantaron en España los mismos procedimientos. Pero la recuperación policíaca del terrorista arrepentido sólo puede considerarse como la forma extrema (y por eso mismo la menos extendida) del *arrepentimiento* como fenómeno político de una época y de una capa social. Arrepentidos son todos aquellos que desertan del movimiento obrero en su etapa de dificultades, que lo hacen renegando de la clase y del marxismo, y que lo hacen buscando un lugar más o menos respetable y tranquilo en la miserable sociedad democrático-burguesa que chapotea en su propia decadencia.

El *arrepentido* no es un tipo nuevo, sino propio de toda etapa de dificultades del proletariado, de todo bache en la lucha. Los simples compañeros de ruta aprovechan el bache para cambiar de vagón. Para pasar a “primera clase”. El trotskista americano Cannon describió en las siguientes líneas la “*patología del renegado*” del movimiento obrero de la víspera de la última guerra mundial:

“Todos ellos son individuos aislados, aunque cada uno de ellos considera su desilusión con la revolución proletaria como un acontecimiento público importante y continuamente da toda clase de explicaciones elaboradas de cómo ocurrió. En la víspera de una segunda guerra mundial que segará las vidas de millones y decenas de millones de seres humanos, escriben sobre sí mismos, sus contrariedades y sus reacciones, como si fuesen los temas más interesantes e importantes del mundo. Buenos conocedores de sus propias miserias, sienten la necesidad de la autojustificación y de la aprobación pública. Tienen

mala conciencia y necesitan ahogarla gritando insultos a quienes han seguido fieles a la bandera que los otros desertaron. Dan toda clase de explicaciones de sus motivos, salvo el verdadero: que no tienen confianza en el futuro socialista de la humanidad ni estómago para luchar por alcanzarlo.”

El arrepentimiento de los políticos pequeño burgueses que tanto habían ayudado a desviar la lucha obrera hacia el democratismo tiene un lado positivo: lo mismo que la represión del año 69, la corrupción y el arrepentimiento del 83 depurarán las filas obreras de la morralla pequeño burguesa. La deserción de los arrepentidos facilitará el acercamiento del grueso de los trabajadores a sus elementos más revolucionarios.

## ***Dispersión y reorganización obrera***

Mientras la pequeña burguesía urbana buscaba una promoción, la situación de los obreros empeoró visiblemente. En lo económico, con un paro del 20% de su población activa y una fuerte reducción de los salarios de los todavía empleados. En lo sindical, la caída fue aún más dura: las Comisiones Obreras, por ejemplo, pasaron de 1.800.000 afiliados en 1978 a sólo 350.000 en 1984. Concretamente en Euskadi, de 102.700 a apenas 19.000. En Cataluña de 493.408 a 44.000. En Madrid de 350.950 a un poco más de 48.000. ¡De cada diez afiliados en los principales centros industriales quedaban entre uno y dos! Las consecuencias políticas no fueron menores. El voto PSOE del 82 no fue una reorganización política de la clase, sino su confluencia electoral y pasiva con una parte de la clase media. En las elecciones vascas y catalanas del 84 el voto obrero retrocedió en todas las ciudades industriales.

Pero los revolucionarios comenzamos entonces a salir del aislamiento. La integración de la capa pequeño burguesa del movimiento de masas desorganizó, pero creó una situación objetiva distinta: al pie del cañón, es decir agitando, reclutando, sólo iban quedando los más revolucionarios. El trabajador podía seguir pasando de largo ante el revolucionario, comprarle o no su revista, simpatizar o no con sus ideas... pero reflexionaba: “los otros, nuestros jefes, se han aburguesado, y nos han sacrificado; esos otros, los revolucionarios, son muy extremistas quizá, pero ahí siguen, entre nosotros”. Al principio el obrero pasaba de largo porque la decepción pesaba mucho, y la supervivencia familiar resultaba muy dura. Pero va llegando el momento en que esa supervivencia es tan y tan dura... que la decepción pesa un poco menos; y el trabajador mira y escucha de otro modo a su joven compañero revolucionario, que siempre “sigue ahí”. En el sindicato ocurría lo mismo. Las tareas mínimas requerían cuadros: los cuadros oportunistas estaban “quemados”, se revolcaban en la pereza o el escepticismo, mientras los revolucionarios expulsados desde 1978 se ofrecían cada día para las tareas sindicales. Necesariamente hubo que darles otra vez su lugar en el sindicato. En fin, desde la revolución polaca se vio que el aparato stalinista carecía ya de una fuerza de choque capaz de silenciar a golpes las consignas revolucionarias. Todos los muros del aislamiento de los trotskistas se llenaban de boquetes. Y por ellos, mientras los *arrepentidos* de todos los partidos dejaban a los trabajadores en la estacada, los *revolucionarios* encontrábamos otra vez el camino de las masas. En las elecciones del 82, hubo un hecho menos apabullante pero más significativo que los diez millones de votos “socialistas”: los *ciento diez mil* votos “trotskistas”, es decir reunidos por la lista del grupo centrista legal PST, con quien concurría en alianza el PORE en Cataluña y Madrid.

Comenzaba un lento proceso de reorganización proletaria. Lo característico de las etapas de reflujo es que suelen esconder la evolución de las clases y de sus fuerzas polí-

ticas. No es que ocurran pocos hechos en esas etapas, sino que los hechos son poco visibles todavía, y se suceden despacio. La lucha de clases es un potente foco activador: cuando es viva ilumina y acelera todos los procesos políticos; cuando se atenúa oscurece la evolución lenta de las cosas. Pero a lo largo del reflujó y bajo el manto de un nuevo orden tuvo lugar un hecho decisivo para la revolución: la descomposición del aparato stalinista.

Su fracaso carecía de atenuantes. Había tenido su ocasión y la gastó para salvar el orden burgués. Su influencia entre los obreros avanzados la usó para aislar a la vanguardia revolucionaria, y así los desmoralizó a ellos. Sus jefes venidos del exilio avalaron la promoción de la pequeña burguesía arribista, de los Tamames, los Borja, los Brabo y Solé Tura, los Vázquez Montalbán, y así criaron una legión de arrepentidos. Ante la juventud prostituyeron el nombre del comunismo y la empujaron a la pasividad y la impotencia. Desde el 23 de febrero la vida pasó cuentas con Carrillo en las formas más variadas: comenzó una carrera imparable de fracasos electorales, escisiones, abandonos y crisis en la dirección. En 1983 el PCE había perdido un millón de votantes y decenas de miles de afiliados. En Madrid pasó de más de treinta mil a menos de quince mil afiliados. Mayor fue el retroceso del PSUC catalán, y el EPK vasco rozó la desaparición. Los “pro soviéticos” fundaron un partido distinto, y surgieron varias fracciones dentro del partido oficial. La dimisión de Carrillo llegó a ser necesaria para mantener juntas a algunas de estas fracciones, por medio de equilibrios y de compromisos en el aparato.

Podemos aquí prescindir de los detalles de esta crisis. A lo largo de los otros capítulos quedan descritas tanto la profunda *integración* de los partidos stalinistas de Europa occidental a las instituciones del Estado burgués para detener la ofensiva obrera de los primeros setenta, como la fuerte *sacudida* que recibieron esos mismos partidos cuando hacia 1980 notaron que ni así siquiera detendrían la crisis capitalista y los previsibles nuevos embates de los trabajadores. El orden europeo y la estrecha cooperación entre Washington y Moscú se tambalearon. Lo que vino luego en cada PC fue sólo la continuación, la consecuencia. En el reflujó los partidos stalinistas europeos, con el PCE a la cabeza, se habían vuelto vulgares partidos de orden, y en ellos se hicieron fuertes las fracciones más impudicamente pro burguesas a expensas de las otras fracciones mejor controladas desde el Kremlin. La crisis lo dejó bien claro.

El PCE dejó de ser más sólido que el orden monárquico burgués al que sirve. Es natural que el Kremlin reaccionase ante los primeros síntomas de distanciamiento de la militancia obrera, destacando su *propia* fracción “pro soviética” para preparar la reorganización de su aparato. Lo que caracteriza a tal fracción “pro soviética” no es la crítica a la traición del stalinismo, ni una mayor combatividad contra el capital o la monarquía. En tales terrenos sigue la línea de Moscú: colaborar con González, y no destruir tampoco a Iglesias. Lo que caracteriza realmente a los partidarios del Kremlin es el constituir una *reserva* ante el agotamiento progresivo del gobierno González y la desmoralización del grupo de Iglesias. Previendo la posible reorganización militante de la clase trabajadora sobre ejes revolucionarios, el Kremlin ha iniciado la reorganización burocrática de su aparato político sobre el eje de la sumisión al dictado de los gobernantes de la URSS. No es lo mismo, sino lo contrario.

Los grupos centristas en cambio confundieron desde el principio las dos cosas. Confundieron los primeros brotes de una segunda ofensiva, con la reorganización preventiva del aparato stalinista a partir de las fracciones de Ardiaca y Gallego. La fuerza del espejismo hizo surgir también la última fracción en las filas del PORE, una fracción cargada de pesimismo sectario sobre las posibilidades de acción independiente de las masas, pero en cambio convencida de que los “pro soviéticos” llevarían adelante una recuperación de la clase obrera, de sus sindicatos y de su militancia. Pero el PST, el más reciente

de los grupos que se reclaman del trotskismo, y que nació a partir de militantes de la socialdemocracia en los años del reflujo, fue el que más ingenuamente hizo suya esta ilusión. Y después de haber luchado con éxito junto al PORE en las elecciones del 82 para definir una línea y una alianza de independencia de clase frente a González y a los stalinistas, el PST viró de rumbo ciento ochenta grados en 1983 y salió corriendo detrás de Ardiaca y Gallego. Pretendía formar con ellos un nuevo “partido comunista revolucionario”, una especie de bloque trotsko-stalinista, una mezcla de agua con fuego. No hace falta decir que el fracaso fue sonado.

Los intentos de reorganización del aparato stalinista preludian la nueva, la segunda ofensiva, un inevitable nuevo embate del movimiento de las masas, que fue dispersado pero no derrotado, que resurge hoy. Pero las fracciones stalinistas jamás serán el punto de partida de la reorganización obrera para esa ofensiva. De esas fracciones, las más próximas al Estado burgués (los funcionarios municipales, sindicales, parlamentarios del PCE) constituyen más bien un grupo de *arrepentidos*, una banda de patriotas deseosos de poder convertirse en puros gestores reformistas del capital español. Las fracciones “pro soviéticas”, orientadas por Moscú hacia alianzas con la pequeña burguesía nacionalista y pacifista, si lograsen impulsar fuertes movimiento con ese fin, abandonarían para ello todos los criterios de clase a favor de los métodos, las ideas y los programas propios de esos pequeño burgueses aliados de la burocracia de la URSS. Los primeros pasos de una segunda ofensiva pueden comenzar reanimando al stalinismo, sometiendo a la prueba de los hechos a sus distintas fracciones. Y una vez más “el muerto intentará alcanzar al vivo”. Pero cada paso siguiente tenderá a alejar al proletariado militante del aparato burocrático de Moscú, responsable principal del fracaso de la primera ofensiva pre revolucionaria. La reorganización de las masas progresará en la línea de las lecciones de estos diez años, tomándolos como un ensayo general, es decir en la línea de construcción de una *nueva dirección* por los trotskistas.

## *Después de Sagunto*

En febrero de 1983 comenzó la huelga de Sagunto. Después de la de *Roca*, que terminó seis años antes marcando el comienzo de la *Unión Sagrada*, no había tenido lugar otra huelga de esta envergadura. Sagunto ya no ha sido una acción de retirada, ni propiamente una acción aislada: ha sido el primer episodio serio del segundo embate proletario. A lo largo de un año de huelgas generales locales, marchas de solidaridad, acciones de control obrero en la empresa, asambleas democráticas masivas, manifestaciones políticas contra la línea del gobierno, presiones al aparato sindical, *Sagunto* ha animado los pasos siguientes de la clase trabajadora en los sectores naval y siderúrgico. Su grito, el grito de “*¡así, así, ni un paso atrás, a la huelga general!*” ha marcado el final del reflujo, del bache obrero, el inicio de otra etapa. Con esa huelga el movimiento se situó a la mitad de 1984 en la misma fase en que estaba allá por el año 1972 en la primera ofensiva obrera analizada en este libro: reaparición de la violencia obrera contra la violencia policial; avance de las asambleas obreras por delante de los sindicatos; generalización de las huelgas solidarias de toda una ciudad o toda una comarca. Pero con un ajuste en el calendario: en 1984 el movimiento es *políticamente* más cauto, menos ingenuo que en el 72, y sin embargo más experimentado y por lo tanto más capaz de acelerar el ritmo en cuanto los obreros vean más claro el futuro.

Una segunda tentativa revolucionaria está en el calendario de la lucha de clases para dentro de algunos pocos años, y no muchos. Las lecciones de la primera tentativa cobran un valor práctico que el lector debe ahora juzgar. Hagamos ya un repaso general:

Las reivindicaciones *democráticas* no han perdido valor, pero su relación con la revolución proletaria está más clara. En la ofensiva anterior el *campo* no llegó a entrar en la lucha, que fue frenada muy pronto. La revuelta del jornalero, del aparcerero, del campesino de una tierra condenada a la miseria por los capitalistas, entrará posiblemente en acción ya en el marco de una segunda y más profunda crisis pre revolucionaria. Y no hay duda de que la exigencia popular y democrática del reparto de la tierra será una de las palestras de la lucha por el poder entre las clases. Pero además el problema democrático fundamental de la península, el problema *nacional*, se ha agudizado con el parche de las *autonomías*: las exigencias han aumentado, las soluciones siguen faltando. La clase obrera sólo podrá luchar por el poder sobre el caballo de batalla de una solución radical democrática al problema nacional. Ni siquiera el problema de la democracia política perderá importancia en esta segunda ofensiva. Las tareas nacional y agraria, y la necesidad de liquidar el aparato militar y estatal franquista conservado por el nuevo régimen, pasan por un objetivo político central: abolir la monarquía, establecer la república, más en concreto una federación de repúblicas; y desde el punto de vista de la fuerza capaz, del modo de lograrla y del programa social, será una *Federación Ibérica de Repúblicas Obreras*. La primera lección de los diez años transcurridos es que todas las concesiones a la burguesía en el terreno de las exigencias democráticas (aceptar una monarquía, limitar el derecho de autodeterminación, mantener el aparato policíaco y militar, evitar el problema de la propiedad agraria...) en lugar de facilitar los objetivos y mejorar la situación de los trabajadores, acabaron facilitando la dispersión del proletariado y su explotación.

Al principio de la nueva ofensiva, la actividad de los obreros y sobre todo de su juventud reanimará al conjunto de las fuerzas políticas en grados diversos. No ha habido jamás una ofensiva obrera que no pasase *al menos en parte* por los partidos mayoritarios entre los trabajadores, por muy burgueses y podridos que los encuentre. Poco a poco, la vanguardia y las masas irán delimitando su posición en el curso de los acontecimientos, pero incluso la búsqueda más enérgica de una nueva dirección vendrá acompañada al principio, en los primeros y costosos pasos de la ofensiva, de un deseo de *unidad*. Es inevitable y positivo. Porque tal unidad elevará el nivel general de la lucha y dará *el tiempo y el marco* para que la base obrera pueda orientarse en lo que hoy le parece un laberinto incomprensible de desacuerdos políticos. En los años anteriores hubo que aprender a combinar la delimitación estratégica con la flexibilidad táctica. El *frente único* aparece ahora como una necesidad práctica para el avance del conjunto de la clase, y también como un medio de facilitar el contacto y la influencia de los elementos revolucionarios sobre las tendencias obreras intermedias, indecisas u oportunistas.

Pero la lección más importante de estos diez años consiste en subordinar todos los aspectos diversos de la lucha revolucionaria a su aspecto central: agrupar, seleccionar y formar una dirección política realmente obrera, no sólo por su nombre, su bandera y su programa, sino por sus lazos vivos, densos e indestructibles con su clase de origen. No hay nada más importante. Y no hay nada más difícil en la revolución. Pero diez años han demostrado que esa fue y esa es la llave de la victoria.

Con ser la más homogénea de todas las clases de la sociedad moderna, la clase trabajadora se compone de capas diversas. La unidad de sus intereses y, lo que es lo mismo, su independencia respecto a las otras clases, no es un resultado automático de sus condiciones de existencia, sino un proceso complejo de organización y de conciencia. Las capas superiores de los asalariados se aproximan mucho, en su vida material, y más todavía en su mentalidad, a la pequeña burguesía urbana. A través de estas capas superiores, las más cultas e influyentes en los tiempos ordinarios, en las etapas más pacíficas de la lucha de clases, la burguesía puede transmitir una influencia paralizante sobre el con-

junto del proletariado. Las ventajas puramente *relativas* de esta aristocracia obrera, del sector de los empleados y de la capa más reducida de los dirigentes profesionales del movimiento proletario se convierten así en un obstáculo para la completa unidad e independencia de la clase. Las filas de los modernos esclavos pueden ser divididas por el servilismo de los lacayos. Pero es importante ver que la influencia de la capa *superior* de los obreros no depende de su propia fuerza –es muy pequeña dentro del conjunto de la clase– sino de su alianza con las clases medias, es decir con los últimos estratos de la burguesía. Es la alianza o la fusión de intereses entre los profesionales liberales, los tenderos, los empleados, la élite de los obreros industriales y los profesionales del movimiento de masas, lo que puede constituir un freno *de peso* a la conciencia de clase, y una atadura de los asalariados al carro capitalista.

Esta alianza antiobrera no debe confundirse con la necesaria alianza *revolucionaria* del proletariado con el campesinado para vencer a los capitalistas. En esta última, los obreros conservan y refuerzan su independencia, su programa propio opuesto al burgués, se dirigen directamente a las capas más oprimidas del pueblo llano sin el intermediario de las clases medias y no mezclan banderas ni disuelven sus filas en la alianza. En cambio la fusión de la burocracia y la aristocracia obrera con la pequeña burguesía acomodada se realiza conciliando el movimiento proletario con la sociedad de los burgueses.

De otro lado, todo partido, aun el más revolucionario, representa una *selección* de una vanguardia, es decir de un sector destacado de la clase. Esa selección, cuyo origen está en duros combates, en pruebas prácticas e intelectuales difíciles, es también una *elevación* de una vanguardia sobre el conjunto de su clase, y casi siempre incorporando a ella elementos procedentes de las otras clases dispuestos a luchar con los obreros. Cuando la organización es potente, esa elevación puede dejar de ser intelectual y política, para empezar a ser social y material: la burguesía de la época del capitalismo en decadencia dedica sumas crecientes a la supervivencia de un régimen podrido, sumas para reclutar servidores, es decir perros guardianes (policías y soldados), lacayos (periodistas y políticos) y capataces de esclavos (corrompiendo a los dirigentes de los trabajadores). Esos crecientes gastos de supervivencia de un régimen condenado no pueden cambiar la situación de las masas. Ante ella son una gota en el océano. Pero pueden comprar e integrar a sus dirigentes. Para ese fin hay fondos, hay créditos a los partidos, hay ventajas sociales a los dirigentes, subvenciones a la prensa de izquierdas, ayudas oficiales a los sindicatos, elevados sueldos a los parlamentarios, una ingente plantilla municipal y premios y honores culturales.

Haciendo abstracción de las circunstancias concretas, la raíz de la socialdemocracia y del stalinismo es esta corrupción de la capa dirigente del proletariado. En el primer caso, como consecuencia de una colaboración de la aristocracia obrera con la burguesía en la explotación de las colonias. En el segundo caso, como consecuencia del aislamiento de la victoria revolucionaria en un país atrasado, Rusia, donde la burocracia obrera pudo aspirar a una situación interior de privilegio en medio de la escasez, aliándose a la burguesía del resto del mundo.

La independencia del proletariado y su unidad no sólo tropiezan pues con las divisiones naturales en el interior de la clase, sino también con el reclutamiento y la corrupción por la burguesía de los jefes, líderes y cuadros obreros más capaces.

Eso ha suscitado históricamente una pregunta: ¿podría la clase prescindir de los jefes obreros, de dirigentes y de la organización política de la clase, ya que encierra el riesgo de corrupción? Los anarquistas razonan así, pero los anarquistas no han resuelto el problema; más bien han retrocedido ante él refugiándose en prejuicios morales. Y el problema continúa porque reside en las condiciones objetivas ordinarias de la lucha obrera,

en la que una inmensa mayoría lucha por ley de vida sin poder escapar de un desgaste económico, físico e intelectual tan agobiante que apenas permite elevarse hasta las tareas políticas. Sólo en *ciertos* momentos puede hacerlo toda la clase, y sólo *ciertos* obreros logran hacerlo durante todo el tiempo, escapando intelectualmente de su condición de esclavitud para actuar como revolucionarios.

¿Siempre será así? En tal caso la humanidad estaría condenada. Pero una vez los obreros se hagan con el poder político –circunstancia que se ha dado ya en la historia– y sobre todo usen de ese poder para elevar la situación material y cultural de la clase trabajadora hasta un nivel decisivo –circunstancia que aún no se ha dado, ni puede darse en un país o varios países que estén cercados por el imperialismo–, llegará entonces el momento en que la clase trabajadora en su conjunto se adueñará de modo espontáneo del destino del mundo, y la vuelta atrás hacia la esclavitud no será posible. Sólo entonces sobrarán los dirigentes, en el sentido actual de esa palabra. Pero si admitimos que el primer paso es, en todo caso, la *toma del poder*, la cuestión no puede abordarse con el enfoque anarquista puramente moral. El único método que permite a los trabajadores hacerse con el poder, partiendo de sus difíciles condiciones actuales, es precisamente la existencia de una organización, y de una vanguardia. El papel dirigente de sus elementos más conscientes, activos y entregados, que sólo pueden ser de ordinario una minoría, es la clave de la victoria. Aunque tenga sus riesgos, como todo.

La contradicción entre la necesidad de una vanguardia (de un partido) y los riesgos de separación respecto a las masas está en la raíz de la revolución socialista y de sus frecuentes tropiezos durante más de un siglo. Los anarquistas renuncian a resolver prácticamente esa contradicción. La historia de la socialdemocracia probó que la vanguardia, socialmente separada de la clase por las funciones de su propia organización, y materialmente asimilada a la pequeña burguesía por sus condiciones de vida, podía pasarse y se pasó al bando de los opresores. La experiencia de la Internacional Comunista probó después que la defensa del “socialismo en un solo país” desarrolló una burocracia parásita, privilegiada y contrarrevolucionaria a partir del acomodamiento, la fatiga y la descomposición de la antigua vanguardia proletaria. En conjunto, como dijo Trotsky, lo que la historia ha probado es que “*la selección y educación de una verdadera dirección revolucionaria, capaz de resistir la presión de la burguesía, es una tarea extraordinariamente difícil*”, y eso por las razones objetivas descritas. Pero es la tarea.

Los acontecimientos de diez años en el Estado español probaron lo mismo. A la hora de la verdad, los componentes pequeño burgueses dominaron sobre los componentes obreros en la dirección de la clase. Años y años de preparación bajo el franquismo se revelaron insuficientes. Saquemos el balance.

La primera ofensiva que arrancó ya bajo el franquismo se detuvo *antes* de que la juventud obrera, esa generosa fuerza renovadora que estaba enrolada en las corrientes más revolucionarias, lograra desplazar de la cabeza del movimiento a los stalinistas que buscaban un arreglo con los herederos de Franco. Pero ¿por qué? Este libro y sus artículos han intentado analizar sobre todo el problema que menos atención ha merecido hasta ahora en los rarísimos balances políticos de estos años. ¿Por qué la juventud revolucionaria no tomó el relevo en la dirección de las masas cuando los stalinistas pactaron con los franquistas? Porque la vanguardia marxista tenía una muy insuficiente implantación obrera: porque la juventud obrera tenía una insuficiente formación *marxista*. No se había logrado formar en toda la etapa de la clandestinidad un sector suficientemente amplio de jóvenes trabajadores, como cuadros revolucionarios del movimiento de las masas. El peso de los intelectuales, los estudiantes, los revolucionarios profesionales no obreros seguía siendo desproporcionadamente dominante sobre los auténticos revolu-

cionarios proletarios, incluso en el ala más radical del abanico político. En resumen: aún la clase obrera española no había logrado *producir* su *propia* vanguardia dirigente.

Ante una previsible segunda ofensiva, nadie debe tranquilizarse señalando el importante número de intelectuales que, por ejemplo, figuraron en la dirección de los bolcheviques de Lenin. El partido bolchevique demostró ser el más capaz de la historia, un modelo revolucionario. Pero no hay que contar entre sus virtudes, y menos aún entre las que facilitaron su victoria, el peso inevitable de los intelectuales en el movimiento revolucionario de un país *atrasado y tiranizado*. En cambio el mismo Trotsky ha señalado que esa composición de los círculos dirigentes *facilitó* luego la degeneración del más revolucionario de todos los partidos de la clase trabajadora.

Hace cuarenta años que una conclusión se ha impuesto en todas partes: la dificultad para derribar al capitalismo, podrido ya hasta la médula, que no es siquiera capaz de dar trabajo y alimentar a sus propios esclavos, se resume en la dificultad de crear una auténtica *dirección obrera*, a la vez *unida físicamente* a su clase por todos los lazos posibles, y *elevada intelectualmente* sobre el horizonte necesariamente limitado de su propia clase oprimida.

No hay tarea política más importante. Puede decirse que esta es el alma de todas las otras. Si los más grandes movimientos de las masas no *destilan* esa vanguardia, tanto más dura será su caída. Es la lección de diez años. Y la lección concierne ante todo a cada joven obrero. Así que el último artículo de estos diez años de lucha está dedicado a la juventud de la clase trabajadora, a los que ahora llegan a la lucha, y que en sus manos y en sus cerebros nos traerán, o una época de esclavitud, o una nueva dirección revolucionaria.

Agosto de 1984

## CRONOLOGÍA

### 1982

**Febrero.** Consejo de Guerra contra los golpistas del 23-F.

**Mayo.** Hundimiento electoral de la UCD en Andalucía.

**Agosto.** Calvo Sotelo convoca elecciones anticipadas.

**Septiembre.** Acuerdo electoral entre el PORE y el PST para ir juntos en las listas de Madrid, Barcelona y Mallorca.

**Octubre.** La detención de varios militares saca a la luz la preparación de un golpe de Estado para el 27 de octubre. El día 28, las elecciones dan la mayoría al PSOE; avanza AP, se reduce la abstención y fracasan completamente UCD y el PCE.

**Noviembre.** Carrillo dimite como secretario general del PCE.

**Diciembre.** González abre su mandato visitando la División **Brunete** de Madrid. En el VII Congreso del PORE, el PST rompe los acuerdos y se orienta hacia una fusión con las fracciones “pro soviéticas” del PCE.

### 1983

**Enero.** Jornada de huelga general en **Gijón** con cien mil manifestantes contra la política de “reconversiones”. Artículo “**Una nueva etapa**”.

**Febrero.** Comienza la huelga de **Sagunto**, que mantendrá parado durante un año el segundo horno de AHM.

## NUEVA ETAPA

(artículo publicado en enero de 1983)

Hay que saber luchar en situaciones muy variadas y cambiantes. A lo largo de las batallas, los revolucionarios lo mismo que las clases sociales, comprenden que no vale fiarse de las primeras impresiones ni de las primeras enseñanzas de la experiencia, sino que hay que aprender a mirar fríamente hacia delante y saber atravesar lo superficial, lo pasajero, para lograr ver, preparar y dirigir los grandes movimientos de los trabajadores. A los constantes “reproches” sobre el número de nuestras fuerzas hemos opuesto nosotros siempre la catástrofe política de esos “grandes” partidos como el de Carrillo. Su hora llegó *y pasó*. La del PSOE ha tardado más, llega ahora, en el poder... *y pasará* (con más pena que gloria). La nuestra aún no ha llegado, porque sonará con una nueva ofensiva profunda de las masas trabajadoras de este país. Nuestro “estancamiento” refleja la *lentitud extrema* con la que se acerca, madura y se inicia esa nueva ofensiva cuya primera línea cae todavía lejos de nosotros, los obreros y revolucionarios del Estado español: concretamente *en Polonia*.

Sabemos que aún tardará en llegar hasta aquí, que incluso esos primeros brotes abiertamente revolucionarios como el de Polonia, *podrían* teóricamente ser aislados; que, en tal caso, la contrarrevolución *podría* asestar allí un duro golpe a toda la clase internacional cuyas consecuencias todos sufriríamos, y que sólo los trotskistas nos estamos ocupando de *acercar* esa Polonia a España, esa revolución *ya* activa a este lento madurar de la crisis española. Pero *sabemos* que infaliblemente la batalla llegará hasta aquí. Y la preparamos, la acercamos, formamos una parte viva de su proceso objetivo de maduración.

Este ha sido uno de los ejes de discusión del último Congreso del PORE. En torno a él, lo *superficial, momentáneo y puramente episódico* de la situación española no nos asfixia ni nos distrae de nuestras tareas. Pero, aunque no nos distrajo, nos ocupamos también de desmontar los montajes episódicos.

### *Las etapas y su prólogo*

El PSOE comienza con promesas, declaraciones y algunas medidas. Eso es lo superficial y episódico. Nadie sería capaz de negar el carácter *reaccionario* de algunas de esas medidas, nadie, ni los más incondicionales de González. Así, por ejemplo, la devaluación de la peseta, los aumentos de precios, los “vivas” a la Guardia Civil, etc., suscitan la desconfianza de los votantes obreros *aun antes de que sintamos las consecuencias materiales de tales medidas*. Pero hay *otras* medidas, o más bien promesas. Por ejemplo, de reducción de la jornada laboral, o de limitaciones legales al trabajo temporal, o de liberalización de la situación de los detenidos y procesados, que parecen contradecir lo anterior, al menos a primera vista. Se quiera que no, esto favorece entre los obreros un clima de expectativa hacia el poder y de inactividad en el terreno de la lucha de clases. En fin, tenemos que añadir la inicial “moderación” táctica de Fraga y el silencio siniestro de fascistas y golpistas. El clima, visto así por encima, no parece muy propicio para los revolucionarios, para el PORE.

Es el *prólogo*, el prólogo de la nueva etapa: un prólogo tan endeble como episódico y que no nos debe distraer.

Pero esos partidos o grupos a los que llamamos *centristas* distinguirán las “malas” medidas de González y las “buenas”. Criticarán las primeras y apoyarán las segundas, quizá con la coletilla de algunas observaciones críticas sobre sus inconsecuencias. En eso estriba precisamente eso de ser *centrista* y no revolucionario: en criticar “en la medida que...” y en apoyar “siempre que...”. El PORE no apoya al Gobierno. No hay medida que lo justifique.

Antes de entrar más en ellas, digamos de pasada que cuando se comienza por distinguir las “buenas” y las “malas” medidas se está ya a un paso de *apoyar las malas para no estropear las buenas*. Esa es la lógica del poder: ¿queréis reducir la jornada laboral?, ¡comenzad por reducir el salario! ¿Que queréis “democracia”? ¡Gritad entonces con nosotros “vivas” a la Guardia Civil caminera, a la de Almería y Trebujena, a la de Tejero! Y así sucesivamente... Los centristas están atados a la rueda trituradora de esa lógica del poder.

Si sólo se tratase de los “centristas” no sería muy grave. Pero la posición de los centristas es importante porque conecta fácilmente con ciertos movimientos sociales de *radicalización* que todavía no han ido lo bastante lejos, ni han adquirido un carácter netamente obrero, de clase, ni han adoptado un punto de vista marxista. Tales movimientos elementales en la conciencia, en la actividad de obreros y de jóvenes, de militantes de aquí o de allá, arrastran las mismas ilusiones y confusiones que los centristas. Para las masas que *avanzan por tanteos* en sus conclusiones, esas ilusiones son pasajeras. Para los centristas, en cambio, esas ilusiones son algo así como su profesión, su oficio, su razón política de ser. Pero eso no impide que unos y otros (los jóvenes que se politizan, los obreros que endurecen gradualmente sus convicciones, y los centristas) *se encuentren* en un cierto punto de sus respectivos caminos. Ahí está el peligro: en ese encuentro se han perdido varios revolucionarios que pusieron al comienzo de su ofensiva a los centristas a su cabeza, en el lugar de los revolucionarios. Tenemos pues una dura tarea en este momento, en este “prólogo” de una etapa. Atravesar con convicción y romper paso a paso las ilusiones episódicas.

## ***Las medidas del poder***

Veamos más de cerca ahora el carácter de las medidas gubernamentales. Nadie nos puede reprochar una visión simplista de las cosas, que sería desde luego ajena a la realidad de la vida obrera. Sabemos que –por el momento– los fascistas no están nada envalentonados: ellos, lo mismo que los obreros, necesitan observar a los socialistas, tomarles la medida y adecuar su táctica. No negamos por lo tanto un posible retraimiento *momentáneo* de “fachas” y de golpistas. Simplemente afirmamos que *es momentáneo* y que es menos importante para los obreros el fracaso electoral de Piñar y Cía. que la cobardía con la que el poder seudo socialista reacciona desde hoy, por ejemplo al *colaborar* con su silencio y su inactividad en esta táctica de repliegue y reorganización clandestina de los fascistas.

Veamos otro elemento. Nosotros tampoco negamos que los ministros del PSOE esperen que tal o cual “saneamiento” de los ministerios, tal o cual medida de control de los impuestos, tal o cual ley contra las jornadas largas, el subempleo, el trabajo ilegal y las horas extras, llegasen a reducir el *paro*. Al contrario: estamos bien dispuestos a creer que esos ministros *esperan algo* de su propio programa y es casi inevitable que den algún pequeño pasito para lograrlo. Podemos llegar a admitir que durante unos pocos me-

ses, algunos pocos miles de obreros, notarían alguna pequeña mejora... Incluso, si todo lo malo fuese la pequeñez de las medidas, no dejarían de ser una especie de esperanza, o su sombra. Precisamente el poder y los centristas la presentarán así ante los miles y miles de trabajadores a quienes no les toque nada de esas migajas “socialistas”. Y los burgueses harán todavía más: las presentarán como diabólicas medidas revolucionarias... En el fondo los burgueses –los *grandes*– saben que el PSOE es inofensivo para sus intereses, y colaboran con él en aislar a los revolucionarios, pero no dejan de presentarlo como “el coco” para agrupar a las huestes de la pequeña y media burguesía, a los desclasados y a los campesinos, preparando así la hora de prescindir de los servicios leales del lacayo González.

Eso no sería casi nada. La realidad es más dura para los oprimidos que el futuro para González. Esos ministros irán día a día renunciando a todo proyecto de mejora: bajo el sabotaje capitalista progresivamente organizado; bajo la presión descarada de los bancos, los monopolios, el imperialismo y los sindicatos patronales, que hará que esas pequeñas mejoras para unos pocos sean compensadas con un *empeoramiento general*. En la medida que el PSOE quiera sacar *algo* para sus electores obreros, saqueará el bolsillo de los empresarios más ruinosos o de los tenderos y campesinos –pero no el de los banqueros– suministrando así una base de masas a la reacción: el pequeño burgués enfrentado económicamente a la clase obrera para tranquilidad de los grandes capitalistas.

En definitiva eso es lo que decimos. No atribuimos a esos “recién llegados” a la política que son los dirigentes del PSOE ninguna voluntad maquiavélica. Más que eso les caracteriza una mezcla de inocencia, incompetencia y cobardía políticas. Sobre todo analizamos el proceso a través del cual su gobierno se convertirá en encubridor, luego en cómplice y finalmente en agente de la contrarrevolución, sin tener en cuenta las intenciones personales. Comprendemos a los obreros que todavía quieren esperar a ver lo que hace González. En la acción estaremos juntos, pero en la formación de un nuevo partido aún no ha llegado su hora. Y llamaremos a los verdaderos luchadores comunistas, a los jóvenes revolucionarios y a los trabajadores más decididos a no distraerse y a preparar la batalla sin la menor confianza en ese Gobierno. Sólo estamos asistiendo al prólogo. El primer acto ya será más claro y más duro.

## *Ofensiva y reacción*

Tampoco se puede entrar en otra etapa, ni en su prólogo, sin echar la última mirada hacia atrás. El Congreso del PORE echó esa última ojeada al pasado; una ojeada bastante penetrante. Podemos decir que la *ofensiva* obrera que suministró nuestras principales fuerzas militantes sólo llegó, en España, hasta el 76 de una forma clara, hasta el 78 de una forma ya incierta, y que hacia 1980 coincidían los primeros pasos de una nueva ofensiva en Polonia con una profunda dispersión del movimiento de los años anteriores en España. El 23 de Febrero fue la señal de que *algunos de los objetivos* del régimen instaurado en común por Juan Carlos y Carrillo, se habían cumplido. No sus promesas demagógicas –¡esas no se cumplirán ya nunca!– pero sí el desarme de la clase obrera ante las maniobras más torpes y más chapuceras de los carniceros de uniforme del ejército de Franco.

Cuando se mira hacia atrás está justificado no sólo echar mano de las citas, sino incluso de las propias. Nuestro partido concentró su lucha ideológica contra el régimen de Juan Carlos y Carrillo en un libro, que por eso mismo no es “de autor” sino *de partido* y que lleva la misma firma que este artículo. Preguntándome si llegaría tarde ese libro, escribí hace tres años:

“El trabajo subterráneo de la maduración revolucionaria de las conciencias obreras y de las condiciones sociales ha minado el edificio de la *Unión Sagrada*. Sus mismos cimientos internacionales, que están en la alianza de Moscú con Washington, se cuartejan. Muchas de las ilusiones levantadas por el acuerdo de Carrillo con los franquistas en 1977 no movilizan ya a nadie. ¿Demasiado tarde, entonces, para un antídoto contra el veneno oportunista? Nada de eso. El veneno de esos tres años ha penetrado las articulaciones del movimiento obrero, y sus previsibles acciones espontáneas, en los próximos años, podrán extenderlo peligrosamente a todo su organismo”.

Han pasado tres años más. Las perspectivas de una nueva ofensiva obrera, en efecto, no *disipan* la reacción ideológica y política del poder y los dirigentes, sino que *la extienden*. Desde tal punto de vista no habría inconveniente en reconocer que si la monarquía no triunfó en nada decisivo sobre los obreros, si no ha logrado siquiera estabilizar su régimen híbrido, llegó en cambio a instaurar un clima de *reacción política* todavía más visible hoy que ya no estamos metidos en el bache de aquellos días y vemos ya los primeros pasos y síntomas de una nueva etapa en la cual vamos a caer del lado de la revolución o del de la reacción en todos los terrenos.

## *El futuro del partido*

Precisamente la mayor dificultad para los revolucionarios consiste en salir del relativo aislamiento donde les sumió –no sus propios errores, aunque también los hubo– sino sobre todo esa dispersión de las fuerzas que iban a la ofensiva, que fueron más frustradas que derrotadas por la alianza de Carrillo con los franquistas, y que han creado ese clima de reacción política. Ahora los jóvenes se forman en una atmósfera venenosa y tendrán que desarrollar sus propios “anticuerpos”. Los antiguos luchadores están ampliamente desclasados. Los obreros fatigados y desorientados. Muchos revolucionarios confusos. En particular el marxismo ha sido archivado en las bibliotecas o malvendido en las librerías “de viejo” hasta que los obreros lo “pongan de moda” ocupando las calles otra vez. Se podrían aplicar muy bien a esta etapa las líneas que Lenin dedicó a los años 1907-1910 de la revolución rusa:

“Años de reacción (1907-1910). El zarismo ha triunfado. Han sido aplastados todos los partidos revolucionarios y de oposición. Abatimiento, desmoralización, escisiones, dispersión, apostasías, pornografía en vez de política. Reforzamiento de la tendencia al idealismo filosófico, misticismo como disfraz de un estado de espíritu contrarrevolucionario. Pero, al mismo tiempo, justamente la gran derrota da a los partidos revolucionarios y a la clase revolucionaria una verdadera lección en extremo provechosa, una lección de dialéctica histórica, de comprensión, destreza y arte para librar la lucha política. Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos derrotados pasan por una buena escuela”.

Pero estas líneas de Lenin (donde sólo habría que matizar el término “derrota”, pero no la reacción política dominante) son doblemente buenas cuando uno se fija en las fechas. Tales períodos sólo pueden ser *cortos*. A los jóvenes revolucionarios que fundamos el PORE en su primer Congreso de 1974, nos parecía enorme ese desarrollo de la revolución rusa que tuvo que fundar su partido al principio del siglo, que *necesitó* un ensayo general que fue la revolución de 1905-1907, y que no logró triunfar hasta doce años más tarde. Ahora nuestro partido tiene ya una cierta “historia” y esos períodos de

la revolución rusa nos parecen ya más cortos. Hemos aprendido que las ocasiones revolucionarias también pasan (¡hay que aprender a osar!) y que pasarán las etapas de reacción política. Hemos aprendido tanto *o más* de estas segundas que de las primeras. Ya no estamos tampoco, dentro del que podríamos llamar “calendario ruso”, en esos 1907-1910 de la reacción, sino en la etapa siguiente de la que dice también Lenin:

“Años de ascenso (1910-1914). Al principio, el ascenso fue de una lentitud inverosímil: luego, después de los sucesos del Lena de 1912, algo más rápido. Venciendo dificultades inauditas, los bolcheviques desplazaron a los mencheviques, cuyo papel como agentes burgueses en el movimiento obrero fue admirablemente comprendido después de 1905 por toda la burguesía y a los cuales, por eso mismo, sostenía de mil maneras contra los bolcheviques. Pero estos no hubieran logrado nunca desplazarles si no hubiesen aplicado una táctica acertada, combinando la labor ilegal con la utilización obligatoria de las “posibilidades legales”. En la más reaccionaria de las Dumas, los bolcheviques conquistaron toda la curia obrera”.

Estamos concretamente en ese principio *inverosíblemente lento*, en el prólogo de una nueva etapa. Y aprendemos la paciencia y la minuciosidad que se necesitan en los preparativos de todas las cosas incluidas las revoluciones. Eso fue el VII Congreso del PORE.

## CRONOLOGÍA

### 1982

**Febrero.** *Se hace pública la escisión en ETA p-m, a causa de las negociaciones entre Rosón y Bandrés para incorporar a los terroristas a la vida constitucional.*

**Abril.** *Herri Batasuna precisa las condiciones para una negociación con ETA militar.*

**Octubre.** *Victoria electoral del PSOE.*

### 1983

**Febrero.** *Garaikoetxea intenta organizar una “mesa por la paz” en Euskadi, para negociar el fin del terrorismo.*

**Marzo.** *Barrionuevo anuncia una “ley de arrepentidos”, para facilitar la reinserción de los renegados del terrorismo.*

**Abril.** *Artículo “Arrepentido; su moral y la nuestra”.*

**Mayo.** *Adopción del plan ZEN de represión en Euskadi.*

**Octubre.** *El gobierno González inicia la **guerra sucia** contra ETA.*

## ARREPENTIDO (SU MORAL Y LA NUESTRA)

(artículo publicado en abril de 1983)

En 1940 Trotsky estaba ya convencido de que Stalin preparaba cuidadosamente su asesinato y daría golpe tras golpe hasta lograrlo. Para el crimen emplearía la maquinaria organizativa y la autoridad política que fueron conquistadas *por una revolución obrera*, la de Octubre de 1917, donde Stalin tuvo un papel de tercera fila mientras que el mismo Trotsky había desempeñado uno *estrictamente decisivo*. La juventud de 1940 pudo escuchar a los metafísicos de la política lloriquear sobre “la revolución que devora a sus hijos”... Trotsky se inquietaba por el legado que la vieja generación de revolucionarios dejaría a los hijos de los obreros. Y en ese año que le vería caer asesinado a manos de un “camarada” de Carrillo y de Ardiaca, Trotsky redactó su testamento donde se pueden leer estas líneas:

“... Si pudiera volver a empezar, trataría evidentemente de evitar tal o cual error, pero la línea principal de mi vida no cambiaría. Moriré como revolucionario proletario, como marxista, como materialista dialéctico y, en consecuencia, como ateo irreductible. Mi fe en un futuro comunista es más firme hoy, si cabe, que en mi juventud”.

Trotsky no era un *arrepentido*. De nada. La juventud trabajadora volverá otra vez, más pronto o más tarde, sobre su obra y aún aprenderá muchísimo de su lucha antes de dejarla atrás superada por la construcción de un ejército revolucionario mundial de los oprimidos, es decir de una IV Internacional arraigada en las masas obreras. Y si esa juventud puede y debe aprender *incluso* de “tal o cual error” de los que habla el gran revolucionario, para no repetirlos, se debe también a que Trotsky no fue un *arrepentido* sino un crítico implacable de sus propios esfuerzos. Los arrepentidos de ayer y de hoy conocieron la lucha, pero todo se esfumó ya y sólo les dejó numerosas “batallitas” que contar y un buen montón de “quejas” dirigidas a la sociedad, a la lucha de clases, al partido... La juventud no recibe de los *arrepentidos* otra herencia que el peso amargo de su decadencia política y moral. Por grande que sea el legado de “quejas” y “batallitas” de los *arrepentidos*, los jóvenes obreros harían bien en tirarlas a la basura sin la menor consideración.

### *Atmósfera envenenada*

Un número elevadísimo de trabajadores sigue convencido de la necesidad y superioridad del *socialismo* pese a las duras pruebas de estos años: primero hubo que reconocer que el movimiento de masas surgido de las profundidades del franquismo se quedaba en nada “gracias” a sus dirigentes llamados “comunistas” y “socialistas”; luego en Polonia, hubo que ver al “socialismo” degradado en la forma de una odiosa dictadura cuartelera enfrentada a los sindicatos de los trabajadores; en fin, ahora tenemos que soportar – ¡quien lo soporte!– el “socialismo” puramente *burgués* de González.

¿Y hay quien se extraña de la desorientación actual y del debilitamiento de la conciencia socialista, revolucionaria y de clase entre las masas? ¡Hay más motivos para

extrañarse de ese elevadísimo número de trabajadores que siguen, como Trotsky convencidos de la necesidad y de la superioridad del socialismo *pese a todo!*

Este simple hecho demuestra que el socialismo de los obreros no es —como el de las supuestas “clases cultas”— ni una moda ni una simple “convicción”, sino ante todo *el reflejo del movimiento objetivo de una clase* que sólo se desarrollará al expropiar al burgués, al planificar la producción, al abatir las fronteras... Para continuar la lucha, este sector obrero firme en sus objetivos generales es decisivo y *dentro de él* (en sus acciones, sindicatos, discusiones, simpatías) los revolucionarios encuentran un bastión para las etapas más difíciles de su lucha. Pero en cambio para *vencer*, este sector es completamente insuficiente: el futuro depende más de la juventud que de esos obreros socialistas, y hay un abismo entre una y otros.

Incluso entre el sector más firme de los obreros, la conciencia se oscurece y se enturbia por el peso de las decepciones. En esa atmósfera turbia crece la juventud y en su camino encuentra sobre todo *arrepentidos* a docenas. Digamos cien o mil renegados por cada revolucionario, y de diez a cien arrepentidos por cada obrero con clara conciencia de clase. Además, los obreros conscientes y los revolucionarios son aún “personajes oscuros” mientras los renegados y los arrepentidos son figuras estelares del firmamento político burgués, ensalzados por las “clases cultas” y la opinión pública.

## ***Condiciones revolucionarias, clima contrarrevolucionario***

Épocas así son muy contradictorias. Si nos atenemos a las condiciones objetivas, el pronóstico marxista es claro: el capitalismo va a la bancarrota; las últimas reservas de las familias obreras para que medio-coma la masa creciente de parados se van agotando; la revuelta madura porque una generación estará obligada literalmente a ganarse el futuro violentamente o a dejarlo en una nueva guerra imperialista. Y, si madura la revuelta ¿por qué no la revolución socialista? Dependerá de la *fuerza* de los obreros; la fuerza de la clase depende de la unidad de objetivos, de la organización de combate, de la capacidad de su “Estado mayor”, es decir de todo lo que resumido se llama *un partido dirigente*. Pero si nos atenemos a este aspecto de la situación, el panorama está lejísimo de lo que se puede llamar revolucionario.

Ahí asistimos al fracaso más estrepitoso de una dirección política, la *stalinista*, que dominaba desde los años treinta la acción, la organización, la formación y la conciencia de los obreros de todos los continentes. Y una *dirección* no es un apéndice de quita y pon, superpuesto a los otros elementos de la lucha y del que la clase podría deshacerse sin dejar rastros. Una dirección —incluso la más vendida a la burguesía— está siempre unida a la clase por miles de lazos: los militantes, los cuadros que organizan, las luchas libradas juntos, las ofensivas que se iniciaron bajo esa dirección antes de ser traicionadas, etc. El fracaso de los stalinistas es también el fracaso de la primera gran ofensiva de las masas y, en el Estado español, el fracaso del movimiento que despierta hacia el 56, que arranca en el 62, que se acelera hacia el 66 y que desde 1973 amenazaba diariamente la prolongación del régimen. Por ello, la dislocación del *aparato* dirigente es también la desmoralización de miles de cuadros organizadores y la dispersión de miles de obreros organizados. Y el fracaso del programa oportunista extiende la incertidumbre sobre cualquier programa marxista. A partir de un momento, la traición de los dirigentes arrastra una secuela larga de corrupción de los cuadros medios del movimiento.

No se cambia de dirección como de camisa. Mientras una nueva ofensiva madura en el terreno de las condiciones más generales y objetivas, la superficie está sobre todo dominada por las consecuencias más variadas del fracaso de la anterior. Las condiciones objetivas son a cierta escala amplia más importantes que el clima político reinante. A la larga los esfuerzos conscientes de la minoría revolucionaria y los tanteos improvisados de las nuevas generaciones obreras *confluirán* y se impondrán al reorganizar a la clase sobre bases y con fuerzas nuevas, pero un período de incertidumbre es obligatorio. Y en él, el trabajo serio y sistemático de los elementos revolucionarios queda bastante oculto a los ojos de los jóvenes por los vapores pestilentes que despide el cadáver de la antigua dirección en descomposición política y moral. Hace falta *cierto* tiempo y *mucha* claridad para reagrupar y formar nuevas capas de proletarios marxistas. Las condiciones objetivas son favorables, pero el clima intelectual y político de nuestros días es *netamente* contrarrevolucionario.

## ***Toda clase de arrepentidos***

En ese marco general, el *arrepentido* es la figura simbólica de la quiebra de los cuadros de la anterior ofensiva obrera traicionada por la dirección stalinista.

Si nos atenemos al origen de la palabra, el *arrepentido* es el terrorista que abandona las armas, pero no por sus propios medios y de cara a combatir con más eficacia al Estado burgués, sino gracias a un acuerdo con la policía y –como ellos dicen– para “*reintegrarse a la sociedad*” que venían combatiendo. Pero entenderemos mejor el *arrepentimiento* como corriente política, si la seguimos paso a paso. Después de la ofensiva huelguística pre revolucionaria del 1969 italiano, la abierta traición del PCI de Berlinguer convertido en defensor del “Estado democrático” de los capitalistas italianos, produjo grupos *centristas*, es decir semi revolucionarios, que intentaron sobre todo seguir las luchas y presionar sobre la vieja dirección para hacerla evolucionar. Pero esta izquierda centrista hacia 1978 se podía considerar fracasada por no haber creado verdaderos partidos de clase ni haber hecho evolucionar al PCI: entonces produjo el *terrorismo*. Finalmente el terrorismo fue aislado, masacrado con brutalidad y manipulado por el poder hasta el punto de que los terroristas no vieron llegado el fin de su aventura sino el de la lucha de clases. Volvieron entonces al *redil* de la *democracia* como *arrepentidos*. Esa es la historia y, detrás de ella, casi una generación de luchadores quebrados. En Italia no sólo hay arrepentidos, sino también *súper* *arrepentidos*; en España tenemos hasta “*ultras*” *arrepentidos* y probablemente también *ultra* *arrepentidos*...

En el terreno del terrorismo esa evolución es tan importante, que cada *ministerio de represión* ha representado una etapa distinta: Fraga reprimió la ofensiva obrera; Martín Villa persiguió a los revolucionarios que querían continuarla; Rosón organizó el antiterrorismo, y Barrionuevo el *arrepentimiento*. Su ministerio debería llamarse “del *arrepentimiento*”.

Pero, de una manera general, los *arrepentidos* no son sólo los que abandonan las *armas de fuego*, sino también quienes dejan las armas políticas, teóricas y organizativas *construidas* por las generaciones anteriores de combatientes proletarios. ¿Carrillo?: ¡un arrepentido del *leninismo*, un renegado de la revolución de Octubre! ¿González?: ¡un arrepentido de la lucha de clases, un renegado del marxismo! ¿Y los llamados disidentes como Claudín, Azcárate, Lertxundi, Tamames, Sacristán...? ¡Arrepentidos del stalinismo, y nada más que eso! La única aportación de todos ellos a la teoría, a la política, a la lucha es... *un arrepentimiento*, un abandono, una retirada, una renuncia. ¿Que tú renun-

cias al leninismo? ¡Pues yo al marxismo! ¿Que dudas del marxismo?, ¡pues yo de la misma clase obrera!

## ***Crítica científica y arrepentimiento***

La mayoría de los renegados presentan su arrepentimiento como una especie de *virtud* intelectual y moral: “hay que corregir valientemente los errores”, dicen. Pero aquí hay trampa. Trotsky corrigió importantes errores, pero siempre defendió el camino que, a través de tales errores y pese a ellos, le condujo en plena revolución de 1917 al bolchevismo. A su vez, Lenin tuvo que modificar en el fuego de 1917 su antigua apreciación *concreta* del papel de las diferentes clases sociales en la revolución rusa. Pero Lenin afirmó que sólo entonces era posible aplicar y, por lo tanto, corregir y superar las viejas fórmulas gracias a las posibilidades de la nueva situación. ¡No había en cambio de qué arrepentirse! ¡El camino era el justo, y los errores debían quedar por el camino! Lenin, como Trotsky o como Rosa Luxemburg aportaron mucho de nuevo a la doctrina revolucionaria de Marx pero ¿habrían podido hacerlo si no se hubiesen dado como tarea precisamente la de *continuar* la obra teórica y la acción práctica de Marx? ¿Quién en la historia realizó alguna tarea progresiva sobre la base de un *reniego*, de un *arrepentimiento*, de un ataque a sí mismo, a su historia anterior y a sus precedentes?

Este punto es muy importante para la juventud. Por ley de vida, los jóvenes obreros son los primeros críticos, los renovadores, los rebeldes dentro de la misma historia de su propia clase y del combate de las generaciones anteriores. Tienen el derecho y el deber de ser así, y sobre todo lo son. Pero ¿confundirán *su propio espíritu crítico*, lo que les une a un Marx o un Lenin, con el espíritu de los *arrepentidos* y de los desertores?

Lenin no era un *arrepentido* de la vieja socialdemocracia, sino un continuador consecuente y, por lo tanto, creador y revolucionario, de Marx y de Engels. Carrillo es un arrepentido del *comunismo* y por eso no hay una gota de creación en sus vulgaridades chatas. Trotsky no fue un *arrepentido* del viejo bolchevismo, sino precisamente su portavoz en los tiempos de la degeneración burocrática del partido de Lenin y sólo así pudo *renovar* el marxismo para luchar contra la burocracia stalinista. Claudín, por ejemplo y en cambio, no es un continuador-renovador de la lucha de los revolucionarios trotskistas contra el stalinismo, sino un simple *arrepentido* del stalinismo, que repite las viejas recetas rancias de la socialdemocracia.

Los *arrepentidos*, lo mismo en la lucha de clases que en la historia de la humanidad, sólo representaron el papel de liquidadores del legado de sus antepasados. Su posición se parece a la *valentía crítica* tanto como se le puedan parecer las *confesiones* de las víctimas de la inquisición o las *autocríticas* de las víctimas de Stalin, que son los precedentes más directos del arrepentimiento actual. Antes de este siglo, habría que remontarse a la persecución de científicos, reformadores y pensadores por la Inquisición para encontrar tal suma de arrepentidos. Y en este siglo, antes de 1980, sólo los grandes y siniestros procesos políticos de Stalin produjeron arrepentimientos tan espectaculares y degradantes. Pero es propio de 1980 la ausencia de suplicios, torturas y condenas en la mayor parte de los arrepentimientos políticos: esa es la única aportación de los arrepentidos de nuestros días. Y los alrededores de 1980 pasarán a la historia de la lucha obrera con un nombre vergonzoso: *los años del gran arrepentimiento*.

## *Arrepentidos y fanáticos*

Incluso hemos tenido *arrepentidos del trotskismo*. A veces la lucha se vuelve dura, tensa. La revolución, como Trotsky decía, es una gran devoradora de energías físicas y espirituales. Numerosos combatientes dejan la batalla en los tiempos más confusos y difíciles. Pero ni siquiera eso es asimilable al arrepentimiento. El trabajador que deja la lucha en tiempos muy duros, pero no reniega de ella, ayuda en mil formas a quienes la continúan, les mira con respeto, les considera aún sus camaradas y espera el momento de volver a unirse a ellos, *ese no es un arrepentido*. El arrepentido justifica su cobardía política con ataques a sus camaradas y con tanta más hostilidad cuanto más tenacidad pongan los revolucionarios en continuar la lucha que abandonó el arrepentido. Así el arrepentido, lo mismo si lo es del stalinismo, que de la socialdemocracia, que incluso del trotskismo, considera a los revolucionarios como *fanáticos*, y a todo precio busca una explicación sucia para la lucha política: el dinero, pasiones personales, desequilibrios, inmoralidad, fanatismo... La juventud debe cuidarse mucho de las calumnias de los arrepentidos sobre los revolucionarios.

Los arrepentidos no creen que se pueda luchar por convicción en las posibilidades y en el futuro histórico de los obreros. Y sin embargo, esas son las posibilidades y el futuro de la misma juventud.

La acusación de *fanáticos* no es inquietante: el filisteo pequeño burgués empezó a llamar así a los revolucionarios allá por los siglos XVI o XVII. Sin embargo, el arrepentido de hoy se entiende tan bien con los “fanáticos” *stalinistas*, los bendecidos por Moscú o La Habana, como el *converso* se entendía con el “fanatismo” de la Inquisición. Es decir, el *arrepentido* acepta perfectamente el *fanatismo burocrático* aunque sea cínico y criminal, pero no tolera el supuesto “fanatismo” de los revolucionarios o de los rebeldes al que no puede atribuir una causa vulgarmente egoísta y conformista.

Ni siquiera hubiese habido una “Edad Moderna” en la historia de la humanidad, si la mejor juventud de aquellos siglos no hubiese considerado los arrepentimientos como una indignidad tortuosa y no hubiese seguido *buscando* la luz del progreso material, social y cultural en las doctrinas perseguidas por la Inquisición y abjuradas por los arrepentidos. Los jóvenes obreros de nuestros días deben considerar que el arrepentimiento es *la ruina moral y política* de una generación de combatientes finalmente quebrados por el fracaso de sus ilusiones, la dureza de la lucha y, sobre todo, la corrupción de la colaboración de clases. Y esos jóvenes *buscarán* la salida del túnel en las ideas, luchas y programas que se reniegan, así como en el combate de los proscritos y los fanáticos que inquietan al pequeño burgués, es decir, en el combate de los revolucionarios.

## ESCLAVITUD O PARTIDO

(artículo publicado en mayo de 1983)

Cuando los *revolucionarios* decimos que hace falta un *partido*, los jóvenes responden “¡yo paso de política!”; otros, que se interesan más por la sociedad, precisan que “hay que luchar de alguna forma, pero los partidos no nos hacen falta” o “los partidos limitan nuestra libertad”. La discusión es difícil sobre todo porque el lenguaje de los revolucionarios apenas encuentra puntos de apoyo, de partida, comunes, en el lenguaje de los jóvenes. Pero al pararnos a ver las cosas con calma, encontraremos que lo realmente distinto no es el lenguaje, sino *la vida*.

Los revolucionarios somos materialistas y actuamos y hablamos a partir de la realidad material, de su conocimiento riguroso. La juventud está viviendo una vida *de ficción*, irreal, a costa de renunciar a un presente digno y, sobre todo, a costa de su futuro; si la juventud no saliese de esa vida de ficciones, caería en la esclavitud antes de despartar.

### *Los jóvenes y las oscilaciones de las masas*

El revolucionario no nació revolucionario, lo mismo que el joven no va a ser joven toda la vida. Nos entenderemos siempre mejor si vemos las cosas *en su desarrollo*, en su evolución. Debemos discutir los revolucionarios y los jóvenes no sólo del presente, al fin y al cabo excesivamente poblado de fantasmas creados por la propaganda burguesa, sino también del *pasado y del futuro*. Así encontraremos el terreno común, pues hubo naturalmente un tiempo en que el revolucionario era un joven obrero, lo mismo que llega el tiempo en que el joven sólo logrará vivir del fruto de su trabajo.

El revolucionario comenzó por aquello que era y es lo más propio de la juventud: por el sentimiento de que la injusticia es intolerable, de que la violencia opresora es lo más odioso y de que el interés de algunas clases impide a la inmensa mayoría de los hombres –¡a los que trabajan!– sacar todo el jugo de la vida sobre la tierra. En los grandes movimientos históricos, no sólo la juventud sino la gran masa de los obreros comparte esa conciencia y actúa a partir de ella: ocurre como si toda la sociedad *se rejuveneciese* con la sublevación de los oprimidos. En tales momentos no existe un problema especial con la juventud y se la encuentra de manera natural por todas partes. En cuanto a los revolucionarios, se les ve entonces moverse como peces en el agua. En el crisol de un levantamiento de los trabajadores contra el orden burgués, la juventud y los revolucionarios no sólo se entienden bien sino que *se funden* entre sí y se funden con la clase trabajadora.

Pero los trabajadores forman una clase terriblemente oprimida: horas de trabajo, miseria material, amenaza de paro, incultura, represión... Sólo una combinación difícil y compleja de circunstancias y de resultados permite que la masa de sus hombres reúna la energía y la conciencia suficientes para desafiar la esclavitud e intentar cambiar por la fuerza las condiciones embrutecedoras en las que transcurre su propia vida. Es decir que, durante largos períodos de tiempo –aquellos en los que reina el orden de los amos,

de sus perros guardianes y de sus lacayos y predicadores— la vida de cada día machaca la generosidad, el espíritu de pelea e incluso la conciencia en grandes sectores de las masas: muchos se van retirando por un tiempo, los revolucionarios quedan minoritarios, a veces aislados y no pocas como proscritos o “apestados”... Entonces el problema de la juventud, es decir de los hijos de los obreros que llegan con su generosidad y su combatividad todavía no maltratadas ni defraudadas, cobra todo su valor. Solo ellos serán capaces de asegurar *otra vez* el progreso de las ideas y de las fuerzas revolucionarias.

## ***Los jóvenes y los revolucionarios***

Ahora es más fácil presentarse. Porque la mayoría de los jóvenes, cuando se les habla del *partido*, piensan que les habla “un político”, es decir uno de esos que piden votos y gente para pelearse por un *trozo* del pastel público, del botín del Estado o del poder de esta sociedad. En lo que *no* piensan, en el actual clima social, es que *el partido* que se les propone es una maquinaria para subvertir el orden capitalista, y poner a la clase oprimida encima de la clase opresora. Nos debemos presentar como revolucionarios, no como simples “políticos de izquierdas”.

Los revolucionarios empezamos luchando como cualquier joven, compartimos alguno de esos grandes esfuerzos de la clase trabajadora por romper sus cadenas y, cuando el movimiento fue decayendo por tal o cual deficiencia (traiciones de los jefes oportunistas, violencia de los opresores, insuficiente preparación de los oprimidos y sobre todo de su vanguardia más activa) nos fuimos dedicando a preparar mejor la siguiente ocasión, y por ello y para ello nos hemos ido dedicando a *reclutar* jóvenes, obreros. En algún momento de la lucha, probablemente en el momento más crítico, en el de la verdad, nos dominó un sentimiento de no estar a la altura de las tareas obreras. Como jóvenes luchadores nos dominó el sentimiento de que el *enemigo*, es decir el burgués rico, el militar bien armado, el predicador culto, el burócrata marrullero... ¡todos parecían más fuertes que los jóvenes luchadores de la clase menos dotada *por la sociedad!*

En ese momento crítico, la ofensiva de masas titubeó lógicamente. Siempre hay un sector que saca la conclusión negativa, siniestra, de que los oprimidos tienen poca cosa a hacer, de que siempre habrá amos y esclavos... Pero siempre habrá también otro sector que se da cuenta de la dura tarea de *preparación* que los obreros tienen que realizar para *aprovechar* una coyuntura favorable. Ese sector empieza a profundizar en las condiciones reales de la lucha de las clases, a abandonar las ideas ingenuas, sentimentales, elementales de la rebeldía espontánea, para encontrar un método riguroso con el que los oprimidos puedan vencer la próxima vez. Es decir que, mientras la mayoría cede, hay siempre una minoría que sigue ese otro camino que es el de los revolucionarios. Y el método riguroso que acaban (acabamos) aprendiendo es que la fuerza de los oprimidos consiste en llegar a organizarse bajo una *disciplina* que ninguna otra clase puede lograr en las épocas tumultuosas, porque no viene de la fuerza física, sino de la unidad de intereses entre los obreros, y de la oposición completa de sus intereses con los de los propietarios. Al joven que comienza, le asusta un poco esa palabra, *disciplina*: pero quien pasó por una ofensiva obrera y no quiso *limitarse* a maldecir a los dirigentes traidores, aprendió también que esa *disciplina de clases* es la condición de su libertad, de su victoria sobre los opresores. A esa disciplina *voluntariamente* buscada como la llave de la libertad, es a lo que los revolucionarios llamamos *partido*.

## ***Rebeldes y revolucionarios***

Durante años y años, la actividad de los revolucionarios consiste en *la propaganda* (es decir en la difusión, la explicación y la puesta a prueba) de las ideas e intereses de clase que permitan llegar a esa disciplina de combate. Se recluta para que se difundan esas ideas en las huelgas, en los sindicatos, en las manifestaciones políticas, en las elecciones... y, a su vez, la finalidad inmediata de esa propaganda es seguir reclutando y formando a los cuadros, es decir los militantes, los activistas y los dirigentes que *organizarán* la disciplina de acción de la clase en el momento en que las masas se inclinen hacia una actividad netamente subversiva, revolucionaria.

Los jóvenes de todas las épocas tienen siempre una cierta dosis de rebeldía – incluidos los que dicen que “pasan” – pero les es relativamente incomprensible esa actividad de propaganda, que es la esencia del partido antes de llegar a ser una disciplina de la violencia de masas contra la burguesía. Es necesaria la escuela dura de la vida obrera, de la lucha obrera, de la ofensiva obrera de masas, para que la rebeldía confusa del joven hijo de obreros (y de algunos hijos de las otras clases) se convierta en la actividad sistemática del revolucionario, que ya no es el rebelde sino el *profesional de la rebeldía*, y por lo tanto el avanzado de la clase revolucionaria.

Los burgueses pueden tener muchos rebeldes entre sus hijos. Sus fuegos de artificio no afectan gran cosa al avance de la sociedad. Los obreros, durante sus breves épocas de intensa lucha, se puede decir que lanzan masas de rebeldes surgidos de su juventud. Pero lo que la lucha acaba siempre demostrando es que al proletariado le sobran rebeldes y le faltan *profesionales* de la rebeldía, es decir revolucionarios organizados en un partido, en una disciplina revolucionaria opuesta a la disciplina social (tanto a la fascista como a la democrática) y capaces de preparar paciente y detalladamente las condiciones políticas y organizativas para una victoria.

## ***Vida y ficción***

Pero los jóvenes que hoy nos escuchan no han conocido ni una revolución, ni siquiera una ofensiva de masas que pusiese sobre la mesa la posibilidad de una revolución. Al contrario, llegan a la edad de luchar en el clima asfixiante de la desmovilización de sus padres y mayores, de corrupción de los dirigentes obreros y aislamiento de los revolucionarios, de ensañamiento burgués con el marxismo. ¿En qué escuela su rebeldía se templará y se endurecerá para empujarlos al partido y a la propaganda de la revolución?

Veamos la escuela de nuestros jóvenes. Dicen que “pasan” pero ¿a dónde se dirigen?... desconcierto; otro dice “lucha sí, partido no”, pero ¿cuál es su lucha?... apenas un balbuceo; otro decía que el partido “limita su libertad”, pero al preguntarle en qué usa su querida libertad, su vida no va más lejos que la de un siervo medieval. Esa lucha, esa rebeldía, esa libertad de que hablan son tan ficticias, tan ilusorias, tan inconsistentes y tristes como su propia vida.

La sociedad burguesa comienza a *prolongar* la escolaridad de los jóvenes esencialmente para no darles trabajo. Ahí empieza esa vida artificial, porque la misma sociedad *abarata* la enseñanza, la reduce a jirones, y la priva de la finalidad práctica de un trabajo productivo. Luego, la familia obrera empieza a mantener a sus jóvenes parados a costa del nivel de vida y de convertirlos en semi parásitos sociales. La familia les recorta el dinero y la libertad mientras les mantiene, en lugar de empujarles a ganarse la vida. La publicidad, el arte corrompido de la burguesía, la filosofía oficial, crean un mundo de

adolescentes, donde la mentalidad del joven es mimada y explotada a fondo, por lo mismo que esos jóvenes carecen de futuro como obreros. Luego les llega la droga que convierte su libertad en una alucinación que les esclaviza. Para muchos, la pequeña delincuencia es un medio artificial de vida: por él se llega a la profesionalidad del criminal o a la del pordiosero...

Bajo el peso de una decepción política, y en el clima envenenado de la crisis del movimiento obrero, la clase trabajadora deja de educar a sus hijos en la realidad de la vida y de la lucha y les mantiene temerosa en una vida ficticia, irreal, peligrosa. Hoy los jóvenes empiezan a conocer la realidad de la vida (es decir no sólo la miseria, sino la solidaridad y la lucha colectiva)... en la "mili"...

## ***Terrible esclavitud***

La famosa "libertad" que los jóvenes oponen al *partido* de los revolucionarios, es ignorancia respecto al pasado, es reflejo de un presente artificial y parásito de la sociedad y es el camino hacia la esclavitud.

¿Qué votaron el 28 de Octubre esos jóvenes "libres"? Unos se abstuvieron, cosa que equivale a repartirse entre los votos de los que votaron. Los que lo hicieron, eligieron a algún alcalde, a algún gobernante, es decir a algún amo, para que durante cuatro años les gobierne. ¡Llamar libertad a eso es una triste fantasía! Entonces ¿de qué son libres? Son "libres" de pertenecer a una clase social definida, libres del deber de luchar en ella hasta ganar o perder, libres quizás de tener que mantener a una familia con su trabajo, libres de perder de vista la realidad en los vapores de una droga, es decir libres de tener que afrontar la realidad tal cual es, porque todos los que no encuentran un futuro para la clase obrera en los próximos años de crisis, ocultan a la juventud su destino.

En el futuro, se formarán enormes ejércitos de tales "libres" y serán enviados a matarse "libremente" por los intereses de los propietarios. Las cárceles acogen cada día más la libertad de estos "libres" y se puede añadir que la policía recluta día a día más jóvenes ciudadanos "libres"... Pero, sobre todo, esa vida desesperanzada y artificial de la juventud que no se incorpora a la clase obrera, esa situación tan "libre" de todos los compromisos de la existencia social, acabará pidiendo a gritos *un yugo*, refugiándose en la esclavitud por miedo a su propio descontrol y descomposición. El fascismo se alimenta de esa *libertad* irreal y desclasada. Nosotros preferimos el partido y la revolución.

## ***Preparamos la revolución***

Los jóvenes aman la libertad. Pero la encontrarán en la emancipación de los trabajadores. En realidad, estamos bien seguros de que la experiencia empujará a la mayoría en esta dirección, como empujó a no pocos jóvenes de nuestra generación. Pero ¿llegarán a tiempo para preparar la victoria? Porque si una generación no se lograra apoyar en las enseñanzas duramente adquiridas de la anterior, si los jóvenes no conectasen ante todo con los *revolucionarios* que les precedieron, la clase obrera no tendría tiempo de levantarse hasta su tarea histórica en uno de esos momentos de crisis revolucionaria que la historia sólo permite fugazmente.

A esos momentos que sacuden los cimientos de la sociedad porque los oprimidos, que de ordinario no superan el nivel de una lucha por su subsistencia, se lanzan a la are-

na de la lucha por el poder, por su destino, por su liberación, los llamamos *revoluciones*. Son los momentos más creadores de la historia, los que han producido de dos siglos para acá todo lo que merece la pena; pero son fugaces como relámpagos. En cambio el proceso de su preparación es largo y necesita la experiencia de muchas generaciones. Los revolucionarios no somos simples “políticos”, sino los que preparamos la próxima tormenta que no dudamos que se acerca. Venceremos si la juventud la empieza a preparar con nosotros.

## **POR LO TANTO...**

*... lector, todo aquello no fue sino un duro ensayo general de la revolución obrera. Cada clase social, cada fuerza política, cada uno en fin, la próxima vez irá más lejos, intentará llegar hasta el final, y todos nos estamos preparando.*

Títulos publicados

### **CRÍTICA COMUNISTA**

*“ANTI-CARRILLO”*

*Anibal Ramos*

*BUDAPEST 1956*

*Balazs Nagy*

*LOS TROTSKISTAS EN LA REVOLUCIÓN POLACA*

*Alain Cavalier*

### **COLECCIÓN VERDAD**

*LIBRO BLANCO (de los trabajos de la Comisión de Investigación)*

*¿Qué son los Sindicatos Libres de la URSS?*

*¡Defensa de los Sindicatos Libres de Polonia!*

*Las relaciones del PST con el PORE*

*Ante los Golpistas. ¡Siempre en Guardia!*

*\*\*\**

*Qué quieren los trotskistas*